

PROCOPIO
DE CESAREA

HISTORIA
DE LAS GUERRAS

LIBROS I-II
GUERRA PERSA

EDITORIAL GREDOS

PROCOPIO DE CESAREA

HISTORIA DE LAS GUERRAS

LIBROS I-II
GUERRA PERSA

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
FRANCISCO ANTONIO GARCÍA ROMERO



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 280

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por ANTONIO GUZMÁN GUERRA.

© EDITORIAL GREDOS, S. A.

Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 2000.

www.editorialgredos.com

Depósito Legal: M. 40214-2000.

ISBN 84-249-2276-X. Obra Completa.

ISBN 84-249-2277-8. Tomo I.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A.

Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 2000.

INTRODUCCIÓN

I. EL AUTOR Y SU OBRA

1. *Datos biográficos y actividad literaria*

Procopio de Cesarea puso por escrito las guerras que Justiniano, el emperador de los romanos, llevó a cabo contra los bárbaros de oriente y occidente, recogiendo cómo vinieron a desarrollarse los acontecimientos en cada una de ellas, para que el largo curso de los siglos no reduzca a la nada los hechos sobresalientes, por estar faltos de un relato, ni los abandone al olvido, ni los deje desvanecerse del todo. Y es justo el recuerdo de tales hechos lo que consideró que sería algo importante y sumamente provechoso para los hombres de hoy y para los del futuro, por si acaso el tiempo los pusiera de nuevo en un trance similar. Pues a los que vayan a entrar en guerra o se dispongan a combatir en cualquier otra circunstancia algún beneficio puede depararles la exposición de un episodio histórico parecido, que les revele cuál vino a ser para anteriores generaciones el resultado de una contienda semejante y les haga adivinar, al menos a los más avisados, qué final probable tendrán los incidentes que ellos estén viviendo. Además el autor sabía bien que estaba más capacitado que nadie para escribir sobre esto, y no por ninguna otra razón sino porque, al haber sido nombrado consejero del general Belisario, le tocó es-

tar presente en casi todos los hechos. Entendía él, por otra parte, que a la oratoria le corresponde el rigor, a la poesía las invenciones fantásticas y a la obra histórica la verdad. Por eso, desde luego, no trató de encubrir las acciones más desafortunadas ni siquiera de ninguno de sus mejores amigos, sino que escribió con exactitud cada una de las cosas que les sucedieron a todos, tanto si lo que pasó fue que obraron bien, como si fue de otra manera¹.

Procopio de Cesarea poseía, sin ninguna duda, notables cualidades para acometer una obra histórica² y, además, era consciente de su inmejorable situación para llevar a feliz término su tarea, como él mismo confiesa en las líneas que escribió al comienzo de la *Guerra persa* y que nosotros traducimos para encabezar estas páginas. Hechos contemporáneos, acciones bélicas (con noticias geográficas concomitantes), la *autopsia* como método, todos estos elementos encuadran a nuestro autor dentro de la llamada «historia pragmática»³, en la que constituye un eslabón más de esa cadena formada por Heródoto, Tucídides, Polibio y, más tarde, Amiano y Teofilacto Simocata, ya en el siglo VII d. C. No hay más que leer ese interesante prólogo para reparar en las similitudes en expresión y contenido con los de Heródoto y Tucídides⁴, modelos evidentes de Procopio⁵.

¹ Procopio, *Historia de las guerras* I 1, 1-5 (en adelante, al citar la *Historia de las guerras*, se suprimirá el nombre del autor y de la obra).

² «Un escritor juicioso, de buena formación clásica», escribe R. GRAVES, *Count Belisarius = El Conde Belisario* [trad. J. PEDRAGOSA], Barcelona, 1992 (1982), pág. 11.

³ Cf. el clarificador estudio (con abundante bibliografía) de J. M. CANDAU MORÓN, «El universo referencial de los historiadores griegos tardíos», en M. BRISO, F. J. GONZÁLEZ PONCE (eds.), *Las letras griegas bajo el imperio*, Sevilla, 1996, págs. 151 s., y n. 2.

⁴ Cf. las notas correspondientes que acompañan a nuestra traducción.

⁵ «Algo modificados por las convenciones de la Segunda Sofística» (J. A. S. EVANS, «Christianity and Paganism in Procopius of Caesarea»,

En una sociedad muy alejada de la época clásica, no sólo cronológicamente sino también, por supuesto, desde el punto de vista de lo ideológico y lo espiritual, nuestro historiador ha escrito «conscientemente en un lenguaje que pudiera ser entendido por los ciudadanos de la Atenas de Pericles»⁶. Incluso cuando debe usar un término que pertenece a su mundo y que es, por tanto, «no clásico», recurre como a una aclaración, utilizando una especie de «máscara clásica», cual si se tratara de un griego del siglo V que desconoce aquello y que le habla de oídas a un contemporáneo de Tucídides⁷. No es sino un procedimiento puramente literario⁸ de un autor que está fijando su mirada en modelos de los que lo separan diez siglos.

Procopio⁹ nació en Cesarea de Palestina entre los años 490 y 507. Se ha defendido que su padre se llamaba Estéfa-

Greek, Roman and Byzantine Studies 12 [1971], 84). Para cualquier cuestión acerca de nuestro autor es indispensable la consulta de B. RUBIN, «Prokopios von Kaisareia, Mitarbeiter Belisars und Historiker», *RE* 23-1 (1957), cols. 273-599. Acerca de Heródoto y Tucídides en Procopio, cf. *ibid.*, col. 306. En las notas a la traducción de la *Guerra persa* hemos intentado dejar constancia de los lugares más sobresalientes (por las expresiones, construcciones sintácticas, etc.) en los que puede comprobarse la conexión de Procopio con ambos historiadores, en especial con Tucídides.

⁶ EVANS, *Gr., Rom. and Byz. Stud.* 12 (1971), 84; RUBIN, *RE* 23-1 (1957), cols. 357 s. (también se estudian aquí las características de las cartas incluidas en la obra, así como de los discursos, en los que Procopio se sirve, con maestría y sin abuso, de su preparación en el arte de la retórica). Sobre el aticismo de Procopio podríamos, no obstante, añadir estas palabras de DEWING: «But the Greek which he writes is not the pure Attic, and we find many evidences of the influence of contemporary spoken language» (cf. ed. DEWING, pág. XIII, cit. en II. 2. *Ediciones*). Sobre las características de su prosa, cf. H. B. DEWING, «The accentual cursus in Byzantine Greek...», 417-461.

⁷ Por ejemplo: «... hasta el templo al que llaman iglesia» (II 9, 14). Cf., asimismo, I 7, 5 (y n. 57) y 22; I 25, 31 (y n. 226); III 10, 18.

⁸ Cf., de nuevo, EVANS, *Gr., Rom. and Byz. Stud.* 12 (1971), 83 s.

⁹ Sobre la persona y obra de Procopio, cf. RUBIN, *RE* 23-1 (1957), cols. 296 ss.

no¹⁰, un amigo de Procopio de Gaza¹¹, a quien pudo confiar la educación de su hijo, una educación encaminada a la oratoria y la carrera legal¹². Sabemos que el año 527 fue nombrado *xýmboulos*¹³ de Belisario y durante la guerra contra los vándalos en África (533-534) sirvió como *páredros*¹⁴ de este general. En Cartago pasó la Pascua de Resurrección del 536 y desde allí zarpó hacia Siracusa para encontrarse con Belisario¹⁵. Posteriormente estuvo en Italia hasta el 540, cuando terminó la primera campaña contra los ostrogodos con la entrada de las tropas bizantinas en Rávena¹⁶. Y él mismo vuelve a informarnos de que se hallaba en Bizancio durante la célebre y devastadora epidemia de peste que asoló la entonces capital del Imperio Romano en el 542¹⁷. En esa estadía, que pudo durar hasta el 545, compuso seguramente la mayor parte de su *Historia de las guerras*¹⁸.

¹⁰ Que era *astynómos* de Cesarea en el 526: cf., por ejemplo, CORICIO, *Epital.* 22; ENEAS DE GAZA, *Ep.* 11. Al respecto cf. J. HAURY, *Zur Beurteilung des Geschichtschreibers Procopius von Caesarea*, Progr., Múnich, 1896, págs. 14 ss.

¹¹ Aunque el hecho de que nuestro Procopio fuera «alumno» de la escuela de Gaza no está en absoluto demostrado: EVANS, *Gr., Rom. and Byz. Stud.* 12 (1971), 98, n. 30.

¹² Los términos que emplean las fuentes (aparte de *historikós* o *syngrapheús*) aluden a esto: *rhétōr* (EVAGRIO, *Hist. de la Igl.* IV 12; AGATÍAS, *Hist.* I 11; FOCIO, *Bibliot.* 63); *rhétōr kai sophistēs* (*Suda*, s.v. *Prokópios*); *dikégoros* (Menandro *Protector*, Fr. 35, apud Müller, *FHG* IV 238).

¹³ «Consejero»: I 1, 3; I 12, 24; *hypographeús* lo llama *Suda*, (s.v. *Prokópios*).

¹⁴ *Assessor*, asistente o consejero: III 14, 3.

¹⁵ Cf. IV 14, 39 ss.

¹⁶ Cf. VI 29, 32.

¹⁷ Cf. II 22, 9.

¹⁸ Concretamente, con respecto a los libros que aquí nos interesan, en estos años Procopio habría escrito I-II 28, 11; III-IV, a excepción de los

Es muy probable que llegara a desempeñar cargos de importancia¹⁹, quizá el de prefecto de Constantinopla (similar al *praefectus urbi* de Roma) en las postrimerías de su vida. En relación con esto cabe apuntar que en alguna de las fuentes se le llama «patricio» y «gran dignatario»²⁰, y *Suda* escribe *Prokópios Illouístrios*. También desconocemos la fecha exacta de su muerte, pero debió de fallecer pocos años después del 560²¹.

Como escritor, Procopio no deja de asombrarnos. La *Guerra persa* constituye el asunto de los dos primeros libros de los ocho²² que componen su *Historia de las guerras* (*Hypèr tôn polémōn lógoi*) y se centra en los enfrentamientos de bizantinos y persas (bajo los reyes Cabades y Cosroes) entre los años 527 y 549. El III y el IV versan sobre la *Guerra vándala* en África, desde el 532 al 548. La segunda tétrada de la obra incluye en los libros V al VII la campaña contra los ostrogodos (*Guerra gótica*) en Sicilia e Italia, entre el 536 y el 551, para extenderse en el libro VIII, como en un suplemento, hasta el año 553.

últimos pasajes de ambos *lógoi*: cf. RUBIN, *RE* 23-1 (1957), cois. 354 s. (basándose en los estudios de Haury).

¹⁹ Jugando con la etimología de su nombre (del verbo *prokóptō*), diríamos que no dejó de «progresar» o «prosperar». No es seguro que nuestro Procopio pueda identificarse con otro que, según alguna fuente, era *praefectus urbi* en el 562: cf. RUBIN, *RE* 23-1 (1957), col. 300.

²⁰ En la crónica árabe de Ioannes de Niciu (cf. la traducción francesa de H. ZOTENBERG, *Notices et extraits*, tom. 24, París, 1883, pág. 517).

²¹ Justiniano y Belisario murieron en el año 565.

²² FOCIO (*Bibliot.* 63) escribe: *Historikòn en biblióis oktò: ... pròs te Pérsas... pròs Bandélous kai Góthous*. NICÉFORO CALISTO (*Hist. de la Igl.* XVII 10), por su parte, nos dice que Procopio escribió *Persiká* en cuatro tomos (*en tmémasi... téssarsi*, donde es evidente que está incluyendo la *Guerra vándala*) y *Gotthiká*.

Procopio trata estas guerras de forma separada en cada grupo de libros, si bien, dado que durante no pocos años las tropas bizantinas estuvieron peleando en varios frentes al mismo tiempo, el historiador se ve obligado a referirse a los otros conflictos bélicos que se desarrollaban simultáneamente (sobre todo cuando era Belisario el que acudía a uno u otro campo de batalla)²³. Llama la atención que el tono ecuánime (aunque siempre más favorable a Belisario que a Justiniano) de estos ocho libros se transforme tanto en sus otras dos obras.

La *Historia secreta* (*Anékdota*; lat. *Historia arcana*) fue compuesta probablemente antes del 558²⁴, pero sería difícil admitir su publicación antes de la muerte de Justiniano en el 565, con lo que estaríamos ante una obra póstuma. Es lógico que se haya dudado incluso de la autoría procopiana; y no por su estilo menos cuidado, que puede achacarse a la falta de una última revisión, sino por el contenido de sus páginas. Se diría, a veces, que estamos ante una nueva *Historia de las guerras* contada con tintes sombríos sin temor a la censura imperial. Y lo cierto es que el cúmulo de acusaciones y vituperios²⁵, algunos inexplicables o infundados, contra Justiniano y, sobre todo, contra Teodora, pero también contra Belisario y su esposa Antonina, sorprende al lector.

Sin embargo, su tratado *Sobre los edificios* (*Ktismata o Perì ktismátōn*), quizá de los años 558-560²⁶, es un auténtico

²³ Por ejemplo, en la *Guerra persa* se hace referencia a la campaña contra los vándalos en I 21, 2; 26, 1; II 2, 8. Y a la campaña de Italia contra los ostrogodos en I 12, 22; 25, 11; II 1, 1; 2, 1; 3, 52; 4, 13; 6, 1; 14, 8; 19, 25; 21, 34.

²⁴ En repetidas ocasiones se habla del año trigésimo segundo del reinado de Justiniano. Para la opinión de Haury cf. RUBIN, *RE* 23-1 (1957), col. 354 s.

²⁵ Contiene *psógous kai kōmōidian*: cf. *Suda*, s.v. *Prokópios*.

²⁶ Cf. RUBIN, *RE* 23-1 (1957), col. 355.

co panegírico en alabanza del emperador. Dividida en seis libros de corta extensión, la obra registra prácticamente todos los edificios públicos construidos hasta su fecha a lo largo y ancho del territorio bizantino durante el imperio de Justiniano y proporciona interesantes datos, con mucha probabilidad sacados de fuentes oficiales, sobre la administración interna del nuevo estado romano. Podría pensarse que Justiniano encontró aquí todos los aplausos que Procopio le escatima (en beneficio, aunque muy moderado, de Belisario) en la *Historia de las guerras*.

Así pues, nos hallamos ante un escritor de bastante riqueza biográfica y amplio bagaje cultural, que, sin embargo, no hace gala de sus conocimientos. Ya advertía Haury que el de Cesarea cita autores antiguos, pero pocos (en concreto, Heródoto, Arriano, Estrabón, Aristóteles, Homero y Esquilo), y que, al menos en algunos lugares, aprovechó como fuente la *Historia bizantina* de Prisco de Panium²⁷. El pensamiento de Procopio²⁸ o la religión que profesaba tampoco quedan manifiestos con absoluta claridad. No es extraño, por tanto, que persista el debate sobre sus ideas en materia religiosa. Entre las diferentes opiniones²⁹, preferimos seguir a Evans³⁰. Procopio habría sido, aunque no estemos del todo seguros, un cristiano ortodoxo³¹ (pero no estrictamente calcedoniano) y podrían tomarse como su *credo* unas pala-

²⁷ Cf. ed. HAURY-WIRTH (cit. en II. 2. *Ediciones*), *Prolegomena*, págs. VII-XXII: Prisco también sirvió de fuente a Teófanos y Nicéforo Calisto.

²⁸ Acerca de la noción de *týchē* cf. EVANS, *Gr., Rom. and Byz. Stud.* 12 (1971), 93 ss. (y cf. también I 14, 22, y n. 118; II 9, 13, y n. 66).

²⁹ Pagano, agnóstico, fatalista, cristiano escéptico, judío o sirio: cf. *ibid.*, 82 s.

³⁰ Cf. *ibid.*, 82 s. y 90 ss.

³¹ De lo contrario habría tratado con mayor indulgencia a la emperatriz Teodora, considerada prácticamente como santa en la tradición monofisita: cf. *ibid.*, 91.

bras de la *Guerra gótica* (V 3, 7 s.): Dios es para él bueno y omnipotente, y es una locura intentar definir su naturaleza.

2. Contenido de la «Guerra persa»

Procopio ha reflejado de manera fidedigna las difíciles relaciones entre Persia y la «Nueva Roma» (Constantinopla o Bizancio), «sus fracasos y triunfos»³² respectivos, desde el emperador Arcadio hasta sus días³³. La historia del cesariense se convierte así en una extraordinaria muestra de las luchas entre persas y romanos por los territorios limítrofes más ricos, como los de Mesopotamia, o por el dominio sobre pueblos cristianos como los de la Iberia asiática o los de Lácica, la antigua Cólquide³⁴, entre el Mar Negro y el Cáucaso, con toda su importancia estratégica y comercial. Se advierte, pues, en el conjunto de la obra aquel anhelo de Justiniano de recobrar, con la ayuda de Dios, el territorio del antiguo Imperio Romano³⁵.

Debe subrayarse que el propio autor declara en todo momento su imparcialidad y en sus páginas demuestra ser poco propenso a los elogios. A pesar de las victorias bizantinas, Procopio no oculta que la paz la consiguió siempre Justiniano a fuerza de dinero y a condición de quedar redu-

³² Cf. I 11, 17.

³³ Lo que sólo constituye, diríamos, un capítulo de la larga historia del enfrentamiento entre romanos y persas: «La enemistad con los persas, herencia sangrante que Constantinopla había recibido de la Roma antigua, se mantendrá en un primer plano hasta la dinastía heracliana (610-717). A partir de esta fecha declinará el poderío sasánida y será el Islam el más encarnizado antagonista de Bizancio» (J. VALERO GARRIDO, *Poema e Historia de Belisario*, Barcelona, 1983, pág. 48).

³⁴ Cf. I 11, 28.

³⁵ Anhelo expresamente recogido en las *Novellae Constit.* XXX 11.

cido, en la práctica, a tributario del rey persa. Pero el historiador no olvida tampoco aquellos otros hechos trascendentes que tuvieron en jaque a la capital del imperio como la sedición «Nika» o la gran epidemia de peste del 542.

El primer libro contiene los sucesos que acontecieron entre el 527 y el 532, año en el que se firma la «paz eterna», «indefinida» o «perpetua» (*apérantos eirénē*)³⁶, y concluye con el relato de la sedición «Nika»³⁷, con las maquinaciones de Teodora contra Juan de Capadocia³⁸ y con el nuevo nombramiento de Belisario como general de Oriente.

El segundo abarca la segunda campaña persa entre el 540 y el 545, y se alarga hasta el 549 con la tregua que se firmó por un lustro³⁹. Se narra, pues, la ruptura del tratado de «paz indefinida» y cómo ambas naciones invadieron una y otra vez los dominios de sus enemigos. Hacia el final, Procopio se detiene en la mencionada epidemia de peste de Bizancio en el 542⁴⁰. Por último, durante esa tregua de cin-

³⁶ Cf. I 22, 17.

³⁷ Cf. I 24, 1 ss. *Nika*, «¡vence!» (cf. I 24, 10). En las causas de esta sedición se mezclan los impuestos que agobiaban al pueblo y los abusos del prefecto Juan de Capadocia y del cuestor Triboniano, pero también el fanatismo de las facciones del circo (cf. I 24, 2, y n. 190), la rivalidad política y religiosa entre ortodoxos y monofisitas, y hasta puede que un problema de daltonismo (cuando el prefecto ordenó ahorcar a varios individuos, dos del partido verde y uno del azul, como nos relata en un buen resumen de aquellos acontecimientos VALERO GARRIDO, *Poema e Historia...*, págs. 63-71).

³⁸ Sólo con mirar el índice se observará el considerable número de personajes que se llaman «Juan». Se sabe, en efecto, que era el nombre más común, puesto que lo solían escoger muchos de los que se convertían a la fe cristiana. Recuérdese, por ejemplo, que el propio Hermenegildo, al bautizarse en la Bética en el año 579, tomó este nombre.

³⁹ Cf. II 28, 11.

⁴⁰ Cf. II 22, 1 ss.

co años, muere la emperatriz Teodora⁴¹ y, con esta noticia, nuestro historiador acaba refiriéndose a la misma pareja con la que puso término al libro primero: Teodora y Juan de Capadocia.

En el siguiente resumen y con indicación de los capítulos de cada libro apuntamos los episodios y personajes fundamentales de la guerra, los pueblos y naciones que se vieron afectados por el conflicto, así como el principio y el fin de las diversas invasiones.

Libro I

1. Propósito y utilidad de la obra. Los arqueros del ejército moderno.
2. Arcadio, Teodosio II e Isdigerdes. Invasión persa.
3. Persas (Peroces) y los hunos blancos (eptalitas).
5. Cabades. Persas y armenios.
7. Invasión persa de la Armenia romana. Cabades y Anastasio.
9. Paz de siete años.
10. Nisibis y Daras.
11. Justino emperador.
12. Los iberos del Cáucaso. Invasión romana (Sitas y Belisario) de Persarmenia. Procopio nombrado consejero de Belisario.
13. Justiniano emperador. Batalla de Daras.
15. El ejército persa entra en la Armenia romana.
- 17-18. Los persas en territorio romano. Victoria «pírrica» y retirada de Cabades.
21. Campaña contra los vándalos. Cosroes rey persa.
22. La «paz eterna».
24. Sedición «Nika».
25. Teodora y Juan de Capadocia.
26. Belisario se apodera de Libia.

⁴¹ Cf. II 30, 49 ss.

Libro II

1. Cosroes intenta romper el tratado de paz.
2. El godo Vitigis. Armenia. El armenio Basaces y su discurso sobre el imperialismo de Justiniano. Ruptura del tratado de paz.
- 3-5. Declaración de guerra y primera invasión persa.
8. Antioquía.
- 10-12. Concepciones de Procopio acerca de la actuación divina. Diversos acontecimientos relacionados con lo religioso: el *Lignum crucis* de Apamea. La tradición de Abgaro, rey de Edesa, y su correspondencia epistolar con Jesús.
13. Fin de la primera invasión persa.
16. Belisario llega a Mesopotamia e invade tierra persa.
- 17-19. Segunda invasión persa.
20. Tercera invasión.
21. Cosroes toma Calinico y se retira. Belisario enviado a Italia.
22. La epidemia de peste en Bizancio.
24. Invasión romana en territorio persa.
26. Cuarta invasión persa.
28. Nuevo tratado de paz por cinco años.
30. Muerte de Teodora. Teodora y Juan de Capadocia.

Para el comentario sobre los libros III y IV remitimos al lector a las líneas introductorias que encabezan la versión de la *Guerra vándala*.

3. *Procopio como modelo. La posteridad*⁴²

Procopio ha sido considerado por sus continuadores, y en particular por los historiadores bizantinos, un modelo de

⁴² Cf. RUBIN, *RE* 23-1 (1957), cols. 587-599; y cf. también el capítulo «Belisario y su proyección en la literatura» en VALERO GARRIDO, *Poema e Historia...*, págs. 107-118.

estilo ático⁴³. Y, del mismo modo, gracias a su prestigio se convirtió en fuente primordial también para los cronistas y para los historiadores de la Iglesia.

En efecto, a Procopio⁴⁴ lo citan, a menudo con innegable admiración, Evagrio, Agatías, Teofilacto Simocata, Simeón Metafrastes, Constantino Porfirogeneta, Focio, *Suda*, Zonaras, Jorge Cedreno o Nicéforo Calisto, entre otros.

Además, nuestro historiador no sólo ha escrito las páginas indispensables para conocer el reinado de Justiniano desde distintas perspectivas (desde la visión que ofrece la *Historia secreta* hasta la del tratado *Sobre los edificios*) y en sus diversos campos (desde las cuestiones militares con sus ocho libros de la *Historia de las Guerras* a los asuntos civiles y los internos de la corte con las dos obras antes citadas), sino que también ha transmitido, de manera directa o indirecta, a toda la literatura posterior de oriente y occidente personajes de la talla del propio Justiniano y la emperatriz Teodora, o de Belisario⁴⁵ y su esposa Antonina.

En nuestro Siglo de Oro Mira de Amescua (*Exemplo mayor de la desdicha y Capitán Belisario*), Lope de Vega

⁴³ EVAGRIO (IV 12) y NICÉFORO CALISTO (XVII 10) opinaban que Procopio había escrito su obra *kompôs kai logiôs*. AGATÍAS (*Hist.*, Proemio), por su parte, elogiaba su *akribeia* (... *es tò akribès anagégraptai*...). También, por ejemplo, Sinesio de Cirene fue para Bizancio un modelo en la forma, por su estilo ático: cf. F. A. GARCÍA ROMERO, *Sinesio de Cirene. Himnos. Tratados*, Madrid, BCG, 1993, págs: 19 s.

⁴⁴ Cf. ed. HAURY-WIRTH, Prolegomena, págs. LXI-LXIII.

⁴⁵ La figura del gran general, a partir de los testimonios históricos (de Procopio o Agatías), recibirá un tratamiento legendario plasmado ya en Tzetzes (*Chiliades* III 339 ss.) en el siglo XII. El poema sobre Belisario conocido como la *Diégēsis* (*Diégēsis hōraiotátē... Belisariou*), cuya composición data de finales del XIV, es un singular ejemplo de fusión entre historia y leyenda: cf. la edición y traducción de esta obra en el completísimo trabajo ya citado de J. VALERO GARRIDO, *Poema e Historia de Belisario*, Barcelona, 1983.

(sólo de pasada en su pieza *El despertar a quien duerme*: «... Marios y Belisarios, / Césares y Pompeyos...») y Quevedo (en su soneto sobre Belisario, *Viéndote sobre el cerco de la luna*) se hacen eco de la leyenda de Belisario.

Por otra parte, no cabe duda de que la novela *Count Belisarius* de Robert Graves, con ediciones y múltiples reimpressiones en español⁴⁶, ha servido para que Procopio se acercara un poco más al lector contemporáneo. El famoso autor inglés ha sabido bordar las escenas novelescas sobre el firme bastidor de la historia procopiana⁴⁷.

II. CÓDICES, EDICIONES Y TRADUCCIONES.

NUESTRA VERSIÓN

1. Códices⁴⁸

Los principales manuscritos que incluyen la *Guerra persa* y la *Guerra vándala* pertenecen todos al siglo XIV y provienen de un arquetipo perdido (*x* para Haury), del que derivaron otros dos (*y*, *z*), también perdidos. De éstos procedieron otros códices perdidos, origen a su vez de estos

⁴⁶ Londres, 1938: *El conde Belisario*, Buenos Aires, 1981 (Ed. Sudamericana); Barcelona, 1982 (Edhasa).

⁴⁷ No nos resistimos a anotar un curioso dato que relaciona a Procopio con la ciudad de Jerez de la Frontera, donde redactamos estas páginas. Parece que puede afirmarse que el techo de palio, del año 1882, de uno de los más bellos pasos de Dolorosa de la Semana Santa jerezana, el de Nuestra Señora de la Piedad, está inspirado en la exquisita encuadración realizada por Tomás Maioli (s. XVI) para *Procopius. De bello Persico* (que suponemos contiene la traducción latina de R. VOLATERRANUS, Roma, 1509: cf., más abajo, II. 3. *Traducciones*). Agradecemos esta información al profesor D. José Ramón Fernández Lira.

⁴⁸ Cf. un detallado estudio en ed. Haury-Wirth, págs. XXII-XL.

manuscritos fundamentales que a continuación anotamos ($\gamma_1 > O, P; z > V; z_1 > G$).

— Siglo xiv:

$G = \text{Vatic. graec. } 1001 \text{ (I } 7, 23\text{-II: ff. } 51\text{-}87^v \text{)}$.

$O = \text{Vatic. Ottobonianus graec. } 82 \text{ (III } 4, 38\text{-IV: ff. } 85\text{-}145 \text{)}$.

$P = \text{Paris. graec. } 1702 \text{ (I-IV: ff. } 1\text{-}190 \text{)}$.

$V = \text{Vatic. graec. } 152 \text{ (I-IV: ff. } 1\text{-}141 \text{, con muchas lagunas)}$.

Existen otros manuscritos menores, de los que citaremos los siguientes:

— Siglo xiv:

$k = \text{Marc. Venet. } 398$.

— Siglo xv:

$c = \text{Paris. Mazar. } 4462$.

$e = \text{Paris. graec. } 1699$.

— Siglo xvi:

$d = \text{Monac. graec. } 513$.

$\gamma = \text{Scorial. Y I } 8^{49}$.

2. Ediciones⁵⁰

1607 D. HOESCHELIUS, *Bella*, ed. princeps, Augsburgo.

1662 CL. MALTRETUS, *Procopii Opera Omnia*, vol. I, París (Corpus Byzantinae Historiae; con traducción latina).

1729 Reimpresión en Venecia de la ed. de Maltretus.

⁴⁹ Cf. CH. GRAUX, *Essai sur les origines du fonds grec de l'Escorial*, París, 1880 = *Los orígenes del fondo griego del Escorial* [ed. y trad. G. DE ANDRÉS], Madrid, 1982, pág. 273 (y también págs. 377, 386, 534).

⁵⁰ Consúltese RUIJN, *RE* 23-1 (1957), col. 274.

- 1833 G. DINDORF, *Procopii Opera Omnia*, vol. I, Bonn (Corpus Scriptorum Historiae Byzantinae).
- 1905 J. HAURY, *Procopii Caesariensis Opera Omnia*, vol. I, Leipzig (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Teubneriana). Reedición (add. et corrig. G. WIRTH): 1962 (cit. «ed. HAURY-WIRTH»).
- 1914-1916 H. B. DEWING, *Procopius*, vols. I-II, Londres-Cambridge (Mass.) (The Loeb Classical Library), que sigue la ed. de Haury de 1905. Reimpresiones manejadas: 1961 (vol. I), 1979 (vol. II) (con traducción inglesa; cit. «ed. DEWING»).
- 1961 O. VEH, *Prokop-Werke*, Múnich (con traducción alemana).
- 1977 M. CRAVERI, *Procopio de Cesarea. Le guerre Persiana, Vandalica, Gotica*, Turín (con trad. italiana).

3. Traducciones

Aparte de las ediciones bilingües incluidas en el apartado anterior, contamos con las siguientes versiones de estas obras de Procopio⁵¹:

- U. ALBINI, E. V. MALTESE (eds.), *Bisanzio nella sua letteratura*, Milán, 1984 (antología de textos; los pasajes de Procopio traducidos por A. Pontani).
- A. CAMERON, *Procopius. History of the Wars, Secret History, and Buildings*, Nueva York, 1967.
- D. COSTE, *Wandalenkrieg*, Leipzig, 1885, 1913³ (esta traducción sirve de base a la obra de A. HEINE - A. SCHAEFFER, *Der Wandalenkrieg...*, Essen, 1985).
- H. GROTIUS, *Historia Gothorum (mit Wandalenkrieg)*, Amsterdam, 1655 (en latín).
- A. HEINE, A. SCHAEFFER, *Der Wandalenkrieg. Der Gotenkrieg*, Essen, 1985 (v. D. Coste).

⁵¹ Cf. *ibid.*, cols. 274-276.

- F. KANNGIESSER, *Kriegsgeschichte I-IV*, Greifswald, 1827-1831.
- C. REICH, *Goten und Vandalen im Kampfe gegen die Römer*, Bamberg, 1933.
- P. REINHARD, *Geheimgeschichte*, Erlangen-Leipzig, 1753.
- D. ROQUES, *La Guerre contre les Vandales: Guerres de Justinien, livres III et IV*, pref. de Ph. Muray, Paris, 1990.
- J. VALERO GARRIDO, *Poema e Historia de Belisario*, Barcelona, 1983. En esta obra se reproduce el texto de J. Haury (Teubner) y se traducen los siguientes pasajes: *Guerra Persa* I 14, 1-27 (págs. 168-175); I 24, 1-58 (págs. 176-193); I 25, 11-30 (págs. 200-205); *Guerra Vándala* I 15, 18-30 (págs. 194-199); II 9, 1-16 (págs. 206-211).
- J. VARA DONADO, *Procopio de Cesarea. Historia de las guerras I-IV*, Madrid (en prensa).
- R. VOLATERRANUS, *Perser-, Wandalenkrieg*, Roma, 1509 (en latín)⁵².

4. Nuestra versión

Para esta traducción, que pretende ser, ante todo, fiel, nos hemos basado en el texto de Haury-Wirth (reed. de Haury, 1962), si bien en ciertos pasajes, como aclaramos en las notas pertinentes, hemos seguido algunas apreciaciones de Dewing (reimpr. 1961 y 1979)⁵³.

⁵² Se trata de la primera traducción latina de la *Guerra persa* y la *Guerra vándala*. Anteriores a ésta son las versiones de la *Guerra goda* de LEONARDO BRUNI y CHR. PERSONA (editadas en 1470 y 1506 respectivamente).

⁵³ No hemos podido consultar la versión del profesor VARA DONADO, todavía en prensa cuando entregamos los originales de nuestro trabajo.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

Citamos algunas monografías generales sobre el período bizantino y sobre las figuras de Justiniano y Belisario, además de los estudios particulares sobre Procopio y su obra. En las notas a la traducción se podrán leer otros títulos que no se incluyen aquí, por tratar sobre cuestiones más concretas o no directamente relacionadas con nuestro autor¹.

- H. G. BECK, *Kaiserin Theodora und Prokop. Der Historiker und sein Opfer*, Múnich, 1986.
- H. BRAUN, *Procopius Caesariensis quatenus imitatus sit Thucydidem*, Diss. Erlangen, 1885 (*Acta seminarii Erlangensis* 4 [1886], 161-221).
- D. BRAUND, «Procopius on the economy of Lazica», *Classical Quarterly* 41 (1991), 221-225.
- P. BROWN, *The World of Late Antiquity = El mundo en la Antigüedad Tardía (De Marco Aurelio a Mahoma)* [trad. A. Piñero], Madrid, 1989.
- F. BÜCHELER, «Procopiana», *Rheinisches Museum* 63 (1908), 152-155.

¹ Puede también consultarse, para ampliar esta bibliografía (sobre todo en el caso de trabajos más antiguos), la que añadió G. WIRTH en ed. HAURY-WIRTH, págs. LXXVII-LXXXVII; así como la completísima recopilación de RUBIN, *RE* 23-1 (1957), cols. 276-284.

- A. M. CAMERON, «The 'Skepticism' of Procopius», *Historia* 15 (1966), 466-482.
- , *Procopius and the Sixth Century*, Berkeley-Los Angeles, 1985.
- A. M. CAMERON, A. D. E. CAMERON, «Christianity and Tradition in the Historiography of the Later Roman Empire», *Classical Quarterly* 24 (1964), 316-328.
- J. M. CANDAU MORÓN, «El universo referencial de los historiadores griegos tardíos», en M. BRIOSO, F. J. GONZÁLEZ PONCE (eds.), *Las letras griegas bajo el imperio*, Sevilla, 1996, págs. 151-163.
- S. CLARAMUNT, *El mundo bizantino. La encrucijada entre Oriente y Occidente*, Barcelona, 1987.
- L. R. CRESCI, «Ancora sulla μίμησις in Procopio», *Rivista di Filologia e di Istruzione Classica* 114 (1986), 449-457.
- , «Lineamenti strutturali e ideologici della figura di Belisario nei *Bella* procopiani», *Serta historica antiqua* XV, (1986), 247-276.
- B. CROKE, A. M. EMMET (eds.), *History and Historians in Late Antiquity*, Sidney-Oxford-Nueva York, 1983.
- L. M. CHASSIN, *Bélisaire, généralissime byzantin (504-565)*, París, 1957.
- A. CHRISTENSEN, *L'Iran sous les Sassanides*, Copenhague, 1944².
- H. B. DEWING, «The accentual cursus in Byzantine Greek prose with special reference to Procopius of Caesarea», *Transactions of the Connecticut Academy of Arts and Sciences* 14 (1910), 417-461.
- CH. DIEHL, *L'Afrique byzantine. Histoire de la domination byzantine en Afrique (533-709)*, París, 1896.
- G. DOWNEY, «Paganism and Christianity in Procopius», *Church History* 18 (1949), 89-102.
- , «The Persian campaign in Syria in a. D. 540», *Speculum* 28 (1953), 340-348.
- A. DUWE, *Quatenus Procopius Thucydidem imitatus sit*, Progr. Jever, 1885.
- M. A. ELFERINK, «Τύχη et Dieu chez Procopé de Césarée», *Acta Classica* 10 (1967), 111-134.

- J. A. S. EVANS, «Procopius of Caesarea and the Emperor Justinian», *Canadian Historical Assn. Historical Papers* 1968, págs. 126-139.
- , «Christianity and Paganism in Procopius of Caesarea», *Greek, Roman and Byzantine Studies* 12 (1971), 81-100.
- A. FREIXAS, «El lenguaje de Procopio», *Anales de Filología Clásica* 4 (1947-1949), 125-150.
- , «Temas de Procopio de Cesarea», *Anales de Historia Antigua y Medieval*, Buenos Aires, 1949.
- , «Otros temas de Procopio de Cesarea», *ibid.*, 1952, págs. 45-67.
- D. FRYE, «Athalaric's health and the Ostrogothic character», *Byzantion* 65-1 (1995), 249-251.
- C. D. GORDON, «Procopius and Justinian's financial policies», *Phoenix* 13 (1959), 23-30.
- A. W. DE GROOT, *Untersuchungen zum byzantinischen Prosa-rhythmus (Procopius von Caesarea)*, Groninga, 1918.
- G. C. HANSEN, «Griechische und lateinische Geschichtsschreibung in der Spätantike», *Klio* 66 (1984), 605-614.
- J. HAURY, *Procopiana*, Progr. Augsburg, 1891.
- , *Procopiana II*, Progr. München, 1893.
- , *Zur Beurteilung des Geschichtsschreibers Procopius von Caesarea*, Progr. München, 1896.
- , «Prokop und der Kaiser Justinian», *Byzantinische Zeitschrift* 37 (1937), 1-9.
- CHR. HOLDSWORTH, T. P. WISEMAN, *The inheritance of historiography 350-900*, Exeter, 1986.
- S. IMPELLIZZERI, *La letteratura bizantina. Da Costantino a Fozio*, Milán, 1975.
- M. ISAMBERT, *Histoire de Justinien*, 2 vols., París, 1856.
- W. E. KAEGI, «Procopius the military historian», *Byzantinische Forschungen* 15 (1990), 53-85.
- K. KRUMBACHER, *Geschichte der byzantinischen Literatur von Justinian bis zum Ende des Oströmischen Reiches (527-1453)*, München, 1897².
- A. D. LEE, «Procopius, Justinian and the *kataskopoi*», *Classical Quarterly* 39 (1989), 569-572.

- J. N. LJUBARSKYJ, «Neue Tendenzen in der Forschung der byzantinischen Historiographie», *Klio* 69 (1987), 560-566.
- P. MAAS, «Die Rhythmik der Satzschlüsse bei dem Historiker Prokopius», *Byzantinische Zeitschrift* 21 (1912), 52-53.
- L. MAHON, *Life of Belisarius*, Londres, 1898.
- A. MÜLLER, «Das Heer Justinians nach Prokop und Agathias», *Philologus* 72 (1912), 101-138.
- K. PROUDFOOT, *Byzantine Women in the sixth Century*, Melbourne, 1982.
- B. RUBIN, *Prokopios von Kaisareia*, Stuttgart, 1954 = «Prokopios von Kaisareia, Mitarbeiter Belisars und Historiker», *RE* 23-1 (1957), cols. 273-599.
- , *Das Zeitalter Justinians I*, Berlin, 1960.
- G. SCARPAT, «Leggendo Procopio di Cesarea (*bella* 2, 22, 6 ss.)», *Paideia* 44 (1989), 57-58.
- R. SCOTT, «The Classical Tradition in Byzantine Historiography», en M. MULLETT, R. SCOTT (eds.), *Byzantium and the Classical Tradition*, Birmingham, 1981, págs. 61-74.
- E. STEIN, *Geschichte des spätromischen Reiches I: Vom römischen zum byzantinischen Staate, 284-476*, Viena, 1928.
- , *Histoire du Bas-Empire II: De la disparition de l'Empire d'Occident à la mort de Justinien, 476-565*, publ. por J. R. PALLANQUE, Paris-Bruselas-Amsterdam, 1949.

LIBRO I
(GUERRA PERSA I)

SINOPSIS

1. Propósito y utilidad de la obra. La admiración infundada que algunos profesan a la antigüedad. El ejemplo de los actuales arqueros y su maestría en el manejo del arco.—2. Arcadio, antes de morir, pone a su hijo Teodosio bajo la tutela del rey persa Isdirgerdes. Tras morir éste, Vararanes, el nuevo rey, invade el territorio romano sin causar ningún estrago.—3. Guerra del rey persa Peroces contra los hunos blancos o eptalitas. Los persas caen en una emboscada y el jefe de los hunos les ofrece la salvación si Peroces se arrodilla ante él. El persa evita esta deshonra siguiendo el astuto consejo de los magos.—4. Peroces, no mucho tiempo después, invade la tierra de los eptalitas para vengarse. Éstos derrotan a los persas valiéndose de una estratagema. Mueren Peroces y sus hijos, a excepción de Cabades, quien por su juventud se quedó en su patria. Historia de la valiosísima perla que lucía Peroces, del tiburón y del pescador que la consiguió. Los persas quedan sujetos al pago de un tributo a los eptalitas durante dos años.—5. Cabades, ya rey, introduce en el régimen algunos cambios que no agradan al pueblo, uno de lo cuales era la comunidad de mujeres. Destronan a Cabades y eligen a Blases. Cabades es encarcelado en el Castillo del Olvido. En relación con este lugar, se narra el enfrentamiento bélico entre persas y armenios, el caso del armenio Arsaces y las prácticas de los magos persas.—6. Continúa la historia de Cabades. Su liberación y su matrimonio con la hija del rey de los eptalitas. Con un ejército de este pueblo marcha contra los per-

sas y se hace de nuevo con el trono.—7. Cabades le pide dinero prestado al emperador Anastasio y, como éste se lo niega, el persa invade la Armenia romana. Historia de Jacobo. El asedio de la ciudad de Amida y su conquista.—8. El ejército enviado por el emperador Anastasio y la derrota en la lucha con los persas.—9. Otro ejército romano le pone cerco a Amida. Los amidenos resisten casi sin provisiones, aunque hacen creer lo contrario a los sitiadores. Muere el persa Giones con otros doscientos soldados en una emboscada que planeó un campesino. Al final, los romanos recuperan Amida comprándosela a los persas por mil libras de oro. Se firma una paz entre uno y otro pueblo que duró siete años.—10. Las Puertas Caspias. Nísibis y Daras.—11. Justino emperador. El persa Cabades le propone a Justino que adopte a su hijo preferido, Cosroes. El cuestor Proclo se opone. Las embajadas romana y persa se reúnen para tratar sobre la cuestión pero no llegan a un acuerdo.—12. Los iberos del Cáucaso. Cabades intenta someterlos pero ellos se pasan a las filas romanas. Los romanos, bajo el mando de Sitas y Belisario, invaden Persarmenia y son vencidos. Belisario en Daras. Procopio es nombrado consejero suyo.—13. Muere Justino. Justiniano emperador. La plaza fuerte de Minduos. Belisario general de Oriente. La batalla de Daras. Descripción de cómo formaron ambos ejércitos. Las hazañas de Andreas. Ambos ejércitos se retiran.—14. Intercambio de cartas. Oferta de paz romana y negativa persa. Arenga de los generales a sus respectivos ejércitos. Estrategia persa. El combate y la derrota de los bárbaros.—15. Cabades envía otro ejército a la armenia bizantina. Nueva derrota persa. Los tzanos sometidos al emperador de Bizancio. La mina de oro del rey persa en Farangio. Narsés, Aracio e Isaac se pasan a los romanos.—16. Proposición de paz del embajador Rufino y respuesta de Cabades.—17. Los persas invaden el territorio romano. Digresión sobre el porqué del nombre de Mesopotamia. El Tigris, el Eufrates y los templos de Ártemis construidos por Orestes. Se prosigue con el relato anterior. Alamundaro, rey de los sarracenos, aconseja a Cabades. El genio bélico de Alamundaro. Justiniano pone a Aretas al frente de la mayoría de los sarracenos.—18. Los persas invaden el territorio

romano desde Comagena. Belisario les sale al encuentro. Los persas se retiran. Era la festividad de la pascua cristiana. Los soldados romanos quieren atacarlos pero Belisario intenta disuadirlos. Aquellos lo llaman cobarde y él cede a sus pretensiones. En la batalla que se entabla, enfrente de la ciudad de Calinico, los persas superan a los romanos en una victoria «pírrica». Los persas se retiran a su patria y Belisario con los supervivientes alcanza Calinico. Azaretes llega a Persia. La costumbre de las flechas y las canastas. El rey castiga a Azaretes por aquella victoria conseguida a cambio de tantos hombres.—19. Justiniano pretende aliarse a los etíopes y homeritas. Descripción de las costas del golfo Árábigo (también llamado por Procopio Mar Rojo). Abocárabo y los sarracenos. El mar y las naves que lo surcan. Los blemies y nobatas, pueblos que habitan la zona del Nilo, y sus relaciones con los romanos.—20. Los etíopes y homeritas, y sus reyes. Justiniano pretende hacer alianza con ambos pueblos para conseguir la seda sin comprarla a los persas y para tenerlos en jaque por medio de la acción de estos aliados. Ninguna de las dos cosas se logra.—21. El emperador llama a Belisario para realizar la campaña contra los vándalos. Sitas ocupa su lugar en oriente. Los persas asedian Martirópolis y Justiniano recurre a un engaño por medio de un espía persa. Entretanto muere Cabades y Cosroes es nombrado rey gracias a la intervención de Mebodes. Los persas aceptan la propuesta romana y levantan el cerco de Martirópolis.—22. Cosroes acepta la paz a condición de que se le entreguen ciertas plazas y una gran cantidad de oro. El embajador Rufino marcha a Bizancio para consultar a Justiniano acerca de estas demandas. El emperador da el visto bueno, pero luego se arrepiente y se niega a dejar en manos persas las fortalezas de Lácica. Cosroes se opone por ello al tratado, pero deja marchar a Rufino con el dinero que le había pagado poco antes al rey persa. Tras ser acusado Rufino ante el emperador y quedar libre de sospechas, él y Hermógenes se presentan de nuevo en embajada ante Cosroes y se firma el tratado de «paz indefinida», bajo la condición de que ambas partes se devuelvan mutuamente las posesiones arrebatadas en la guerra.—23. Tiempo después, sus propio súbditos conspiran contra ambos gobernantes. Algunos no-

bles persas intentan destronar a Cosroes y poner en su lugar a Cabades, el hijo de Zames. Cosroes se entera y acaba con el complot, pero a Cabades, todavía niño, no logra matarlo porque Adergudumbades lo engaña. El plan de Cosroes para vengarse de Adergudumbades. La condena a muerte de Mebodes y la costumbre del trípode.—24. La sedición «Nika». Las facciones y la revuelta popular. Los abusos de Juan de Capadocia y de Triboniano. La plebe proclama emperador a Hipacio. Los discursos de Orígenes y de la emperatriz Teodora. Belisario aplasta la sedición a sangre y fuego.—25. Triboniano y Juan son restituidos en sus cargos. El comportamiento de ambos. La animadversión de Teodora hacia Juan y las intrigas de éste contra ella. Belisario, reclamado por el emperador para dirigir la expedición contra los persas, vuelve a Bizancio en compañía de Antonina. La envidia y el odio de Juan. Las intrigas de Antonina contra éste. Juan es destituido del cargo de prefecto y, contra su voluntad, lo hacen presbítero en Cícico, donde vivirá sin renunciar a su libertinaje. El descontento de los ciudadanos de Cícico. El caso del obispo Eusebio. Encarcelamiento de Juan.—26. Belisario es nombrado de nuevo general de Oriente y se apodera de Libia. Cosroes exige una parte del botín. En Daras se alza como usurpador un soldado llamado Juan. Días después, otros soldados lo cogen prisionero y, finalmente, para evitar disturbios lo matan.

Procopio de Cesarea¹ puso por escrito las guerras que Justiniano, el emperador de los romanos², llevó a cabo contra los bárbaros de Oriente y Occidente, recogiendo cómo vinieron a desarrollarse los acontecimientos en cada una de ellas, para que³ el largo curso de los siglos no reduzca a la nada los hechos sobresalientes, por estar faltos de un relato, ni los abandone al olvido, ni los deje desvanecerse del todo. Y es justo el recuerdo de tales hechos lo que consideró que sería algo importante y sumamente provechoso para los hombres de hoy y para los del futuro⁴, por si acaso el tiempo los pusiera de nuevo en un trance similar. Pues a los que vayan a entrar en guerra o se dispongan a combatir en cualquier otra circunstancia algún beneficio puede depararles la exposición de un episodio histórico⁵ parecido, que les revele

¹ *Prokópios Kaisareùs toùs polémous xynégrapsen... hōs...*: cf. TUCÍDIDES, I 1, 1 (*Thoukydídēs Athēnaíos xynégrapse tòn pólemon... hōs...*).

² Recordemos que al emperador en Bizancio se le llamaba *basileùs Rhōmatōn*: cf., por ejemplo, SINESIO, *Sobre la realeza* 15d («Imperio Romano» era el Estado bizantino: *ibid.* 16a).

³ *Hōs mē érga hypermegéthē ho mégas aiōn... exitēla thētai*: cf. HERÓDOTO, *Proemio* (*hōs méte tā genómēna ... tōi chrónōi exitēla génētai... méte érga megála*).

⁴ De nuevo la historia como *ktēma es aiei*, «una posesión para siempre»: cf. TUCÍDIDES I 22, 4.

⁵ *Hē... historías epídeixis*: cf., de nuevo, HERÓDOTO, *Proemio* (*historiēs apódexis*).

cuál vino a ser para anteriores generaciones el resultado de una contienda semejante y les haga adivinar, al menos a los más avisados, qué final probable tendrán los incidentes que ellos estén viviendo. Además el autor sabía bien que estaba más capacitado que nadie para escribir sobre esto, y no por ninguna otra razón sino porque, al haber sido nombrado consejero⁶ del general Belisario, le tocó estar presente en casi todos los hechos. Entendía él, por otra parte, que a la oratoria le corresponde el rigor, a la poesía las invenciones fantásticas y a la obra histórica la verdad⁷. Por eso, desde luego, no trató de encubrir las acciones más desafortunadas ni siquiera de ninguna de las personas muy cercanas a él, sino que escribió con exactitud cada una de las cosas que les sucedieron a todos, tanto si lo que pasó fue que obraron bien, como si fue de otra manera.

Nada más importante ni más intenso que lo ocurrido en estas guerras se le pondrá nunca ante los ojos a nadie que quiera, al menos, presentar pruebas fundadas en la verdad. Y es que tuvieron lugar en ellas los hechos más admirables de todos los que conocemos de oídas, a menos que quien los esté leyendo conceda la preeminencia a la antigüedad y considere lo contemporáneo indigno de admiración. El caso es, por ejemplo, que algunos a los soldados de hoy en día los llaman «arqueros», mientras que «luchadores de cerca»⁸, «guerreros con escudo»⁹ y otros por el estilo son los nombres que les gusta asignar a los más antiguos, y creen que aquel valor de entonces no ha llegado a estos tiempos,

⁶ Procopio fue nombrado *xýmboulos*, «consejero» o «asesor» de Belisario: cf. también I 12, 24 (*hypographeús*, «secretario», lo llama *Suda*, s. v. *Prokópios*).

⁷ Cf., otra vez, la afinidad de ideas con TUCÍDIDES I 22, 4.

⁸ *Anchemáchous*: cf. *Iliada* XIII 5; HesíODO, *Escudo* 25.

⁹ *Aspidiótas*: cf. *Iliada* II 554; XVI 167.

formándose, así, una opinión al respecto que es fruto de su desinterés y que está muy alejada de la experiencia. Y es 9 que jamás se les ha ocurrido la idea de que quienes usaban el arco en Homero, que resultaban motejados con un nombre relativo a su habilidad con esta arma¹⁰, no disponían de caballo ni de lanza¹¹, ni estaban defendidos por un escudo, ni contaban con ninguna otra protección para su cuerpo, sino que entraban en combate a pie¹² y se veían forzados a ponerse a cubierto escogiendo para ello el escudo de algún compañero¹³ o apoyarse en una lápida sobre una tumba¹⁴, desde donde ni les era factible volver las espaldas derrota- 10 dos y salvarse ni caer sobre los enemigos cuando eran éstos los que huían. Y por supuesto tampoco podían sostener un combate en campo abierto sino que aparentaban estar siempre como robando algo propio de quienes estaban enzarzados en el choque. Y, prescindiendo de eso, ejercitaban esta 11 práctica de forma tan desmañada que sólo aproximaban la cuerda a la tetilla¹⁵ y, por tanto, la flecha que disparaban iría floja y naturalmente sería inocua para el blanco elegido¹⁶. Está claro que así, más o menos, era antes el tiro con arco.

¹⁰ DIOMEDES en *Ilíada* XI 385 le dice a Paris: «¡Arquero (*toxóta*), ultrajador, famoso por tu arco (*kérai aglaé*), mirón de jovencitas!» No obstante, la expresión *kérai aglaé* («famoso por tu arco») podía interpretarse (cf. ya Aristarco, y luego Sinesio y *Suda*) como «famoso por tu peinado o por tus rizos» (para este significado de *kéras*, cf. *keroplástēs*): cf. SINESIO, *Elogio de la calvicie* 84c.

¹¹ Cf. *Ilíada* V 192.

¹² Cf. *ibid.* V 204 s.

¹³ Cf. *ibid.* IV 112 s.; VIII 266 s.

¹⁴ Cf. *ibid.* XI 370 s.

¹⁵ Cf. *ibid.* IV 123.

¹⁶ Procopio escribe *tò bélos... kōphón te kai outidanón* modificando parcialmente el verso de *Ilíada* XI 390 (*kōphòn gār bélos andròs... outidanoío*).

12 Pero los arqueros de hoy día entran en combate armados
con coraza y con grebas bien ajustadas hasta la rodilla. De
su costado derecho van colgadas las flechas, y del otro la
13 espada. Hay quienes también llevan suspendida y sujeta al
cuerpo una lanza y sobre cada hombro una especie de escu-
do pequeño sin brazal, apto para cubrir la zona de la cara y
14 del cuello. Montan a caballo perfectamente y, hasta cuando
van a galope tendido, son capaces de tensar sin dificultad
sus arcos hacia uno y otro lado y dispararles a los enemigos
15 tanto en una persecución como en una huida. Tiran de la
cuerda y la traen a lo largo de la frente justo hasta la oreja
derecha, con lo que le dan a la flecha tanta fuerza que matan
a quien entonces se ponga delante, sin que ni siquiera un es-
cudo ni una coraza sirva de algo para contrarrestar el impul-
16 so. Hay también quienes, no teniendo en cuenta nada de to-
do esto, rinden culto y admiración a los tiempos antiguos y
no les dan importancia a los adelantos que se inventan. Pero
tampoco nada de esto impedirá reconocer que los hechos
más grandes y memorables fueron los ocurridos en estas gue-
17 rras. Y comenzando primero por los precedentes inmedia-
tos, se narrarán los fracasos y los triunfos acaecidos a roma-
nos y medos¹⁷ en sus enfrentamientos bélicos.

2 Cuando ya Arcadio, el emperador romano, estaba a pun-
to de morir en Bizancio (y con un hijo, Teodosio¹⁸, que aún
permanecía bajo los cuidados de su nodriza), seguía indeci-
so con respecto a su hijo y al imperio, sin saber en absoluto
2 cómo dejar resueltas ambas cuestiones. Y es que se le vino a

¹⁷ *Médois*: el término «medos» equivale a «persas» (cf. ya HERÓDOTO, V 77, 3; etc.). El imperio de los medos fue anexionado por el persa Ciro II el Grande en la segunda mitad del siglo VI a. C.

¹⁸ Por supuesto, Teodosio II (401-450), que accedió al trono a la muerte de su padre Arcadio en el 408, siendo por tanto todavía un niño, con Antemio (prefecto del pretorio) como regente hasta el 414.

la cabeza un pensamiento: si le procuraba a Teodosio alguien con quien compartir el gobierno, sería de hecho como acabar con su propio hijo, poniendo a su lado a un enemigo revestido del poder imperial; y si lo sentaba solo en el trono, muchos intentarían subir a él y hacerse con la soberanía, aprovechándose lógicamente de esa soledad de su hijo, y se sublevarían para alzarse como usurpadores¹⁹ sin ningún esfuerzo, tras quitar de en medio a Teodosio, dado que éste no tendría en Bizancio a ningún pariente²⁰ que pudiera ser su tutor. Pues que su tío Honorio²¹ viniera en su ayuda, eso era algo que Arcadio no esperaba en absoluto, estando como estaba ya tan mal la situación en Italia. Y no menos lo inquietaba el problema de los persas, porque su miedo era que estos bárbaros, abusando de la corta edad del emperador para atropellarlo, cometieran contra los romanos acciones irreparables. Hundido Arcadio en esta irresolución, y aunque no se había mostrado talentoso por lo general en otras cuestiones, traza un plan válido para preservar fácilmente a su hijo y el imperio, ya fuera por haber consultado a alguno de los muchos expertos que suelen asesorar al emperador, o ya por haber tenido como una inspiración divina. Y fue así que, al disponer las cláusulas de su testamento, nombró a su hijo sucesor al trono, pero le puso como tutor a Isdigerdes, el rey persa, a quien encargó en su testamento con gran interés que conservara el imperio para Teodosio haciendo uso de todo su poder y previsión. De este modo, Arcadio murió tras ha-

¹⁹ Para este valor de *tyrannô* cf. el término *týrannos* en I 24, 44.

²⁰ Su hermana Pulqueria (no mencionada por Procopio) compartió de hecho el poder con Teodosio II (a porfia con su esposa Eudoxia) desde el 414 hasta el 450, año de la muerte del emperador, y siguió gobernando bajo el imperio nominal de su esposo Marciano.

²¹ El emperador de Occidente, hermano de Arcadio e hijo de Teodosio I.

ber arreglado los asuntos del imperio y los suyos particulares. Por su parte, Isdigerdes, el rey persa, cuando vio el escrito que le habían presentado, aun siendo ya de antes un personaje de lo más célebre por su carácter magnánimo, dio ejemplo también entonces de una valía personal digna de admiración y recuerdo. En efecto, no se mostró desconsiderado con el encargo que le confió Arcadio y, continuando con la práctica de una paz ininterrumpida con los romanos durante todo el tiempo, le conservó el imperio a Teodosio. Así pues, escribió de inmediato una carta al senado romano en la que no rehusaba la tutela que se le había encomendado del emperador Teodosio, al tiempo que amenazaba con la guerra a quien intentara conspirar contra aquél.

11 Cuando ya Teodosio se había hecho un hombre y había alcanzado la edad viril, y a Isdigerdes una enfermedad lo había quitado del mundo, invadió el territorio romano Vararanes, el rey persa, con un gran ejército²², pero no causó ningún estrago, sino que regresó a su patria sin haber conseguido nada; y ocurrió de la siguiente manera. Coincidió que el emperador Teodosio había enviado a Anatolio, general de las tropas de Oriente, como embajador en solitario ante los persas. Éste, cuando ya se encontraba muy cerca del ejército 12 medo, bajó de un salto del caballo, solo como estaba, y avanzó a pie hacia Vararanes. Al verlo, Vararanes les preguntó a 13 los que estaban a su lado quién era el que venía hacia él y ellos le dijeron que era el general de los romanos. El caso fue que, abrumado por aquella exagerada muestra de respeto, el propio rey volvió grupas y desanduvo el camino, y 14 todo el contingente persa lo siguió. Una vez que se halló en su propio territorio, se entrevistó con el embajador de forma 15 muy amable y concertó la paz en los términos en que se la

²² Era el año 441 d. C.

pidió Anatolio, con la condición, no obstante, de que ninguno de los dos construyera ninguna nueva fortificación en la zona de sus dominios limítrofe con la del vecino. Cuando ya firmaron el acuerdo, cada uno continuó llevando sus asuntos internos como quiso.

Algún tiempo después Peroces, el rey persa²³, movió guerra contra el pueblo de los hunos eptalitas²⁴, a los que llaman «blancos», por los límites de sus territorios y tras reunir un ejército considerable marchó contra ellos. Los eptalitas son hunos de raza y también de nombre, sin embargo no se mezclan ni frecuentan a ningún otro grupo de los hunos que nosotros conocemos, porque ni las tierras que ocupan lindan con las suyas ni habitan muy cerca de ellos, sino que viven al norte de Persia y, de hecho, su ciudad, llamada Gorgo, se encuentra junto a la propia frontera persa, y es allí donde suelen luchar unos contra otros por los límites de sus territorios. Y es que no son nómadas, como los otros pueblos hunos, sino que de antiguo están asentados en unas tierras que son buenas. He ahí la causa de que nunca hayan realizado ninguna incursión en territorio romano, salvo en compañía del ejército medo. De todos los hunos sólo ellos tienen piel blanca y un aspecto que no es feo²⁵. Y desde luego ni su género de vida es el mismo, ni llevan una existencia propia de animales como la de aquéllos. Por el con-

²³ Peroces (Peroz o Firuz) fue rey entre los años 459 y 484.

²⁴ En efecto, los eptalitas, eptalitas o heftalitas (en nuestro texto *epthalítai*, término derivado, al parecer, de un jefe o rey llamado Heftal) reciben también en otros textos el nombre de «hunos blancos», aunque su relación con los hunos propiamente dichos es dudosa. Las crónicas chinas los mencionan y los sitúan al norte de la Gran Muralla. En los siglos v y vi invadieron Persia y la India.

²⁵ Hay que recordar que los hunos practicaban la costumbre ritual de herirse la cara para que las cicatrices acentuaran también la ferocidad de su aspecto: cf. SINESIO, *Sobre la realeza*, 17a.

trario, son gobernados por un único rey y, como su régimen está sujeto a la legalidad, las relaciones entre ellos y con sus vecinos las establecen de acuerdo con el derecho y la justicia, igual que los romanos y los persas. Y otra cosa: los que son ricos estrechan lazos de compañerismo hasta con unos veinte amigos o incluso más, si llega el caso, y éstos se convierten en comensales suyos para siempre y comparten todos sus bienes, existiendo así entre ellos una especie de derecho común al respecto. Y cuando ocurre que alguno de los compañeros muere, es costumbre que a esos otros se les meta vivos en la tumba con él.

8 En su marcha contra estos eptalitas, Peroces iba acompañado de un embajador que coincidía que había sido enviado a su presencia por el emperador Zenón²⁶. Su nombre era Eusebio. Los eptalitas les hicieron a sus enemigos creer que ellos habían emprendido la huida atemorizados por su ataque y corrieron hacia un lugar que estaba totalmente rodeado por unas montañas escarpadas, cubiertas por una gran espesura de árboles muy frondosos. Y cuando uno penetraba hasta lo más profundo, se dejaba ver, allí en medio, como un camino ancho que se extendía muy lejos, pero que al final no tenía salida, sino que terminaba justo en el propio círculo que describían las montañas. Pues bien, Peroces, sin haber reparado en la amenaza de una emboscada y sin percatarse de que estaba avanzando por un territorio hostil, se lanzó a perseguirlos incautamente. Un pequeño grupo de hunos iba huyendo delante, pero sus fuerzas más numerosas, escondiéndose gracias a la escabrosidad del terreno, se situaron a la espalda del ejército enemigo, pero con la intención de no hacerse visibles, para que así aquéllos cayeran en la celada al quedarse en lo más profundo de las montañas

²⁶ Emperador de Oriente entre el 474 y el 491.

sin posibilidad de volver atrás. Cuando los persas se dieron cuenta de esto (porque realmente comenzaron ya a notar el peligro), mantuvieron silencio acerca de lo que estaba pasando por miedo a Peroces, si bien se pusieron a rogar con insistencia a Eusebio que aconsejara al rey, tan ajeno como estaba de su propia ruina, que entrara en razón, mejor que mostrar una audacia innecesaria, y que se las ingeniara, como fuese, para salir sanos y salvos. Y él se presentó ante Peroces, pero no le reveló en absoluto el desastre que se avecinaba, sino que, empezando con una fábula, le contó que había una vez un león que vino a dar con un macho cabrío que había sido atado y balaba sobre un lugar no muy elevado, y que el león, ansioso de darse un banquete, saltó sobre él para agarrarlo pero cayó en una zanja profundísima que se reducía a una vereda circular y estrecha, que no acababa nunca (porque no tenía ninguna salida) y que con mucho ingenio habían hecho así adrede los dueños del macho cabrío para poner en la parte superior de la zanja al animal y entrapar al león. Cuando Peroces escuchó esto, le entró miedo de que acaso ellos hubieran emprendido la persecución de los enemigos en perjuicio propio, de modo que no siguió avanzando, sino que se detuvo donde estaba y se puso a examinar la situación. Los hunos ya iban tras ellos sin ocultarse, después de haber colocado vigilantes a la entrada del lugar para que los enemigos no tuvieran ya posibilidad de retroceder. Y los persas, que entonces se dieron cuenta con claridad del aprieto en que estaban, entendían que era catastrófica su situación y que no tenían ninguna esperanza de escapar a la postre del peligro. En aquel momento, el rey de los eptalitas envió a presencia de Peroces a algunos guerreros del grupo que iba persiguiéndolo y por mediación de ellos le reprochó una y mil veces su alocada temeridad, que habría causado su propia destrucción y la del pueblo persa

sin honra alguna; pero, por otro lado, le indicaba que, así y todo, los hunos les ofrecerían la salvación, siempre y cuando Peroces consintiera en arrodillarse²⁷ ante él, como ante su señor que era y que continuaría siendo, y con sus juramentos tradicionales²⁸ le diera garantías de que los persas nunca más conducirían su ejército contra el pueblo de los eptalitas. Tras escuchar esto Peroces, les pidió consejo a los magos²⁹ que estaban con él, preguntándoles si debía hacer lo indicado por los enemigos. Los magos le respondieron que, en cuanto al juramento, procediera según su propio parecer y que, respecto a la otra cuestión, se valiera de la astucia para buscarle las vueltas al enemigo; que los persas, añadieron, tenían costumbre de arrodillarse cada día ante el sol naciente³⁰ y, por tanto, él debía aguardar el momento exacto para encontrarse al amanecer con el soberano de los eptalitas y, vuelto hacia el sol mientras el astro ascendía, arrodillarse: de esta manera podría evitar en el futuro la deshonra de tal acción. Así pues, Peroces le dio a su enemi-

²⁷ *Proskyneîn*: la *proskýnēsis* o «adoración de rodillas» era la muestra de respeto típicamente practicada ante los reyes-dioses orientales, en especial ante el Gran Rey persa (cf., por ejemplo, PLUTARCO, *Alejandro* 54).

²⁸ Cf. I 4, 9.

²⁹ Los *mágoi* eran en origen los miembros de una de las tribus o linajes medos (cf. HERÓDOTO, I 101). Ejercían funciones sacerdotales y, por tanto, se encargaban de los sacrificios (HERÓDOTO, I 132, 3) y, dado que estaban instruidos en las doctrinas astronómicas y astrológicas, se les consideraba poseedores de conocimientos secretos y ciencias ocultas: cf. el relato de PROCOPIO más abajo (I 5, 19 ss.); y, en general, AMIANO MARCELINO, XXIII 6, 32 ss.

³⁰ Recuérdesse que la religión de Mitra (en origen un dios de los contratos y de la luz) se relacionó estrechamente con el culto solar. De ahí que el nacimiento de esta divinidad se festejara el día del solsticio hiemal, el 25 de diciembre (*Natalis Solis Invicti*, instituido como tal por el emperador Aureliano en Roma), fecha luego escogida, desde finales del s. III o principios del IV, para celebrar la natividad de Jesús.

go las garantías relativas a la paz y se arrodilló ante él del modo como le sugirieron hacerlo los magos, y con todo el ejército de los medos sano y salvo se retiró contento a su patria.

Pero no mucho tiempo después, sin importarle los juramentos que había pronunciado, resolvió vengarse de los hunos por aquella ofensa. Reunió para ello de inmediato a todos los persas de todo el territorio, y también a sus aliados, y los condujo contra los eptalitas. A uno sólo de sus hijos, de nombre Cabades, lo dejó tras él (pues coincidía que en aquel entonces estaba en los años de la pubertad), pero a todos los demás, unos treinta, los llevó consigo. Los eptalitas, al enterarse de que Peroces los invadía, se disgustaron por cómo los habían engañado los enemigos y le afearon a su rey el haber entregado todo lo suyo en manos de los medos. Y él, riéndose, les preguntó que cuál de sus cosas había entregado, si la tierra o las armas o cualquier otro de sus bienes. Ellos le contestaron que nada de eso, salvo, por supuesto, la mera oportunidad³¹, que resulta ser aquello de lo que todo lo demás depende. Así pues, insistían con todo su empeño en salir al encuentro de los atacantes; pero el soberano, al menos en aquel momento, los frenaba. Y es que sostenía él que aún no les quedaba nada claro lo de la invasión, porque el caso era que los persas aún estaban en su propio territorio. De modo que permaneció allí mismo e hizo lo siguiente. En la llanura en la que los persas tenían intención de lanzarse contra las posesiones de los eptalitas dividió un trecho grande y extensísimo y cavó un foso profundo y de bastante anchura, dejando en mitad del trayecto

³¹ El término griego es *kairós*, el momento justo o crítico (cf. II 2, 11). Esta idea, por otra parte, está ampliamente atestiguada en la literatura griega.

una pequeña porción de terreno intacta³², suficiente para el
8 paso de diez caballos. Puso cañas sobre el foso y encima de
las cañas amontonó tierra, para de esta forma ocultarlo todo
por arriba. Luego les encargó a las tropas hunas que, cuando
fueran a batirse en retirada desde aquel lugar, formaran en
orden compacto de pocas filas y pasaran lentamente por esa
9 porción de terreno firme, con cuidado de no caer en la parte
excavada. Y de lo alto de la enseña real colgaron la sal³³,
por la que Peroces tiempo atrás hizo aquel juramento que
ahora quebrantaba al dirigir su ejército contra los hunos.
10 Pues bien, mientras las noticias fueron que los enemigos
estaban en su propio territorio, permaneció quieto, pero cuan-
do supo por sus exploradores que aquéllos habían alcanzado
la ciudad de Gorgo, que coincide que está lindando con sue-
lo persa³⁴, y que de allí habían partido para encaminarse ya
contra ellos, se quedó con el grueso de su ejército en la parte
de acá del foso y envió a un pequeño grupo con la orden de
ofrecerse a la vista de los enemigos desde muy lejos en la
llanura y, en cuanto aquéllos los vieran, salir huyendo a ga-
lope, pero recordando su encargo acerca de la zanja para
11 cuando ya llegaran a sus inmediaciones. Así lo hicieron, y
cuando estuvieron muy cerca del foso, cruzaron todos for-
mados en orden compacto de pocas filas y se unieron al
12 resto del ejército. Los persas, sin saber que eran víctimas de
una trampa, se pusieron a perseguirlos a galope por aquella
planicie bastante llana, dominados por su gran furia contra
los enemigos, de tal manera que cayeron en el foso todos,

³² Es decir, sin cavar. El foso cruzaba el campo todo a lo largo y esta pequeña porción de terreno servía como un puente sobre la excavación.

³³ Como símbolo, diríamos, universal del vínculo de hospitalidad y de amistad: cf. ARQUÍLOCO, *Fr.* 95 DIEIII. (34 ADRADOS); HELIODORO, *Etiópicas* VI 2, 2; etc.

³⁴ Cf. I 3, 2.

no sólo los primeros sino incluso quienes los seguían en re- 13
taguardia. Y es que, como la persecución la hacían con tanta
furia, según se ha dicho, no se dieron cuenta en absoluto del
desastre que les había sucedido a los que iban delante, y les
cayeron encima con caballos y lanzas y, naturalmente, los
mataron y también ellos mismos en no menor medida se
sumaron a aquel estrago. Entre ellos estaba también Peroces 14
con todos sus hijos. Y, justo en el momento en que ya iba a
caer en ese hoyo, aseguran que se dio cuenta del peligro y,
quitándose aquella perla blanquísima y muy valiosa por su
extraordinario tamaño que tenía colgada de su oreja dere-
cha, la tiró, sin duda para que nadie pudiera llevarla en el
futuro, porque era digna de que la contemplaran como algo
portentoso, cual nunca antes había poseído ningún rey. Pero
yo no me creo esto que cuentan, pues quien se viera en me- 15
dio de un desastre tan grande, no se preocuparía de ninguna
otra cosa; más bien sospecho que su oreja quedó destrozada
en aquel suceso y la perla desapareció por algún sitio. Lo 16
cierto es que el emperador de los romanos puso interés en
comprársela a los eptalitas, pero no hubo forma de conse-
guirla, y es que los bárbaros no pudieron encontrarla a pesar
de haberla buscado con mucho empeño. No obstante, asegu-
ran que unos eptalitas la hallaron más tarde y se la vendie-
ron a Cabades.

Todo lo que los persas cuentan acerca de esta perla vale 17
la pena referirlo, porque puede que a alguien no le parezca
totalmente increíble el relato. Cuentan, en efecto, los persas 18
que esa perla estaba en su ostra³⁵ en el mar de los persas³⁶ y
que la ostra iba nadando no muy lejos de la costa; sus dos

³⁵ Con más propiedad traduciríamos «madreperla», abundante en el Índico y el Mar Rojo.

³⁶ En el Golfo Pérsico.

valvas estaban abiertas y en medio se encontraba la perla, un espectáculo realmente indescriptible. Y es que en toda la historia no hubo otra que se la pudiera comparar ni en tamaño ni en belleza. Entonces, un tiburón³⁷ monstruoso y terriblemente feroz se enamoró³⁸ de aquella visión y fue siguiendo su estela, sin dejarla ni de noche ni de día. Incluso cada vez que el instinto lo forzaba a ocuparse de su propia alimentación, buscaba por allí alrededor algo comestible y, cuando lo encontraba, de un bocado se lo comía a toda prisa para dar alcance de inmediato a la ostra y de nuevo saciarse de aquella visión amada. Aseguran también que un día un pescador³⁹ observó lo que estaba pasando, pero por temor al animal se arredró ante el peligro y fue a contárselo todo al rey Peroces; y que, cuando Peroces lo escuchó, le entraron unas ganas enormes de conseguir la perla y animó al pescador con sus continuos halagos y con la esperanza de una gratificación. Y dicen que éste, incapaz de oponerse a la petición de su señor, le dirigió a Peroces las siguientes palabras: «Señor, deseable es para un hombre el dinero y más deseable es la vida, pero desde luego lo máspreciado de todo, los hijos. El amor que por naturaleza se les tiene es el que obliga a que uno quizá pueda atreverse a cualquier cosa. Así pues, yo espero poner a prueba al animal y hacerle a usted⁴⁰ dueño de la perla. Y en caso de vencer en este com-

³⁷ Así traducimos el *kyina thalássion* del texto, «pez perro», en general «escualo»: cf. *Od.* XII 96; ARISTÓTELES, *Hist. anim.* 566a 31; OPIANO, *Hal.* I 373.

³⁸ *Erastén...* *genómenon* en el original. El detalle es característico del relato popular.

³⁹ Con el término «pescador» traduciremos los originales *gripeús* (I 4, 20), *aspalieús* (I 4, 21) y *sagēneutés* (el que pesca con la *sagēnē*, «red barrera o jábega»: I 4, 29).

⁴⁰ Empleo en todo este contexto pronombres de tratamiento para subrayar el respeto del humilde pescador al rey persa.

bate, es evidente que quedará catalogado entre aquéllos a los que aquí llaman dichosos, porque no deja de ser natural que usted, el Rey de Reyes⁴¹, me obsequie con toda clase de bienes; pero me bastará, aun en el supuesto de no llevarme ninguna recompensa, con haber rendido un servicio a mi señor. Y si está escrito que yo sea víctima de ese animal, cosa 25
suya será, majestad, resarcir a mis hijos por la muerte de su padre. De este modo, incluso ya muerto, estaré yo ganando 26
mi jornal entre los seres a los que más obligado me siento, y usted obtendrá mayor fama de virtuoso. Pues, ayudando a mis hijos, me estará haciendo un bien a mí, que no podré, de ningún modo, darle las gracias por su buena acción. Y la única generosidad que puede ser auténticamente acendrada es ésa que se le muestra a los difuntos.» Después de decir esto, se marchó. Y cuando llegó al lugar por donde la ostra 27
solía ir nadando con el tiburón detrás, se sentó allí sobre una piedra y se puso a aguardar el momento oportuno en el que pudiera coger la perla sola sin su enamorado⁴². Y en el pre- 28
ciso instante en que el tiburón vino a encontrar uno de esos bocados apetecibles y se hallaba entretenido con esto, el pescador, dejando en la costa a los asistentes que le habían

⁴¹ El «Rey» (*basileús* o *ho basileús*: HERÓDOTO, I 132, 2; VII 174, etc.) por antonomasia, el «Gran Rey» (*basileús ho mégas*: HERÓDOTO I 188, 1, etc.) o el «Rey de Reyes» (*ho basiléōn basileús*), como en nuestro texto (y en inscripciones conservadas), fue siempre el rey de Persia, desde los Aqueménidas a los Sasánidas (e incluso hasta el siglo xx con el *sha*). También consta el título «Reina de Reinas», por ejemplo para Atosa, mujer de Darío I y madre de Jerjes I. El «Gran Rey» está, por tanto, por encima de los otros reyes que formaban la clase más alta de la sociedad persa: la expresión «los reyes sometidos al Gran Rey» de ESQUIO, *Persas* 24, es muy explícita (compárese el *basileuótatos*, «rey supremo», referido al Atrida Agamenón en *Iliada* IX 69; o *hoi megáloi basilēs*, los dos Atridas, Agamenón y Menelao, en SÓFOCLES, *Ayax* 189).

⁴² *Toú erastou*: cf. n. 38.

seguido, se tiró con todas sus ganas derecho a la ostra; y ya la había cogido y se apresuraba a salir a escape del agua, cuando el tiburón se dio cuenta y acudió en su ayuda. El pescador lo vio y, cuando estaba a punto de ser atrapado no lejos de la orilla, lanzó con todas sus fuerzas el botín hacia tierra firme y, enseguida, fue alcanzado y devorado. Los que se habían quedado en la costa cogieron la perla, se la llevaron al rey y le informaron de todo lo ocurrido. Y así, tal como aquí se ha expuesto, aseguran los persas que fueron los sucesos relativos a esta perla. Por mi parte, voy a volver ya al asunto que antes dejé.

De la manera arriba indicada sucumbió Peroces y el ejército persa en su totalidad⁴³. Pues si hubo alguno que, por lo que fuera, no cayó en el foso, ése quedó a merced de los enemigos. Y a raíz de este incidente se instituyó con carácter de ley entre los medos lo de no perseguir nunca a nadie mientras estuvieran marchando por territorio hostil, ni siquiera en el caso de que a viva fuerza vinieran a poner en fuga a los enemigos. Por otro lado, los que permanecieron en su propio país sin acompañar a Peroces en esta campaña, eligieron rey a Cabades, el más joven de sus hijos y el único que entonces aún estaba vivo⁴⁴. En aquel tiempo los persas quedaron sometidos al pago de un tributo a los eptalitas, hasta que Cabades consolidó su autoridad de la manera más firme y ya no se resignó a entregarles el tributo anual. Estos bárbaros mantuvieron bajo su dominio a los persas durante dos años.

Luego, cuando Cabades se puso a ejercer su autoridad de forma más violenta, fue introduciendo novedades en el

⁴³ Es el año 484 d. C.

⁴⁴ Cf. I 4, 2. Cabades (Kavad I) reinó entre el 488 y el 531, aunque fue depuesto en el 496 para ocupar de nuevo el trono en el 498 ó 499 gracias a los eptalitas.

régimen y propuso como ley el que los persas practicaran la comunidad de mujeres⁴⁵, cosa que no agradó de ningún modo al pueblo. Por este motivo, en efecto, se sublevaron, le quitaron el poder, lo cargaron de cadenas y lo encerraron en la cárcel. Y eligieron rey a Blases, hermano de Peroces, dado que, como se ha dicho, ya no le quedaba a Peroces ningún descendiente varón y entre los persas no está permitido que un varón que sea de origen plebeyo acceda al trono, a menos que la familia real esté totalmente extinguida. Blases, una vez que recibió la soberanía, convocó a los nobles persas y se puso a pedirles consejo sobre qué hacer con Cabades, pues la mayoría no tenía voluntad de matarlo. Y después de expresarse muchas opiniones en uno y otro sentido, se adelantó entonces un persa de mucho prestigio llamado Gusanastades, con la graduación de «canaranges» (que podría ser entre los persas como general), que gobernaba en una provincia junto a la propia frontera del territorio persa, en una zona limítrofe con los eptalitas. Pues bien, mostrando su cuchillo (con el que los persas acostumbran a cortarse las uñas), que tenía como un dedo de largo y menos de la tercera parte de ancho, dijo: «Este cuchillo ya veis lo sumamente pequeño que es y, sin embargo, ahora mismo es

⁴⁵ Literalmente: «... que los persas se unieran (sexualmente) a las mujeres a discreción (de un modo comunitario).» Procopio sólo se hace eco de una de esas «novedades», que fue la comunidad de mujeres, si bien este rey, adepto del mazdakismo (nombre que deriva de su fundador Mazdak), se enfrentó al clero mazdeísta propugnando el reparto de tierras y la posesión en común de bienes y mujeres (lo que para éstas suponía de hecho una liberación). Más que el pueblo, fueron los nobles y los sacerdotes quienes lo depusieron (cf., en general, A. CHRISTENSEN, *L'Iran sous les Sassanides*, Copenhague, 1944²). Por otra parte, la comunidad de mujeres ya la documentaba HERÓDOTO (I 216, 1; IV 172, 2, y 180, 5) entre los maságetas y otros pueblos. Recuérdese, además, el consabido ejemplo de PLATÓN, *República* 449c y 457c s.

capaz de cumplir una misión que poco después, enteraos bien, amigos persas, no podrían llevar a cabo veinte mil hombres armados con sus corazas.» Esto lo dijo insinuando que, si no quitaban de en medio a Cabades, de seguir vivo, muy pronto les iba a causar problemas a los persas. Pero a un hombre, como era aquél, de sangre real decidieron por supuesto no matarlo, sino recluirlo en un castillo que acostumbra a llamar «del Olvido», porque en caso de que a alguien se le encierre allí, la ley prohíbe ya que se haga mención de él, y la muerte es el castigo prescrito para quien pronuncie su nombre; y de ahí esa denominación que recibió entre los persas. No obstante, cuenta la historia armenia que una sola vez esta ley relativa al Castillo del Olvido quedó sin vigor entre los persas. Y fue de la siguiente manera.

En cierta ocasión hubo una guerra sin tregua entre persas y armenios durante treinta y dos años, cuando Pacurio⁴⁶ era rey de los persas y Arsaces, uno de los Arsácidas⁴⁷, de los armenios. Y por prolongarse tanto esta guerra, sucedió que ambos pueblos se vieron en una situación absolutamente desastrosa, en especial los armenios. Pero, como la desconfianza mutua era enorme, ninguno consideraba la posi-

⁴⁶ El nombre del rey persa en el original es *Pakóúrtios*. Conocemos, también el nombre Pácoro (Arsaces XXV), lat. *Pacorus*, sobre todo por el célebre rey parto, enemigo declarado de los romanos, de finales del s. I y principios del II: cf. la n. siguiente.

⁴⁷ Es decir, de la dinastía parto de los Arsácidas, que se remontaba hasta Arsaces I (mediados del s. III a. C.), rey que dio su nombre a todos sus sucesores. Tras la guerra que enfrentó al parto Vologeses I (Arsaces XXIV) contra los romanos (del 54 al 63), los Arsácidas (el primero Tirídates, hermano de Vologeses I) reinaron en Armenia, como vasallos de Roma, hasta la época del emperador Trajano (entre el 115 y el 117). Posteriormente recobrarían su independencia para caer vencidos bajo el sásánida Ardashir I en el año 224. Varios reyes armenios, de sangre parto, llevaron también este nombre: cf. II 3, 32.

bilidad de proponerle la paz a su enemigo. En esto, coincidió que los persas entraron en guerra contra otros bárbaros que habitaban no lejos de los armenios. Éstos, deseosos de demostrarles a los persas su buena voluntad y sus pretensiones de paz, decidieron invadir el territorio de dichos bárbaros, tras habérselo previamente comunicado a los persas. Cayeron, pues, de improviso sobre aquéllos y los mataron a casi todos, del más joven al más viejo de los guerreros. Pacurio, muy satisfecho con lo ocurrido, envió a presencia de Arsaces a algunos de sus íntimos y, ofreciéndole las garantías de rigor, lo invitó a su corte. Y cuando Arsaces llegó ante él, le dispensó un trato muy cordial y además, como si fuera su hermano, se codeó con él, de igual a igual. Luego, hizo que Arsaces se comprometiera con los más tremendos juramentos y también él juró firmemente que persas y armenios serían para siempre amigos y aliados. Y ya a continuación lo despidió para que volviera a su patria.

No mucho tiempo después, algunos levantaron calumnias contra Arsaces acusándolo de que quería emprender acciones revolucionarias. Somsacado por ellos, Pacurio de nuevo lo mandó llamar, con la excusa de que estaba interesado en conversar con él sobre asuntos generales. Y Arsaces, sin demora, acudió a su presencia, llevando consigo a algunos de los más bravos guerreros armenios y entre ellos, además, a Basicio, que era general y consejero suyo porque sobresalía en valor y prudencia. Pues bien, nada más llegar, Pacurio no paró de reprocharles a ambos, a Arsaces y a Basicio, afeándoles el que hubieran faltado a sus juramentos y que ya tan pronto pensarán en la defección. Pero ellos lo negaban, jurando una y otra vez que nada de eso habían planeado. La primera medida, pues, que tomó Pacurio fue ponerlos bajo vigilancia, privándolos de sus derechos, pero luego consultó a los magos acerca de qué debía hacer con

ellos. Los magos juzgaban que de ningún modo se podía condenar a unas personas que lo negaban todo y cuya culpabilidad no había sido claramente demostrada, pero le sugirieron una idea para que Arsaces se viera obligado a delatarse abiertamente a sí mismo. Y fue que le encargaron cubrir el suelo de la tienda real con una capa de mantillo, de tierra persa para una mitad y de tierra armenia para la otra. Y así lo hizo el rey. Entonces, los magos, después de hechizar la tienda entera con unas fórmulas mágicas, le encargaron al rey que caminara por allí con Arsaces y que, al mismo tiempo, fuera echándole en cara el haber quebrantado los pactos y juramentos. Le advirtieron que ellos también debían asistir a la conversación para, de esta forma, ser testigos de todo lo que se dijera. Pacurio, en efecto, mandó llamar de inmediato a Arsaces y, a la par que iba y venía con él por el interior de la tienda, en presencia de los magos, se puso a preguntarle por qué había faltado a sus juramentos e intentaba, en consecuencia, afligir de nuevo a persas y armenios con daños irremediables. Arsaces, mientras estuvieron conversando en la parte donde se había echado el mantillo de tierra persa, lo negaba todo y, asegurándolo con los más tremendos juramentos, sostenía firmemente que él no era sino un siervo fiel de Pacurio. Pero cuando, todavía con la palabra en la boca, llegaba al centro de la tienda, donde pisaba sobre el mantillo de Armenia, una fuerza desconocida lo obligaba a transformar de repente ese lenguaje en otro más atrevido, y ya no paraba de amenazar a Pacurio y a los persas, prometiéndoles que se vengaría de ellos por esta insolencia tan pronto como le fuera posible convertirse en señor de sí mismo. Así hablaba, con la fanfarronería propia de un joven, mientras seguía andando por toda aquella parte de la tienda, hasta el momento en que daba la vuelta y de nuevo llegaba al mantillo de tierra persa. Justo entonces, «como

cantando una palinodia»⁴⁸, tornaba a ser otra vez un suplicante y se ponía a darle a Pacurio lastimosas explicaciones. Pero al pisar de nuevo el montón de tierra armenia, volvió a recurrir a las amenazas. Y después de ir y venir muchas veces de un lado a otro, no dejó oculto ni uno solo de sus secretos. Entonces, los magos lo condenaron ya por haber violado los pactos y juramentos. Pacurio mandó desollar a Basicio y, tras hacerse un saco con su piel, lo llenó entero de paja y lo colgó de un árbol muy alto⁴⁹. A Arsaces, sin embargo, como no había posibilidad de matarlo, por ser de sangre real, lo encerró en el Castillo del Olvido.

Algún tiempo después, un armenio que era muy amigo de Arsaces y que lo había seguido cuando marchó a territorio persa, participó en una campaña de los persas contra un pueblo bárbaro. Y al observar Pacurio lo ocurrido, que la bravura de este hombre en el combate había sido causa principalísima de la victoria persa, le permitió por sus méritos pedir lo que quisiera, asegurándole que, de su parte, en nada quedaría contrariado. Pero lo que él solicitó encarecidamente no fue otra cosa que estar sólo un día al servicio de Arsaces para lo que quisiera. Esto disgustó muchísimo al soberano, porque con ello se vería forzado a derogar una ley tan antigua. Así y todo, para cumplir cabalmente su palabra, consintió en atender su ruego. Y cuando, por orden del rey,

⁴⁸ La expresión (aquí, *hóspēr tinà palinōidían áidōn*; lat. *palinodiam canere*) es tradicional y se remonta a la *Palinodia* (o *Palinodias*, si fueron dos) de Estesícoro, poema en el que este autor se retractaba de haber censurado a Helena por su conducta: cf. PLATÓN, *Fedro* 243a s.; ISÓCRATES, *Elogio de Helena* 64.

⁴⁹ Aunque no conocemos con exactitud el porqué de este proceder, sabemos que desollar a los enemigos vencidos era práctica común, por ejemplo, entre los escitas, así como rellenar de paja a las víctimas humanas y animales en las ceremonias fúnebres en honor de los reyes escitas (HERÓDOTO, IV 64, 2 ss., y 72, 2).

se encontró ya en el Castillo del Olvido, saludó a Arsaces y ambos se abrazaron mientras entonaban al unísono un dulce lamento y, deplorando la triste suerte que les tocaba, les costó la misma vida separarse el uno del otro. Y cuando ya quedaron rendidos de tanto llorar, el armenio bañó a Arsaces, lo engalanó sin descuidar un detalle y, después de ponerle los regios atuendos, hizo que se reclinara sobre un lecho de hojas⁵⁰. Entonces Arsaces invitó a los presentes a un banquete regio, como antaño había sido su costumbre. En ese festín, durante las copas, se habló de muchas cosas que fueron muy del agrado de Arsaces y ocurrieron allí en medio de la reunión otras muchas que constituyeron para él un placer. La bebida se prolongó hasta la noche y fue inmenso el gozo que sintieron en la mutua conversación, de modo que sólo a duras penas pudieron separarse, henchidos como estaban de felicidad. Fue entonces, según cuentan, cuando dijo Arsaces que, tras haber pasado el día más dichoso de todos y en compañía del más añorado de todos sus amigos, él ya no soportaría por más tiempo, voluntariamente al menos, las miserias de la vida. Y, dicho esto, se suicidó con un cuchillo que de propósito había conseguido robar durante el festín, y fue así como dejó este mundo. Pues bien, respecto al tal Arsaces cuenta la historia armenia que las cosas sucedieron del modo como aquí se ha relatado, y que fue entonces cuando aquella ley relativa al Castillo del Olvido quedó sin vigor. Pero, por mi parte, debo volver ya al punto del que arrancó esta digresión.

6 Durante su encarcelamiento, permaneció al servicio de Cabades su esposa, que era quien entraba en su estancia y le

⁵⁰ *Epi stibados* (v.l. *pastados G*): este tipo de lecho de paja, hojas o hierbas también lo utilizaban otros pueblos incluso en las ceremonias fúnebres reales (los escitas, por ejemplo, en HERÓDOTO, IV 71, 4).

llevaba las provisiones. Y el caso fue que el alcaide de la prisión comenzó a cortejarla, pues era bellísima de figura. Cuando Cabades lo supo por ella, le permitió que se ofreciese a aquel hombre en lo que él quisiera disponer. De esta forma, el alcaide del castillo vino a yacer con su esposa y se enamoró de ella apasionadamente, a raíz de lo cual ya hasta le consentía que tuviera acceso a su marido como y cuando quisiera, y que también saliera de allí sin que nadie le pusiese impedimentos. Había, por otra parte, un noble persa, de nombre Séoses, muy amigo de Cabades, que se pasaba el tiempo en las cercanías de ese castillo, aguardando la ocasión de poder sacarlo, como fuese, de allí dentro. Éste, por mediación de su esposa, le hizo saber a Cabades que tenía preparados caballos y hombres no muy lejos del castillo, en un paraje que también le indicó. Y un buen día, al caer la noche, Cabades convenció a su esposa para que le diera su propio vestido y ella, a su vez, se pusiera el traje de él y, en su lugar, se sentara ella en el sitio de la prisión donde él solía hacerlo. Y así fue, en efecto, como Cabades escapó de la cárcel, porque los centinelas encargados de la vigilancia lo vieron, pero pensaron que era su mujer y, por tanto, decidieron no impedirle el paso ni causarle ninguna otra molestia. Por la mañana, aun estando en la propia habitación y con la mujer delante de sus ojos vestida con el traje de su marido, quedaron tan ajenos de la verdad que creyeron que era Cabades el que estaba allí y lo siguieron creyendo durante varios días, hasta que Cabades tuvo ya mucho camino recorrido. De lo que le pasó a su mujer una vez que salió a la luz el engaño y de cómo la castigaron, no puedo yo hablar con seguridad, porque los persas no se ponen de acuerdo al respecto. Por eso omitiré decir nada.

Cabades, por su parte, sin que nadie lo advirtiera, llegó junto con Séoses a los dominios de los hunos eptalitas, cuyo

rey le dio a su hija por mujer y, de este forma, envió bajo su mando, como yerno suyo que ya era, un ejército muy considerable contra los persas. Con este ejército de ningún modo querían los medos tropezarse; todos ellos, por el contrario, emprendían la huida, cada tropa en una dirección. Cuando Cabades llegó al territorio donde gobernaba Gusanastades, les dijo a algunos de sus amigos que nombraría canaranges⁵¹ al primero de los persas que viniera aquel día a su presencia dispuesto a prestarle sus servicios. Pero, tras haber pronunciado estas palabras, se arrepintió de lo que dijo, porque se le vino a la cabeza una ley por la que no se permite que entre los persas los cargos se ofrezcan a nadie más que a quienes corresponde cada una de las dignidades por derecho de nacimiento. En efecto, le entró el temor de que el primero que llegara ante él no perteneciese a la familia del canaranges y se viera, así, obligado a derogar la ley para cumplir su palabra⁵². Pero, mientras le daba vueltas al asunto, surgió una posibilidad de mantenerse fiel a su palabra, sin conculcar la ley. Y es que coincidió que el primero que se presentó ante él fue Adergudumbades, un joven de la familia de Gusanastades y especialmente dotado para la guerra. Éste llamó a Cabades «señor» y fue el primero que se arrodilló⁵³ ante él como rey y le pidió que dispusiera de él como de un esclavo para lo que quisiera. Así pues, Cabades se halló sin ningún tropiezo en las estancias regias, donde sorprendió a

⁵¹ Cf. I 5, 4.

⁵² Procopio insiste en la extrema importancia que los persas daban a mantener su palabra (*alēthizesthai*: cf. también I 5, 33). Recuérdense aquellas tres cosas que aprendían los niños persas, según HERÓDOTO (I 136, 2): «montar a caballo, tirar con el arco y cumplir la palabra (o decir la verdad, *alēthizesthai*)» (y cf. HERÓDOTO, I 138, 1: «Entre ellos mentir se considera lo más vergonzoso...»). En contraposición, cf. I 14, 5 s. (acerca de los romanos).

⁵³ Cf. I 3, 17.

Blases solo sin su guardia y lo dejó ciego del modo como los persas suelen cegar a los malhechores: hierven aceite y todavía bullendo lo vierten sobre los ojos abiertos, o ponen al rojo un broche de hierro y con él punzan el interior del ojo. Después metió a Blases en la cárcel: había gobernado sobre los persas dos años. Mató luego a Gusanastades y 18 dejó, en su lugar, a Adergudumbades en el cargo de canaranges; a Séoses, por su parte, lo nombró inmediatamente «adrastadaran salanes» (título del que tiene bajo su mando tanto a los cargos civiles como a todo el ejército). Dicho 19 cargo fue Séoses el primero y el único que lo tuvo en Persia, pues ni antes ni después lo ha ocupado nadie. Del trono se hizo dueño Cabades y lo conservó de manera estable. Y es que era listo y emprendedor como él solo.

Poco después, Cabades vino a deberle dinero al rey de 7 los eptalitas y, como no podía pagárselo, le pidió al emperador romano Anastasio⁵⁴ que se lo prestara. Éste se lo comunicó a sus íntimos y les preguntó si debía hacerlo, pero ellos 2 no le dejaron otorgar el préstamo, manifestándole que era perjudicial contribuir con su propio dinero a que se consolidara la amistad entre sus enemigos y los eptalitas, y que era muchísimo mejor para ellos el que anduvieran a la greña unos contra otros. Y por este motivo, sin causa justificada, 3 Cabades decidió conducir su ejército contra los romanos⁵⁵. Primero invadió Armenia, anunciándose con su misma presencia⁵⁶, y tras saquear en una rápida incursión gran parte del territorio, llegó de improviso a la ciudad de Amida, que

⁵⁴ Emperador de Oriente del 491 al 518.

⁵⁵ En el año 502.

⁵⁶ Procopio utiliza con este sentido el término *autágelos* (cf. SÓFOCLES, *Filoctetes* 568), mientras TUCÍDIDES (III 33, 2) lo emplea con la acepción de «mensajero o informador de lo que uno ha visto con sus propios ojos».

se encuentra en Mesopotamia, y en pleno invierno le puso
 4 cerco. Sus habitantes, aunque no contaban con fuerzas mi-
 litares por la paz y el bienestar en que vivían, y aun hallán-
 dose totalmente desapercibidos, no quisieron, sin embargo,
 ceder de ningún modo ante los enemigos, sino que demos-
 traron una increíble resistencia a los peligros y al sufrimien-
 to.

5 Había entre los sirios un hombre recto⁵⁷, de nombre Ja-
 cobo, que se esmeraba en practicar los mandatos divinos.
 Éste, desde mucho tiempo atrás, se había recluido en un lu-
 gar llamado Endielón, que estaba a un día de camino de
 Amida, con el fin de poder dedicarse más tranquilamente a
 6 la devoción a Dios. Los habitantes de aquella zona, cum-
 pliendo su voluntad, rodearon el paraje con una especie de
 empalizada, cuyas estacas, sin embargo, no estaban unidas
 totalmente sino clavadas con una separación entre sí, de tal
 manera que a los que se acercaban les era posible verlo y
 7 relacionarse con él. Le construyeron también por arriba co-
 mo un techo pequeño pero suficiente para protegerlo de la
 lluvia y la nieve. Allí permanecía este hombre sentado des-
 de hacía mucho, sin dejarse vencer por el calor sofocante ni
 por el frío, con el solo sustento de unas semillas, con las que
 acostumbraba a alimentarse, y no cada día sino muy de vez

⁵⁷ *Anèr dikaios*, fórmula que evoca el uso cristiano (y a su vez la expresión judaica), por ejemplo en MATEO 1, 19; 10, 41; MARCOS 6, 20; LUCAS 2, 25; 23, 47; *Hechos de los Apóstoles* 10, 22; y luego en la literatura patristica (en la que también es característico el verbo *askéō*, que asimismo utiliza aquí Procopio). Sin duda, Procopio está hablando de un eremita cristiano, pero no lo dice explícitamente, con lo que la expresión, como en otros casos, resulta ambigua en aras del «ropaje clásico» de la frase (cf. también esa «máscara clásica», por ejemplo, en I 25, 31, y n. 226): cf. J. M. CANDAU MORÓN, «El universo referencial de los historiadores griegos tardíos», en M. BRIOSO, F. J. GONZÁLEZ PONCE (eds.), *Las letras griegas bajo el imperio*, Sevilla, 1996, 161 s.

en cuando. Pues bien, al tal Jacobo lo vieron unos eptalitas 8 que estaban haciendo correrías por aquel territorio y tendieron sus arcos apuntando con gran precisión y con el propósito de acertarle, pero sus manos se quedaron inmóviles y privaron de toda eficacia a sus arcos⁵⁸. Cuando el suceso se 9 difundió por todo el ejército y llegó a oídos de Cabades, quiso él comprobarlo con sus propios ojos y, al verlo, se quedó estupefacto, lo mismo que todos los persas que estaban presentes, y se pusieron a implorarle a Jacobo que perdonara a los bárbaros aquella culpa. Los perdonó él con una sola palabra y quedaron absueltos de su tremenda falta. Así 10 pues, Cabades invitó a aquel hombre a pedirle lo que quisiera, pensando que le iba a pedir mucho dinero, y, además, con la fanfarronería de un joven le aseguró que, de su parte, en nada quedaría contrariado⁵⁹. Pero lo que solicitó fue que 11 dejara bajo su protección a todos los fugitivos que durante aquella guerra acudieran a él. Cabades atendió su ruego y le entregó un documento como garantía de su seguridad. Fueron muchos, en consecuencia, los que de todos sitios afluyeron para buscar allí su salvación, pues aquel hecho circuló de boca en boca. Esto ocurrió, poco más o menos, como se ha contado.

Cabades, durante el asedio de Amida lanzó contra todos 12 los puntos del recinto amurallado un artefacto llamado «ariete»⁶⁰. Los amidenos, por su parte, rechazaban el ataque rom-

⁵⁸ La aceptación de milagros relacionados con el cristianismo (cf. II 10, 1 s.; 11, 17 ss.) se compadece mal, como opina acertadamente Evans (*Greek, Roman and Byz. Stud.* 12 [1971], 86), con la idea de un Procopio «escéptico» (así DOWNNEY, *Church History* 18 [1949], 102; RUBIN, *RE* 23-1 [1957], 331 s.).

⁵⁹ Es prácticamente la misma expresión que la empleada en I 5, 31.

⁶⁰ El ariete (*kriós*, como ya en JENOFONTE, *Ciropeia* VII 4, 1) lo encontramos descrito por primera vez en TUCÍDIDES, II 76, 4 (utilizado por los peloponesios contra Platea), que lo llama genéricamente *mēchanē*

piendo continuamente las cabezas de aquellos ingenios con vigas arrojadas de través. Pero el rey no cejó hasta comprender que de esta forma nunca sería tomada la fortificación. Y es que, aunque fueron muchas las acometidas, no pudo derribar, ni hacer que se tambaleara lo más mínimo, ni siquiera un lienzo de la muralla: tan sólida fue la fábrica que erigieron quienes en tiempos pasados la habían construido.

13 Tras fracasar en este intento, Cabades levantó una especie de montículo⁶¹ artificial, como una fortaleza contra la ciudad, que por su gran tamaño sobrepasaba en altura la muralla. Pero los asediados comenzaron desde dentro del recinto la excavación de una galería hasta el propio montículo y de allí, ocultamente, fueron extrayendo la tierra hasta dejar hueco en su mayor parte el interior. Sin embargo, por fuera conservaba la misma forma que al principio tenía, con lo

14 que nadie se dio cuenta de lo que estaba pasando. Así que fueron muchos los persas que se subieron, en la idea de que estaban sobre un terreno seguro, y se plantaron en lo más alto con el propósito de disparar desde allí sobre las cabezas de quienes se encontraban dentro del recinto amurallado. Pero al ir confluyendo a la carrera una muchedumbre cada vez mayor, el montículo se derrumbó de repente y los mató

(«ingenio, artefacto») y que también detalla el método de defensa aquí expuesto. Procopio aprovecha el vocabulario del citado pasaje tucidideo (*dokós, embolé, enkársios, kataseiō* o *mēchanē*).

⁶¹ Procopio escribe *lóphos* («colina, altura»), como en II 26, 23, y en II 26, 29 nos dice que en latín se le da el nombre de *ágesta* (*tèn ágestan* en el texto griego), o sea, *aggestum* o *agger*, el «terraplén» para asaltar las fortificaciones que llegaba a la misma altura que las murallas enemigas. Su función era similar, por tanto, a la de los *pýrgoi* (las *turres*, por ejemplo, de César) o torres de madera con varios pisos y con ruedas (cf. *pýrgoi hypótrochoi* en ONASANDRO, XLII 3, acerca de las máquinas de asedio, incluido, por supuesto, el ariete), desde las que los sitiadores podían disparar con ventaja sobre la plaza cercada.

a todos. Cabades, no hallando un medio de salvar la situa- 16
ción, decidió levantar el sitio y ordenó a su ejército que se
retirara al día siguiente. Entonces los asediados, al despreo- 17
cuparse ya del peligro, comenzaron entre risas a burlarse sin
parar de los bárbaros desde la muralla. Y unas prostitutas, 18
remangándose sin ningún decoro la falda, se pusieron a en-
señarle a Cabades, que estaba por allí muy cerca, esas desnudeces
femeninas que no deben mostrarse a los hombres. Vieron esto los magos y fueron a presencia del rey para im- 19
pedirle la retirada, porque, tras interpretar lo ocurrido, ase-
guraban que todas sus cosas secretas y ocultas las iban a en-
señar los amidenos a Cabades en no mucho tiempo. De este
modo, su ejército permaneció allí.

No muchos días después un persa vio, muy cerca de una 20
de las torres, el desembocadero de un paso subterráneo⁶²,
torpemente cubierto con unas piedrezuelas, pero no dema-
siadas. Por la noche se dirigió solo al lugar y, aventurándose 21
por aquella entrada, alcanzó el interior del recinto amuralla-
do. Al amanecer informó de todo a Cabades, quien a la no-
che siguiente y provisto de escalas fue allí con unos pocos
hombres. Y tuvo la suerte de su lado porque ocurrió lo si-
guiente. La vigilancia de la torre que coincidía que estaba 22
más cerca del paso subterráneo les tocó a los más estrictos
de todos los cristianos, a éstos a los que acostumbran a lla-
mar «monjes». Y era el caso que estaban celebrando aquel
día una fiesta anual en honor de Dios. Cuando sobrevino la 23
noche, como todos ellos se encontraban muy fatigados⁶³ por
causa de la solemne festividad y ahítos por haber comido y
bebido más de lo habitual, se quedaron dormidos con un
sueño dulce y apacible y por eso mismo no se dieron cuenta

⁶² El término *hypónomos* también lo utiliza Tucídides en II 76, 2.

⁶³ Cf. VII (*Guerra contra los godos*) 26, 4.

24 en absoluto de lo que estaba pasando. Así pues, los persas se introdujeron por el paso subterráneo en pequeños grupos hasta llegar al interior del recinto y subieron a la torre, donde hallaron a los monjes todavía dormidos y los mataron a
25 todos. Cuando lo supo Cabades, aplicó las escalas a la muralla en la zona más cercana a esa torre. Pero se hizo ya de
26 día y los amidenos que vigilaban en la torre vecina se dieron cuenta del desastre y a toda prisa corrieron hacia allí para
27 intervenir. Ambas partidas se empeñaron en un choque sin tregua durante muchísimo tiempo. Y, a partir de cierto momento, ya los amidenos empezaron a mostrar superioridad matando a muchos de los que habían subido y obligando a retirarse a los de las escalas, y no estuvieron muy lejos de
28 dar por rechazado aquel peligro. Pero el propio Cabades sacó su daga y sin parar de intimidarlos con ella, se lanzó hacia las escalas y no dejaba retroceder a los persas: la muerte era el castigo para los que se atrevían a volver las espaldas
29 para huir de allí. Y fue gracias a esto como los persas, escudados en su gran número, sobrepujaron a sus enemigos y los vencieron en la lucha, con lo que la ciudad fue tomada por
30 la fuerza diecisiete días después de comenzar el asedio⁶⁴. La matanza de ciudadanos fue enorme, hasta que uno de los amidenos, anciano ya y sacerdote, se acercó a Cabades, cuando estaba entrando en la población, y le dijo que no era digno de un rey matar a los cautivos. Y Cabades, dominado aún por la ira, le respondió: «Entonces, ¿por qué decidisteis hacerme la guerra?» Le contestó él de inmediato: «Porque Dios no quería entregarte Amida por una decisión nuestra,
31 sino por tu valor.» Complacido por estas palabras, Cabades no permitió que mataran a nadie más, pero ordenó a los persas que saquearan sus propiedades y que a los supervivien-

⁶⁴ Era el 11 de enero del 503.

tes los trataran como esclavos, y asimismo mandó que le reservaran de entre todos ellos a los de más alta condición.

Poco después dejó allí un presidio de mil hombres, bajo el mando del persa Glonos, y a unos cuantos pobres amide- nos que debían estar al servicio de los persas en su vida diaria. Por su parte, él con todo el resto de su ejército y con los cautivos se puso en camino hacia su patria. A estos prisioneros los trató con una humanidad digna de un rey, pues tras un corto período a todos les permitió marcharse a sus casas, aunque la versión oficial fue que se le escaparon⁶⁵. También el emperador romano Anastasio mostró una actitud hacia ellos acorde con el valor que habían tenido, y fue que durante siete años le condonó a la ciudad todos los tributos anuales y a ellos, tanto en conjunto como en particular a cada uno, los obsequió con muchos bienes, hasta el punto de que llegaron casi a olvidar todo lo ocurrido. Pero esto sucedió ya posteriormente.

Antes, Anastasio, al saber que estaban asediando Amida, envió con rapidez un ejército considerable. Había en él oficiales a cargo de cada una de sus divisiones, mientras que el mando supremo se lo repartían cuatro generales: Areobindo, que coincidía que era general de Oriente y yerno de Olibrio, el que había sido poco antes emperador de Occidente⁶⁶; Céler, capitán de las fuerzas de palacio (*magister* tienen por costumbre llamar los romanos a este oficial); y además, los oficiales al mando de las tropas de Bizancio, Patricio el de Frigia e Hipacio, sobrino del emperador. Estos cuatro eran los generales. Iban con ellos Justino⁶⁷, el que

⁶⁵ La expresión (*tôi dè lógōi apédrasan autón*) está tomada de Tucídides, I 128, 5.

⁶⁶ Del 472 al 473.

⁶⁷ Justino I, emperador entre el 518 y el 527, tío de Justiniano: cf. I 11, 10.

posteriormente sería emperador a la muerte de Anastasio; Patriciolo, con su hijo Vitaliano, quien se alzaría en armas como usurpador contra el emperador Anastasio no mucho después⁶⁸; también Faresmanes, nacido en Cólquide, un hombre especialmente dotado para la guerra; Godidisclo y Besas, que eran dos de esos godos que no siguieron a Teodorico cuando marchó de Tracia a Italia, ambos, por otra parte, de linaje extremadamente noble y expertos en materia de guerra; y otros muchos y muy escogidos los seguían. Y es que aseguran que nunca antes ni después reunieron los romanos un ejército similar contra los persas. Sin embargo, todos éstos no iban agrupados en una misma unidad ni formando un solo ejército, sino que cada cual guiaba a sus propias tropas contra el enemigo. Como intendente de la administración militar fue enviado Apión el egipcio, un hombre distinguido entre los patricios y eficiente en sumo grado, a quien el emperador por un documento declaró asociado al imperio, para que tuviera la potestad de administrar lo relativo a la intendencia como él quisiera.

Pues bien, este ejército fue reclutándose con lentitud y su marcha fue bastante despaciosa. Por esta razón no hallaron a los bárbaros en suelo romano, porque los persas, tras haber efectuado a paso de carga la incursión, se retiraron de inmediato a su patria con todo el botín. Por otra parte, ninguno de los generales estaba dispuesto a poner cerco en aquellas circunstancias a la guarnición que se había quedado en Amida, porque se enteraron de que eran muchos los bastimentos que habían introducido; y, por el contrario, los apremiaba la idea de invadir el territorio enemigo. Sin em-

⁶⁸ Cf. n. 216. Vitaliano se sublevó en Tracia en el 513 (y volvería a hacerlo en el 514), como defensor de la ortodoxia contra el monofisismo del emperador Anastasio.

bargo, no avanzaban en bloque contra los bárbaros, sino que hacían la marcha acampando separados unos de otros. Cuando Cabades lo supo (pues daba la coincidencia de que estaba en un lugar muy cercano), se dirigió velozmente a la frontera romana para salirles al encuentro. Pero los romanos no se percataron en absoluto de que Cabades venía contra ellos con todo su ejército, sino que creyeron que allí habría una pequeña tropa. Así pues, los de Areobindo acamparon en el sitio de Arzamón, a una distancia de dos días de camino desde la ciudad de Constantina, y los de Patricio e Hipacio en Sifrio, que estaba a no menos de trescientos cincuenta estadios de Amida. Céler, por su parte, aún no había llegado allí.

Areobindo, cuando se enteró de que Cabades avanzaba contra ellos con todo su ejército, abandonó el campamento y, emprendiendo la huida con todas las fuerzas que lo seguían, se retiró a galope a Constantina. Al presentarse poco después los enemigos, se apoderaron del campamento, deshabitado pero con los objetos de valor. Desde allí avanzaron velozmente contra el resto del ejército romano. Por su parte, los de Patricio e Hipacio toparon con ochocientos eptalitas que iban en vanguardia del ejército persa, y los mataron a casi todos. Y, al no haber sabido nada ni de Cabades ni del ejército persa, se comportaban, como si hubieran quedado vencedores, de una forma menos precavida. Lo cierto fue que dejaron sus armas y se pusieron a prepararse la comida, pues ya se estaba acercando la hora del día más a propósito. Corría por aquel paraje un torrente donde los romanos comenzaron a lavar los alimentos que iban a comer, y algunos, sofocados por el calor, incluso querían bañarse; y por eso el agua iba turbia corriente abajo. Cabades, tras enterarse de lo que les había ocurrido a los eptalitas, avanzaba a toda velocidad contra los enemigos y, al ver revuelta el agua del to-

rente e imaginarse lo que pasaba, comprendió que los adversarios estaban desprevenidos y ordenó cargar ya contra ellos de recio. Al momento se les echaron encima mientras
18 estaban comiendo y desarmados. Los romanos no resistieron el ataque ni miraron en absoluto a presentar batalla, sino que se dieron a la huida, cada uno como pudo: unos fueron capturados y muertos y otros subieron a un monte que allí se elevaba y se arrojaron por el precipicio en medio del pánico
19 y de una gran confusión. Aseguran que de allí no salió nadie vivo, aunque Patricio e Hipacio sí pudieron escapar al comienzo del ataque. Luego, puesto que hordas de hunos hostiles habían invadido su territorio, Cabades se retiró con todo su ejército a su patria y llevó a cabo una larga guerra
20 contra estos pueblos en la zona norte del país. Entretanto llegó también el otro ejército romano, pero no hizo nada digno de mención, porque la verdad es que ninguno tenía plenos poderes en la guerra, sino que, como eran generales con igual mando entre sí, se oponían en sus decisiones y
21 nunca estaban predispuestos a buscar la unión. Aun así, Céler cruzó con los que le seguían el río Ninfeo y efectuó
22 una especie de invasión en Arzanene. Ese río se halla muy cerca de Martirópolis y a unos trescientos estadios de Amida. Y tras saquear aquel territorio, regresaron no mucho después. La incursión duró en sí poco tiempo.

9 Después, Areobindo recibió el mandato de venir a Bizancio a presencia del emperador, mientras los demás llegaron a Amida y en plena estación invernal le pusieron cerco. Y aun habiéndolo intentado de mil maneras, fueron incapaces de tomar la plaza por la fuerza, pero sí estaban a punto de lograrlo por el hambre, pues los sitiados ya tenían falta
2 de todo tipo de provisiones. Sin embargo, los generales no estaban informados de la escasez que padecían los enemigos y, como veían a sus propias tropas quebrantadas por causa

del asedio y del invierno y, a la vez, también sospechaban que un ejército persa caería sobre ellos en no mucho tiempo, los apremiaba la idea de salir de allí de cualquier modo que fuese. Los persas, por su parte, sin saber qué iba a ser de ellos en estas terribles circunstancias; se esmeraban en continuar ocultando su escasez de cosas de primera necesidad y hacían creer que tenían abundancia de toda clase de provisiones, resueltos como estaban a regresar a su patria con una honrosa reputación. Pues bien, entre ambos hubo conversaciones en estos términos: los persas recibirían mil libras⁶⁹ de oro y entregarían a los romanos la ciudad. Unos y otros cumplieron gustosamente lo pactado y fue el hijo de Glonés quien, tras recibir el dinero, dio posesión de Amida a los romanos, porque Glonés ya había muerto de la siguiente manera.

Cuando los romanos aún no habían acampado en aquel lugar pero no estaban ya muy lejos de la ciudad de Amida, cierto campesino, que solía entrar a escondidas en la ciudad con aves, hogazas de pan y frutos del tiempo para venderse los a buen precio al tal Glonés, vino a presencia del general Patricio y le prometió que pondría en sus manos a Glonés y a doscientos persas más, sólo con que le diera esperanzas de recibir algún tipo de recompensa. Él le prometió que obtendría todo lo que quisiera y luego lo despidió. Entonces se rasgó horriblemente el vestido y con semblante lloroso entró en la ciudad. Y, al llegar ante Glonés, mesándose los cabellos le dijo: «Precisamente, señor, le traía todos los exquisitos productos de mis campos cuando se toparon conmigo unos soldados romanos (pues la verdad es que merodean por estas tierras en pequeñas partidas maltratando a los pobres campesinos), que me propinaron golpes insoportables

⁶⁹ Una libra equivalía a algo menos de 350 gramos.

y, después de quitármelo todo, se marcharon los muy ladrones, que ya de antiguo acostumbran a tenerles miedo a los
8 persas pero a maltratar a los campesinos. Mire, pues, señor, por defenderse a usted mismo, a nosotros y a los persas. Y de verdad que, si sale usted a cazar a las afueras de la ciudad, no serán malas las piezas que cobre, porque los malditos merodean para sus pillajes en grupos de cuatro o cinco.»
9 Éstas fueron sus palabras. Glones se dejó convencer y le preguntó a aquel hombre cuántos persas más o menos pensaba él que serían suficientes para aquella operación. Le contestó que cincuenta aproximadamente le bastarían, pues no toparía nunca con más de cinco de ellos que fueran de marcha juntos; si bien, para que no les sorprendiera ningún imprevisto, no estaría de más llevarse a la escaramuza hasta cien hombres; y si fuera el doble, mejor en cualquier caso,
11 porque a nadie le perjudicaría la superioridad numérica. De modo que Glones escogió a doscientos jinetes y le encomendó a aquel hombre que los guiara, pero el campesino insistió en que era mejor que él fuera delante para reconocer el terreno y que, si les daba parte de haber visto a los romanos merodeando aún por los mismos parajes, justo entonces en el momento oportuno hicieran la salida los persas. A Glones, en efecto, le pareció que sus palabras eran acertadas, así que le permitió ir delante. Pero él, acto seguido, se
13 presentó ante el general Patricio y se lo contó todo, y éste mandó que lo acompañasen dos lanceros de su guardia y mil soldados. Los emboscó, entonces, en unos sotos y parajes frondosos en los alrededores de la aldea de Tilasamón, que se encuentra a cuarenta estadios de distancia de Amida, encargándoles que permanecieran allí en aquella celada, y él
15 regresó corriendo a la ciudad. Y tras anunciarle a Glones que la cacería estaba preparada, lo condujo a él y a los doscientos persas hacia la emboscada de los enemigos. Cuando

cruzaron el lugar donde los romanos estaban previamente apostados y sin que lo advirtieran ni Glonos ni ninguno de los persas, hizo salir de su emboscadura a los romanos y les señaló la situación del enemigo. Y cuando los persas los vieron venir contra ellos, se quedaron perplejos ante aquel suceso inesperado y sin capacidad de reacción. Y es que no podían ni retroceder, por estar los enemigos a sus espaldas, ni refugiarse en ninguna otra parte en un territorio hostil. Así que, con arreglo a las circunstancias, formaron en línea de batalla y se dispusieron a rechazar a sus atacantes, pero, como eran muy inferiores en número, fueron derrotados y junto con Glonos murieron todos sus hombres. Cuando se enteró el hijo de Glonos, sumido en el dolor y abrasado de ira por no haber podido defender a su padre, le prendió fuego al templo de San Simeón⁷⁰, el sitio de la ciudad donde precisamente Glonos se había alojado. No obstante, ni Glonos ni Cabades ni ningún otro persa se decidió a derribar ni destruir de ningún otro modo ningún otro edificio⁷¹ en Amida ni fuera de ella. Pero volveré ya a la narración anterior.

De esta manera, previo pago de una suma, los romanos recobraron Amida, dos años después de ser tomada por los enemigos. Y una vez que estuvieron en su interior, se echó de ver su propia negligencia y las penalidades que habían vivido los persas. Pues, cuando calcularon la cantidad de grano que habían dejado allí y el número de bárbaros que habían salido, descubrieron que en la ciudad les quedaban reservas para siete días más o menos, a pesar de que Glonos y su hijo durante mucho tiempo les habían distribuido los

⁷⁰ Seguramente el identificado como «hermano» de Jesús (en MARCOS, 6, 3 y MATEO, 13, 55), luego obispo de Jerusalén (EUSEBIO, *Historia de la Iglesia* III 11 y 32.).

⁷¹ La insistencia en los adjetivos indefinidos es fiel al original.

- alimentos a los persas escatimando más de lo que hubieran
22 necesitado. Pues lo que es a los romanos que permanecieron
con ellos dentro de la ciudad, como he dicho antes⁷², deci-
dieron no suministrarles nada en absoluto desde el momento
en el que los enemigos les pusieron cerco. Así que, primero,
recurrieron a comidas inusuales y hasta echaron mano de
todo lo ilícito para, al final, llegar a devorarse unos a otros⁷³.
23 Por tanto, los generales se dieron cuenta de que habían sido
engañados por los bárbaros y no paraban de reprocharles a
sus soldados su falta de dominio sobre sí mismos, por lo de-
sobedientes que se les habían mostrado cuando estaba a su
alcance coger prisioneros a tantos y tantos persas y también
al hijo de Glones a la vez que conquistaban la ciudad, mien-
tras que ellos, al haberles entregado dinero romano a los
enemigos, se habían cubierto de vergüenza, porque sólo com-
prándosela a los persas habían podido hacerse dueños de
24 Amida. Posteriormente⁷⁴ los persas, como la guerra que man-
tenían contra los hunos se prolongaba, convinieron con los
romanos en un pacto que estuvo vigente siete años y que fue
negociado por el romano Céler y el persa Aspebedes: unos y
otros regresaron a sus territorios y permanecieron en paz.
25 Así, tal como se ha contado, comenzó la guerra entre roma-
nos y persas y este fue su final. Ahora voy a referir los suce-
sos concernientes a las Puertas Caspias.
10 La cordillera del Tauro de Cilicia pasa primero por Ca-
padocia, Armenia y la tierra llamada Persarmenia⁷⁵, luego

⁷² Realmenté este dato en concreto no aparece en la narración sobre el asedio de Amida.

⁷³ *Allélōn egeúsanto*: cf. TUCÍDIDES, II 70, 1, *allélōn egeúunto*.

⁷⁴ En el año 506.

⁷⁵ A partir del 390 Armenia fue dividida en Armenia bizantina y Armenia persa o Persarmenia (mucho mayor que la precedente y con capital en Dvin).

también por Albania e Iberia⁷⁶ y todos los demás pueblos, tanto independientes como sometidos a Persia, que allí habitan. Alcanza, en efecto, una enorme extensión y, a medida que uno avanza por esta cordillera, se hace cada vez más ancha y más alta. Y cuando se atraviesan las fronteras de Iberia, hay en una considerable angostura una especie de senda que corre a lo largo de cincuenta estadios. Esta senda termina en un paraje abrupto y absolutamente impracticable. Y es que más allá no se ve ningún camino de salida, a excepción de una suerte de pasadizo, como construido por la mano del hombre, que allí ha venido a trazar la propia naturaleza y que desde la antigüedad ha recibido el nombre de Puertas Caspias. Desde este punto se abren unas planicies aptas para el paso de caballerías y, de suyo, rebosantes de agua, así como un gran terreno de pasto para los caballos que, además, es llano. Es allí donde se asientan casi todos los pueblos hunos que se extienden hasta la laguna Meotitis⁷⁷; los cuales, en el caso de que se adentren por el pasadizo que acabo de mencionar en los territorios persas y romanos, lo hacen con sus caballos frescos y sin necesidad de dar nunca ningún rodeo ni tropezar con parajes escabrosos, salvo en aquellos cincuenta estadios en los que, como se ha dicho, se traspasan las fronteras de Iberia. Por el contrario, si salen por cualquier otro camino, sólo llegan tras grandes fatigas y sin poder arreglárselas ya con los mismos caballos.

⁷⁶ Por supuesto la región transcaucásica, entre el Mar Negro y el Caspio, que hoy corresponde al sudoeste de Georgia y cuya ciudad principal era *Hermastus* (luego llamada *Tiphilis*, hoy Tiflis). Para ZÓSIMO, *Nueva Historia* I 1,1, por ejemplo, los habitantes de la Península Ibérica son los «iberos occidentales» para evitar confusiones; y el mismo PROCOPIO en I 12, 2 escribe *Íbēres hoì en tēi Asiāi oikouσί* al referirse a los de la Iberia del Cáucaso.

⁷⁷ Hoy el Mar de Azov.

Y es que se ven forzados a desviarse en innumerables rodeos, y éstos, además, por sitios escabrosos. Cuando Alejandro⁷⁸, el hijo de Filipo, advirtió este problema, mandó construir unas puertas en el citado emplazamiento y fijó allí un puesto de guardia que, andando el tiempo, fue ocupado por muchos otros y también por Ambazuces, huno de nacimiento, pero amigo de los romanos y del emperador Anastasio. El tal Ambazuces, cuando ya era muy viejo y estaba a punto de morir, envió emisarios a presencia de Anastasio para pedirle dinero, bajo promesa de entregarles el puesto de guardia y las Puertas Caspias a los romanos. Pero el emperador Anastasio (que ni era capaz de hacer nada inconsideradamente ni estaba acostumbrado tampoco) entendió que le era imposible mantener allí a unos soldados, en un lugar falto de cualquier cosa buena y sin ningún pueblo vecino que estuviera sometido a los romanos, así que le agradeció mucho a aquel hombre el interés que le había demostrado, pero bajo ningún concepto admitió aquello. Murió, pues, Ambazuces de una enfermedad no mucho después y Cabades, entonces, rindió a sus hijos por la fuerza y se apoderó de las Puertas.

El emperador Anastasio, una vez concertado el pacto con Cabades, construyó en un lugar llamado Daras una ciudad extraordinariamente fortificada y de suma importancia, que recibió el nombre del propio emperador⁷⁹. Dista de la ciudad de Nísibis⁸⁰ noventa y ocho estadios y veintiocho,

⁷⁸ Alejandro Magno. Las Puertas Caspias son mencionadas también en ARRIANO, *Anábasis de Alejandro Magno* III 19, 2, y PSEUDO CALISTENES, *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia* II 19.

⁷⁹ Anastasiópolis (cf. la n. siguiente).

⁸⁰ O Nísibe, importantísima ciudad comercial y plaza fuerte (*apud oppidum Nisibin*, por ejemplo en TÁCITO, *Anales* XV 5) de la frontera sasánida en la región de Mesopotamia (después de que el emperador Jovia-

más o menos, de la zona que separa los territorios romanos y persas. Los persas, aun deseosos como estaban de impedir aquella fundación, se veían del todo impotentes, porque los atosigaba la guerra contra los hunos, en la que no tenían descanso. Pero, en cuanto Caba des le puso fin, mandó una embajada a los romanos para acusarlos de haber construido una ciudad muy cerca de sus fronteras, algo explícitamente prohibido en los anteriores tratados entre medos y romanos⁸¹. Así pues, en aquel momento el emperador Anastasio, unas veces con amenazas y otras bajo el pretexto de su amistad con él, además de ofrecerle una suma de dinero nada insignificante, pretendía embaucarlo y desmontar aquella acusación. E incluso otra ciudad semejante a ésta construyó en Armenia dicho emperador, muy cerca de las fronteras de Persarmenia: coincidía que antiguamente era una aldea, pero alcanzó gracias al emperador Teodosio la categoría de ciudad hasta en el nombre que por él se le había puesto⁸². Pero Anastasio la rodeó de unas murallas inexpugnables y con esta ciudad le causó a los persas no menores problemas que con la otra; y es que ambas fortalezas están situadas dentro de su territorio.

Al morir poco después Anastasio, Justino asumió el imperio⁸³, una vez excluidos de él todos los parientes de Anas-

no [363-64] la entregara a Sapor II tras un acuerdo humillante). Frente a ella (a 98 estadios, aprox. 17,5 km) y como punto defensivo de los bizantinos se encontraba Daras, donde se libró la batalla que más abajo veremos (I 13, 12 ss.). Nísibis es mencionada incluso en el *Epitafio de Abercio*, la más antigua inscripción cristiana conservada. Fue, asimismo, centro religioso del cristianismo oriental a partir del siglo IV y ya en el V sede de la escuela nestoriana. Hoy Nusaybin (Turquía).

⁸¹ Cf. I 2, 15.

⁸² Teodosiópolis (la antigua *Garin* armenia), hoy Erzurum en Turquía.

⁸³ Justino, que no pertenecía a la familia imperial, accedió al trono tras diversas intrigas el 1 de agosto del 518.

2 tasio, aun siendo como eran muchos y muy ilustres. Fue entonces cuando le vino a Cabades cierto desasosiego, no fuera que los persas conspiraran contra su propia casa tan pronto como él muriese, porque, desde luego, él no iba a poder transferirle el reino a ninguno de sus hijos sin que hubiera algún tipo de objeción. En efecto, a Cáoses, el mayor de sus hijos, lo llamaba al trono el derecho de primogenitura, pero el caso era que a Cabades no le gustaba, con lo que la voluntad paterna forzaba tanto a la naturaleza como a la norma consuetudinaria. A Zames, por su parte, el segundo-génito, se lo impedía la ley por haber perdido un ojo (pues a un tuerto o al que tuviera cualquier otra deficiencia no le estaba permitido llegar a ser rey de los persas). Frente a éstos, Cosroes, a quien había tenido de una hermana de Aspedebes, era la perdición de su padre y, como veía que casi todos los persas, por así decirlo, admiraban la valentía de Zames (que era verdaderamente un bravo guerrero) y sentían gran respeto por sus otras cualidades, le entró miedo de que se alzaran contra Cosroes y le causaran un perjuicio irremediable a su familia y al trono. Decidió, pues, que lo mejor era poner fin a la guerra y a las causas de la guerra con los romanos, bajo la condición de que Cosroes fuera adoptado como hijo del emperador Justino; y es que sólo de este modo tendría la seguridad de mantenerse en el trono. Y por ello mandó embajadores para esta negociación y también una carta a Bizancio, al emperador Justino. El contenido del escrito era el siguiente: «Injusto es el trato que hemos sufrido por parte de los romanos, y tú lo sabes; yo, sin embargo, he pensado pasar por alto totalmente todas las imputaciones contra vosotros, porque sé bien que los que salen más victoriosos que ningún otro son quienes, aunque los asista la justicia, aun así se rinden voluntariamente y se declaran derrotados por sus amigos. No obstante, en compen-

sación os pido un favor que podrá unirnos no sólo a nosotros sino a todos nuestros súbditos en el hermanamiento y en el afecto que de él lógicamente nazcan, y que además bastará para que quedemos saciados de los beneficios de la paz. Esto es lo que te propongo: que a mi Cosroes, que será 9 mi sucesor al trono, lo adoptes como hijo.»

Cuando el emperador Justino, tras entregársele la carta, 10 se enteró del asunto, se llenó de alegría y también Justiniano, el sobrino del emperador y el que presumiblemente iba también a recibir de él el trono. Y en seguida se apresuraron 11 a la tarea de poner por escrito la adopción según la ley romana. Y lo habrían hecho si no se lo hubiera impedido Proclo, que entonces era consejero del emperador con el cargo de cuestor⁸⁴ (que es su nombre), una persona honrada y manifiestamente insobornable. Por esta razón, él ni proponía 12 fácilmente ninguna ley nueva ni pretendía alterar nada de lo establecido; y también en aquella ocasión se levantó para oponerse y dijo lo siguiente: «Poner mano en novedades es 13 algo que no tengo por costumbre y, por otra parte, es lo que más miedo me da, porque sé bien que en las innovaciones la seguridad, al menos, no hay forma de preservarla. Y me parece 14 que, por muy atrevido que uno fuera al respecto, se echaría atrás a la hora de hacer esto y se espantaría ante la convulsión que ello vendría a producir. Pues creo que, al 15 menos en las presentes circunstancias, lo que nosotros estamos discutiendo no es otra cuestión que la de cómo entregarles el Imperio Romano a los persas guardando las apariencias. Ellos, por lo menos, no encubren nada ni utilizan tapaderas, sino que confiesan a las claras sus planes y, así, pretenden sin más despojarnos de nuestro imperio: esta sinceridad la ponen por delante para ocultar la evidencia de su

⁸⁴ Cf. I 24, 11.

engaño y sobre sus desvergonzados motivos han echado una
16 capa de indiferencia. Sea como sea, ambos deberíais repeler
esta tentativa de los bárbaros con todas vuestras fuerzas: tú,
emperador, a fin de no ser el último emperador de los roma-
nos; y tú, general, a fin de que no te conviertas en un obstá-
17 culo para ti mismo en tu ascenso al trono. Pues para otras
argucias, disfrazadas la mayor parte de las veces con ma-
jestuosas palabras, muchos quizá podrían necesitar un intér-
prete; pero esta embajada, expresamente ya desde sus preám-
bulos, propone adoptar al tal Cosroes, quienquiera que sea,
18 como heredero del emperador de los romanos. En efecto,
pero acerca de esto razonad conmigo de la siguiente mane-
ra: por derecho natural se les deben a los hijos las propieda-
des de sus padres y, mientras las leyes entre todos los hom-
bres están siempre peleadas por las discrepancias entre unas
y otras, en este particular coinciden entre los romanos y to-
dos los bárbaros y unánimemente declaran que son los hijos
los dueños de la herencia paterna. De modo que, si al prin-
cipio hacéis una elección, sólo os quedará aceptar todo lo
que venga después.»

19 Así habló Proclo. El emperador y su sobrino aprobaron
sus palabras y se pusieron a deliberar sobre lo que se debía
20 hacer. Entretanto, Cabades le mandó otra carta también a
Justino en la que solicitaba que le enviase unos hombres de
prestigio, con objeto de firmar la paz con él, y que le indica-
se por escrito la manera como quería que se formalizara la
21 adopción de su hijo. Y entonces Proclo, todavía más que
antes, vino a denunciar esta tentativa de los persas, insis-
tiendo en que lo que les interesaba era apropiarse ellos del
22 poderío romano del modo más seguro posible. Y expresó su
opinión de concluir la paz de inmediato con ellos y con este
fin enviar, de parte del emperador, a unos hombres de pri-
mera fila quienes, en el momento en que Cabades les pre-

guntara cómo tenía que llevarse a efecto la adopción de Cosroes, debían responder abiertamente: «Conforme al estilo de los bárbaros»; con lo que daba a entender que los bárbaros no adoptan hijos mediante un documento sino por la fuerza de las armas. Según esto, pues, despachó a los embajadores el emperador Justino, con la promesa de que en un plazo no muy grande tras ellos irían los más ilustres miembros de la nobleza romana para gestionar lo mejor posible todo lo relativo a la paz y al asunto de Cosroes. Y también le contestó por carta a Cabades en los mismos términos. Así pues, fueron enviados por parte de los romanos Hipacio, sobrino de Anastasio, el que había sido antes emperador, un patricio que tenía el cargo de general de Oriente, y Rufino, el hijo de Silvano, persona muy reputada entre los patricios y conocida de Cabades por medio de sus respectivos padres; y por parte de los persas un hombre poderosísimo y que gozaba de mucho prestigio, de nombre Séoses, con el título de «adrastadaran salanes»⁸⁵, y Mébodes, con el cargo de maestro⁸⁶. Se reunieron en un lugar que deslindaba los territorios romano y persa y, en aquellas conversaciones, trataron acerca de cómo dirimir las diferencias y concertar la paz. Llegó también Cosroes al río Tigris, que está a dos días de camino más o menos de la ciudad de Nísibis, con el fin de dirigirse él mismo a Bizancio, una vez que todo lo relativo a la paz entre unos y otros pareciera ajustado de la mejor forma. Pues bien, mucho se habló allí por ambos lados sobre las diferencias existentes entre ellos, pero especialmente se refirió Séoses a la tierra de Cólquide, que ahora se llama Lácica, en el sentido de que de muy atrás

⁸⁵ Cf. I 6, 18.

⁸⁶ O «jefe», para traducir el *toû magístrou* del original (lat. *magister*), cargo asimilado por Procopio al del oficial persa: cf. I 13, 10.

había estado sometida a los persas y que los romanos la poseían entonces tras haberla conquistado mediante la violencia y sin ninguna consideración. Al oír esto los romanos, se tomaron muy a mal el que también Lácica se la disputaran los persas. Y cuando ellos se pusieron a decir que la adopción de Cosroes debía hacerse «conforme al estilo de los bárbaros»⁸⁷, les pareció a los persas intolerable. Así que las dos embajadas se separaron y volvieron a sus patrias; también Cosroes se marchó frustrado en su propósito y regresó junto a su padre; iba muy dolido por lo que ocurrió y prometiendo que se vengaría de los romanos por aquel ultraje.

Más tarde, Mébodes se puso a calumniar a Séoses ante Cabades bajo la acusación de que aquél, sin habérselo ordenado su señor, sacó la cuestión de Lácica adrede, con idea de impedir la paz y tras haber mantenido conversaciones con Hipacio, quien, por no tenerle ningún apego a su propio emperador, no permitía que se concluyera de hecho la paz ni tampoco la adopción de Cosroes. Y también de otras muchas cosas lo inculparon sus enemigos, hasta citar a Séoses a juicio. Y lo cierto fue que todo el consejo de los persas se reunió en el tribunal más movido por la malevolencia que por la ley. En efecto, les disgustaba bastante aquel cargo desconocido para ellos⁸⁸ y a duras penas soportaban el carácter de aquel hombre. Y es que Séoses era sin duda la persona más insobornable y la más preocupada del estricto cumplimiento de la justicia, pero estaba afectado por el mal de la fanfarronería más que ningún otro ser humano. Desde luego esto, al menos, parece que es algo connatural en los oficiales persas, pero en Séoses creían ellos que la enfermedad se había agravado desmesuradamente hasta llegar al pa-

⁸⁷ Cf. I 11, 22.

⁸⁸ Cf. I 6, 19.

roxismo. Sus acusadores decían todo lo que arriba he ex- 34
puesto y también que este hombre de ningún modo deseaba
vivir dentro de las normas establecidas ni respetar las cos-
tumbres persas, porque adoraba a extrañas divinidades, y 35
había enterrado a su mujer, fallecida hacía poco, a pesar de
que las leyes persas prohibían sepultar bajo tierra los cadá-
veres⁸⁹. Así pues, los jueces lo condenaron a muerte y Ca- 36
bades, aun pareciendo que compartía el dolor de Séoses
como amigo suyo que era, no hizo ni el intento de librarlo.
Tampoco le manifestó que estuviese enfadado con él, pero, 37
según sus palabras, no estaba dispuesto a revocar las leyes
persas, aunque a aquel hombre le debía su rescate⁹⁰, dado
que Séoses era el máximo responsable de que él estuviera
con vida y fuera rey. De esta manera fue condenado Séoses
y así desapareció de entre los vivos. Y el cargo que con él 38
tuvo su principio, con él tuvo su fin, pues ningún otro ha si-
do nombrado «adrastadaran salanes». También Rufino ca-
lumnió a Hipacio ante el emperador. Y por ello el empera- 39
dor lo depuso de su cargo y, tras someter a algunos de sus
amigos a los más crueles tormentos, descubrió que en aque-
lla calumnia no había ni un ápice de verdad. Aparte de esto,
no le causó a Hipacio ningún otro mal.

Inmediatamente después, Cabades, aunque lo apremiaba 12
la idea de hacer algún tipo de incursión contra el territorio
romano, se veía del todo impotente, porque le surgió la si-
guiente dificultad. Los iberos que habitan en Asia⁹¹ están 2
asentados casi en las mismas Puertas Caspias, que se en-
cuentran al norte de allí. Pegada a ellos, a su izquierda, ha-
cia occidente está Lácica, y a su derecha, hacia oriente, los

⁸⁹ Pero cf. HERÓDOTO, I 1140; 2.

⁹⁰ Cf. I 6, 3 ss.

⁹¹ Cf. I 10, I.

3 persas. Estas gentes iberas son cristianas⁹² y observan los ritos de su credo más que ningún otro pueblo que conozcamos; sin embargo, es el caso que, de antiguo, han estado
4 sometidos al rey de los persas. Y fue entonces cuando Cabades quería forzarlos a abrazar los ritos de sus propias creencias. Y le ordenó a su rey Gúrgenes que lo hiciera todo según las costumbres persas y, especialmente, que de ningún modo sepultaran bajo tierra a los muertos, sino que los
5 expusieran todos para presa de aves y perros⁹³. Por este motivo, Gúrgenes se resolvió a pasarse a las filas del emperador Justino y le pidió recibir garantías de que los romanos
6 nunca dejarían a los iberos a merced de los persas. Se las dio él con muy buena disposición y envió a Bósforo⁹⁴ con una gran cantidad de riquezas a Probo, un patricio, sobrino de Anastasio, el que había sido antes emperador, para que con aquellas riquezas se granjeara a un ejército de hunos y
7 se los mandara a los iberos como aliados. Bósforo es una ciudad costera, que queda a la izquierda cuando uno entra navegando en el llamado Ponto Euxino, a una distancia de veinte días de camino de la ciudad de Quersón, que está en

⁹² La evangelización de la Iberia transcaucásica data del siglo IV, cuando era su rey Mirian, en tiempos del emperador Constantino (cf. RUFINO DE AQUILEYA, *Historia de la Iglesia* I 10; SÓCRATES, *Historia de la Iglesia* I 20; etc.). El primer obispo de la zona georgiana que está documentado es Juan (335-363): cf. A. DI BERARDINO (dir.), *Dizionario Patristico e di Antichità Cristiane = Diccionario Patristico y de la Antigüedad Cristiana* [trad. A. ORTIZ GARCÍA y J. M. GUIRAU] I, Salamanca, 1991, págs. 929 s. (s.v. *Georgia*) y 1073 (s.v. *Iberia*).

⁹³ Cf., de nuevo, HERÓDOTO, I 140, 1.

⁹⁴ Hoy Kerch, en Crimea, a orillas del estrecho de su nombre (también llamado de Yenikale), que comunica el Mar Negro (el Ponto Euxino) con el de Azov. Bósforo Cimerio (distinto lógicamente del estrecho que comunica al Mar Negro con el de Mármara) era en la antigüedad el nombre de ese estrecho y, en general, la denominación de la actual Crimea.

la frontera del territorio romano. Todo lo que hay entre ambas lo ocupan los hunos. En tiempos más antiguos los habitantes de Bósforo eran independientes, pero hacía poco que habían decidido pasarse a las filas del emperador Justino. Y cuando Probo regresó de allí sin haber conseguido nada, el emperador envió a Pedro como general con algunas tropas de hunos a Lácica para luchar con todo su ímpetu al lado de Gúrgenes. Entretanto Cabades envió contra Gúrgenes y los iberos un ejército muy considerable y como general a un persa, de nombre Boes, con el título de «varices»⁹⁵. Gúrgenes, viéndose en desventaja para resistir el ataque de los persas, dado que los refuerzos romanos le eran insuficientes, huyó con todos los nobles iberos a Lácica y se llevó consigo a sus hermanos, a su mujer y a sus hijos, el mayor de los cuales era Peranio. Al llegar a las fronteras de Lácica, se quedaron allí y, amparándose en la propia inaccesibilidad del lugar, les plantaron cara a los enemigos. Los persas fueron tras ellos, pero sin realizar nada digno de mención, puesto que tenían en su contra el hecho mismo de lo inaccesible de aquellos parajes.

Posteriormente, los iberos se presentaron en Bizancio y también Pedro acudió a la llamada del emperador, quien sostuvo que ayudaría a los de Lácica, aunque no quisieran, a proteger su territorio y para ello envió un ejército mandado por Ireneo. Existen dos puestos de guardia en Lácica, que uno encuentra nada más penetrar en el país tras cruzar las fronteras de Iberia. De su vigilancia se encargaban, desde época remota, los naturales de la región, aunque sufrían muchas penalidades, porque allí no hay ni grano, ni vino, ni ninguna otra cosa buena. Y tampoco es posible llevar nada

⁹⁵ *Ouarízēs*, «victorioso», título que propiamente era un nombre de familia noble, como «mirranes» (I 14, 1).

desde otro sitio por culpa de lo intransitable del lugar, a me-
17 nos que se haga con porteadores. No obstante, los lazos⁹⁶
eran capaces de mantenerse con una especie de mijo que allí
18 se da y al que se habían acostumbrado. Esas guarniciones
las retiró el emperador y ordenó que fueran soldados roma-
19 nos los que montaran guardia en aquellas plazas. Al princi-
pio, los lazos les acarreaban, con mucha dificultad, las pro-
visiones, pero luego renunciaron a prestar este servicio y los
romanos abandonaron esos puestos, con lo que los persas
sin ningún esfuerzo se apoderaron de ellos. Esto fue lo su-
cedido en Lácica.

20 Luego, los romanos, bajo el mando de Sitas y Belisario,
invadieron Persarmenia⁹⁷, que estaba sometida a los persas,
y, tras saquear una extensa zona, regresaron con un gran
21 número de prisioneros armenios. Estos dos hombres eran
jóvenes, todavía con el primer bozo⁹⁸, e integraban la guar-
dia personal del general Justiniano, el que después compari-
tió el imperio con su tío Justino. Pero, al producirse una
nueva invasión de los romanos en Armenia, Narsés⁹⁹ y Ara-
cio, de forma inesperada, les salieron al encuentro y traba-
22 ron combate. No mucho después estos dos se pasaron a las
filas romanas como desertores y marcharon con Belisario a
la campaña de Italia. Pero en aquella ocasión combatieron
contra las tropas de Sitas y Belisario y fueron superiores.
23 Por su parte, realizó también una incursión en las cercanías
de la ciudad de Nísibis otro ejército romano, mandado por
Libelario de Tracia, pero estas fuerzas se retiraron en preci-

⁹⁶ *Lazoi*, los habitantes de Lácica.

⁹⁷ Cf. I 10, 1.

⁹⁸ *Próton hypênêta*: cf. *Iliada* XXIV 348; *Odisea* X 278 s.

⁹⁹ Este Narsés, de origen armenio, no es el eunuco (cf. I 25, 24) al que ya se referirá Procopio en I 15, 31 y que, posteriormente, gozará del favor de la emperatriz Teodora y será un rival declarado de Belisario.

pitada huida¹⁰⁰, aunque nadie vino a enfrentárseles. Por esta 24
razón, el emperador destituyó de su cargo a Libelario y puso
a Belisario al mando de los reclutas con destino en Daras.
Fue también entonces cuando se nombró consejero suyo a
Procopio¹⁰¹, el que escribió esta historia.

No mucho tiempo después Justino, que había asociado 13
al trono a su sobrino Justiniano, murió¹⁰², a raíz de lo cual el
imperio recayó únicamente en Justiniano¹⁰³. Éste le encargó 2
a Belisario construir una plaza fuerte en un lugar llamado
Minduos, que está junto a la propia frontera persa, a la iz-
quierda según uno va en dirección a Nísibis. Con mucha 3
presteza, por tanto, vino él a llevar a cabo lo que el empera-
dor había decidido; y la fortaleza ya se elevaba a considera-
ble altura gracias al gran número de artesanos, cuando los 4
persas le prohibieron edificar más, amenazándole con que
en breve se lo impedirían no sólo con palabras sino también
con hechos. Al enterarse de esto el emperador (y dado que 5
Belisario no estaba en disposición de rechazar de allí a los
persas con el ejército con el que contaba), ordenó que se en-
caminara hacia aquel mismo punto otro ejército y, a la cabe-
za, Cutces y Buces, que entonces mandaban las tropas del
Líbano. Estos dos hermanos eran de Tracia, y jóvenes am-
bos que se lanzaban a trabar combate con el enemigo sin un 6
mínimo de seguridad. Pues bien, cada uno por su lado se re-
unieron los dos ejércitos y avanzaron en orden cerrado hacia
la edificación: los persas para impedirla con toda su poten-
cia militar, y los romanos para defender a los que la estaban
construyendo. Tras una dura batalla fueron derrotados los 7
romanos: de muchos de ellos hubo una verdadera matanza y

¹⁰⁰ Cf. PROCOPIO, *Sobre los edificios*. II 2.

¹⁰¹ En el año 527.

¹⁰² El 1 de abril del 527.

¹⁰³ Desde el 1 de agosto del 527.

- 8 a algunos otros los capturaron los enemigos. Entre éstos estaba el propio Cutces. A todos ellos los persas se los llevaron a su país y los mantuvieron permanentemente encadenados y encerrados en una cueva. La parte de fortaleza construida, como ya nadie la defendía, la tiraron al suelo.
- 9 Tras esto, Justiniano nombró a Belisario general de Oriente y le encargó una expedición militar contra los persas. Reunió él un ejército muy considerable y marchó hacia Daras.
- 10 También, para ayudarlo en la organización de este ejército, llegó Hermógenes, por encargo del emperador. Tenía el cargo de maestro¹⁰⁴ y antes era consejero de Vitaliano, cuando
- 11 éste se rebeló contra el emperador Anastasio¹⁰⁵. Envió también Justiniano a Rufino como embajador y le ordenó que permaneciera en Hierápolis, junto al río Eufrates, hasta que él le diera la señal. Y es que por ambas partes se estaban
- 12 entablando muchas conversaciones acerca de la paz. Pero, de pronto, alguien vino a comunicarles a Belisario y Hermógenes que los persas, presumiblemente, iban a invadir el territorio romano, deseosos como estaban de tomar la ciudad de Daras. Al oír esto, se aprestaron para la batalla como
- 13 se describe a continuación¹⁰⁶. No lejos de la puerta que está justo enfrente de la ciudad de Nisibis, a un tiro de piedra aproximadamente cavaron una profunda trinchera, provista de muchos pasadizos. Esta trinchera, sin embargo, no la habían excavado en línea recta, sino de la siguiente manera.
- 14 En el centro había un pequeño tramo que era recto, pero a uno y otro lado habían hecho dos ramales perpendiculares y del extremo de ambos ramales salían de nuevo las dos partes de la trinchera en línea recta hasta una gran distancia.

¹⁰⁴ Cf. I 11, 25.

¹⁰⁵ Cf. I 8, 3.

¹⁰⁶ Era julio del 530.

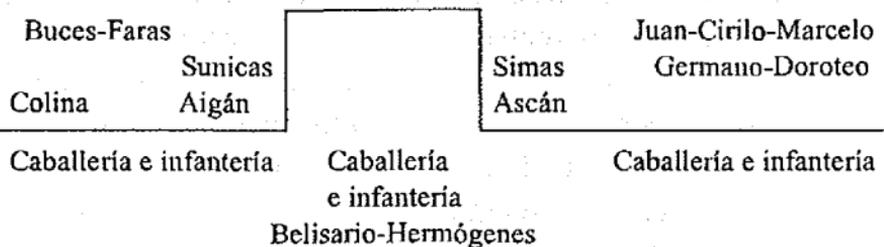
Pues bien, no mucho después llegaron los persas con un numeroso ejército y acamparon todos en un lugar llamado Amodio, que se encuentra a veinte estadios de la ciudad de Daras. Entre sus comandantes estaban Pitiaxes y Baresmanas el tuerto. Pero iba un único general a la cabeza de todos los demás, un persa con el título de mirranes¹⁰⁷ (pues éste es el nombre con el que los persas designan ese cargo), de nombre Peroces, quien de inmediato le mandó mensajeros a Belisario para ordenarle que le preparara el baño¹⁰⁸, pues tenía la intención de bañarse allí al día siguiente. Ante esto, los romanos se aprestaron enérgicamente para el combate, en la idea de que lucharían por la mañana.

Al amanecer vieron que los enemigos avanzaban contra ellos y, entonces, formaron así sus líneas¹⁰⁹. El extremo del trecho rectilíneo de la izquierda, que salía de la parte baja del ramal perpendicular y que se extendía hasta una colina que allí se elevaba, lo ocupaban Buces con un numeroso regimiento de caballería y el hérulo¹¹⁰ Faras con trescientos compatriotas suyos. A la derecha de éstos, en el exterior de la trinchera y junto al ángulo que formaban el ramal perpendicular y el tramo recto de delante, estaban Sunicas y Aigán, de origen maságeta, con seiscientos jinetes, para que,

¹⁰⁷ *Mirránēs* es una palabra persa (con el significado de «hijo de Mitra») que propiamente se remontaba a un nombre de familia noble (como nombre propio, cf. II 30, 7): cf. «varices» (I 12, 10).

¹⁰⁸ Cf. I 14, 12

¹⁰⁹



¹¹⁰ Preferimos esta transcripción a «erulo» (en el original *Éroulos*).

si los de Buces y Faras salían huyendo, ellos pudieran lanzarse a toda velocidad por el flanco y, cayendo sobre la retaguardia del enemigo, defender así fácilmente a los romanos que allí estaban. En el otro lado la formación se había
21 dispuesto de la misma manera. En efecto, el extremo del trecho rectilíneo de la parte diestra lo ocupaba igualmente un numeroso regimiento de caballería, bajo el mando de Juan el hijo de Nicetas, Cirilo y Marcelo. Iban también con ellos Germano y Doroteo. Y en el ángulo de la derecha estaban formados seiscientos jinetes, que comandaban los maságetas Simas y Ascán, para que, como ya quedó dicho, en el supuesto caso de que los de Juan salieran huyendo, ellos
22 irrumpieran desde allí sobre la retaguardia de los persas. A todo lo largo de la trinchera estaban apostados los escuadrones de la recluta de caballería y las tropas de infantería. Detrás de ellos, en el centro, se encontraban las fuerzas de Belisario y Hermógenes. De este modo, los romanos formaron
23 con un total de veinticinco mil hombres, pero el ejército persa, entre caballería e infantería, constaba de cuarenta mil, y todos estaban uno junto a otro, en líneas, y de cara a su enemigo, para hacer el frente de la formación lo más profundo posible. Pues bien, durante mucho tiempo ninguno de
24 los dos empezó la batalla contra el otro, pero lo cierto era que los persas parecían asombrados del orden riguroso que mantenían los romanos y se mostraban indecisos sobre qué hacer en aquellas circunstancias.

25 A la caída de la tarde una sección de la caballería persa que ocupaba el ala derecha, se destacó del resto del ejército
26 y se lanzó contra las tropas de Buces y Faras. Ellos comenzaron a retroceder poco a poco, pero los medos no los persiguieron sino que se quedaron allí, por temor, supongo, a que los enemigos los envolvieran. Entonces, los romanos que acababan de salir huyendo se precipitaron de repente sobre

los persas y éstos no resistieron el ataque sino que se retiraron hacia el grueso de su formación, con lo que de nuevo las tropas de Buces y Faras se situaron en la posición que antes ocupaban. En esta escaramuza cayeron siete persas y los romanos se apoderaron de sus cadáveres. A partir de ese momento unos y otros mantuvieron tranquilamente sus posiciones. Pero un joven persa guió su caballo muy cerca del ejército romano y empezó a provocarlos a todos, desafiando a quien quisiera luchar contra él. Y nadie se atrevió a arros-
trar aquel peligro, a excepción de un tal Andreas, asistente de Buces, que no era militar ni había practicado nunca ejercicios bélicos, sino que era entrenador de gimnasia y había estado al frente de una escuela de lucha en Bizancio¹¹¹. Y por eso precisamente acompañó al ejército, porque cuidaba de la forma física de Buces cuando éste se bañaba. Había nacido en Bizancio. Fue él el único que tuvo arrestos, sin que ni Buces ni ningún otro se lo ordenara, para salir por propia iniciativa a un combate singular contra el persa. Y anticipándose, mientras el bárbaro todavía andaba considerando por dónde atacarlo, lo hirió él con la lanza en la tetilla derecha. El miedo no resistió el golpe de un hombre tan robusto y cayó de su caballo al suelo. Quedó boca arriba y Andreas lo degolló con un cuchillo pequeño como a una víctima de sacrificio. Se elevó entonces un griterío descomunal desde el recinto amurallado y el campamento romano. Los persas, muy dolidos por aquel suceso, enviaron a otro jinete con la misma misión. Era valeroso y de gran corpulencia, pero no era joven y tenía ya algunas canas en la cabeza. Se acercó al ejército enemigo y, haciendo restallar el látigo con el que solía fustigar a su caballo, retaba a un

¹¹¹ Un *paidotribēs* o profesor de gimnasia, que había dirigido una palestra.

35 combate al romano que estuviera dispuesto. Y como nadie
avanzaba a enfrentársele, fue de nuevo Andreas quien, sin
hacerse notar, salió allí en medio, aunque Hermógenes se lo
36 había prohibido. Así pues, ambos se acometieron, llenos de
ira, con las lanzas, que, al chocar contra las corazas, se des-
viaron de su trayectoria. Fue tremendo. Chocaron también
los caballos con las testuces y, al caer, tiraron a sus jinetes.
37 Cayeron los dos muy cerca uno del otro, y ambos procura-
ron levantarse a toda prisa. Pero el persa no lo tenía fácil,
porque su propia corpulencia se lo impedía, y Andreas se le
adelantó (era la ventaja que le daba la práctica de la lucha
en el gimnasio), lo golpeó mientras, aún de rodillas, trataba
38 de levantarse, y cuando volvió a caer al suelo, lo mató. De
la muralla y del ejército romano se elevó un griterío tan
grande, si no mayor que el de antes. Entonces los persas rom-
pieron su formación y regresaron a Amodio y los romanos,
entre cánticos de victoria, se metieron dentro del recinto
39 amurallado, porque ya estaba oscureciendo. De este modo
pasaron unos y otros aquella noche.

14 Al día siguiente se sumaron a los persas diez mil solda-
dos hechos venir de Nísibis, y Belisario y Hermógenes le
escribieron al mirranes esto: «Que la paz constituye el su-
premo bien es cosa reconocida por todos los hombres que
2 tienen algo, por poco que sea, de sentido común; de modo
que cualquiera que la rompa se convertirá en el máximo
responsable de las desgracias no ya de los de su entorno si-
no incluso de todos los de su propia raza. Así pues, el mejor
general es aquél que está por naturaleza capacitado para,
3 partiendo de la guerra, restablecer la paz. Tú, por el contra-
rio, cuando las relaciones entre romanos y persas se hallan
en una buena situación, has decidido promover la guerra
contra nosotros sin ningún motivo, aunque cada uno de los
dos reyes tiene planes pacíficos y se encuentran ya en luga-

res cercanos nuestros embajadores, quienes en no mucho tiempo resolverán las diferencias en las reuniones que celebren entre ellos, a menos que algún suceso irreparable, a raíz de tu agresión, alcance a desbaratar esta esperanza nuestra. Haz retornar, pues, cuanto antes el ejército a territorio persa y ni resultes un obstáculo para sus mayores beneficios, ni llegues jamás a la posibilidad de ser responsable de los terribles acontecimientos que, lógicamente, les vayan a sobrevenir a los persas.»

Cuando el mirranes leyó este mensaje que le había sido entregado, responde lo siguiente: «Haría lo que me pedís, persuadido por vuestras palabras, si no coincidiera que se trata de una carta de los romanos, para quienes es fácil prometer, pero difícilísimo y fuera de toda esperanza cumplir de verdad lo prometido, en particular si también ratificáis con algún juramento los pactos. Nosotros, por eso, hartos de vuestras mentiras, nos hemos visto forzados a levantarnos en armas contra vosotros; y vosotros, amigos¹¹² romanos, pensad que no os queda otra alternativa que luchar contra los persas. Y a nosotros, en este punto, nos será de precisión o morir o envejecer, hasta que de verdad nos hagáis justicia.»

Ésta fue la contestación por escrito del mirranes. Y, a su vez, los de Belisario le escribieron lo siguiente: «No se debe en absoluto, excelentísimo mirranes, ceder ante la fanfarronería ni lanzar sobre el que está a nuestro lado insultos que de ningún modo merece. Nosotros, en efecto, hemos dicho que Rufino viene como embajador y que no está lejos; y eso es cierto y tú mismo lo comprobarás dentro de no mucho tiempo. Pero, si vosotros estáis ansiosos de acciones bélicas,

¹¹² Aquí *philoí*, como tratamiento de cortesía, podría estar usado con cierto valor irónico. Reflejamos, por otra parte, en la traducción el insistente uso en este pasaje de los pronombres personales de primera y segunda persona del plural.

os haremos frente con Dios en nuestras filas, pues sabemos que Él nos va a socorrer en el peligro, inducido por el carácter pacífico ¹¹³ de los romanos y enojado por la fanfarronería de los persas y por esa determinación que en consecuencia habéis tomado de oponeros a nuestras ofertas de paz. Y os haremos frente llevando al combate nuestras cartas y vuestras respuestas colgadas de lo más alto de las enseñas.»

11 Tal era el tenor de la misiva. Y el mirranes, a su vez, contestó así: «Tampoco nosotros nos plantamos en la batalla sin la ayuda de nuestros dioses, y con ellos a nuestro lado marcharemos contra vosotros, precisamente con esos persas a los que mañana tengo la esperanza de hacer entrar en Da-
12 ras. Y lo que es a mí, que se me prepare baño ¹¹⁴ y comida dentro del recinto amurallado.» Tras leer esto los de Belisario, lo que se pusieron a preparar fue el combate.

13 Al amanecer del día siguiente convocó el mirranes a todos los persas y les dijo esto: «No ignoro que no es por las palabras de sus jefes sino por el valor propio y el pundonor de los unos ante los otros por lo que los persas acostumbran
14 a mostrar osadía en los peligros. Pero al veros conversar sobre cómo es que los romanos, que antes solían presentar batalla sin orden ni concierto ¹¹⁵, ahora por el contrario con

¹¹³ *Apragmosýnē* aquí con el sentido de «tranquilidad, pacifismo», con marcado valor meliorativo, como aparece corrientemente, aunque con otras connotaciones, en los escritos patrísticos.

¹¹⁴ Cf. I 13, 17.

¹¹⁵ Desde luego, el genio militar de Belisario contribuyó a un enorme progreso en este aspecto. Si es verdad que el ejército romano occidental desde finales del siglo IV dejó a un lado el adiestramiento y la instrucción militar e hizo suyas ciertas características más propias de las tropas bárbaras utilizadas por Teodosio y sus sucesores (como da a entender el *De re militari* de VEGETIO), no es menos cierto esto otro: «En Oriente, los emperadores bizantinos —menos influenciados por las unidades bárbaras

una táctica que no les va en absoluto se mantienen en sus puestos aguardando el ataque persa, al ver esto, digo, he decidido daros un consejo, para que no caigáis en un error por haceros una idea falsa. Mirad, no creáis que los romanos se han vuelto de repente mejores para la guerra, ni que han conseguido tener más valor y más experiencia; no, el caso es que son más cobardes de lo que lo eran antes. Tanto temen a los persas que no se han atrevido a formar sus líneas sin la defensa de una trinchera; y ni aun así entablaron combate alguno, sino que, como nosotros no fuimos en ningún momento a atacarlos, se retiraron tras las murallas contentos, creyendo que las cosas les habían salido mejor de lo que esperaban. Y por esta razón no han dado en el trance de verse todos embarullados, puesto que no llegaron a entrar en el peligro de la batalla. Pero en el caso de que el combate esté ya al alcance de la mano, el terror y la inexperiencia se apoderarán de ellos y los llevarán, lógicamente, a su habitual desorganización. Pues bien, así están las cosas entre los enemigos; en cuanto a vosotros, soldados persas, que siempre os venga a la mente el juicio del Rey de Reyes. Pues si en el momento presente no os comportáis como hombres, de una manera digna del reconocido valor de los persas, un castigo infamante caerá sobre vosotros.»

Tras arengarlos así, el mirranes comenzó a guiar su ejército contra los enemigos. Y Belisario y Hermógenes reunieron a todos los romanos delante del recinto amurallado y pronunciaron esta arenga: «Que los persas no son en abso- 21

federadas— mantenían una disciplina rígida y entrenamiento, dando como resultado el soberbio ejército de Belisario en el siglo vi bajo Justiniano» (A. FERRILL, *The fall of the Roman Empire = La caída del Imperio Romano. Las causas militares* [trad. P. GONZÁLEZ BERMEO], Madrid, 1989, pág. 154 y n. 260, en la que se cita a MÜLLER, «Das Heer Justinians», *Philologus* 71 [1912], 101 ss.).

luto invencibles ni están por encima de la muerte¹¹⁶, ya lo sabéis por haberlo comprobado en la anterior batalla; y que, aun aventajándolos en valentía y fuerza física, fuisteis derrotados¹¹⁷ sólo por ser demasiado desobedientes a vuestros
 22 jefes, esto otro nadie lo negaría. Pero, desde luego, ahora tenéis la posibilidad de subsanarlo sin ningún esfuerzo. Pues, mientras que las contrariedades de la fortuna son, por su propia naturaleza, imposibles de subsanar por mucho que uno se empeñe, la razón¹¹⁸, por el contrario, sí podría convertirse fácilmente para el ser humano en médico de los
 23 males que él mismo se causa; de tal forma que, si queréis

¹¹⁶ Literalmente, «ni son más fuertes que la muerte» (*kreíssous è thnêskein*), con lo que quizá se estuviera jugando con el famoso nombre de *athánatoi*, «Inmortales» (cf. I 14, 31; 14, 44), aplicado por los griegos al selecto cuerpo de infantería que tenía entre sus misiones la guardia personal de los reyes persas aqueménidas. Estaba constituido por diez mil hombres y las bajas eran puntualmente cubiertas para que su número permaneciera siempre invariable (cf. HERÓDOTO, VII 83, 1).

¹¹⁷ Se trata de la derrota en Minduos (I 13, 1 ss.).

¹¹⁸ Debe subrayarse aquí, en relación con estas líneas de Procopio, la importancia que en la concepción histórica de Tucídides cobra la oposición entre *gnómē*, el cálculo racional, y *týchē*, la suerte imprevisible: cf., por ejemplo, TUC., IV 18, 2 s. (consúltese, en general, J. DE ROMILLY, *Histoire et raison chez Thucydide*, París, 1956; L. EDMUNDS, *Chance and Intelligence in Thucydides*, Harvard U.P., 1975; además de la conocida obra de A. LESKY, *Geschichte der Griechischen Literatur = Historia de la Literatura Griega* [trad. J. M. DÍAZ REGAÑÓN y B. ROMERO], Madrid, 1976, págs. 509 s.; o la traducción de F. R. ADRAJOS, *Tucídides. Historia de la Guerra del Peloponeso*, t. I, Madrid, 1984, pág. 18, que cita la ed. de CLASSEN-STEUP y el estudio de W. SCHMID). Para la confrontación, en general, de raciocinio y azar, cf. ya DEMÓCRITO, Fr. 119 D.-K.; y luego EPICURO, *Máximas Capitales* 16; etc. En un contexto del todo diferente como el de ESQUILO, Fr. 255 NAUCK, encontramos la misma expresión *kakôn... iatrós*, «médico de males», aplicada a *thánatos*, la muerte; y cf. PÍNDARO, *Nemeas* IV 1 s. (también *euphrosýna*, la alegría, es *pónôn.../iatrós*, «médico de fatigas»).

escuchar nuestras recomendaciones, muy pronto, seguro, os ceñiréis la corona de la victoria en el combate. Pues ellos han venido contra nosotros sin confiar en otra cosa que en nuestra desorganización. Pero se retirarán con esa esperanza 24 frustrada también ahora, al igual que en aquel enfrentamiento previo. Y en cuanto a lo numeroso del contingente enemigo, de lo que mayormente se valen para sembrar el miedo, a eso vosotros debéis quitarle importancia. Pues toda 25 su infantería no es más que una tropa de miserables campesinos, que no van a filas a otra cosa que a perforar los muros excavando y a despojar los cadáveres y, en general, a estar al servicio de los soldados. Es por eso por lo que no tienen 26 armas de ningún tipo con las que también pudieran inquietar a sus adversarios, y paveses ¹¹⁹ es lo único que se ponen delante, de un tamaño tal como para que no les acierten los dardos enemigos. Entonces, si os mostráis valerosos en medio 27 de este peligro, no vais sólo a vencer a los persas en esta ocasión, sino que incluso los estaréis castigando por su insensatez, de manera que nunca más vengan con su ejército a territorio romano.»

Tras esta arenga, al ver Belisario y Hermógenes que los 28 persas avanzaban ya contra ellos, distribuyeron rápidamente sus tropas en el mismo tipo de formación que antes. Y los 29 bárbaros llegaron hasta las cercanías, para apostarse en línea de cara a los romanos. Sin embargo, el mirranes no colocó a todos los persas frente al enemigo, sino sólo a la mitad, y dejó que los demás se quedaran detrás. Éstos reemplazarían 30 a los que estuvieran luchando y, con sus fuerzas intactas, caerían sobre los adversarios, de tal manera que todos combatirían rotándose sin interrupción. Únicamente al batallón 31

¹¹⁹ Así traducimos *thyreoús*, escudos oblongos y grandes («como una puerta», *thýra*), al igual que los paveses germánicos.

de los llamados Inmortales¹²⁰ le ordenó que permaneciera
32 quieto hasta que le diera la señal. Él se incorporó a la for-
mación situándose en el centro de la línea de batalla; a Pi-
tiaxes lo puso al frente del ala derecha y a Baresmanas de la
izquierda. De esta manera quedaron formados ambos ejér-
citos. Entonces, Faras se presentó ante Belisario y Hermó-
33 genes y les dijo: «Ningún daño de importancia me parece
que les voy a hacer a los enemigos, de permanecer yo en ese
lugar con los hérulos; pero, si nos escondemos en este de-
clive de aquí y, luego, cuando los persas entren en combate,
subimos a esta colina y nos lanzamos de repente por detrás
sobre su retaguardia, probablemente les causaremos un es-
trago irreparable.» Esto fue lo que dijo y, como Belisario y
los demás estuvieron de acuerdo, así lo hizo.

34 Hasta el mediodía ninguno de los dos entabló la batalla.
Pero tan pronto como pasó este momento, los bárbaros em-
prendieron la lucha. El motivo de haber pospuesto el choque
hasta esa hora del día era que los persas acostumbran a co-
mer sólo a la caída de la tarde, mientras que los romanos lo
hacen antes del mediodía, de modo que pensaron que no
mostrarían tanta resistencia si los atacaban cuando aún estu-
35 vieran los romanos con el estómago vacío. Pues bien, al prin-
cipio unos y otros echaron mano de los arcos y el aluvión de
flechas formaba como una nube¹²¹ que cubría de sombras
una grandísima extensión. Por parte de ambos ejércitos hu-
bo muchas bajas, pero eran mucho más numerosas las fle-
36 chas bárbaras, que volaban sin parar. Se turnaban, en efecto,

¹²⁰ Cf. n. 116.

¹²¹ Recuérdese la famosa anécdota de Diéneces en las Termópilas:
HERÓDOTO, VIII 226, 1 s.

sin interrupción, manteniendo sus fuerzas intactas en el combate, y no dejaban en absoluto que los enemigos se dieran cuenta de lo que estaba ocurriendo. No obstante, ni aun así se vieron en inferioridad los romanos, porque se levantó un viento que empezó a soplar de su lado en dirección a los bárbaros, impidiendo así que sus arcos fueran lo bastante eficaces. Y cuando ya no les quedaban flechas ni a unos ni a otros, echaron mano de las lanzas, con lo que la lucha vino a desarrollarse aún más de cerca. Entre los romanos, el ala izquierda era la que estaba en mayores apuros, porque los cadisenos, que combatían en las filas de Pitiaxes, acudieron en masa de repente y pusieron en fuga a sus enemigos para, luego, echárseles encima con enorme ímpetu mientras huían, y matar a muchos. Al observar esto los de Sunicas y Aigán, cargaron a todo correr contra ellos. Pero, primero, los trescientos hérulos de Faras se descolgaron de lo alto de la colina sobre la retaguardia enemiga y realizaron admirables hazañas luchando contra todos los demás persas, pero especialmente contra los cadisenos, quienes, al ver que los de Sunicas los atacaban por el flanco, se precipitaron a huir. La derrota fue aplastante, porque los romanos que estaban en aquella posición unieron sus respectivas fuerzas, y así la matanza de bárbaros resultó muy grande. Del ala derecha persa murieron no menos de tres mil hombres en aquel choque, el resto pudo a duras penas escapar hacia la formación y salvarse. Los romanos no continuaron ya persiguiéndolos, sino que ambos ejércitos se colocaron en orden de batalla, unos frente a otros. Y así era como se desarrollaban estos acontecimientos.

Pero el mirranes envió a escondidas otras muchas tropas y a todos los llamados Inmortales a la sección del lado izquierdo. Y cuando Belisario y Hermógenes los vieron, ordenaron que seiscientos soldados de los de Sunicas y Aigán

se incorporaran al ángulo de la derecha, a la posición de los que estaban con Simas y Ascán, y detrás de ellos se colocaron muchos de los que acompañaban a Belisario. Y, así, los persas que ocupaban el ala izquierda, bajo el mando de Baresmanas, atacaron a la carrera, junto con los Inmortales, a los romanos situados frente a ellos. Éstos no resistieron la acometida y se precipitaron a huir. Entonces los romanos apostados en el ángulo y todos los que estaban detrás de ellos se lanzaron con gran ardor contra los perseguidores. Y como arremetieron contra los bárbaros por el flanco, partieron en dos su ejército y a la mayor parte de ellos vinieron a tenerla a su derecha, mientras que a unos pocos también que iban rezagados los dejaron a su izquierda. Entre éstos, precisamente, coincidió que se encontraba el portaestandarte de Baresmanas, a quien asaltó Sunicas e hirió con su lanza. Y ya los persas que encabezaban la persecución se percataron del inminente peligro y, dando media vuelta, dejaron de perseguir y cargaron contra los romanos. A partir de ese momento quedaron expuestos al ataque enemigo por ambos lados, pues los que huían, cuando comprendieron lo que había ocurrido, volvieron también sobre sus pasos. Por su parte, el batallón de los Inmortales y el resto de los persas, al ver su estandarte caído y tirado por el suelo, se lanzaron junto con Baresmanas contra los adversarios que estaban en aquel lugar. Los romanos les hicieron frente y Sunicas, adelantándose a los demás, mató a Baresmanas y lo arrojó de su caballo al suelo. A partir de ese momento se apoderó de los bárbaros un gran pánico y ya no pensaron en luchar sino que huyeron en medio de una enorme confusión. Entonces los romanos, efectuando una especie de maniobra envolvente, mataron a casi cinco mil hombres. De este modo, ambos ejércitos en su totalidad se pusieron en movimiento, el de los persas en retirada y el de los romanos en su perse-

cución. En este combate, a todos los soldados de infantería 52 del ejército persa, tras haber arrojado sus paveses¹²², los cogieron y los mataron sin ninguna consideración sus enemigos. No obstante, la persecución que efectuaron los romanos duró poco, pues Belisario y Hermógenes no los dejaron ale- 53 jarse demasiado, por temor a que, por alguna fatalidad¹²³, los persas se volvieran y los pusieran en fuga, mientras los romanos los perseguían a lo loco. A ellos les parecía suficiente preservar su victoria sin ningún fiasco. Y es que, des- 54 pués de mucho tiempo, en la batalla de aquel día los persas fueron vencidos por los romanos. De esta manera se separaron ambos contingentes. Los persas no estaban ya dispues- 55 tos a seguir presentándole batalla en campo abierto a los romanos. No obstante, sí hubo por una y otra parte algunas algaradas a ña de caballo, en las que los romanos no llevaron las de perder. De modo que así les fue a los ejércitos en Mesopotamia.

Cabades envió otro ejército a la Armenia sometida a los 15 romanos. Este ejército estaba integrado por persarmenios y sunitas, cuyos territorios confinan con los de los alanos. También los acompañaban tres mil hunos, de los llamados sabiros, un pueblo belicosísimo¹²⁴. Como general había sido 2 puesto al frente de todos ellos Merméroes, un persa. Cuando estuvieron a tres días de camino de Teodosiópolis, estable-

¹²² Cf. n. 119. Téngase en cuenta la ignominia que entre los griegos conllevaba este acto de tirar el escudo para huir (*shipsaspis*): cf., por ejemplo, LISIAS, X 9; PLATÓN, *Leyes* 944 b (a pesar del célebre y temprano testimonio de ARQUÍLOCO, *Fr.* 12 ADRADOS; y cf. ALCEO, *Fr.* 49 DIEHL; ANACREONTE, *Fr.* 51 DIEHL; HORACIO, *Odas* II 7, 10).

¹²³ *Tinì anánkēi*: cf. *týchēi tiní*, II 17, 16; y, sobre esta última expresión, Evans, *Greek, Roman and Byz. Stud.* 12 (1971), 93 ss.

¹²⁴ Los alanos eran de origen iranio, pero estaban asentados desde el siglo I entre la laguna Meotis y el Cáucaso. Cf. alanos y sabiros en II 29, 15, y n. 242.

cieron allí su campamento y permanecieron en el territorio
3 de Persarmenia mientras preparaban la invasión. Coincidió
que era general en Armenia Doroteo, un hombre inteligente
y con experiencia en mil batallas. Sitas, por su parte, ocupa-
ba el generalato en Bizancio y estaba al frente de todas las
4 fuerzas de Armenia. Y, al saber que un ejército enemigo se
estaba reuniendo en Persarmenia, enviaron de inmediato a
dos lanceros de su guardia para que espieran y los pusieran
al corriente de toda la potencia militar de los enemigos.
5 Ambos se introdujeron en el campamento bárbaro y, des-
pués de observarlo todo minuciosamente, salieron de él. Y
6 mientras iban de camino hacia algún lugar de por allí, topa-
ron de improviso con un grupo de hunos hostiles. De los dos
soldados, el que se llamaba Dagaris cayó prisionero y fue
atado, pero el otro consiguió huir y les dio razón de todo a
7 los generales. Éstos proveyeron de armas a la totalidad del
ejército y cargaron de súbito contra el campamento enemi-
8 go. Los bárbaros, azorados por lo imprevisto del ataque, no
pensaron ya en resistir sino que huyeron, cada cual como
pudo. Entonces los romanos mataron a muchos y, tras sa-
quear el campamento, se retiraron de inmediato.

9 No mucho después, Merméroes reunió a todo su ejército
e invadió el territorio romano. Encontró a sus enemigos cer-
ca de la ciudad de Satala y, tras asentar allí su campamento,
permaneció quieto en un lugar llamado Octava, que se ha-
10 llaba a cincuenta y seis estadios de aquella ciudad. Así pues,
Sitas se llevó a mil hombres y los ocultó detrás de una de las
muchas colinas que rodean la planicie donde se asienta la
11 ciudad de Satala. A Doroteo le ordenó que se quedara con el
resto del ejército dentro del recinto amurallado, porque pen-
saban que serían absolutamente incapaces de hacerle frente
al enemigo en la llanura, dado que los persas eran no menos
de treinta mil y ellos apenas alcanzaban la mitad de este

número. Al día siguiente los bárbaros, situándose muy cerca 12
de las murallas, se afanaban en ponerle una especie de cerco. Pero de repente, al ver que las tropas de Sitas bajaban ya del altozano para dirigirse contra ellos y como no tenían forma de calcular su número, porque era verano y estaban envueltos en una gran nube de polvo, creyeron que eran muchos más y, levantando rápidamente el cerco, se apresuraron a agruparse en un lugar reducido. Pero los romanos, 13
anticipándoseles, se dividieron en dos secciones y se echaron sobre ellos mientras estaban retirándose de las murallas. Cuando el grueso del ejército romano vio esta acción, se creció y, saliendo a todo correr del interior del recinto amurallado, marchó contra los enemigos. De este modo dejaron 14
a los persas en medio y los pusieron en fuga. Sin embargo, como los bárbaros, según se ha dicho, los aventajaban en número, todavía continuaron ofreciendo resistencia y la batalla se convirtió en un duro combate en un palmo de tierra. Avanzaban en persecución y retrocedían enseguida alternativamente, porque todos iban a caballo. Entonces, Florencio, un tracio que mandaba un escuadrón de caballería, lanzándose contra el centro de los enemigos, les arrebató el estandarte del general, lo dejó en el suelo lo más caído que pudo y se dispuso a retomar a sus filas. Y aunque lo alcanzaron y 16
cayó allí mismo hecho pedazos, él se convirtió en el máximo artífice de la victoria romana. Y es que, cuando los bárbaros no vieron ya su estandarte, presos de una enorme confusión y del pánico se retiraron y, metiéndose en su campamento, permanecieron allí quietos, después de haber perdido a muchos hombres en la batalla. Al día siguiente re- 17
gresaron todos a su patria sin que nadie fuera tras ellos, puesto que al ejército romano les parecía algo grande y muy memorable el que una multitud tan inmensa de bárbaros hubiera sufrido, y en su propio territorio, aquellas derrotas que

poco más arriba he relatado, y que, tras haber invadido territorio enemigo, hubiera tenido que retirarse sin haber conseguido nada y vencida de esta manera por un ejército más pequeño.

18 En aquel tiempo también ocuparon los romanos algunas
plazas persas en Persarmenia: la fortaleza de Bolo y la denominada Farangio, de donde los persas extraían el oro para
19 entregárselo al rey. Coincidía también que poco antes habían sometido al pueblo de los tzanos, que desde antiguo estaban asentados en territorio romano como nación independiente. El modo como ocurrió se contará a partir de este mismo momento.

20 Cuando uno se dirige desde las regiones de Armenia hacia Persarmenia, el Tauro queda a la derecha y se extiende hasta Iberia y los pueblos que allí viven, según he referido poco más arriba¹²⁵, mientras que a la izquierda hay un camino que sigue avanzando cuesta abajo hasta muy lejos y sobre él se descuelgan unas montañas muy escarpadas, cu-
21 biertas de nubes y nieves eternas, de donde nace el río Fasis para correr hacia la tierra de Cólquide. Ahí, desde un principio, sin estar sometidos a nadie habitaban unos bárbaros, el pueblo de los tzanos, llamados sanos en tiempos pasados. Practicaban el pillaje entre los romanos de las cercanías, con un régimen de vida extraordinariamente penoso, y se mantenían siempre de lo que robaban, pues su tierra no producía
22 nada bueno para comer. Por esta razón, todos los años les mandaba el emperador romano determinada cantidad de oro, bajo condición de que no saquearan sus territorios de aque-
23 lla zona. Ellos habían jurado respetarlo con sus juramentos tradicionales, pero, sin tomar en consideración lo que jura-

¹²⁵ Cf. I 10, 1 s.

ron, desde hacía muchísimo tiempo ¹²⁶ no paraban de caer de improviso y cometer sus crímenes no sólo sobre los armenios sino también sobre los romanos que ocupaban las regiones contiguas hasta el mar. Después de haber efectuado breves incursiones, regresaban de inmediato a su patria. Y ²⁴ siempre que por azar topaban con un ejército romano, eran derrotados en la batalla, pero no había manera de capturarlos debido a la solidez de sus fortificaciones. Pues bien, antes de esta guerra Sitas los había vencido en una batalla y con muchos agasajos de palabra y obra, consiguió ganárselos completamente. En efecto, mudaron su régimen de vida ²⁵ por otro más civilizado, se alistaron en el ejército romano y desde entonces hasta hoy salen con el resto de las tropas romanas contra los enemigos. Cambiaron sus creencias por otras más piadosas y todos ellos se han convertido al cristianismo. De modo que en lo concerniente a los tzanos fue así poco más o menos como ocurrió.

Cuando se traspasan las fronteras de este pueblo, hay un ²⁶ desfiladero profundo y muy escarpado, que se extiende hasta las montañas del Cáucaso. Allí hay lugares populosos y crecen bastante bien la vid y otros frutos. Hasta una distancia, ²⁷ más o menos, de tres días de camino este desfiladero pertenece y paga tributo a los romanos, pero a partir de ese punto lo abarcan las fronteras de Persarmenia. Y allí está la mina de oro que, con permiso de Cabades, administraba un lugareño de nombre Simeón. El tal Simeón, cuando vio a las dos ²⁸ naciones en guerra y ambas en plenitud de fuerzas, decidió privar a Cabades del ingreso de aquellas riquezas. Y por esa ²⁹ razón se ofreció a sí mismo y cedió Farangio a los romanos, pero con la pretensión de no entregarles el oro de la mina ni a unos ni a otros. Los romanos, en efecto, no reclamaban na- ³⁰

¹²⁶ *Ek tou̅ epi pleiston*: cf. TUCÍDIDES, I 2, 5 (cf. n. 146).

da, pensando que ya les bastaba con que sus enemigos hubieran perdido los tributos de aquella zona, y los persas, contra la voluntad de los romanos, eran incapaces de forzar a los que allí habitaban porque tenían en su contra la aspereza del terreno.

31 Por aquel mismo tiempo Narsés y Aracio, los que habían trabado combate contra Belisario y Sitas en Persarmenia al principio de esta guerra, como antes he expuesto¹²⁷, se pasaron junto con su madre como desertores a las filas romanas y los recibió el intendente del emperador, Narsés (porque daba la casualidad de que éste también era persarmenio de nacimiento) y los obsequió con una gran cantidad
32 de dinero. Cuando lo supo Isaac, el más joven de los hermanos, entró en conversaciones en secreto con los romanos y les entregó la fortaleza de Bolo, que está muy próxima a
33 las lindes de Teodosiópolis. En efecto, les mandó a unos soldados que se ocultaran por allí cerca y les franqueó la entrada por la noche en la fortaleza, abriéndoles a escondidas uno de los postigos. Y de este modo también él se marchó a Bizancio.

16 Así se desarrollaron los acontecimientos para los romanos. Pero los persas, aunque habían sido derrotados por Belisario en la batalla de Daras, ni aun así decidieron retirarse de allí, hasta que Rufino, tras presentarse ante Cabades, le dijo lo siguiente: «Majestad, me ha enviado su hermano¹²⁸ para hacerle un justo reproche: que los persas sin ningún
2 motivo han venido en armas contra su tierra. Sea como sea, a un rey grande¹²⁹ y tan sabio más le convendría gestionar una salida pacífica de la guerra que, cuando ya las cosas

¹²⁷ Cf. I 12, 21 s. Para el otro Narsés que aparece más abajo, cf. n. 99.

¹²⁸ *Adelphós* se emplea como tratamiento de cortesía entre monarcas.

¹²⁹ *Basilei megalōi te...*: recuérdese de nuevo el título de «Gran Rey», por antonomasia, para el rey de Persia (cf. n. 41).

están arregladas, afligirse a sí mismo y a su gente con trastornos innecesarios. Y por eso yo en persona he llegado 3 aquí lleno de esperanza, para que en adelante ambos pueblos disfruten de los beneficios de la paz.» Así habló Rufino, y Cabades le respondió de esta manera: «Hijo de Silvano, no intentes tergiversar las razones, sabiendo como sabes mejor que nadie que habéis sido vosotros, los romanos, los máximos causantes de todos estos trastornos. Pues nosotros nos apoderamos de las Puertas Caspias¹³⁰ para provecho de persas y de romanos, quitándoselas por la fuerza a los bárbaros de aquella zona, después de que el emperador Anastasio, como tú no ignoras, aunque estuvo en su mano comprarlas por una cantidad de dinero, no quiso hacerlo, para no verse obligado, por tener allí un ejército estable, a desembolsar grandes sumas de dinero en interés de ambos pueblos. Y desde entonces nosotros hemos asentado allí ese 5 ejército tan numeroso y lo hemos mantenido hasta el presente, y a vosotros os hemos permitido habitar la región libre de devastaciones en lo que toca a los bárbaros de aquella zona, y conservar vuestras posesiones sin ninguna inquietud. Pero, como si esto no fuera suficiente para vosotros, habéis construido una gran ciudad, Daras, una fortaleza 6 levantada contra los persas, aunque era algo expresamente prohibido en los acuerdos que Anatolio firmó con los persas¹³¹. Y a raíz de ello es inevitable que el estado persa se vea perjudicado por los problemas y el gasto que conllevan dos ejércitos, uno para que los maságetas no puedan asolar sin ningún temor esta tierra que nos pertenece a ambos, y el otro para que podamos rechazar vuestras incursiones. Y 7 cuando hace poco nos quejábamos de esta situación y re-

¹³⁰ Cf. I 10, 1 ss.

¹³¹ Cf. I 2, 15.

clamábamos que vosotros asumierais una de estas dos cosas, o que el ejército que se enviara a las Puertas Caspias lo movilizáramos entre ambos, o que desmantelárais la ciudad de Daras, no os resignasteis a comprender lo que se decía, sino que decidisteis reforzar vuestras maquinaciones contra los persas con un abuso todavía mayor, con sólo que traigamos a la memoria la edificación de la plaza de Minduos¹³². Pero incluso ahora pueden los romanos elegir la paz o coger las 8 armas, haciéndonos justicia o procediendo a la inversa. Pues los persas nunca depondrán sus armas antes de que los romanos colaboren con ellos en la vigilancia de las Puertas, como es lo justo y correcto, o desmantelen la ciudad de Daras.» Tras pronunciar estas palabras, Cabades despidió al 9 embajador dándole a entender que él quería recibir dinero de los romanos y poner fin a las causas de guerra. Rufino, al 10 llegar a Bizancio, se lo comunicó todo al emperador. No mucho después se presentó también allí Hermógenes. Acabó el invierno y así concluyó el cuarto año del reinado de Justiniano¹³³, que ocupaba el trono imperial.

17 Al comienzo de la primavera siguiente, un ejército persa bajo el mando de Azaretos invadió el territorio romano. Eran quince mil hombres, todos de caballería, y con ellos iba Alamundaro, el hijo de Sacica¹³⁴, con una numerosísima 2 tropa de sarracenos¹³⁵. Esta invasión no la hicieron los per-

¹³² Cf. I 13, 2 ss.

¹³³ El año 531. El hecho de que para el historiador el año termine al final del invierno podría deberse a influencia del propio Tucídides: cf., por ejemplo, TUCÍDIDES, II 103, 2 (y V 20, 1 ss.). Desde las reformas del calendario efectuadas por César, el año comenzaba al principio del invierno.

¹³⁴ No es usual que, como aquí ocurre, se indique el nombre de la madre.

¹³⁵ Persas «mezclados con sarracenos» los vemos por ejemplo en ZÓSIMO, *Nueva Historia* III 27, 1. El nombre (que significa «oriental») y apa-

sas de la forma acostumbrada, pues no fueron invadiendo Mesopotamia, como anteriormente, sino la llamada en la antigüedad Comagena¹³⁶, hoy Eufrestesia, desde donde, que nosotros sepamos, nunca antes los persas condujeron sus ejércitos contra los romanos. Pero por qué a esta región se la 3 llamó Mesopotamia y por qué los persas se abstuvieron de efectuar su incursión contra ella, esto es lo que voy a referir.

Hay en Armenia una montaña no demasiado abrupta, a 4 una distancia de cuarenta y dos estadios al norte de Teodosiópolis, y de allí nacen dos manantiales que de inmediato forman dos ríos: el Eufrates, el de la derecha, y el otro el denominado Tigris. Uno de estos dos, el Tigris, sin dar nin- 5 gún rodeo y sin ningún afluente que desemboque en él, salvo algunos pequeños, desciende derecho hasta la ciudad de Amida y desde allí, avanzando hacia el norte, corre hacia 6 Asiria. Por su parte, el Eufrates al principio fluye a lo largo de un pequeño trecho y, a medida que avanza, va desapareciendo, pero sin hacerse subterráneo, sino que ocurre algo de lo más asombroso. Y es que sobre el agua hay una capa de 7 lodo muy profunda, de unos cincuenta estadios de longitud y veinte de anchura, y en este fango crece una gran cantidad de cañas. Pero es tan dura esta especie de terreno de allí que 8 a los que con él tropiezan no les parece otra cosa que suelo firme y lo que en efecto sucede es que tanto los que van a pie como a caballo atraviesan por encima sin ningún temor. Es más, por allí transitan muchos carros cada día, pero no 9 pueden moverlo ni lo más mínimo, ni encuentran ningún punto débil en la capa de lodo. Las gentes del lugar queman 10

rece por primera vez en la literatura en EUSEBIO, *Historia de la Iglesia* VI 42, 4) era propiamente el de una tribu árabe, luego se aplicó a los árabes en general y, posteriormente, a todos los musulmanes.

¹³⁶ Cuya capital era Samósata (patria de Luciano), situada junto al Eufrates (cf. I 17, 22).

los cañaverales todos los años, para que no les impidan el paso y, a veces, cuando el viento se abate con violencia sobre aquel sitio, se ha dado el caso de que el fuego ha llegado hasta el mismo extremo de las raíces y entonces se deja ver
 11 el agua en un pequeño hueco, pero al poco tiempo el terreno se aglomera de nuevo y le devuelve al lugar el aspecto que antes tenía. Desde allí el río avanza hacia la tierra llamada Celesena, donde estaba el santuario de Ártemis de los Tauros y desde donde dicen que Ifigenia, la hija de Agamenón, huyó con Orestes y Pílates llevándose la estatua de Árte-
 12 mis¹³⁷. Pues el otro templo, que ha existido en la ciudad de Comana hasta mis días, no es «el de los tauros». Pero explicaré cómo fue esto.

13 Cuando Orestes se marchó de la región de los tauros con su hermana, vino a caer enfermo. Y al informarse sobre su enfermedad, aseguran que el oráculo le vaticinó que el mal no remitiría hasta que construyera un templo en honor de Ártemis en un emplazamiento semejante al que coincide que tiene entre los tauros, y allí se cortara el pelo y por esto
 14 mismo le diera a la ciudad el nombre de Comana¹³⁸. Por tanto, Orestes recorrió aquellos lugares y, al llegar al Ponto, vio una montaña escarpada que allí se descolgaba y que aba-
 15 jo, por la falda de la montaña, fluía un río, el Iris. Así pues, Orestes supuso entonces que aquél era el lugar indicado por el oráculo y construyó el templo de Ártemis, se peló¹³⁹ y a

¹³⁷ Cf., en general, EURÍPIDES, *Ifigenia entre los Tauros* y, más abajo, la n. 140.

¹³⁸ De *kómē*, «cabello, pelo».

¹³⁹ La forma *apothrixámenon* aquí empleada (que también utiliza Procopio para referirse a la tonsura monacal, por ejemplo en II 30, 54; e *Historia Secreta* 1) pertenece al verbo *apotherizō* (de *therizō*, «realizar el trabajo propio del verano, segar, cortar») pero con una síncopa que puede deberse a una falsa etimología que lo relaciona con *thrix*, *trichós*, «pelo, cabello».

raíz de esta acción llamó a la ciudad Comana, nombre que ha recibido hasta mis días. A pesar de que Orestes había llevado todo eso a cabo, la enfermedad continuaba manifestándose con tanta intensidad como antes, si no más. Y como el hombre se dio cuenta de que con eso no satisfacía al oráculo, de nuevo se puso a recorrer y observar todos aquellos parajes y encontró un sitio en Capadocia que era parecidísimo, a más no poder, al de los tauros. Yo lo he visto muchas veces y mi asombro ha sido enorme, porque me parecía que estaba en la misma tierra de los tauros. Y es que esa montaña es fiel imagen de aquella otra, porque también allí llega el Tauro y el río Saro es comparable al Eufrates del otro lugar. De modo que Orestes edificó allí una ciudad digna de contemplarse y dos templos, uno a Ártemis y el otro a su hermana Ifigenia, que los cristianos han convertido en santuarios suyos sin transformar ni una pizca la estructura. Todavía hoy se llama Comana Áurea, por tomar su nombre del cabello de Orestes que allí aseguran que se cortó para librarse definitivamente de su dolencia. Dicen algunos que la enfermedad de la que se recobró no fue otra que el acceso de locura que le asaltó cuando mató a su madre¹⁴⁰. Pero voy a volver ya a mi anterior relato.

En efecto, desde la Armenia de los tauros y Celesena el río Eufrates fluye por la derecha y abraza una gran región, uniéndosele, entre otros muchos ríos, el propio Arsino, que baja caudaloso desde la llamada Persarmenia y ya crecido, como es natural, penetra en el territorio de los antiguamente

¹⁴⁰ Cf. ESQUILO, *Coéforas*; EURÍPIDES, *Ifigenia entre los Tauros*; APOLODORO, *Epítome* VI 25 ss.; HIGINO, *Fábulas* 120; PAUSANIAS VIII 34, 1 ss.; etcétera.

llamados sirios blancos¹⁴¹, hoy armenios menores, cuya capital es Melitene, una ciudad muy importante. Desde allí viene a bañar Samósata, Hierápolis y todos los lugares de por allí hasta Asiria, donde ambos ríos mezclan sus aguas en un tramo que se distingue por llevar el mismo nombre del Tigris¹⁴². Esa región, pues, que desde Samósata queda en el exterior del curso del río Eufrates fue llamada en la antigüedad Comagena, pero hoy día toma su nombre del propio río¹⁴³. Pero la zona del interior, que se encuentra en medio entre aquél y el Tigris, recibe lógicamente la denominación de Mesopotamia¹⁴⁴. No obstante, a una parte de ella no sólo se la conoce por este nombre sino también por otros. En efecto, la región hasta la ciudad de Amida la llaman algunos Armenia, mientras que Edesa y sus alrededores reciben el nombre de Osroena a partir de Osroes, un hombre que ocupó allí el trono en tiempos pasados, cuando las gentes de ese lugar eran aliadas de los persas. Pues bien, después de haberse apoderado los persas de la ciudad romana de Nísibis¹⁴⁵ y de algunas otras plazas de Mesopotamia, cada vez que tenían intención de hacerle la guerra a los romanos prescindían de la zona que abarca el exterior del curso del río Eufrates, porque desde muy antiguo¹⁴⁶ carecía de agua y estaba despoblada, y sus fuerzas las reunían en aquel otro

¹⁴¹ Los «leucosirios», habitantes de la Armenia Menor (*Armenia hē mikrá*): cf. ESTRABÓN, XI 12, 3 ss.; APIANO, *Prólogo 2* y *Sobre Mitrídates* 69 y 90, etc.

¹⁴² *Es ónoma... apokérintai*: para esta expresión, cf. TUCÍDIDES, I 3, 3.

¹⁴³ Eufratesia: cf. I 17, 2.

¹⁴⁴ *Mesopotamía (chóra)*, «la tierra en medio (*mésē*) de los ríos (*potamoí*)».

¹⁴⁵ Cf. n. 80.

¹⁴⁶ *Ek tou̅ epi pleíston... oúsan*: compárese esta construcción con TUCÍDIDES, I 2, 5 (cf. n. 126).

punto¹⁴⁷ sin ningún problema, al tratarse de una tierra que era suya y que estaba muy cerca de la región habitada por sus enemigos, y desde allí realizaban siempre sus incursiones.

Una vez que el mirranes, tras ser derrotado en la batalla¹⁴⁸ y perder a la mayoría de sus hombres, volvió con el resto del ejército a los dominios persas, recibió de Cabades un duro castigo. En efecto, el rey le quitó la alhaja con la que acostumbraba a ceñirse el cabello y que estaba hecha de oro y perlas. Es ésta una gran dignidad entre los persas, inferior sólo a los honores regios. Y es que allí no le está permitido llevar anillo de oro ni cinturón ni broche ni nada semejante a nadie que no sea investido por el rey.

Y desde aquel momento Cabades se puso a considerar de qué manera conduciría su ejército contra los romanos. Pues, tras haber fracasado el mirranes tal como ya relaté, el monarca no ponía su confianza en ningún otro. Y estando él absolutamente indeciso, Alamundaro, el rey de los sarracenos, se acercó y le dijo: «Señor, no todo se le debe confiar a la suerte, ni hay que pensar que todas las guerras necesariamente han de tener éxito, porque ni eso es factible ni, además, es propio de la condición humana; y, por otro lado, esa idea les perjudica, más que a nadie, a los que la sostienen. Pues a los que esperan que todo les va a salir bien, si se da el caso de que alguna vez fracasan, aquella misma esperanza que los traía descaminados los lleva también a atormentarse más de lo que conviene. Por eso, los hombres que no siempre confían en la suerte no se meten tampoco por derecho en los peligros de la guerra, aunque presuman de superar en todo a los enemigos, sino que con engaños y es-

¹⁴⁷ En Nísibis y sus alrededores.

¹⁴⁸ Cf. I 14, 28 ss.

tratagemas procuran buscarle las vueltas a sus adversarios: que a quienes se arriesgan a luchar en igualdad de fuerzas, la victoria no les viene con paso seguro. Así pues, Rey de Reyes, ni te hundas en el dolor por el infortunio del mirranes, ni quieras tentar de nuevo la suerte. Y es que en Mesopotamia y en la región llamada Osroena, por estar tan cerca de tus fronteras, las ciudades están más fortificadas que ninguna otra y cuentan ahora con un número de soldados como nunca antes tuvieron, de modo que, si vamos allí, la victoria en la batalla no estará garantizada; sin embargo, en el territorio que coincide que abarca el exterior del curso del río Eufrates, y en Siria, que limita con él, no hay ciudades con fortificaciones ni ejércitos dignos de tenerse en cuenta: esto es lo que les he oído muchas veces a los sarracenos enviados a aquel lugar para reconocerlo. Allí también se encuentra la ciudad de Antioquía, que aseguran que es la primera, en riqueza, superficie y población, de todas las ciudades del Imperio Romano de Oriente; y, por cierto, está sin vigilancia y desguarnecida, pues sus gentes no se preocupan de otra cosa que no sean fiestas, molicie¹⁴⁹ y la mutua y constante rivalidad en los espectáculos¹⁵⁰. De manera que, si caemos de improviso sobre ellos, es de esperar que conquistemos la ciudad con un ataque repentino y que luego regresemos a tierra persa sin topar con ningún ejército hostil, cuando ni siquiera se hayan enterado aún de lo ocurrido las

¹⁴⁹ Una acusación semejante sobre las costumbres de esta ciudad la hace JUAN CRISÓSTOMO en la primera parte (*Sobre la vanagloria*) de su tratado *Acerca de la educación de los hijos*.

¹⁵⁰ En *theátrois* en el original, pero por la mención de la «rivalidad» o «competencia» (*tês... philoneikías*) podemos deducir que Procopio se está refiriendo a las facciones de las carreras de carros: cf. I 24, 6.

tropas de Mesopotamia. Y por la escasez de agua o de cualquier otra cosa necesaria no te asalten dudas, que yo guiaré al ejército por donde me parezca mejor.»

Al oír estas palabras Cabades no pudo ni oponerse ni mostrar desconfianza, pues Alamundaro era un hombre muy sensato y bien provisto de experiencia en materia de guerra, leal a los persas más que nadie y particularmente enérgico, alguien que durante cincuenta años había hecho que el Imperio Romano se hincara de rodillas ante él. Pues, comenzando desde las fronteras de Egipto hasta Mesopotamia, había devastado todo aquel territorio, arramblando con una cosa tras otra, incendiando los edificios a su paso y tomando cada vez miles de cautivos, a la mayoría de los cuales mataba sin ninguna consideración, y a los demás los vendía por grandes sumas de dinero. Nadie le salía al encuentro. Y es que nunca efectuaba sus ataques a lo loco, sino de una forma tan repentina y tan ventajosa para él que, de ordinario, ya se había marchado con todo el botín cuando los generales y las tropas se estaban aún informando de lo ocurrido y empezaban a juntarse para ir en su busca. E incluso si se daba el caso improbable de que pudieran alcanzarlo, este bárbaro caía sobre sus perseguidores mientras aún estaban desprevenidos y desorganizados, los ponía en fuga y los destruía. Y una vez llegó a capturar a todos los soldados que le perseguían junto con sus oficiales, que eran Timóstrato, hermano de Rufino, y Juan, hijo de Lucas, a los que vendió más tarde para ganar unas riquezas que no fueron cualquier cosa. En fin que, resumiendo, este hombre se convirtió en el enemigo más peligroso y temible para los romanos. Y la razón era que Alamundaro, con el título de rey, gobernaba él solo sobre todos los sarracenos de Persia y con la totalidad de su ejército era capaz de efectuar incursiones, a su voluntad, contra los dominios romanos. Y ni ninguno de los ofi-

ciales de las tropas romanas, a los que llaman «duques»¹⁵¹, ni ninguno de los jefes de los sarracenos aliados de Roma, que reciben el nombre de «filarcos»¹⁵², tenían con las unidades a su mando poder suficiente para enfrentarse a Alamundaro. Y es que las fuerzas destacadas en cada comarca no eran rivales dignos del enemigo. Por eso, el emperador Justiniano puso al frente de la mayoría de las tribus al hijo de Gabalas, Aretas¹⁵³, que gobernaba sobre los sarracenos de Arabia, y lo investió con el título de rey, cosa que nunca antes había sucedido entre los romanos. No obstante, Alamundaro continuó siendo el azote de los romanos, lo mismo que hasta entonces, si no más, porque Aretas o tuvo muy mala suerte en todas sus incursiones y combates o cometió traición tan pronto como pudo, pues el hecho es que aún no sabemos nada cierto sobre él. De este modo resultó que Alamundaro, sin que nadie se le opusiera, estuvo devastando todo el oriente durante muchísimo tiempo, porque además su vida fue muy larga.

18 Pues bien, Cabades, tras aceptar gustoso el consejo de este hombre, escogió a quince mil soldados, los puso bajo el mando del persa Azaretas, un guerrero particularmente diestro, y le ordenó a Alamundaro guiar la expedición. Cruzaron el río Eufrates en Asiria y, después de pasar por una zona despoblada, se lanzaron de forma repentina e imprevista contra la región llamada Comagena. Fue ésta la primera vez que los persas invadieron desde ese punto el territorio roma-

¹⁵¹ Lat. *duces* (*doúikas* en el original griego), plural de *dux* («generales»).

¹⁵² «Jeques» (cf. ESTRABÓN, XVI 1, 28), etimológicamente «jefes de tribus». En otros contextos, el término militar griego *phýlarchos* traduce al latino *tribunus militum*.

¹⁵³ En el año 531.

no¹⁵⁴, al menos que nosotros sepamos de oídas o por cualquier otro medio, y por lo inesperado del ataque el golpe fue enorme para todos los romanos. Cuando se enteró Belisario, 4 al principio estuvo indeciso, pero luego se resolvió a acudir rápidamente en su ayuda. Dejó en cada ciudad una guarnición suficiente para que, si llegaba Cabades con el resto del ejército enemigo, no fuera a encontrar totalmente indefensas las plazas de Mesopotamia, y él en persona con el resto del ejército fue a salirles al paso, de modo que cruzó el río Eufrates y avanzó a marchas forzadas. Pues bien, el ejército 5 romano constaba en conjunto de unos veinte mil hombres entre infantería y caballería, de los que no menos de dos mil eran isáuricos¹⁵⁵. Los que mandaban las tropas de caballería 6 eran todos los que habían participado antes en la batalla de Daras contra los persas y el mirranes, mientras el general de la infantería era uno de los lanceros de la guardia del emperador Justiniano, de nombre Pedro. Sin embargo, al frente 7 de los isáuricos iban Longino y Estefanacio. También se presentó allí para sumarse a ellos Aretas con su ejército de sarracenos. Cuando llegaron a la ciudad de Calcis¹⁵⁶, se 8 quedaron allí acampados después de informarse de que los enemigos estaban en un lugar llamado Gabulón, a ciento diez estadios de distancia de Calcis. Al saberlo, Alamundaro 9 y Azaretas sintieron miedo del peligro que aquello suponía y no continuaron avanzando, sino que decidieron replegarse de inmediato hacia su patria. Y así, con el río Eufrates a la izquierda, fueron retrocediendo, mientras el ejército romano iba pisándoles los talones. Y siempre, en el lugar donde los 10 bárbaros asentaban el campo cada noche, allí vivaqueaban

¹⁵⁴ Cf. I 17, 2.

¹⁵⁵ Isauria era una región montañosa del Tauro (entre Cilicia y Pisi- dia), cuya ciudad principal era Seleucia.

¹⁵⁶ Ciudad de Siria.

11 los romanos a la noche siguiente. Y es que Belisario, adrede, no le permitía al ejército hacer jornadas más largas, porque no quería trabar combate con el enemigo, sino que consideraba que ya era bastante que los persas y Alamundaro, tras haber invadido el territorio romano, se hubieran retirado luego de allí de esta manera, marchándose a su patria sin
12 haber conseguido nada. Por este motivo, todos, oficiales y tropa, censuraban a escondidas su proceder, pero nadie se lo afeaba en su cara.

13 Finalmente los persas asentaron el campo en la ribera del Eufrates, justo enfrente de la ciudad de Calinico, pues desde allí tenían intención de atravesar una región absolutamente despoblada y, así, alejarse del territorio romano. Y
14 es que el plan que tenían ya no era ir, como antes, pegados a la orilla del río. Los romanos, después de pernoctar en la ciudad de Sura, salieron de allí y sorprendieron a los enemigos cuando ya se disponían a partir. Pero la fiesta de la Pascua estaba próxima: caía al día siguiente¹⁵⁷. Dicha fiesta la celebran con devoción los cristianos más que ninguna otra y, en la víspera, no sólo tienen costumbre de abstenerse de comer y beber durante todo el día, sino incluso de prolongar
16 su ayuno hasta muy avanzada la noche. Pues bien, al ver Belisario entonces que todos sus soldados estaban locos por atacar al enemigo y como pretendía quitarles esta idea de la cabeza (cosa a la que estaba también resuelto Hermógenes, que acababa de llegar en una embajada del emperador), convocó a todos los que allí se encontraban y les dijo lo siguiente:
17 «¿Adónde os precipitáis, romanos? ¿Qué os ha pasado para que por propia voluntad escojáis correr un peligro innecesario? Sólo existe una victoria que los hombres consideran indiscutible, la de no sufrir ningún mal a manos del

¹⁵⁷ El 19 de abril del 531.

enemigo, y esto precisamente es lo que, al menos en este momento, nos ha deparado la fortuna y también el miedo que el adversario nos tiene. Sin duda, es mejor disfrutar de los bienes que en el presente están a nuestro alcance que buscarlos una vez que se hayan ido. Y es que los persas, llevados de sus grandes esperanzas, se movilizaron contra los romanos y ahora, con todo perdido, han emprendido la huida. De manera que, si los obligamos contra su voluntad a mudar su propósito de retirarse y trabar combate contra nosotros, en caso de que vencamos no habremos conseguido más de lo que teníamos —pues, ¿de qué sirve poner en fuga a quien ya está huyendo?—, y si, por el contrario, nos derrotan, lo que está dentro de lo posible, nos veremos privados de una victoria que ahora es nuestra, y no por habérsela arrebatado el enemigo, sino por haberla dejado escapar nosotros mismos, y así permitiremos que las tierras del emperador queden en adelante expuestas al ataque de los enemigos sin nadie que las defienda. Además, vale la pena que recapitéis sobre esto: Dios se complace siempre en socorrer a los hombres en los peligros que para ellos son inevitables, no en los que voluntariamente se buscan. Y, aparte de todo esto, resultará que quienes no tienen adónde huir se van a ver forzados, sin querer, a comportarse como hombres valerosos; a nosotros, en cambio, lo que nos ha ocurrido es que son muchos los obstáculos para entrar en combate. Muchos, en efecto, son los que han llegado a pie, y además coincide que todos estamos en ayunas. Y omito decir que algunos aún no están aquí presentes.» Así habló Belisario.

Pero las tropas empezaron a insultarlo ya no en silencio ni en secreto, sino que en su propia cara y a gritos venían a llamarlo cobarde y derrotista; e incluso algunos oficiales se unían a la soldadesca en esta falta de respeto, demostrando así su arrojo. Atónito por la desvergüenza de éstos, Belisario

le dio un giro total a sus consejos y parecía ya que los animaba a lanzarse sobre el enemigo y que los disponía en orden de batalla, insistiendo en que él no se había percatado antes de esas ganas de luchar que tenían y que ahora estaba envalentonado y marchaba con más esperanzas contra el enemigo. Formó entonces sus tropas en una sola línea y las dispuso de la siguiente manera. En el ala izquierda, junto al río, colocó toda la infantería, y en la derecha, donde el terreno hacía cuesta arriba, a Aretas y a todos sus sarracenos; en medio se había apostado él con la caballería. Así formaron los romanos. Azaretas, cuando observó que los enemigos se cerraban en formación, pronunció esta arenga: «Persas como sois, nadie diría que no escogeríais el valor a cambio de la vida, si se os diera a elegir entre ambos. Pero os aseguro que, aunque queráis, no depende de vosotros el hacer esa elección. Porque quienes tienen la posibilidad de escapar del peligro y vivir en la deshonra, no es extraño que, si quieren, elijan lo más grato en vez de lo mejor; pero los que están destinados a morir, ya sea gloriosamente a manos de los enemigos o castigados por su soberano de manera infame, gran necedad será que no elijan lo mejor antes que lo más vergonzoso. Por tanto, como están así las cosas, creo que a todos vosotros os conviene pensar no sólo en el enemigo, sino también en vuestro señor, y que de este modo entréis en combate.»

Tras esta arenga, Azaretas formó su línea de batalla frente a los enemigos, con los persas a su derecha y los sarracenos a la izquierda. Y, al momento, ambos ejércitos comenzaron la lucha. El combate era de lo más duro. Y es que el aluvión de flechas, disparadas sin cesar desde uno y otro lado, causaba gran matanza en ambas filas, y algunos, situados en la franja entre las dos formaciones, daban muestras de su valor en hazañas de mérito; pero, más que los otros, eran los per-

sas quienes en gran número morían abatidos por las flechas. Pues, aunque sus disparos eran más continuos, sin compara- 32
ción —porque casi todos los persas manejan el arco y aprenden a disparar mucho más rápido que cualquier otro—, sus arcos eran endebles y no estaban lo bastante tensados, 33
con lo que las flechas al chocar acaso contra la coraza, el casco o el escudo de un romano, se partían¹⁵⁸ sin causarle ningún daño a aquél sobre el que caían. Por el contrario, los 34
arqueros romanos siempre son más lentos, pero sus flechas, al ser los arcos duros a más no poder y estar extraordinaria-
mente tensados —y se podría añadir incluso que al ser dis-
paradas por hombres más fuertes— fácilmente hieren, mu-
cho más aún que las persas, a los que encuentren a su paso, porque no hay armadura capaz de frenar su impulso. Pues 35
bien, habían transcurrido ya dos terceras partes del día y la lucha aún estaba casi igualada. Entonces, las tropas más se-
lectas del ejército persa se combinaron para arremeter contra el ala derecha enemiga, donde estaban apostados Aretas y los sarracenos. Éstos rompieron sus filas a la desbandada, de 36
tal modo que cargaron con el baldón de haber desertado de los romanos para unirse a los persas, pues no afrontaron el ataque, sino que emprendieron todos de inmediato la hui-
da. Fue así como los persas desbarataron la formación de sus adversarios y en un momento se presentaron por la es- 37
palda de la caballería romana. Los romanos, exhaustos como ya estaban por la marcha y por la fatiga del combate y, además, todos en ayunas hasta esa hora del día, al verse hostigados por los enemigos desde una y otra parte, no siguieron resistiendo, sino que la mayoría de ellos huyó para

¹⁵⁸ El verbo *apokaulízō* lo emplea TUCÍDIDES, en II 76, 4, en un pasaje que PROCOPIO, como vimos, ha tenido presente en otros lugares de su obra (cf. I 7, 12 y I 7, 20). Cf. HERÓDOTO, I 136, 2.

retirarse a escape hacia las islas del río, que estaban muy cerca, mientras algunos otros permanecieron en sus puestos y realizaron hazañas asombrosas y muy memorables contra el enemigo. Entre éstos precisamente estaba Ascán, quien, después de haber matado a muchos persas de renombre, fue descuartizado poco a poco hasta llegar a caer finalmente muerto, dejando detras de sí muchos motivos para que los enemigos lo recordaran. Y con él murieron otros ochocientos hombres que habían demostrado su valor en aquel combate; y, además, casi todos los isáuricos, junto con sus jefes, sin haberse atrevido siquiera a alzar sus armas contra el enemigo. Y es que se hallaban en una total ignorancia al respecto, porque acababan de abandonar el cultivo de la tierra para meterse en los peligros de la guerra, que antes les eran desconocidos. Y precisamente eran éstos, más que nadie, quienes hacía poco rabiaban por pelear, debido a su propia ignorancia en materia de guerra, y le reprochaban entonces a Belisario su cobardía. Pero la verdad es que no todos eran isáuricos, sino que en su mayoría eran licaones¹⁵⁹.

Belisario con unos pocos había permanecido allí y, mientras vio resistir a los de Ascán, también él con los suyos siguió rechazando a los enemigos. Pero cuando cayeron muertos los unos y los otros emprendieron la huida a donde pudieron, entonces también él huyó con las tropas a su mando y se retiró a las filas de la infantería, que aún estaba luchando a las órdenes de Pedro; pero ya no había muchos con él, porque se daba el caso de que la mayoría había huido también. Allí bajó Belisario del caballo y ordenó a todos los suyos hacer lo mismo para, con el resto de la infantería, rechazar a pie a los atacantes. Y, en ese momento, los persas

¹⁵⁹ La Licaonia era una región de Asia Menor entre Frigia, Pisidia, Cilicia y Capadocia.

que iban dándole caza a los fugitivos, tras una corta persecución, se volvieron de repente y se lanzaron contra la infantería y contra Belisario y todos los demás. Volvieron ellos las espaldas para dirigirse hacia el río, con objeto de que los enemigos no pudieran rodearlos, y en la medida de sus posibilidades fueron defendiéndose de sus atacantes. De nuevo la batalla se hizo muy dura, aunque no estaban en igualdad de fuerzas. Pues eran sólo la infantería y muy pocos más los que luchaban contra toda la caballería persa. No obstante, los enemigos no pudieron ni ponerlos en fuga ni doblegarlos en nada. Y es que siempre apiñados codo con codo en un pequeño espacio y parapetándose sólidamente con sus escudos, disparaban contra los persas con más acierto de lo que lo hacían aquéllos contra los romanos. Después de muchos intentos fallidos, los bárbaros continuaban acometiéndolos con la idea de desordenar y abrir brecha en su formación, pero de nuevo retrocedían sin haber conseguido nada. Pues los caballos, asustados por el estruendo que producía el choque de los escudos, reculaban y se desmandaban con sus jinetes encima. Así prosiguieron unos y otros hasta que hubo caído la tarde. Y cuando ya los cogió la noche, los persas se retiraron a su campamento y Belisario, que había descubierto una nave de carga, alcanzó con unos pocos la isla que había en el río y allí también llegó nadando el resto de los romanos. Al día siguiente acudieron desde Calinico muchas naves que transportaron a los romanos a esta ciudad y los persas, tras haber despojado a los cadáveres, se retiraron todos a su patria. Y lo cierto fue que no encontraron menos muertos suyos que de los enemigos.

Quando Azaretas llegó a Persia con su ejército, aun habiéndole sonreído la fortuna en la guerra, no obtuvo sino una enorme ingratitud por parte de Cabades por el motivo siguiente. Según una costumbre de los persas, cuando se dis-

ponen a salir a campaña contra alguno de sus enemigos, el rey se sienta en su trono y se le pone allí al lado una gran cantidad de cestas de mimbre. Está presente también el general que se espera que conduzca el ejército contra los adversarios. Entonces, todos los soldados de ese ejército van pasando ante el rey, de uno en uno, y cada uno de ellos arroja una flecha en los canastos, que luego se dejan precintados con el sello del rey y se guardan. Y cuando ese ejército regresa a Persia, cada soldado saca una flecha de las
53 banastas. Luego, personas con este cometido cuentan las flechas que no han sido sacadas y comunican al rey el número de soldados que no han vuelto, con lo que queda absoluta-
54 mente claro cuántos han muerto en la guerra. Así que ésta es la costumbre de antiguo implantada entre los persas. Cuando Azaretas llegó, pues, a presencia del rey, le preguntó Cabades si regresaba tras ganar para sus filas alguna plaza fuerte romana, puesto que, en compañía de Alamundaro, se había movilizizado contra los romanos con el objetivo de someter Antioquía. Azaretas le dijo que no había conquistado ninguna plaza, pero que había vencido en combate a Belisario y a los romanos. Cabades ordenó, pues, que pasara ante
55 él el ejército de Azaretas y que cada soldado sacara una flecha de los canastos, según la costumbre. Y como quedó dentro una gran cantidad de flechas, el rey le reprochó a Azaretas aquella victoria y de allí en adelante lo contó entre los
56 más deshonorados. Y este fue el final que tuvo la victoria de Azaretas.

19 En aquel tiempo se le ocurrió al emperador Justiniano la idea de aliarse a etíopes y homeritas¹⁶⁰, con intención de perjudicar a los persas. Pero voy a referir en qué parte de la

¹⁶⁰ Nombre dado por griegos y romanos a los himyaríes, antiguo pueblo del sudoeste de Arabia, con capital en Zafar.

tierra habitan estos hombres y en qué cosa esperaba el emperador que pudieran serles útiles a los romanos. Las fronteras de Palestina en dirección al oriente se extienden hasta el llamado mar Rojo¹⁶¹. Este mar comienza en la India y termina en esta parte del Imperio Romano. Y hay una ciudad llamada Elas en esa costa en la que el mar, como ya he dicho, acaba y forma un canal muy estrecho. El que desde allí sale a navegar tiene a su derecha las montañas de Egipto que se prolongan hacia el sur; y al otro lado se extiende hacia el norte una amplísima zona desierta. Estas tierras de ambas orillas son visibles para el que pasa navegando, hasta la isla llamada Yótabe, que se halla a no menos de mil estadios de distancia de la ciudad de Elas. En esa isla habitaban de antiguo hebreos que eran independientes, pero en estos tiempos de Justiniano han sido hechos súbditos del imperio. Desde ese punto se abre un mar inmenso, y los que por allí navegan ya no pueden ver la tierra que tienen a su derecha; no obstante, siempre al caer la noche, vienen a fondear a la costa de la izquierda. Pues en la oscuridad es imposible surcar esas aguas, porque lo que ocurre es que están plagadas de bajíos. Pero hay allí muchos puertos no construidos por las manos de ningún hombre, sino por la propia naturaleza de aquellos lugares, y de ahí que no les sea difícil a los navegantes fondear dondequiera que se encuentren.

Esta costa¹⁶², nada más cruzar las fronteras de Palestina, la ocupan los sarracenos, que de antiguo habitan en el palmeral. Se extiende dicho palmeral por la zona del interior a

¹⁶¹ El Mar Eritreo o Rojo (*hē Erythrā thálassa*) era para los griegos y romanos todo nuestro Océano Índico, incluido ese canal (*póρθμος* escribe PROCOPIO) o golfo que a continuación se cita, que hoy es propiamente nuestro Mar Rojo (a veces distinguido con el nombre de *Arábios* o *Arabi-kòs kólpos*, Golfo Árabe; cf. I 19, 19).

¹⁶² La de Arabia.

lo largo de un gran trecho de tierra, donde no crecen otros
10 árboles que no sean palmeras. Este palmeral se lo regaló al
emperador Justiniano Abocárabo, el que gobernaba a los sarracenos de aquella región, y el emperador lo nombró filar-
11 co¹⁶³ de los sarracenos de Palestina. Él, durante todo el
tiempo de su mando, preservó aquella tierra de cualquier
devastación, porque lo mismo a los bárbaros sobre los que
governaba que a sus enemigos Abocárabo siempre les pare-
12 ció un hombre temible y enérgico como él solo. Es cierto
que, nominalmente, el emperador tiene posesión del palmeral, pero ejercer su dominio sobre aquellos lugares no es po-
13 sible de ningún modo. Pues en medio hay un territorio com-
pletamente desierto y sin agua en absoluto, que se extiende
hasta una distancia de diez días de camino, y el propio pal-
meral carece de todo valor, con lo que fue puramente formal
este regalo que dio Abocárabo y que, a sabiendas, aceptó el
14 emperador. Pues bien, esto con respecto al palmeral. Limítro-
fes de estas gentes son otros sarracenos que ocupan la
costa, se llaman madenos y están sometidos a los homeritas.
15 Estos homeritas viven en una zona lejos de allí, a la orilla
del mar. Y aseguran que más allá de sus dominios están
asentadas otras muchas naciones hasta llegar a los sarrace-
16 nos antropófagos, a continuación de los cuales se encuen-
tran los pueblos de la India. Pero acerca de esto que cada
uno diga lo que le plazca.

17 Justo enfrente de los homeritas, en la tierra firme de la
ribera opuesta, habitan unos etíopes que son llamados au-
xomitas¹⁶⁴, porque su corte real está en la ciudad de Auxo-

¹⁶³ «Jeque»: cf. n. 152.

¹⁶⁴ Unos «axumitas» menciona SINESIO DE CIRENE, *Cartas* 122, sobre los cuales, cf. CII. LACOMBRADÉ, «Sur les traces des Axoumites», *Pallas* 3 (1955), 5-14; y S. MAZZARINO, «Gli Aksumiti e la tradizione classica», *IV Cong. Int. di Studi Etiopici* I, Roma, 1974, págs. 75-84.

mis. Y el mar que se interpone ocupa una extensión que, 18
con que sople un viento medianamente favorable, se cruza
navegando en cinco días y cinco noches, pues estas aguas 19
también están acostumbrados a surcarlas de noche, porque
allí no hay ningún bajío. Éste es el mar que algunos han
llamado Rojo. La parte que está más allá, cuando uno sale
navegando, hasta la costa y la ciudad de Elas, ha recibido el
nombre de Golfo Árábigo¹⁶⁵, pues el país que se extiende 20
desde allí hasta los límites de Gaza se llamaba Arabia en la
antigüedad, porque también en tiempos pasados el rey de
los árabes tenía su palacio en la ciudad de Petras¹⁶⁶. El 21
puerto de los homeritas, desde donde suelen zarpar cuando
quieren navegar a Etiopía, se llama Búlicas. Y siempre que 22
cruzan este mar arriban al puerto de los adulitas. La ciudad
de Adulis dista del puerto veinte estadios (tan corto trayecto
la separa de la costa), y de la ciudad de Auxomis doce días
de camino.

Todos los barcos, por otro lado, que hay en la India y en 23
este mar no se construyen de la misma manera que el resto
de las naves. Y es que no se untan con brea ni con ninguna
otra sustancia, y ni siquiera las tablas están clavadas unas a
otras con espigas de hierro que las traspasan, sino atadas
con una especie de cuerdas con nudos. El motivo no es el 24
que muchos creen, que hay allí unas piedras que atraen
el hierro (y la prueba es que a las naves romanas que se ha-
cen a la mar desde Elas, a pesar de estar ensambladas con
muchos clavos de hierro, nunca les ha ocurrido nada seme-
jante), sino que los indios y los etíopes no tienen ni hierro ni
ninguna otra cosa apropiada para ese fin. Es más, tampoco 25

¹⁶⁵ Cf. n. 161.

¹⁶⁶ *En Pétrais*, en el original. Se trata de la ciudad de Petra (hoy al-Batrā), la antigua capital de los nabateos, famosa en la actualidad por sus ruinas.

son capaces de comprarle nada de esto a los romanos, por-
 26 que les está explícitamente prohibido a todos por la ley y
 al que cogen lo castigan con la muerte. Pues bien, esto a
 grandes rasgos es lo referente al llamado mar Rojo ¹⁶⁷ y a las
 tierras que se encuentran a cada lado.

27 Desde la ciudad de Auxomis hasta las fronteras del im-
 perio romano con Egipto, donde se encuentra la ciudad lla-
 mada Elefantina, hay un viaje de treinta días para un buen
 28 andador ¹⁶⁸. En toda esa región están asentados, entre otros
 muchos pueblos, los blemies y nobatas, que son naciones
 muy populosas. Pero los blemies habitan en el centro de ese
 territorio, mientras que los nobatas ocupan la zona ribereña
 del río Nilo. Al principio no eran éstos los límites del impe-
 rio romano, sino que estaban más adelante, hasta donde se
 29 llega en otros siete días de camino. Pero cuando el empera-
 dor de Roma Diocleciano estuvo allí, se dio cuenta de que el
 tributo de aquellos lugares era mínimamente significativo,
 porque lo que sucede es que aquella zona es muy estrecha
 (porque unas rocas bastante altas se elevan no muy lejos del
 Nilo y ocupan el resto del territorio) y de antiguo se encon-
 traba allí establecida una cantidad de tropas muy grande,
 con lo que el coste de su mantenimiento suponía una carga
 desmesurada para el tesoro público; y, además, los nobatas
 que antes habitaban en las cercanías de la ciudad de Oa-
 sis ¹⁶⁹, entraban a saco continuamente en toda aquella re-
 gión. Así pues, convenció a estos bárbaros de que se trasla-
 daran de sus propios asentamientos para establecerse en las
 cercanías del río Nilo, prometiéndoles que les entregaría

¹⁶⁷ Aquí Procopio podría haber escrito con más propiedad «lo refe-
 rente al golfo Árabe» (cf. n. 161).

¹⁶⁸ *Euzōnōi andri*: cf. la expresión en HERÓDOTO, I 104, 1; II 34, 2;
 TUCÍDIDES, II 97, 2.

¹⁶⁹ Cf. HERÓDOTO, III 26, 1.

grandes ciudades y un extenso territorio, mejor con diferencia que el que antes habían habitado. Y es que creyó que de este modo aquéllos al menos no hostigarían ya la zona de los alrededores de Oasis y, al reclamar como posesión suya la tierra que se les había dado, rechazarían, probablemente, a los blemies y a los demás bárbaros. Y como esto les pareció bien a los nobatas, de inmediato hicieron aquella emigración justo como les había indicado Diocleciano y ocuparon tanto las ciudades romanas como todo el territorio a uno y otro lado del río desde la ciudad de Elefantina. Fue entonces cuando dicho emperador ordenó que anualmente se les entregara a ellos y a los blemies una suma de oro estipulada, bajo la condición de que nunca más saquearan el territorio romano. Y aunque esta cantidad la están percibiendo todavía en nuestros tiempos, ellos no han dejado de hacer sus correrías por aquella región. Así que, al parecer, no hay manera de que todos esos bárbaros guarden lealtad a los romanos, si no es por el temor a unos soldados que los mantengan a raya. Lo cierto es que este emperador descubrió una isla en el río Nilo, muy cerca de Elefantina, y allí construyó una plaza fortificadísima, en la que erigió ciertos templos y altares comunes para los romanos y para esos bárbaros y en esa plaza estableció también sacerdotes de ambas naciones, en la idea de que la amistad entre ellos se consolidaría al compartir las cosas sagradas. Y por esta razón le puso a ese lugar el nombre de Filas¹⁷⁰. Esos dos pueblos, los blemies y los nobatas, creen en todos los dioses en que creen los griegos y, además, veneran a Isis y Osiris y, de modo especial, a Priapo¹⁷¹. Sin embargo, los blemies también acostumbra-

¹⁷⁰ *Philas*, de *philos*, «amigo».

¹⁷¹ Isis y Osiris eran divinidades egipcias, muy extendidas luego en Grecia y Roma, mientras que Priapo (mejor que Priapo) era un dios grie-

a celebrar sacrificios humanos en honor del sol. Estos santuarios de Filas los han tenido dichos bárbaros hasta nuestros días, pero el emperador Justiniano decidió destruirlos. Nar-sés, en efecto, aquel persarmenio de nacimiento, de quien antes¹⁷² he mencionado que desertó para pasarse a los romanos y que era el que estaba al mando de las tropas de allí, destruyó los santuarios por orden del emperador, metió a los sacerdotes en la cárcel y envió las estatuas a Bizancio. Pero volveré ya al anterior relato.

20 Por el tiempo de esta guerra, Helesteo, el rey de los etíopes, que era cristiano y creyente, como el que más, supo que los homeritas de la región continental de enfrente —muchos de los cuales eran judíos y otros muchos profesaban esa antigua creencia que los hombres de hoy día llaman «helénica»¹⁷³— ultrajaban desmesuradamente a los cristianos de aquella zona y, tras reunir una flota y un ejército, marchó contra ellos, los venció en una batalla y mató al rey y a muchos de los homeritas. Luego, puso allí a otro rey, cristiano y homerita de nacimiento, llamado Esimifeo y, tras ordenarle el pago de un tributo anual a los etíopes, se retiró a su patria. En este ejército etíope, muchos esclavos y todos los que estaban siempre dispuestos a cometer cualquier delito no querían seguir a su rey, sino que, rezagándose, se iban quedando en aquel lugar, por su afán de poseer la tierra de los homeritas; y es que se trata de un suelo extraordinariamente rico.

go y romano de la fecundidad y de los huertos y jardines. Se le representaba con un gran falo erecto.

¹⁷² Cf. I 15, 31.

¹⁷³ Es decir, la fe en los antiguos dioses olímpicos (cf. JULIANO, *Cartas* 84, 431a). El cristianismo en Etiopía data del s. IV (con San Frumen-cio, según la tradición), aunque para los primeros tiempos, cf. *Hechos de los Apóstoles* 8, 26 ss.

Estas gentes, no mucho después, se sublevaron secunda- 3
dos por algunos otros contra el rey Esimifeo y, tras encerrarlo
en una de las fortalezas de allí, pusieron en el trono de los
homeritas a otro rey, de nombre Ábramo. El tal Ábramo era 4
cristiano y esclavo de un romano que en la ciudad de Adulis
en Etiopía se dedicaba al comercio marítimo. Cuando se ente- 5
ró Helesteo, todo su empeño fue castigar a Ábramo y a los
sublevados con él por la injusticia cometida contra Esimifeo,
para lo cual envió contra ellos un ejército de tres mil hombres
bajo el mando de uno de sus parientes. Al llegar allí estas tro- 6
pas, como no querían ya regresar a su patria sino quedarse en
aquella tierra tan rica, entraron en conversaciones con Ábra-
mo a escondidas de su general y, cuando ya habían entablado
combate con los enemigos y estaban en plena lucha, mataron
a su general, se unieron al ejército enemigo y, de esta forma,
se quedaron allí. Helesteo, preso de la ira, envió contra ellos 7
otro ejército que, tras presentar batalla a las fuerzas de Ábra-
mo, resultó claramente vencido en el choque y regresó de in-
mediato a su patria. El temor hizo que, en adelante, el rey de
los etíopes no mandara ninguna expedición militar más contra
Ábramo. Al morir Helesteo, Ábramo se avino a pagar un tri- 8
buto al monarca que había recibido en sucesión el trono de los
etíopes, y de este modo consolidó su poder. Pero esto ocurrió
ya mucho tiempo después.

En aquella época, cuando Helesteo reinaba sobre los etío- 9
pes y Esimifeo sobre los homeritas, el emperador Justiniano
envió a Julián como embajador para pedir que ambas naciones,
en razón de la fe común que profesaban, se coligaran con los
romanos en la guerra contra los persas. El fin perseguido era
dejar que los etíopes, comprándoles la seda¹⁷⁴ a los indios y
vendiéndosela a los romanos, adquirieran grandes riquezas, con
tal que a los romanos les hicieran beneficiarse aunque sólo fue-

¹⁷⁴ Aquí y más abajo *métaxa*, de etimología incierta.

ra en esto, a saber, en no verse ya obligados a tener que entregar su propio dinero a quienes eran sus enemigos (con dicha seda acostumbran a confeccionar los vestidos que antiguamente los griegos llamaban «médicos», pero que en la actualidad reciben el nombre de «séricos»¹⁷⁵). De los homeritas, por su parte, se pretendía que a Caiso, el prófugo, lo nombraran filarco de los madenos¹⁷⁶ y que con un gran ejército de sus propios soldados y de sarracenos madenos invadieran el territorio persa (el tal Caiso descendía de un linaje de oficiales y era extraordinariamente experto en materia de guerra, pero por haber matado a un pariente de Esimifeo, estaba prófugo en una región totalmente despoblada). Pues bien, ambos reyes se ofrecieron a llevar a efecto aquella petición y despacharon al embajador, pero ninguno de los dos cumplió lo prometido. Y es que para los etíopes era imposible comprarles a los indios la seda porque los comerciantes persas, que siempre se encuentran justo en los puertos donde las naves indias hacen su primera escala, debido a que habitan la zona limítrofe, acostumbran a comprarles todo el cargamento; y en cuanto a los homeritas, les parecía difícil misión, después de atravesar un territorio desierto y con una extensión de muchas jornadas de camino, atacar a unos hombres que eran tan terribles combatientes. Incluso Ábramo, cuando tiempo después consolidó su poder de forma ya muy segura, le prometió repetidamente al emperador Justiniano que invadiría el territorio persa y sólo una vez comenzó la expedición, pero de inmediato dio marcha atrás. Así les fueron las cosas a etíopes y homeritas con los romanos.

21 Luego, Hermógenes, tan pronto como tuvo lugar la batalla junto al Eufrates, llegó en embajada a presencia de Ca-

¹⁷⁵ En el original *sērikēn* (*esthēta*). Recuérdese que los *Sēres* eran los pueblos del Asia oriental, chinos o tibetanos, de los que se traía la seda.

¹⁷⁶ Sobre el término «filarco», cf. n. 152. Sobre los madenos, cf. I 19, 14.

bades, pero ningún progreso consiguió con respecto a la paz, que era la razón de haber ido allí, porque al rey lo encontró todavía enconado contra los romanos. Fue por eso por lo que volvió sin haber logrado nada. Belisario, por su parte, llegó a Bizancio acudiendo a la llamada del emperador, después de haber sido desposeído del cargo que tenía, con el fin de que realizara la campaña contra los vándalos. Y fue Sitas, de acuerdo con lo que había resuelto el emperador Justiniano, el que con la misión de custodiar el oriente marchó a aquella zona. Y los persas invadieron de nuevo Mesopotamia con un gran ejército, guiado por Canaranges, Aspebedes y Merméroes. Como nadie se atrevió a entablar combate con ellos, asentaron el campo y empezaron a asediar Martirópolis, donde coincidía que estaban destinados Buces y Besas al mando de la guarnición. Esta ciudad se encuentra en la región llamada Sofanene, a doscientos cuarenta estadios de distancia al norte de Amida. Está justo en la ribera del río Ninño, que delimita los territorios romano y persa. Pues bien, los persas comenzaron el ataque al recinto de murallas, y los asediados, aunque al principio iban rechazándolos con valentía, era presumible que no podrían resistir mucho tiempo. Y es que el recinto era expugnable por muchísimos puntos y muy fácil de conquistar por un asedio de los persas; además, no tenían suficientes provisiones, ni tampoco máquinas de guerra ni nada que les valiera para defenderse. Por su parte, Sitas y el ejército romano llegaron a un lugar llamado Atacas, a cien estadios de distancia de Martirópolis, pero no se atrevieron a avanzar más, sino que acamparon para quedarse allí. Estaba también con ellos Hermógenes, otra vez como embajador de Bizancio. Y entonces vino a ocurrir lo siguiente.

De antiguo, entre romanos y persas es costumbre mantener a expensas del estado a unos espías, que suelen intro-

ducirse a escondidas entre los enemigos para averiguar con todo detalle lo que está pasando y volver luego a contárselo a sus jefes. Muchos de ellos, como es natural, se afanan por servir con lealtad a sus compatriotas, pero algunos también venden los secretos al enemigo. Pues bien, en aquel entonces un espía enviado por los persas a tierra romana vino a presencia del emperador Justiniano y, entre otras muchas cosas de las que estaban pasando entre los bárbaros, le reveló cómo el pueblo maságeta, con la intención de asestar un golpe a los romanos, estaba ya a punto de partir hacia el territorio persa y con todos los preparativos para, desde allí, entrar en suelo romano y unirse al ejército persa. Al oír esto, el emperador, que ya tenía pruebas de la sinceridad de aquel hombre para con él, le ofreció una abundante suma de dinero y le convenció para que fuera al ejército persa que asediaba Martirópolis y les anunciara a los bárbaros que allí estaban que esos maságetas, después de habérselos ganado a base de dinero el emperador romano, iban a caer sobre ellos de un momento a otro. Así lo hizo y, tras llegar al campamento de los bárbaros, les comunicó a Canaranges y a los demás que un ejército de hunos¹⁷⁷ hostiles llegaría en no mucho tiempo para sumarse a las filas romanas. Al oír esto, se aterrorizaron, mostrándose indecisos en aquellas circunstancias.

Entretanto sucedió que Cabades vino a enfermar gravemente. Llamó entonces a uno de sus más íntimos amigos persas, de nombre Mebodes, y se puso a conversar con él

¹⁷⁷ Antes se ha hablado de maságetas, que eran de raza escita (según HERÓDOTO, I 201) y que, al parecer, fueron absorbidos ya antes de esta época por el pueblo también nómada de los *dahae*. El hecho de que ahora el espía diga que son hunos puede deberse a que este término englobaba (para persas y bizantinos y para el mismo Procopio) a cualquier pueblo nómada de la zona del Caspio.

acerca de Cosroes y del trono, diciéndole que tenía miedo de que los persas pretendieran desestimar alguna de las cosas que él había decidido. Pero Mebodes le encargó que dejara manifestada por escrito su voluntad con la confianza de que los persas no se atreverían nunca a desatenderla. Así pues, Cabades dispuso ya abiertamente que fuera Cosroes quien se convirtiera en rey de los persas. El documento lo escribió el propio Mebodes y Cabades, muy poco después, abandonó el mundo de los vivos¹⁷⁸. Y una vez que se cumplieron todos los ritos de los funerales del rey, Cáoses, con su confianza puesta en las leyes, intentó acceder a la dignidad regia, pero Mebodes se lo impedía, afirmando que nadie debía subir al trono por propia iniciativa, sino por el voto de la nobleza persa. Cáoses remitió, pues, a los magistrados la resolución acerca del asunto, porque suponía que de su parte no encontraría ningún impedimento. Pero cuando todos los nobles estuvieron reunidos en sesión para tratar este punto, Mebodes leyó el documento en el que Cabades manifestaba su voluntad respecto a Cosroes, y todos, recordando la virtud de Cabades, nombraron de inmediato a Cosroes rey de los persas.

De esta forma Cosroes¹⁷⁹ obtuvo el poder. Pero en Martirópolis, Sitas y Hermógenes, temiendo por la ciudad, dado que no tenían ningún modo de defenderla del peligro que corría, enviaron algunos emisarios al enemigo para que se presentaran ante sus generales y les dijeran lo siguiente: «Se os ha pasado por alto que vosotros mismos os habéis convertido, sin ninguna necesidad, en un obstáculo para el rey

¹⁷⁸ El 13 de septiembre del 531.

¹⁷⁹ Será rey del 531 al 579.

- de los persas, para los beneficios que la paz acarrea y para cada uno de los dos estados en conjunto. Y es que aún están aquí unos embajadores mandados por el emperador con el encargo de personarse delante del rey de los persas para dirimir las diferencias y establecer tratados con él. Pues, venga, retiraos cuanto antes del territorio romano y permitidles a los embajadores actuar de la manera que a ambas naciones más nos vaya a convenir. Que, en pro de ese objetivo, estamos dispuestos incluso a entregar como rehenes a hombres de gran crédito, para que realmente todo se lleve a efecto en no mucho tiempo.» Esto dijeron los embajadores romanos.
- Coincidió asimismo que llegó allí un mensajero de palacio con la noticia de que Cabades había muerto y que Cosroes, su hijo, había sido nombrado rey de los persas, con lo que la situación quedaba en suspenso. Y a partir de ese momento los generales escucharon complacidos las palabras de los romanos, porque también temían el ataque de los hunos. Así pues, seguidamente los romanos entregaron en calidad de rehenes a Martino y a un lancero de la guardia de Sitas, llamado Senecio. Los persas, entonces, levantaron el sitio y en ese mismo instante comenzaron la retirada. Los hunos no mucho después se lanzaron contra el territorio romano pero, como no encontraron allí al ejército persa, su incursión duró poco, y retornaron todos a su patria.
- Acto seguido, Rufino, Alejandro y Tomás llegaron también como embajadores para acompañar a Hermógenes y todos juntos se presentaron ante el rey de los persas a la orilla del río Tigris. Y cuando Cosroes los vio, liberó a los rehenes. Los embajadores, entonces, le regalaron el oído a Cosroes y le dijeron muchas cosas halagüeñas y absolutamente impropias de embajadores romanos. Gracias a esto Cosroes se volvió más tratable y estuvo de acuerdo en establecer una paz indefinida con ellos por ciento diez centena-

rios¹⁸⁰, y bajo la condición de que el jefe de las tropas de Mesopotamia no residiera de allí en adelante en Daras, sino que pasara todo el tiempo en Constantina, como antiguamente tenía por costumbre. Pero negó que fuera a devolver las plazas fuertes de Lácica, aunque él sí reivindicó la entrega por parte de los romanos de Farangio y de la fortaleza de Bolo. (El centenario pesa cien libras, de ahí el nombre que 4 recibe, pues cien en latín se dice «centum».) El pago de esta 5 cantidad de oro lo reclamó para que los romanos no se vieran obligados a destruir la ciudad de Daras ni a compartir con los persas el puesto de guardia de las Puertas Caspias¹⁸¹. Sin embargo, los embajadores, aun habiendo aceptado las 6 otras demandas, dijeron que no estaban facultados para entregar las plazas fuertes, a menos que previamente consultaran al emperador acerca de la cuestión. Así pues, se decidió 7 que Rufino fuera enviado a Bizancio con este encargo y que los demás permanecieran allí hasta su regreso. Y se le concedió un plazo de setenta días para que volviera. Cuando 8 Rufino llegó a Bizancio y le comunicó al emperador cuál era el parecer de Cosroes respecto a la paz, Justiniano ordenó que concertaran la paz con arreglo a todo aquello.

Pero, entretanto, un rumor falso, que se había difundido 9 hasta tierra persa, propagó la noticia de que el emperador Justiniano, lleno de ira, había mandado matar a Rufino. Cosroes, inquieto y muy furioso ya, avanzó con todo su ejército contra los romanos. Pero Rufino, que venía de regreso, se lo encontró no muy lejos de Nísibis. Se quedaron, por tanto, en 10 esta ciudad y, como tenían la intención de firmar la paz, los embajadores fueron llevando allí el dinero. No obstante, Jus- 11

¹⁸⁰ Once mil libras de oro. «Centenario» era el nombre que recibía el peso de cien libras, como poco más abajo explica Procopio.

¹⁸¹ Cf. I 16, 7.

tiniano se estaba arrepintiéndose ya de haber cedido las plazas fuertes de Lácica y les escribió a los embajadores una carta en la que expresamente renunciaba a dejárselas a los persas.

12 Por esta razón Cosroes ya no creyó conveniente establecer el tratado y entonces Rufino comprendió que había sido una decisión más precipitada que segura el llevar el dinero a tie-

13 rra persa. De inmediato, pues, fue y se tiró al suelo y, de bruces como estaba, le suplicó a Cosroes que los enviara de vuelta a ellos junto con el dinero y que no se apresurara a dirigir su ejército contra los romanos, sino que aplazara la

14 guerra hasta otro momento. Cosroes le permitió partir de allí, prometiéndole que le haría merced de todo aquello. Así que los embajadores se marcharon a Daras con el dinero y el ejército persa levantó el campo para retroceder.

15 Entonces también ocurrió que los otros embajadores que acompañaban a Rufino vinieron a sopear muchísimo de él y lo acusaron ante el emperador, con el argumento de que Cosroes se había dejado persuadir por él y le había concedi-

16 do todo lo que le pedía. No obstante, el emperador por ese motivo no tomó contra él ninguna represalia. No mucho tiempo después el propio Rufino y Hermógenes fueron enviados de nuevo a presencia de Cosroes y de inmediato se pusieron de acuerdo entre ellos en el asunto del tratado, bajo la condición de que ambas naciones devolvieran todas las plazas que se habían arrebatado una a otra en esta guerra y que ya no hubiera ningún mando militar con tropas en Daras. Respecto a los iberos se resolvió que decidieran si permanecer allí en Bizancio o regresar a su patria. Y fueron muchos los que se quedaron y muchos también los que vol-

17 vieron a sus dominios patrios. De este modo, pues, pactaron la llamada «paz indefinida», cuando ya Justiniano llevaba

18 seis años ocupando el trono. Los romanos entregaron a los persas Farangio y la fortaleza de Bolo además del dinero

convenido, y los persas a los romanos las plazas fuertes de Lácica. A Dagaris¹⁸² también se lo devolvieron a los romanos y a cambio de él los persas recuperaron a otro hombre de no oscura condición. El tal Dagaris, tiempo después, venció en muchas batallas y expulsó a los hunos tras haber irrumpido éstos en territorio romano, y es que era extraordinariamente diestro en materia de guerra. Pues bien, del modo dicho firmaron ambas naciones el tratado.

Acto seguido ocurrió que contra cada uno de los dos gobernantes tramaron una intriga sus respectivos súbditos. Y de qué manera sucedió es lo que inmediatamente voy a exponer. Cosroes, el hijo de Cabades, era un hombre de gran desconcierto mental y tan amigo de las novedades que rayaba en la extravagancia. Por eso estaba siempre lleno de inquietudes y zozobras, y era el mayor causante de esta misma desazón en todos los demás. Descontentos, pues, de su gobierno, los persas más resueltos tenían la intención de poner en el trono a otro rey de la casa de Cabades. Y como su mayor deseo era que gobernara Zames, a quien se lo impedía la ley porque le faltaba un ojo, según se ha dicho¹⁸³, dándole vueltas llegaron a la conclusión de que lo mejor para ellos era poner en el trono al hijo de éste, que se llamaba Cabades, igual que su abuelo, y que Zames, como tutor de su hijo, administrara el estado persa como quisiera. Vinieron entonces a presencia de Zames a revelar su propósito y todo su empeño era animarlo instándole a actuar. Y como aquel plan le agradó, proyectaron caer sobre Cosroes en el momento más oportuno. Pero el plan llegó a conocimiento del rey, quien impidió que siguiera su curso. En efecto, Cosroes

¹⁸² Cf. I 15, 6. Así pues, esta «paz indefinida» (*apérantos eirênē*), también llamada «paz eterna» o «perpetua», se firmó en el año 532 y duró hasta el 540, al final de la campaña de Italia: cf. I 25, 11 s.

¹⁸³ Cf. I 11, 4.

mató a sus propios hermanos y también al mismo Zames, a sus hermanos¹⁸⁴ y a todos sus hijos varones, y a los nobles persas que habían promovido o participado en el complot contra él de cualquier manera que fuese. Entre ellos también estaba Aspebedes, el hermano de la madre de Cosroes.

7 Sin embargo, a Cabades, el hijo de Zames, no pudo matarlo, pues aún lo estaba criando el canaranges Adergudumbades. Pero le encomendó al propio canaranges que acabara con aquel niño que había criado. Y es que no creía justo desconfiar de él, ni tampoco tenía poder para obligarlo de
8 otra manera. Pues bien, el canaranges, al escuchar el encargo de Cosroes, lamentó muy dolido aquella fatalidad y les comunicó a su esposa y a la nodriza de Cabades lo que el rey le había encomendado. Entonces, su esposa se agarró llorando a las rodillas de su marido¹⁸⁵, suplicándole que de
9 ningún modo matara a Cabades. Se consultaron, pues, entre sí y decidieron criar al niño a escondidas, de la forma más segura posible, y notificarle rápidamente a Cosroes que Ca-
10 bades había dejado el mundo de los vivos. Siguiendo el plan, le notificaron esto al rey y a Cabades lo ocultaron de tal modo que nadie supo de su existencia, salvo Varramès, el hijo de Adergudumbades, y uno de los sirvientes, que les
11 parecía digno de la mayor confianza. Pero, andando el tiempo, al llegar Cabades a la edad viril, al canaranges le entró miedo de que el hecho saliera a la luz, así que le dio dinero a Cabades y le pidió que se marchara para que, huyendo, buscara cualquier medio de salvarse. Lo cierto era que, en aquel tiempo, a Cosroes y a todos los demás les había pasado desapercibido lo que el canaranges había llevado a cabo.

¹⁸⁴ Recuérdense que Cosroes y Zames eran hermanastros: cf. I 11, 3 ss.

¹⁸⁵ En la típica actitud del suplicante.

Algún tiempo después, Cosroes con un gran ejército se 12
encontraba invadiendo el territorio de la Cólquide, como es-
cribiré en posteriores capítulos¹⁸⁶, y lo seguía el hijo del 13
mencionado canaranges, Varrames, que llevaba consigo a
varios sirvientes y coincidía que entre ellos iba el que había
compartido con él el secreto de lo de Cabades. Y fue enton-
ces cuando Varrames le contó al rey todo lo relativo a Ca-
bades y presentó al sirviente para que también lo confesara
todo. Y cuando Cosroes lo supo, se enfureció extraordina- 14
riamente y consideró como algo terrible el que le hubiera
pasado esto por obra de un siervo suyo; y como no tenía
forma de lograr que el joven cayera en sus manos, discurrió
lo siguiente. Cuando estaba a punto de regresar a su patria 15
desde la Cólquide, le escribió al mencionado canaranges pa-
ra informarle de que tenía decidido invadir el territorio ro-
mano con todo su ejército, aunque la irrupción en el país no
se haría de una sola vez, sino dividiendo en dos el conjunto
de las tropas persas, con el fin de que el ataque contra los
enemigos se produjera tanto en la zona del interior como en 16
la del exterior del curso del río Eufrates. Y añadió que, en
efecto, una parte del ejército la guiaría él en persona, como
era natural, hacia tierra enemiga y que a ningún otro de sus
siervos le iba a conceder el privilegio de equipararse al rey,
y en semejante honor, salvo al propio canaranges por su
valentía; y, así pues, era necesario que rápidamente acudiera 17
a su encuentro mientras venía de regreso, para que en una
conversación con él le encargara todo lo que pudiera serle
de utilidad al ejército. Además, le ordenaría a los de su sé-
quito que fueran detrás de él en la marcha. Cuando el cana- 18
ranges estuvo al corriente de aquel mensaje recibido, se que-
dó muy contento por el honor que le dispensaba el rey y, tan

¹⁸⁶ En II 17, 1 ss.

ajeno como estaba de su propia desgracia, de inmediato cum-
19 plió lo que se le había mandado. Pero en el camino, no pu-
diendo soportar aquel esfuerzo (pues era muy anciano), ter-
minó por aflojarle las riendas al caballo y caerse, y se partió
un hueso de la pierna. Por ello tuvo forzosamente que que-
darse allí quieto para que lo cuidaran y el rey llegó a aquel
20 lugar y vino a verlo. Le dijo entonces Cosroes que, con la
pierna en ese estado, sería imposible que lo acompañara en
la expedición y que lo que debía hacer era dirigirse a una de
las plazas fuertes de aquella región y recibir allí tratamiento
21 médico. De este modo envió Cosroes a aquel hombre cami-
no de la muerte y detrás le siguieron los que iban a matarlo
en la fortaleza. Era verdaderamente Adergudumbades, tal
como se decía de él, un general invencible entre los persas,
que había guerreado contra doce naciones de bárbaros y a
22 todas las había puesto a los pies de su rey Cabades. Tras
dejar él el mundo de los vivos, su hijo Varrames ocupó el
23 cargo de canaranges. No mucho tiempo después, Cabades
en persona, el hijo de Zames, o algún otro que usurpaba su
nombre¹⁸⁷ vino a Bizancio. En cualquier caso, se parecía
24 muchísimo al rey Cabades. El emperador Justiniano, aunque
tenía sus dudas con respecto a él, lo acogió muy honrosa-
mente y con gran amabilidad, como a nieto del rey Cabades.
Así se desarrollaron, pues, los acontecimientos relativos a
los persas que se sublevaron contra Cosroes.

25 Posteriormente, Cosroes se deshizo también de Mebodes
por el siguiente motivo. Se hallaba el rey tratando un asunto
serio y le ordenó a Zaberganes, allí presente, que llamara
a Mebodes. Y coincidía que Zaberganes se llevaba mal con
Mebodes. Cuando llegó a su presencia, lo encontró instru-

¹⁸⁷ Para la expresión (*epibateiōn tou̅ Kabádou onómatos*) cf., por ejemplo, HERÓDOTO, III 63 y 67; IX 95.

yendo a sus soldados y le dijo que lo llamaba el rey a toda prisa. Él le prometió que lo seguiría tan pronto como arreglara lo que traía entre manos. Pero Zaberganes, inducido por el odio que sentía hacia él, le comunicó a Cosroes que Mebodes no quería acudir en aquel momento y que aseguraba estar ocupado en alguna cosa. Entonces Cosroes, muy enojado, envió a uno de su séquito con la orden de que Mebodes fuera al trípode. Qué es esto es lo que voy a explicar inmediatamente. Siempre hay un trípode de bronce delante del palacio. Pues bien, cuando cualquier persa se entera de que el rey está enfadado con él, no le está permitido refugiarse ni en un templo ni en ningún otro sitio, sino sentarse en ese trípode y aguardar la sentencia del rey, sin que nadie en absoluto pretenda protegerlo. Allí se sentó Mebodes durante muchos días en una actitud digna de compasión, hasta que, por mandato de Cosroes, lo cogieron y lo mataron. A esto vinieron a parar sus buenos servicios a Cosroes.

Por aquel mismo tiempo en Bizancio se produjo de forma inesperada una sedición popular¹⁸⁸, que vino a ser, contra lo que cabía pensar¹⁸⁹, la mayor de todas y acabó en un gran desastre para el pueblo y el Senado; y fue como sigue. La población de cada ciudad, desde muy antiguo, estaba dividida entre «azules» y «verdes»¹⁹⁰, pero no hace ya mucho

¹⁸⁸ Comienza aquí el relato de la sedición «Nika» (cf. el porqué de este nombre más abajo, en I 24, 10) del año 532 (del 11 al 18 de enero). Al respecto, MALALAS (L. DINDORF, *I. Malalae Chronographia* [*Corpus Scriptorum Historiae Byzantinae*], Bonn, 1831) y ZONARAS (M. PINDER, *I. Zonarae Epitomae Historiarum libri*, 3 vols., Berlín, págs. 1841-1897) refieren otros sucesos y detalles omitidos por Procopio.

¹⁸⁹ En total consonancia con los hechos, Procopio insiste (... *ek tou aprosdokétou... parà dóxan...*) en el modo tan imprevisto como surgió la sedición «Nika».

¹⁹⁰ Se trata (*Benétous... Prasínous*), de las facciones (*factiones*, cuadrillas o equipos) del circo romano. Ya en el siglo I existían cuatro, que

tiempo que, por estos colores¹⁹¹ y por las gradas en que están sentados para contemplar el espectáculo, gastan su dinero, exponen sus cuerpos a los más amargos tormentos y no renuncian a morir de la muerte más vergonzosa¹⁹². Se pelean con sus rivales, sin saber por qué corren ese peligro, pero dándose plena cuenta de que, aun cuando superaran a los enemigos en la pelea, lo que les espera es que los lleven de inmediato a la cárcel y al final los hagan perecer torturados de la peor manera. Lo cierto es que el odio que les brota hacia personas muy próximas no tiene justificación, y per-

se distinguían por el color de la vestimenta de los aurigas: blancos, rojos, azules y verdes (*albi, russati, veneti, prasini*). Estas dos últimas se hicieron enormemente populares y muy pronto terminaron por absorber a aquéllas. De su extrema rivalidad poseemos muchos testimonios. Calígula era hinchado de los verdes (*prasina factio*, Suetonio, *Calíg.* 55), como Domiciano (seguramente el llamado «Nerón» en Marcial, XI 33, 1; y cf. VI 46, azules, y XIV 55, rojos); pero Vitelio era de los azules (Suetonio, *Vitel.* 14). Sin embargo Marco Aurelio (I 5) tenía a gala no haber pertenecido ni a la facción de los verdes ni a la de los azules (*méte Prasianòs méte Benetianòs*). Cf. también Juvenal XI 197 s., Novaciano, *De spect.* 5, o Casiodoro, *Variae Epist.* III 51. En Bizancio (cf. II 11, 32) estas facciones se convirtieron en auténticos partidos con ideas políticas («los azules... el partido de la aristocracia latifundista y de los campesinos, los verdes... la burguesía comercial e industrial»: cf. Valero Garrido, *Belisario...*, pág. 65) y religiosas opuestas (los azules ortodoxos y los verdes monofisitas, aunque todo basado, según ciertos autores, en la rivalidad deportiva) y con una organización prácticamente militar. Para el tema, en general, cf. R. Auguet, *Cruauté et Civilisation: Les Jeux Romains = Crueldad y Civilización: Los Juegos Romanos* [trad. C. Marsal], Barcelona, 1972, págs. 145 ss.; y, más en concreto, A. Rambaud, *De Byzantino Hippodromo et Circensibus Factionibus*, 2 vols., París, 1970; y A. Cameron, *Circus Factions. Blues and Greens at Rome and Byzantium*, Oxford, 1976.

¹⁹¹ Literalmente, «por estos nombres (de las facciones)».

¹⁹² El cuadro que aquí nos va a pintar Procopio es un modelo de descripción de la realidad y de introspección psicológica, perfectamente aplicable a fenómenos parecidos que se dan en nuestros días.

manece irreductible durante toda su vida, sin ceder ni siquiera ante vínculos de matrimonio, ni de parentesco, ni de amistad, aunque sean hermanos o algo semejante los que defienden colores distintos. Y no hay nada humano ni divino que les importe, comparado con que venza el suyo. Aun en el caso de que alguien cometa un pecado de sacrilegio contra Dios, o la constitución y el estado sufran violencia por parte de los propios ciudadanos o de enemigos externos, o incluso si ellos mismos se ven quizá privados de cosas de primera necesidad, o su patria es víctima de las circunstancias más nefastas, ellos no hacen nada, si no le va a suponer un beneficio a su bando¹⁹³: que así es como llaman al conjunto de sus partidarios. En este fanatismo¹⁹⁴ también se unen a ellos sus esposas, que no sólo secundan a sus maridos, sino que incluso, si se tercia, se les enfrentan, aunque no vayan nunca a los espectáculos¹⁹⁵ ni las induzca ningún otro motivo; de modo que a esto no puedo darle otro nom-

¹⁹³ *Méros* aquí y *démos* («facción») unas líneas más abajo son los términos griegos comúnmente empleados para designar las facciones del circo.

¹⁹⁴ Así traducimos (como el profesor Valero Garrido) el preciso término *ágos*, «impureza, sacrilegio» (cf. TUCÍDIDES, I 126, 2), que sin duda utiliza Procopio para marcar ese matiz de «enfermedad del alma», como la calificará más abajo.

¹⁹⁵ En el original, *eis tà théatra*, pero Procopio no se refiere aquí al teatro (cf. I 17, 37; de hecho por *théatron*, lat. *theatrum*, también se entendía el anfiteatro, con cuyos juegos acabaron Arcadio y Valentiniano III). Recuérdese, por otra parte, que las autoridades eclesiásticas condenaban estos espectáculos: cf., por ejemplo, JUAN CRISÓSTOMO, *Contra circenses ludos et theatra* (MIGNE, PG 56, 263 ss.). En época clásica, al menos, las mujeres casadas parece que no podían asistir a las pruebas olímpicas, pero sí a las representaciones teatrales, aunque las más «finas», las educadas (*hai pepaideuménai*: PLATÓN, *Leyes* 658d) no irían a las comedias.

bre que enfermedad del alma¹⁹⁶. Pues bien, así es como poco más o menos están las cosas en las ciudades y en cada una de las poblaciones.

7 Por entonces, la autoridad pública constituida en Bizancio apresó a algunos sediciosos y los condenó a muerte. Pero los de una y otra parcialidad, tras concertarse y pactar una tregua entre ellos, se apoderan de los encarcelados y, entrando de inmediato en la cárcel, liberan a todos los reclusos arrestados por sedición o por cualquier otra fechoría. A los guardias que sirven a las órdenes de la autoridad ciudadana, se pusieron a matarlos sin ninguna consideración, mientras que los pocos ciudadanos honrados que quedaban se dieron a la huida a la tierra firme de enfrente¹⁹⁷; y la ciudad fue entregada a las llamas, lo mismo que si lo hubiera sido por enemigos. La iglesia de Santa Sofía¹⁹⁸, los Baños de Zeuxipo y, en el palacio imperial, desde los Propileos hasta la llamada Casa de Ares, todo eso fue consumido por el fuego; y, además de esto, los dos grandes pórticos que llegan hasta la plaza que se llama «de Constantino», y muchas mansiones de gente rica y grandes tesoros. El emperador, su cónyuge y algunos miembros del Senado se encerraron en el palacio y allí permanecieron tranquilos¹⁹⁹. La contraseña que se daban las facciones²⁰⁰ era

¹⁹⁶ *Psychês nósēma*: «enfermedad mental» diríamos hoy.

¹⁹⁷ Pasaron a la zona de Asia Menor, cruzando el Bósforo.

¹⁹⁸ En realidad, el fuego destruyó la antigua basilica dedicada a la «Sabiduría Divina» que comenzó a levantar Constantino en el 326. Ya con anterioridad a la sedición «Nika», se había incendiado en el 404 y fue reconstruida en el 415 bajo Teodosio II. Tras esta sedición, el templo *Hagia Sophia* (Santa Sofía, la Mayor) fue reedificado por los arquitectos Artemio de Trales e Isidoro de Mileto entre el 532 y el 537.

¹⁹⁹ *Hēsýchazon*: cf. I 24, 21 (*hēsychazētēn*).

²⁰⁰ De nuevo *dēmoi* en el original.

«nika»²⁰¹, y ése es el nombre que hasta el día de hoy ha recibido aquel suceso.

Por entonces, era prefecto²⁰² del pretorio Juan de Capadocia; Triboniano, por su parte, de origen panfilio, era consejero²⁰³ del emperador («cuestor» lo llaman los romanos). El primero de ellos, Juan, estaba ayuno de estudios liberales y de cultura, pues por no haber asistido más que a las clases del maestro de primera enseñanza, no aprendió sino las letras, y aun éstas mal y de mala manera; pero por sus facultades naturales había llegado a ser el más poderoso de todos los que nosotros hemos conocido. Y es que era también el más capacitado para decidir lo que se debía y para encontrar solución a los problemas. Así, se había convertido en el más perverso de todos los hombres y aprovechaba para ello sus dotes naturales; y ni la palabra de Dios ni un cierto respeto a los seres humanos le llegaban al alma: aniquilar las vidas de muchos hombres y destruir ciudades enteras, ésa era su preocupación. El caso es que, tras cubrirse en poco tiempo de grandes riquezas, se hallaba engolfado en una existencia de crápula sin freno: hasta la hora del almuerzo saqueaba las haciendas de sus súbditos y el resto del día dedicaba su ocio a emborracharse y a entregar su cuerpo a prácticas licenciosas. No tenía fuerzas²⁰⁴ para controlarse, sino que engullía

²⁰¹ Imperativo del verbo *nikáō*, -ō, «¡vence!». MALALAS (L. DINDORF, *I. Malalae Chronographia [Corpus Scriptorum Historiae Byzantinae]*, Bonn, 1831, pág. 474) nos informa de que escogieron este término para diferenciarse así de los soldadōs, quienes aclamaban al emperador con la palabra latina *vincas*.

²⁰² El término en griego es *aulēs éparchos*.

²⁰³ El *páredros* era asesor y secretario, y ostentaba el poder judicial y la jefatura de la cancillería (cf. también I 11, 11). Sobre este personaje, cf. T. HONORE, *Tribonian*, Londres, 1978.

²⁰⁴ PROCOPIO parece insistir en el hecho de que aquellas facultades y dotes naturales (*phýseōs ischyî, phýseōs dynámei*), de que ha hablado arriba,

la comida hasta vomitar; y a robar dinero estaba siempre dispuesto, y a tirarlo y malgastarlo más dispuesto todavía. Así
 16 era Juan a grandes rasgos. Triboniano, por su parte, aprovechaba también sus dotes naturales²⁰⁵ y su nivel cultural no era inferior al de ninguno de sus contemporáneos; pero por sus inclinaciones endiabladamente codiciosas era capaz de vender siempre la justicia por su lucro personal: en lo tocante a las leyes cada día, desde muy atrás, se dedicaba a abolir unas y proponer otras, cobrando estos servicios a los solicitantes según la petición de cada cual.

17 Pues bien, mientras el pueblo estaba enzarzado en sus mutuas rencillas por los colores de las facciones, no se tomaban cuentas de los delitos que estos dos cometían contra el estado. Pero, una vez que aquéllas se concertaron, como quedó dicho²⁰⁶, y que se produjo la sedición, ya a las claras iban renegando de ellos por toda la ciudad y la recorrían buscándolos con la intención de matarlos. Fue por eso por lo que, con idea de ganarse al pueblo, el emperador en aquel
 18 mismo momento destituyó a ambos de sus cargos. Y nombró prefecto del pretorio a Focas, un patricio, discretísimo él y capacitado de natura para administrar justicia; a Basilides, por su parte, le mandó desempeñar el cargo de cuestor²⁰⁷, siendo como era célebre entre los patricios por su ecuanimidad y apreciado por otras razones. Así y todo, la sedición
 19 contra aquellos dos no dejaba de estar en pleno apogeo. Y en el quinto día de dicha sedición, hacia la caída de la tarde, el emperador Justiniano instó a Hipacio y Pompeyo, sobri-

servían para lograr sus perversos fines, pero no eran capaces de controlar (*katéchein... oudamê ischyen*) sus más bajos instintos.

²⁰⁵ El autor utiliza la misma expresión (*phýseōs dynámei echrêto*) que al referirse a Juan en I 24, 13.

²⁰⁶ En I 24, 7.

²⁰⁷ Cf. I 24, 11.

nos de Anastasio²⁰⁸ el que había regido el imperio con aterroridad, a que se fueran cuanto antes a casa, ya por sospechar que se traían entre manos alguna maquinación contra su propia persona, ya porque el destino los llevaba en esa 20 dirección. Pero ellos, temiendo que el pueblo los forzara, como en efecto ocurrió, a asumir el imperio, le dijeron que cometerían una injusticia si abandonaban a su emperador en medio de un peligro tan grande. Al oírlo, el emperador Jus- 21 tiniano dio en recelar todavía más y les ordenó que se marcharan en el acto. De modo que los dos se retiraron a sus casas y durante la noche permanecieron allí tranquilos²⁰⁹.

Al amanecer del día siguiente, vino a saberse entre el 22 pueblo que ambos se habían marchado de sus dependencias de la corte. Corrió, pues, todo el mundo hacia ellos; e iban ya aclamando como emperador a Hipacio y llevándolo a la plaza para que asumiera el poder, mientras la mujer de Hi- 23 pacio, María, que era discreta y contaba con una grandísima reputación de prudencia, se agarraba a su esposo y no lo dejaba, al tiempo que entre gritos y gemidos ante todos sus allegados insistía en que el pueblo lo llevaba camino de la muerte. Aun así, arrollada por la muchedumbre, soltó ella 24 contra su voluntad a su esposo, y a él, que también contra su voluntad había ido a la plaza de Constantino, la multitud lo llamaba a ocupar el trono imperial. Y como no tenían ni diadema ni ninguna otra cosa con las que se acostumbra coronar a un soberano, le pusieron un collar de oro sobre la cabeza y lo proclamaron emperador de los romanos. Se reu- 25 nieron entonces todos los senadores que coincidía que no se habían quedado en la residencia imperial y muchas de las opiniones expresadas apuntaban a que debían dirigirse al

²⁰⁸ Emperador del 491 al 518.

²⁰⁹ *Hēsychazētēn*: cf. I 24, 10 (*hēsýchazon*).

26 palacio para expugnarlo. Pero Orígenes, un miembro del senado, se adelantó y dijo esto: «En nuestras actuales circunstancias, romanos, la solución final no pasa sino por la guerra. Y que la guerra y el imperio²¹⁰ son las más importantes
27 de todas las cosas humanas, eso es algo reconocido. Pero sin duda los asuntos importantes no quieren ser encauzados con las premuras de un momento, sino con el buen juicio de la inteligencia y el esfuerzo del cuerpo, como los hombres han
28 demostrado en el transcurso de los tiempos. Así pues, en el caso de que vayamos a la guerra, nuestra causa estará sobre el filo de la navaja²¹¹: en un instante nos jugaremos el todo por el todo y, según el resultado final, la fortuna merecerá
29 nuestra adoración o nuestros continuos reproches. Y es que las acciones más impetuosas están casi siempre a merced de la tiranía de la fortuna. Si en la presente situación nos manejamos con la serenidad suficiente, no nos viene a cuento, aunque lo deseemos, apresar a Justianiano en el palacio; que él se alegrará, ¡y qué vivamente!, de que se le deje huir. Pues
30 la autoridad, cuando se la descuida, acostumbra a desmoronarse, porque se va extinguiendo su fuerza día por día. Y mirad que tenemos otras moradas regias: Placilianas y el llamado Palacio de Helena, desde donde este nuevo emperador, poniéndose manos a la obra, debe proseguir la lucha
31 y atender a las demás cuestiones, como mejor sea.» Así habló Orígenes. Pero entonces los otros, a la manera como suele comportarse una muchedumbre, le replicaban con más vehemencia y opinaban que aquélla era la ocasión propicia;

²¹⁰ Con esta afirmación (*pólemos dè kai basileía...*) parece que Procopio (muy parco siempre en las alabanzas en su *Historia de las guerras*) está aludiendo y elogiando, por tanto, a Belisario y Justiniano respectivamente.

²¹¹ Para la expresión ya proverbial, cf. ya *Iliada* X 173 o HERÓDOTO, VI 11, 2.

y más que nadie era Hipacio (pues estaba escrito que le salieran mal las cosas)²¹² el que los incitaba a guiar sus pasos hacia el Circo²¹³. Hay quien asegura que fue adrede lo de ir a este lugar, porque él pretendía apoyar al emperador.

Los del círculo del emperador estaban indecisos entre 32 dos pareceres: si sería mejor para ellos permanecer allí o darse a la fuga en sus naves. Y se expusieron muchos argumentos en favor de uno y otro. Y Teodora, la emperatriz, 33 dijo lo siguiente: «En cuanto al hecho de que una mujer entre hombres no debe mostrar atrevimiento ni soltar bravatas entre quienes están remisos, yo creo que la actual coyuntura de ningún modo permite considerar minuciosamente si hay que considerarlo así o de otra manera. Y es que para quienes 34 se encuentran en un grandísimo peligro, no hay nada mejor, me parece, que ponerse las cosas lo más expeditas que uno pueda. Yo al menos opino que la huida es ahora, más que 35 nunca, inconveniente, aunque nos reporte la salvación. Pues lo mismo que al hombre que ha llegado a la luz de la vida le es imposible no morir, también al que ha sido emperador le es insoportable convertirse en un prófugo. No, que nunca me 36 vea yo sin esta púrpura, ni esté viva el día en el que quienes se encuentren conmigo no me llamen soberana. Y lo cierto es que si tú, emperador, deseas salvarte, no hay problema: que tenemos muchas riquezas, y allí está el mar y aquí los 37 barcos. Considera, no obstante, si, una vez a salvo, no te va a resultar más grato cambiar la salvación por la muerte. Lo que es a mí, me satisface un antiguo dicho que hay: 'el im-

²¹² La expresión (*chrên gàr hoi genésthai kakôs*) parece tomada de HERÓDOTO (por ejemplo, I 8, 2). Cf. también I 25, 26 (acerca de Juan de Capadocia). Cf. también II 8, 14 y n. 55.

²¹³ En griego, *ho hippódromos* o, en otros lugares, *tò hippikón* (el Hipódromo).

38 perio es hermosa mortaja' ²¹⁴.» Cuando la emperatriz habló
así, todos recobraron el ánimo y, decididos ya a combatir, se
pusieron a deliberar sobre cómo podrían defenderse en el
39 caso de que alguien viniera a atacarlos. En efecto, de entre
los soldados, incluidas las tropas que prestaban servicio en
la corte imperial, no todos eran afectos al emperador ni que-
rían emprender abiertamente ninguna acción, sino que se
mantenían alertas ante el desarrollo de los futuros aconteci-
40 mientos. Todas las esperanzas del emperador estaban pues-
tas en Belisario y Mundo. El primero de ellos, Belisario, ha-
bía regresado recientemente de la guerra contra los persas
trayendo consigo además una escolta poderosa y considera-
ble, así como un grueso de lanceros y de escuderos ²¹⁵ du-
41 chos en el combate y en los peligros de la batalla. Mundo,
por su parte, tras habersele nombrado general de los ilirios,
coincidió por acaso que se encontraba allí porque se le había
hecho venir a Bizancio para cierto asunto, y llevaba consigo
a unos bárbaros hérulos.

42 Pues bien, cuando Hipacio llegó al Circo, subió en se-
guida a donde el emperador suele situarse y se sentó en el
trono imperial, desde donde el emperador también siempre
ha tenido por costumbre contemplar las competiciones hípi-
43 cas y gimnásticas. Mundo salió del palacio a través de una
puerta a la que se ha dado el nombre de Caracol por la baja-
44 da circular existente. Belisario, primero, subió derecho ha-
cia el propio Hipacio y el trono imperial y, al acceder a la
zona contigua, justo donde hay desde antaño un puesto de
guardia, les ordenó a gritos a los soldados que le abrieran la

²¹⁴ Acerca de Dionisio I de Siracusa, cf. en ISÓCRATES, VI 45 (con *tyrannís* en vez de *basileía*).

²¹⁵ Los *hypaspistai*, como cuerpo especial de soldados «con escudo» (y, por tanto, impropriamente «escuderos»), ya se conocían en el ejército macedonio (cf., por ejemplo, ARRIANO, *Anábasis* II 4,3).

entrada de inmediato, para poder lanzarse contra el usurpador²¹⁶. Pero, como los soldados estaban resueltos a no apoyar a ninguno de los dos hasta que uno de ellos se alzara claramente con la victoria, aparentaron no oírle y lo dejaron plantado. Volvió, pues, Belisario junto al emperador y le confirmó que la situación para ellos era desesperada; que en efecto se habían sublevado contra él los soldados que formaban la guardia de palacio. Le ordenó, entonces, el emperador que se encaminara hacia la llamada Puerta de Bronce y los propileos de allí. Así pues, Belisario, con mucha dificultad y no sin peligro y grandes esfuerzos, cruzó por entre las ruinas de aquellos lugares semidestruidos por el fuego y subió hacia el Circo. Y cuando estuvo junto al Pórtico Azul, que se halla a la derecha del palco imperial, tomó la determinación de dirigirse primero contra el propio Hipacio, pero, como allí había una puertecilla pequeña que se encontraba cerrada y era custodiada desde dentro por los soldados de Hipacio, le entró el temor de que, entorpecido como iba a estar por la estrechez del aquel sitio, la plebe se le echara encima y, tras acabar con él y con todo su séquito, avanzara ya fácilmente y sin oposición contra el emperador. Entendió, por tanto, que debía lanzarse contra la plebe que permanecía a pie firme en el Circo —una muchedumbre inmensa en la que se empujaban unos a otros en medio de un gran desorden—; desenvainó su espada y, tras ordenarles a los demás que hicieran lo mismo, arremetió a la carrera y gritando contra aquéllos. La gente, en el alboroto y confusión en que se encontraba, al ver que aquellos soldados con sus corazas y con mucha fama de valientes y de expertos en

²¹⁶ El término utilizado es *týrannos* (cf. el verbo *tyrannô* en I 2, 3, y en otros contextos). Con este sentido ya aparece claramente en la literatura latina y en los escritores eclesiásticos griegos.

la guerra golpeaban con sus espadas sin ningún miramiento, se precipitó a la huida. Se produjo, como es natural, un enorme griterío y Mundo, que se hallaba por allí cerca y quería entrar en acción —pues era hombre temerario y enérgico—, estaba indeciso sobre cómo proceder en aquellas circunstancias, pero, cuando se imaginó que Belisario estaba ya en plena brega, irrumpió de inmediato en el Circo por la entrada que llaman «de la Muerte». Entonces, los partidarios de Hipacio se vieron batidos a viva fuerza por los dos flancos y fueron aniquilados. Y cuando ya la derrota estaba clara y la matanza de gente era enorme, Boraides y Justo, primos del emperador Justiniano, sin que nadie se atreviera a levantar las manos contra ellos, bajaron del trono a Hipacio y se lo llevaron junto con Pompeyo para entregarlo al emperador. Aquel día murieron más de treinta mil²¹⁷ faccionarios y el emperador ordenó poner a aquellos dos bajo severa custodia. Entonces Pompeyo se echó a llorar y a proferir quejas que daban lástima —la verdad era que él no había tenido parte alguna en aquellos trágicos sucesos—. Pero Hipacio entre continuos reproches le decía que no debían lamentarse porque fueran a ser ejecutados injustamente: que al principio habían sido forzados contra su voluntad por la plebe y que después habían ido al Circo sin intención de causarle ningún mal al emperador. Pero los soldados mataron a los dos al día siguiente y arrojaron sus cadáveres al mar. Y el emperador registró sus bienes y los confiscó, y también los de todos los demás senadores que tomaron partido por ellos. Luego, sin embargo, a todos éstos e incluso a los hijos de Hipacio y Pompeyo los restituyó en los cargos que antes po-

²¹⁷ Zonaras eleva esta cifra a 40.000.

señan y de sus antiguos bienes les devolvió los que casualmente aún no había regalado a ninguno de sus amigos. Con esto acabó la sedición de Bizancio.

Triboniano y Juan fueron, entonces, destituidos de sus cargos, pero, algún tiempo después, se les restableció a ambos en sus mismos puestos. Y Triboniano vivió muchos años ejerciendo el cargo y murió de enfermedad, sin sufrir ningún agravio por parte de nadie. Y es que era un hombre adulador y, por lo demás, agradable y estaba más que capacitado para encubrir con su excelente educación aquella avaricia suya enfermiza. Juan, por el contrario, con todos era igual de duro y cruel, dirigía sus golpes contra quienes se cruzaban en su camino y, de una sola vez, los despojaba de todo su dinero sin ninguna consideración. Y cuando se cumplía el décimo año desde que ocupó el cargo, pagó su pena, como era de derecho y de justicia, por su comportamiento ilegal; y fue del siguiente modo.

La emperatriz Teodora lo odiaba más que nadie. Y Juan, que había chocado con esta mujer por causa de las faltas que él cometía, pensó que en absoluto tenía por qué ir tras ella con lisonjas y favores, y ya a las claras empezó a maquinarse calumniándola ante el emperador, sin ruborizarse ante la alta condición de Teodora ni recatarse ante el cariño que el emperador le profesaba, un cariño que era desmedido. La emperatriz, al darse cuenta de lo que estaba pasando, se propuso matarlo, pero no pudo de ninguna manera, porque el emperador Justiniano lo tenía en mucha estima. Juan, por su parte, al enterarse de la intención de la emperatriz con respecto a él, sintió un gran temor. Cuando se iba a su alcoba para echarse a dormir, desconfiaba todas las noches de que algún bárbaro cayera sobre él para matarlo y, sin parar de asomarse desde su habitación ni perder de vista las entradas, se quedaba en vela, a pesar de que contaba con una

guardia de muchos miles de lanceros y escuderos²¹⁸, lo que
8 nunca antes había tenido ningún prefecto²¹⁹. Pero por la
mañana, olvidándose de todo temor de lo divino y de lo hu-
mano, de nuevo, en público y en privado, se convertía en un
azote para todos los romanos. Y frecuentaba a los adivinos,
prestando constantemente oídos a profecías sacrílegas que le
vaticinaban el mando imperial, con lo que era evidente que
hacía castillos en el aire y que se dejaba llevar hasta las altu-
9 ras por sus esperanzas de ocupar el trono. Sin embargo, en
su maldad y en su comportamiento ilegal no se daba des-
10 canso ni conocía límites. Y Dios no le inspiraba ningún res-
peto en absoluto; es más, incluso cuando iba a un templo
para pasar allí la noche rezando²²⁰, no obraba según las
costumbres cristianas, sino que se ponía el capotillo propio
de un sacerdote de esa antigua creencia que hoy suelen lla-
mar «helénica»²²¹, y durante toda aquella noche no salía de
su boca otra cosa que unas palabras impías que había me-
morizado, prescritas para que la mente del emperador que-
dara aún más sujeta a su poder y para que él mismo no su-
friera daño alguno a manos de ningún hombre.

11 En aquel tiempo Belisario, tras haber sometido Italia,
fue hecho venir por el emperador a Bizancio junto con su
mujer Antonina, con la idea de que movilizara el ejército
12 contra los persas²²². De todos los demás merecía el aprecio
y una gran consideración; Juan, sin embargo, era el único
que se llevaba mal con él y le hacía el blanco de sus conti-

²¹⁸ Cf. n. 215.

²¹⁹ El término griego *hyparchos* también designa al prefecto del pre-
torio: cf. n. 202.

²²⁰ Cf. LUCAS, 6, 12.

²²¹ Cf. n. 172.

²²² Hasta el año 540, como dijimos, tras la campaña de Italia, duró
aquella «paz indefinida» firmada con Cosroes.

nuas intrigas, y no por nada, sino porque él se atraía el odio de todos y se daba el caso, en cambio, de que Belisario gozaba entre todos de una inmejorable reputación. Estando, en fin, puestas en él las esperanzas de los romanos, marchó de nuevo contra los persas después de dejar a su esposa en Bizancio. Y Antonina, la mujer de Belisario (que estaba, por cierto, más capacitada que nadie para maquinarse lo nunca maquinado), decidida a congraciarse con la emperatriz, concibió el siguiente plan. Tenía Juan una hija, Eufemia, con mucha fama de discreción, pero muy joven y por eso mismo bastante fácil de engatusar; y su padre la amaba con delirio, porque además era hija única. A fuerza de mimarla continuamente, Antonina pudo granjearse su más firme amistad y, así, aquélla no veía inconveniente en hacerla partícipe de sus secretos. Y un día en que estaba a solas con ella en su cuarto, Antonina se puso a fingir que lamentaba su mala suerte, quejándose de que Belisario, a pesar de haber ensanchado el imperio romano en mayor medida de lo que nunca antes lo había sido y haber traído a Bizancio a dos reyes como prisioneros de guerra aparte de tanta cantidad de riquezas, a pesar de eso no había recibido sino la ingratitud de Justiniano; y, por lo demás, acusaba en general de injusticia al régimen. Se alegró muchísimo Eufemia con estas palabras (pues debido al temor que le infundía la emperatriz también ella estaba resentida contra el gobierno vigente) y le contestó: «La verdad, querida, es que de esto sois vosotros los culpables porque, teniendo como tenéis la posibilidad, no queréis hacer uso de vuestro poder.» Y replicó Antonina: «Mira, hija, es que no nos vemos con capacidad de emprender ninguna acción revolucionaria en el campamento, si en la operación no nos secunda nadie de los de aquí dentro. Ahora bien, si tu padre estuviera dispuesto, nos arreglaríamos muy fácilmente para esta empresa y conseguiría-

- 18 mos todo lo que Dios quisiera.» Al oír esto, Eufemia prometió resueltamente que aquello se llevaría a cabo y se retiró de allí para referirle el asunto a su padre de inmediato.
- 19 También a él le agradaron estas palabras (pues sospechaba que aquella empresa le proporcionaría un camino para que se cumpliera la profecía de su ascenso al trono) y también de inmediato sin ningún reparo estuvo de acuerdo y le pidió a su hija que se ocupara de que al día siguiente pudiera él
- 20 reunirse con Antonina para hablar y darle garantías. Cuando Antonina supo la opinión de Juan, con el propósito de apartarlo lo más lejos posible de conocer la verdad le aseguró que en aquel momento no le convenía quedar con ella, no fuera a nacer de pronto alguna sospecha suficiente para impedir la realización del plan, pero le dijo que iba a partir de
- 21 inmediato hacia el este a encontrarse con Belisario. Por tanto, una vez que ella saliera de Bizancio y llegara al suburbio (precisamente el que se llama Rufinianas y que coincidía que era propiedad de Belisario), Juan acudiría allí, como para darle un saludo de despedida y escoltarla, y entonces tratarían sobre la totalidad del asunto y se darían mutuas garantías. Tras estas palabras de Antonina, a Juan le pareció que había hablado al caso y se fijó un día preciso
- 22 para la operación. La emperatriz, por su parte, al enterarse de toda la trama por Antonina, aprobó lo planeado y con sus ánimos la motivó mucho más aún a su determinación.
- 23 Cuando llegó la fecha señalada y tras un saludo de despedida a la emperatriz, Antonina partió de la ciudad e hizo alto en Rufinianas, como si al día siguiente fuera a emprender el viaje hacia el este, y allí en efecto acudió también Juan de noche para llevar a término aquello en lo que quedaron.
- 24 La emperatriz, nada más denunciar ante su esposo lo que Juan planeaba contra el imperio, envió a Narsés, el eunuco, y a Marcelo, el jefe de la guardia de palacio, a Rufi-

nianas con muchos soldados, para que investigaran lo que pasaba y, en caso de descubrir que lo que Juan pretendía era una revolución, lo mataran de inmediato y volvieran. Y ellos se pusieron en camino para cumplir esta misión. Cuentan que el emperador, al enterarse de los hechos, mandó a uno de los propios amigos de Juan con el encargo de prohibirle terminantemente que se encontrara con Antonina a escondidas. Pero Juan (pues estaba escrito que le salieran mal las cosas)²²³, desatendiendo la advertencia del emperador, se reunió a media noche con Antonina muy cerca de un muro a cuya espalda coincidía que aquélla había apostado a los que iban con Narsés y Marcelo, para que pudieran escuchar lo que se dijese. Y en el momento en que Juan, ya con la lengua suelta, se comprometía al golpe de mano y lo corroboraba con los más tremendos juramentos, Narsés y Marcelo de improviso se echaron sobre él. Pero se produjo, como es natural, un tumulto y la escolta de Juan (que estaba por allí muy cerca) de inmediato se puso junto a él. Y uno de aquellos guardias hirió a Marcelo, sin saber quién era, con su espada; de esta forma, Juan pudo huir protegido por éstos y llegó rápidamente a la ciudad. Y si se hubiera atrevido a ir derecho a presencia del emperador, no habría sufrido ninguna represalia de su parte; pero la realidad fue que, al refugiarse en el templo²²⁴, le dio pie a la emperatriz para que se valiera a sus anchas de sus intrigas contra él.

Pues bien, fue entonces cuando, de prefecto que era, Juan pasó a ser un simple ciudadano²²⁵. Y salió de allí para ser trasladado a otro templo, que se alza en ese suburbio de

²²³ Cf. I 24, 31 (acerca de Hipacio).

²²⁴ Juan, por tanto, se acogió a sagrado. En efecto, después de ser práctica común, el derecho de inmunidad de las iglesias había sido sancionado ya el 21 de noviembre del 419.

²²⁵ En mayo del 541.

la ciudad de Cícico que sus habitantes llaman Artace. Allí, muy a su pesar, quedó revestido del hábito sacerdotal, pero no del de obispo, sino del de presbítero, que es el nombre que suelen darle²²⁶. Pero no quería de ningún modo ejercer el ministerio sacerdotal, no fuera a suponerle un obstáculo para, en un futuro, acceder de nuevo al cargo; y es que tampoco quería en absoluto renunciar a sus esperanzas. Sus propiedades fueron de inmediato registradas y confiscadas, si bien el emperador le permitió que se quedara con una gran parte de ellas, porque aún persistía en la idea de perdonarlo. Allí tenía Juan la posibilidad de vivir despreocupado de cualquier peligro y cubierto de grandes riquezas (tanto las que él mismo ocultamente conseguía, como las que por voluntad del emperador permanecieron en su poder), y de entregarse a sus anchas al libertinaje: con un mínimo de sensatez podía considerar dichas aquellas circunstancias. Por ese motivo todos los romanos estaban sencillamente indignados con aquel hombre, porque, siendo como era el más perverso de todos los demonios, llevaba, contra lo que se merecía, una vida más feliz que antes. Pero Dios, creo yo, no toleró que así quedara resuelto el pago de Juan y el castigo que le preparó fue de consideración. Sucedió lo siguiente.

Había en Cícico un obispo llamado Eusebio, cruel, no menos que Juan, con todos los que se cruzaban en su camino. A este hombre los habitantes de Cícico lo acusaron ante el emperador y lo citaron a juicio. Pero, como no consiguieron nada, dado que Eusebio les buscó las vueltas valiéndose

²²⁶ Este tipo de expresiones (cf. II 9, 14) se debe, como explica Evans, a esa «máscara clásica» que es «puramente literaria» en Procopio, el autor más importante de la escuela de «Profanhistoriker» (desde Amiano hasta Teofilacto), inspirada en los modelos de Heródoto y Tucídides. Por tanto, no existe contradicción con sus creencias cristianas: cf. EVANS, *Greek, Roman and Byz. Stud.* 12 (1971), 83 s. y 90 ss.

de su gran poder, unos jóvenes se confabularon y lo mataron en la plaza pública de Cícico. Daba la coincidencia de que Juan se había llevado muy mal con Eusebio y de ahí que cayeran sobre él las sospechas de haber tramado la conjura. Así pues, se envió a unos miembros del senado para investigar aquel crimen. Lo primero que hicieron fue encerrar a Juan en la cárcel y, luego, a quien había sido un prefecto tan poderoso y había inscrito su nombre entre los patricios y había ascendido a la silla de los cónsules²²⁷ (y no parece que haya nada más importante que esto, al menos en el estado romano), a ése lo dejaron desnudo, como a un bandido o a un ladrón y le surcaron la espalda a golpes²²⁸, obligándole a contarles toda su vida anterior. Y aunque no quedó muy probado que Juan hubiera sido el causante del asesinato de Eusebio, era, si embargo, como si la justicia de Dios le estuviera exigiendo expiar las penas de la humanidad entera. Luego, le quitaron todos sus bienes y lo subieron desnudo a un barco, cubierto sólo con un manto, y muy basto, que había costado unos pocos óbolos; y, dondequiera que el barco anclaba, sus vigilantes le ordenaban pedir pan y unas monedas a quienes le salieran al paso. De este modo, mendigando en todas las escalas de su viaje, fue llevado hasta la ciudad de Antínoo²²⁹ en Egipto. Y va para tres años que lo mantienen allí en prisión. Pero, ni aun después de haberse visto en medio de tales desgracias, renunció él a sus esperanzas de ocupar el trono imperial; es más, decidió acusar a ciertos alejandrinos de deberle dinero al fisco. Así pues, tras nueve

²²⁷ «Se había sentado en la silla curul (*díphros*)», podríamos traducir; cf. IV (*Guerra vándala* II) 9, 15.

²²⁸ Cf. la expresión (*xainontes...*), por ejemplo, en DEMÓSTENES, *Discurso* XIX 197.

²²⁹ Antínoe o Antinópolis, a orillas del Nilo, fundada por Adriano en memoria de su favorito Antínoo.

años, éste fue el castigo que encontró Juan de Capadocia por la actividad política que había desarrollado.

26 En aquel tiempo el emperador nombró de nuevo a Belisario general de Oriente y, tras enviarlo a Libia²³⁰, se apoderoó del país, como se contará en posteriores libros. Cuando llegó a los oídos de Cosroes y de los persas, su indignación fue terrible y ya se estaban arrepintiéndose de haber hecho la paz con los romanos, porque se daban cuenta de que el poder de éstos iba a más. Así que Cosroes envió embajadores a Bizancio para decir que se sumaba al regocijo del emperador Justiniano y para reclamar, por supuesto con una sonrisa, la entrega de su parte del botín de Libia, dado que el emperador no habría sido capaz de vencer en la guerra a los vándalos si los persas no hubieran firmado con él un armisticio. Pues bien, Justiniano entonces le ofreció a Cosroes una suma de dinero como regalo y poco después despidió a los embajadores.

5 En la ciudad de Daras, por otro lado, ocurrió el siguiente suceso. Había allí un tal Juan alistado en infantería. Éste, confabulándose con unos pocos soldados, no con todos, se propuso usurpar²³¹ el poder y se adueñó de la ciudad. Se estableció luego en un palacio como en una ciudadela bien defendida, y fue consolidando aquella usurpación cada día más. 7 Y si no hubiera coincidido el hecho de que en ese momento los persas mantenían la paz con los romanos, de ahí se ha-

²³⁰ Se trata de la campaña contra los vándalos de los años 533 y 534 (cf. los libros III y IV = *Guerra vándala* I y II). Por Libia puede entenderse la parte septentrional de África o, como en otros muchos lugares (cf. III 15, 20), África en general; cf. también, por ejemplo, HERÓDOTO, IV 42; el *Periplo del pseudo Escílax*; y el proverbio *Aei Libyē pherei ti kainón* (ARISTÓTELES, *Hist. anim.* 606b 20), «Libia (= África) siempre ofrece algo nuevo»; en latín, *Semper aliquid novi Africam afferre* (PLINIO, *Hist. nat.* VIII 42).

²³¹ *Tyrannidi*: cf. nn. 19 y 216.

brían derivado irreparables daños para estos últimos. Pero lo cierto fue que el pacto previamente firmado, como ya dije, impidió la desgracia. Al cuarto día de la usurpación, unos 8 soldados se confabularon y, siguiendo el plan de Mamas, el sacerdote de la ciudad, y de Anastasio, uno de los ciudadanos más distinguidos, subieron al palacio a mediodía, cada uno con un puñal escondido bajo el manto. Primero, en la 9 puerta posterior del patio encontraron a unos pocos guardias, a quienes mataron en el acto. Luego, entraron en la sala y agarraron al usurpador. Hay quien asegura que no fueron los soldados los primeros en hacer esto, sino que, mientras estaban aún dudando en el patio por el miedo que tenían al peligro, un chacinero que iba con ellos saltó dentro con su cuchillo, dio con Juan y lo hirió de forma inesperada. Y 10 también cuentan que el golpe que recibió no fue mortal y que huyó en medio de un gran griterío, para caer de repente en manos de aquellos soldados. Dicen que fue así como 11 agarraron a este hombre y que, de inmediato, le prendieron fuego al palacio, para que por él no les quedara ninguna esperanza a quienes intentasen una revolución; y a Juan se lo llevaron a la cárcel y lo encadenaron. Y que uno de aquellos 12 hombres, temiendo que los soldados, al saber que el usurpador estaba todavía vivo, causaran de nuevo disturbios por la ciudad, mató a Juan y de ese modo puso fin a la agitación. Así se desarrollaron, pues, los acontecimientos relativos a este incidente.

LIBRO II
(GUERRA PERSA II)

SINOPSIS

1. Cosroes busca excusas para romper el tratado de paz. Acude para esto al sarraceno Alamundaro. Justiniano les confía a Estrategio y Sumo la resolución del conflicto. Las acusaciones de Cosroes.—2. El godo Vitigis pretende conseguir que los persas ataquen a los romanos. Su embajada. Cosroes se deja persuadir.—3. El suceso de Simeón en Armenia. La muerte de Amazaspes y Acacio. Justiniano envía a Sitas. El acuerdo con los armenios aspecianos. Por una desafortunada coincidencia empiezan a luchar Sitas y los aspecianos. Muere Sitas. Por orden del emperador marcha contra los armenios Buces, que intenta una reconciliación. Los armenios Juan y Basaces acuden a conversar con el general romano, pero Buces mata a Juan. Basaces escapa y, con otros caudillos armenios, se presenta ante Cosroes para pronunciar un grave y elocuente discurso contra el imperialismo de Justiniano y contra el armisticio que éste firmó con los persas. Éstos deciden romper el tratado de paz.—4. La aparición del cometa. Las invasiones de los hunos. Los persas declaran definitivamente la guerra e invaden el territorio romano. Justiniano intenta disuadir a Cosroes y envía a Anastasio con una carta para el rey persa.—5. Cosroes rompe abiertamente el tratado de «paz indefinida» y entra en territorio romano. Pasa por las plazas de Circesio y Zenobia sin asaltarlas, pero se detiene junto a la ciudad de Sura y, atendiendo a un augurio de los magos, la ataca y finalmente la conquista con una estratagema. Poco después le ofrece a Cándido, obispo de Sergiópolis,

la posibilidad de redimir por una cantidad de dinero a los cautivos de Sura.—6. El Imperio de Oriente se divide en dos partes, una bajo el mando de Belisario y la otra de Buces. Discurso de Buces a los ciudadanos de Hierápolis para aconsejarles con respecto al ataque persa. La defensa de Antioquía. El obispo Megas es enviado a conversar con Cosroes cerca de Hierápolis. El persa recibe dinero y se retira.—7. Cosroes llega a Berea y Megas a Antioquía. Los sucesos en ambos lugares. Después de lo ocurrido, Megas vuelve a Berea donde le reprocha a Cosroes sus actos de violencia. Los discursos del rey persa y del obispo. Megas consigue que los de Berea salgan indemnes. Cosroes se retira a su patria.—8. El rey persa avanza contra Antioquía. Los antioquenos rehúsan pagarle el dinero que pedía y se burlan de él. El asalto de la muralla. Los soldados que defienden la ciudad huyen. Otros sucesos. Zaberganes habla ante Cosroes. La toma de Antioquía.—9. Discurso de Cosroes. La doblez y el carácter del rey. Pequeña digresión sobre la fortuna. Saqueo e incendio de Antioquía.—10. Un milagro había revelado con anterioridad a este suceso el futuro de Antioquía. El pensamiento de Procopio respecto a la actuación divina. Nuevas conversaciones entre Cosroes y los embajadores antioquenos. Se llega a un acuerdo que incluye el pago a Cosroes de una suma en aquel momento, además de una cantidad anual.—11. Cosroes en Seleucia y Apamea. El templo del arcángel Miguel en Dafne, el suburbio de Antioquía. Un fragmento de la cruz de Cristo en Apamea y el milagro que se produjo. Cosroes entra en la ciudad y, sin respetar los pactos, se lleva todos sus tesoros a excepción del *Lignum Crucis*. Cosroes contempla las carreras del Circo y favorece a los verdes.—12. Cosroes en Calcis de Siria. Edesa y la tradición del rey Abgaro sobre su enfermedad y su correspondencia con Jesús. Según esa misma tradición Edesa nunca sería conquistada. Cosroes, después de ciertos problemas, renuncia a ello, aunque exige el pago de una suma de dinero.—13. Justiniano le escribe una carta a Cosroes. Carras y Constantina. Relato sobre lo que, en su tiempo, le ocurrió a Cabades en esta última ciudad. Cosroes asedia Daras, pero, tras varios sucesos, se retira sin conquistarla. Así termina la primera invasión persa.—14. Cosroes construye en

Asiria una ciudad a la que llama Antioquía de Cosroes. Los diversos desastres que sufrió Antioquía. Belisario vuelve de Italia a Bizancio y marcha contra Cosroes por orden de Justiniano.—15. Cosroes en la Cólquide. Lazos y romanos. Los lazos pretenden pasarse a los persas. Discurso de los embajadores de Lácica. Cosroes accede y los lazos se ofrecen a ayudarle en todo. Cosroes mantiene en secreto todos estos planes.—16. Belisario llega a Mesopotamia y se dispone a luchar contra los persas. Por propia iniciativa y por mandato de Justiniano se resuelve a invadir el territorio persa. Todos los oficiales lo siguen.—17. Cosroes entra en Lácica con su ejército. Asedia y conquista la ciudad de Petra.—18. Belisario marcha de Daras a Nísibis. Discurso ante los oficiales. Pedro y Juan no acampan en el lugar escogido por Belisario y sufren el ataque persa. Belisario acude en su defensa. Los persas arrebatan el estandarte de Pedro y se burlan de los romanos desde las murallas.—19. Belisario se aleja de Nísibis y llega a Sisauranón. Aretas y sus sarracenos son enviados a Armenia. Las tropas que defendían Sisauranón se quedan sin provisiones y capitulan. Aretas no regresa al campamento romano. La enfermedad diezma el ejército y los oficiales le piden a Belisario que los deje volver a su tierra. Belisario acepta y con esto acaba la invasión romana. Cosroes se entera de lo ocurrido y también pone fin a la segunda invasión persa.—20. Cosroes inicia una tercera invasión. No puede conquistar Sergiópolis. El rey pretende marchar hacia Palestina y saquear Jerusalén. Justiniano envía de nuevo a Belisario, que llega a Europa. Los oficiales de Hierápolis le piden que acuda a esta ciudad en su auxilio, pero él les aconseja que vayan con su ejército a Europa.—21. Cosroes envía un embajador a Belisario. El general se entera y traza un plan. El embajador persa vuelve a Cosroes y, asombrado de lo que ha visto, aconseja al rey que regrese a su tierra. Cosroes comienza la retirada y allí mismo negocia de nuevo la paz con los romanos. En su regreso y despreciando los acuerdos, toma la ciudad de Calinico. Basaces y los armenios vuelven con los romanos y marchan a Bizancio. Belisario es enviado a Italia.—22. La epidemia de peste. Las características de la enfermedad y su especial virulencia. Síntomas distintos. No pudo encontrarse ningún

remedio. El caso de las mujeres embarazadas. Otros detalles.—23. Lo que ocurrió en Bizancio a raíz de la enfermedad. Cómo se llegó a enterrar a los muertos. Cambios morales en los habitantes de Bizancio. El hambre y el abandono de las actividades. La peste pasa a tierra persa y a otros pueblos.—24. La peste ataca al ejército de Cosroes. Embajada a los romanos. Justiniano, tras varias informaciones, decide invadir el territorio persa. Se reúnen las fuerzas romanas y entran en tierra enemiga.—25. La comarca de Dubio. El plan de Nábedes. Los romanos atacan al ejército persa en un terreno desfavorable y son derrotados.—26. La cuarta invasión de los persas. Cosroes pretende conquistar Edesa pero, por miedo a fracasar, les dice a los habitantes que se retirará si le pagan una gran suma de dinero. Los persas comienzan a construir un terraplén. El médico Estéfano le suplica a Cosroes que, por los antiguos servicios prestados a su padre y a él, deje en paz a Edesa. Condiciones que dicta Cosroes. Nuevos intentos de los habitantes de Edesa para convencer al rey persa.—27. Los romanos hacen un túnel para destruir el terraplén. Le prenden fuego por debajo y recurren a otros ardides. Tras varios combates menores, Cosroes propone acordar la paz, pero los romanos retrasan el encuentro. Cosroes decide atacar con todo su ejército y es rechazado en diversas ocasiones. Finalmente conciertan un acuerdo de paz.—28. Nuevas circunstancias. Otra embajada romana llega ante Cosroes y se firma otro tratado de paz por cinco años. No hay buenas intenciones por parte de Cosroes al firmar el acuerdo. El rey persa decide conquistar Daras y Lácica. Acerca de Lácica. El plan para conquistar Daras fracasa. Isdigusnas llega a Bizancio. Justiniano lo trata muy afectuosamente.—29. Los planes de Cosroes para matar a Gubaces y apoderarse de Lácica. Gubaces recurre a Justiniano. El territorio de Lácica. El proceder de Gubaces y la ineptitud de Dagisteo. Sus intentos frustrados en la conquista de Petra.—30. Merméroes atraviesa la fronteras de Iberia para salvar Petra. Unos romanos guiados por Juan Guces penetran en la ciudad. Las tropas de Merméroes luchan contra la patrulla de romanos en un estrecho paso junto al río Fasis. Dagisteo acude en ayuda de los romanos. Llega Merméroes a Petra y encuentra la guarnición persa diezmada. Deja allí

a tres mil hombres y se marcha con el resto del ejército. El río Fasis. Justiniano envía otro ejército bajo el mando de Recitango. Cinco mil persas del ejército de Merméroes se quedan en la zona y acampan junto al Fasis. Las tropas de Dagisteo se unen a las de los lazos. Romanos y lazos destruyen la avanzadilla de los persas y atacan al resto de las fuerzas persas. Los persas se retiran y romanos y lazos regresan a sus territorios. Concluye el cuarto año de la tregua. Muere la emperatriz Teodora y Juan de Capadocia vuelve a Bizancio. Sus sueños de convertirse en emperador y cómo, en cierta forma, llegó a vestir el atuendo de «Augusto».

No mucho tiempo después, Cosroes, al enterarse de que 1
Belisario había empezado a ganar también Italia para el em-
perador Justiniano, ya no fue capaz de reprimir sus inten-
ciones, sino que se dispuso a idear pretextos para romper el
tratado con alguna razón aparente. Y en una conversación al 2
respecto con Alamundaro¹ le ordenó que buscara motivos
para la guerra. Él, entonces, acusó a Aretas de haber violado 3
las fronteras de su territorio, de manera que trabó combate
contra él durante el armisticio y, con aquel pretexto, comen-
zó a efectuar correrías en suelo romano. Afirmaba que él no 4
había roto el tratado de persas y romanos, porque ni éstos ni
aquéllos lo incluyeron como firmante. Y realmente así era, 5
pues nunca se había hecho mención de los sarracenos en los
tratados, por estar englobados bajo el nombre de persas y
romanos. Esa región, que en aquel tiempo se la disputaban 6
los dos grupos de sarracenos², se llama Estrata y se encuen-
tra en dirección sur desde la ciudad de Palmira³. Y en nin-
gún lugar produce ni árbol ni ninguno de los buenos frutos
de la cosecha, por estar increíblemente agostada por el sol,
si bien desde antiguo se viene destinando a pasto de ganado.
Lo cierto fue que Aretas sostenía que aquel territorio era de 7

¹ Era el rey de los sarracenos, leal a Cabades y a los persas en general.

² Unos eran súbditos de los romanos y los otros de los persas.

³ En hebreo Tadmor (cf. *II Crónicas* 8, 4), situada en el desierto si-
rioarábigo.

los romanos y como prueba alegaba el propio nombre que de todos había recibido desde muy atrás («Estrata»⁴, en efecto, es como se dice en latín camino pavimentado), sirviéndose del testimonio de unos hombres muy ancianos. Pero Alamundaro no pretendía de ningún modo porfiar por el nombre y lo que afirmaba era que, de antiguo, los dueños de los ganados le pagaban un precio por aquellos pastos. De ahí que el emperador Justiniano le confiara el arbitraje de los puntos que se discutían a Estrategio, un patricio, administrador de los tesoros imperiales, y por lo demás un hombre prudente y de noble linaje; y también a Sumo, que había estado al frente de las tropas de Palestina. El tal Sumo era hermano de Julián, el que poco antes había ido como embajador ante los etíopes y homeritas⁵. Y uno de estos dos, Sumo en concreto, estimaba que los romanos no debían entregar el territorio; Estrategio, por el contrario, le pedía al emperador que, por una región pequeña y carente de toda importancia, y que además era absolutamente infértil e improductiva, no le facilitara a los persas, deseosos como estaban de la guerra, pretextos para declararla. Pues bien, el emperador Justiniano estuvo recapacitando sobre este asunto y se empleó mucho tiempo en la resolución del conflicto.

Pero Cosroes, el rey persa, aseguraba que Justiniano había roto el acuerdo, porque últimamente había desplegado una gran intriga contra su casa, con el intento que hizo de ganarse a Alamundaro estando en vigor ese tratado de paz. Pues, según decía, Sumo había llegado ante él, a título de arbitraje como puede suponerse, y había tratado de sobornarlo con la promesa de grandes riquezas a condición de que se pasara a los romanos, presentándole también una carta que

⁴ Gr. *Strâta*, lat. *strata* («calzada»), del verbo *sterno*.

⁵ Cf. I 20, 9.

Justiniano le había escrito a Alamundaro sobre este asunto. Y sostenía que el emperador le había mandado una misiva a ciertos grupos de hunos en la que los animaba a lanzarse contra el territorio persa y causar los mayores daños en aquellas regiones. Acerca de esta carta aseguraba él que los propios hunos habían venido a su presencia para entregársela en mano. Éstas eran las acusaciones de Cosroes en su propósito de romper el tratado. Si realmente estaba o no diciendo la verdad, eso es algo a lo que no sé responder.

Entretanto, Vitigis, el jefe de los godos, tras haber salido malparado en la guerra⁶, envió a presencia de Cosroes, para persuadirlo de dirigir su ejército contra los romanos, a dos embajadores; pero no godos, para que por la propia evidencia de quiénes eran no fracasara aquella gestión, sino sacerdotes ligures, que por una gran cantidad de dinero fueron inducidos a llevarla a cabo. Uno de ellos, el que mostró un aspecto de mayor dignidad, había tomado la apariencia y el nombre de obispo, que no le correspondía en absoluto, y se puso al frente de la embajada; el otro, por su parte, le seguía como asistente. Y cuando iban de camino hacia las tierras de Tracia, se hicieron con la compañía de uno de por allí para que fuera su intérprete de siríaco y griego, y pasando inadvertidos entre todos los romanos alcanzaron los dominios persas. Y es que, como estaba en vigor el armisticio, la vigilancia allí no era rigurosa. Y cuando llegaron a presencia de Cosroes, le dijeron lo siguiente: «Resulta que todos los demás embajadores, majestad, desempeñan su legación, la inmensa mayoría de las veces, buscando su propio provecho; sin embargo, Vitigis, rey de los godos y de los

⁶ En el 540, tras la capitulación de Rávena en la primera campaña de Italia (535-540). Recuérdese que por godos debemos entender «ostrogodos».

italianos, nos ha enviado a nosotros para que hablemos en defensa del imperio que su majestad gobierna; y considere que es él en persona quien está ahora aquí presente pronunciando estas palabras. Si alguien, señor, afirmara en resumen que ha entregado su reino y todos sus hombres a Justiniano, estaría diciendo lo correcto. Y es que, por tratarse de alguien por naturaleza inclinado a los cambios⁷, amante de lo que de ningún modo le pertenece e incapaz de mantenerse en lo ya establecido, ha aspirado a conquistar la tierra entera y se ha empeñado en apoderarse de cada uno de los demás imperios. En consecuencia, como no podía atacar por sí solo a los persas, ni se hallaba en disposición de marchar contra otros mientras los persas estuvieran haciéndole frente, decidió, so pretexto de la paz, engañarle y, sometiendo al resto mediante la violencia, reunir grandes fuerzas contra el imperio que su majestad gobierna. Así pues, tras haber aniquilado ya el reino de los vándalos y haber subyugado a los moros, y mientras los godos en nombre de nuestra amistad con él le dejábamos el campo libre⁸, Justiniano se iba procurando grandes riquezas y muchos hombres, y ahora ha venido contra nosotros. Y está claro que, en caso de que también sea capaz de destruir totalmente a los godos, irá con nosotros y con todos los ya esclavizados a la guerra contra los persas, sin tomar en cuenta la palabra "amistad" ni ruborizarse ante nada de lo que tiene jurado. De modo que, mientras aún le quede a su majestad alguna esperanza de salva-

⁷ O «amigo de novedades», con un adjetivo (*neōteropoiós*) que se aplica a los atenienses en TUCIDIDES I 70, 2.

⁸ La mención de los moros alude a la campaña de África (533-534): cf. I 26, 1 ss. En cuanto a los godos, recordemos que Justiniano y Amalásunta, hija de Teodórico, eran amigos. Cuando Teodato la depuso, Justiniano, deseando apoderarse de Italia, le declaró la guerra al nuevo rey. A Teodato lo sucedería en el trono poco después Vitigis.

ción, no nos cause a nosotros ningún daño más, ni lo sufra; por el contrario, mire en nuestras desgracias cuántas son las que poco más tarde les van a suceder a los persas, y piense que los romanos nunca podrían albergar buenas intenciones hacia su trono y que, en cuanto se hagan más poderosos, no vacilarán en demostrar su odio a los persas. Aproveche, pues, la posibilidad, 11 ahora que es el momento, no sea que vaya a buscarla cuando ya se le haya ido. Que, cuando se pasa la ocasión oportuna⁹, lo natural en ella es no volver. Mejor es estar seguro por haberse uno anticipado que, por haber llegado más tarde de lo preciso, sufrir la mayor de las afrentas a manos de los enemigos.»

Cuando Cosroes escuchó todo esto, le pareció que Viti- 12 gis le estaba aconsejando bien y le entraban aún más ganas de romper el tratado. Y es que, dominado por su envidia al emperador Justiniano, decidió no tener en cuenta en absoluto el hecho de que estas palabras se las dirigieran unos hombres que eran enemigos a muerte de aquél. Pero, como 13 en realidad quería, vino voluntariamente a dejarse persuadir; efecto que también surtieron para él poco después los discursos de armenios y lazos, según voy a dejar dicho en seguida. Sin embargo, las acusaciones que éstos presentaban contra 14 Justiniano se podrían creíblemente considerar verdaderos elogios para cualquier emperador que se preciara de ello: que todo su afán era ensanchar su imperio y hacerlo mucho más célebre. Y es que lo mismo se le podría achacar a Ciro, 15 el rey de los persas, y a Alejandro de Macedonia. Pero lo cierto es que la justicia no está acostumbrada a convivir con la envidia. Por eso Cosroes intentaba romper el tratado.

Entretanto, ocurrió también este otro suceso. Aquel Si- 3 meón¹⁰, el que cedió Farangio a los romanos, convenció al

⁹ Cf. I 4, 5, y n. 31.

¹⁰ Cf. I 15, 28 s.

emperador Justiniano, mientras aún estaba la guerra en su
2 culmen, para que le regalara algunas aldeas de Armenia. Y,
tras convertirse en señor de aquellos lugares, murió víctima
3 de un complot a manos de sus antiguos poseedores. Una vez
consumada la fechoría, los autores del asesinato huyeron a
territorio persa: eran dos hermanos, hijos de Peroces. El rey,
después de enterarse de aquello, le entregó las aldeas a Ama-
zaspes, sobrino de Simeón, y lo nombró gobernador de Ar-
4 menia. Al tal Amazaspes, andando el tiempo, se puso a acu-
sarlo un amigo del emperador Justiniano, llamado Acacio,
de maltratar a los armenios y de querer entregarles a los per-
5 sas Teodosiópolis y algunas otras plazas. Esto fue lo que
dijo Acacio y, por voluntad del emperador, mató a Amaza-
spes con malas artes y obtuvo él entonces el gobierno de
6 Armenia por concesión de Justiniano. Y malvado como era
por naturaleza, obtuvo también con esto un medio a través
del cual demostrar sus instintos. Lo cierto fue que se con-
virtió en el más cruel de todos los hombres para con sus
7 súbditos. Pues los despojaba de sus pertenencias sin ningun-
a consideración y les impuso el pago de un tributo, nunca
visto, de cuatro centenarios¹¹. Pero los armenios, incapaces
de soportarlo más, se confabularon para matarlo y se refu-
giaron luego en Farangio.

8 Por este motivo, el emperador envió a Sitas desde Bi-
zancio contra ellos. Sitas, en efecto, permanecía allí desde
9 que los persas firmaron el tratado con los romanos. Llegó,
pues, a Armenia, pero, al principio, emprendió la guerra de
forma remisa y se apresuró, sin embargo, a tranquilizar a los
habitantes y hacerlos regresar a sus anteriores dominios, con
la promesa de que convencería al emperador para que les
10 perdonara el pago del nuevo tributo. Pero como el empera-

¹¹ Cf. I 22, 3 s.

dor, instigado por las calumnias de Adolio, el hijo de Acacio, le afeaba con continuos reproches aquella vacilación, Sitas entonces se fue preparando ya para el combate. Así, 11 primero intentó persuadir a algunos armenios con la promesa de muchos beneficios para que se unieran a él, con el fin de que le fuera más fácil y menos penoso someter al resto. Y fue la tribu de los llamados aspecianos, poderosa y rica en 12 hombres, la que quería pasarse a él. De modo que mandaron 13 emisarios a presencia de Sitas y le pidieron que les diera garantías por escrito de que, si en plena acción abandonaban a sus congéneres y venían a las filas romanas, permanecerían sin sufrir en absoluto ningún daño y conservarían sus posesiones. Sitas escribió gustosamente un documento dándoles 14 garantías, tal y como le solicitaban, y tras sellar aquel escrito se lo remitió. Confiado, pues, en que gracias a ellos 15 vencería en la guerra sin luchar, avanzó con todo su ejército hacia un lugar llamado Enocalacón, donde coincidía que estaban acampados los armenios. Pero, casualmente, los que 16 llevaban el documento tomaron por otro camino y no pudieron encontrar a los aspecianos. Sin embargo, una parte del 17 ejército romano sí encontró a unos pocos de esta tribu y, como los soldados no estaban al tanto del acuerdo, los trataron como a enemigos. Y el propio Sitas cogió en una cueva 18 a algunos de sus niños y mujeres y los mató, ya fuera por no entender lo que había ocurrido o por estar enojado contra los aspecianos porque no se pasaban a sus filas tal como estaba acordado.

Montaron aquéllos ya en cólera y con todos los demás 19 se aprestaron para la lucha. Pero, como unos y otros se hallaban en terreno ásperos y peñascosos, no se pusieron a combatir en un solo punto; sino que se dispersaron entre la falda de las montañas y los barrancos. Sucedió, pues, que unos pocos armenios y Sitas con algunos de su séquito lle-

garon a un lugar donde estaban muy cerca unos de otros,
20 con un barranco en medio. Ambas eran tropas de a caballo.
Sitas, entonces, acompañado de unos cuantos, iba a cruzar
aquel barranco para dirigirse contra los adversarios, pero los
armenios retrocedieron algo y se detuvieron; y Sitas no con-
21 tinuó persiguiéndolos sino que se quedó allí. De repente, un
soldado romano, de origen hérulo, que se había lanzado en
persecución de los enemigos, regresó impetuosamente y lle-
gó junto a la guardia de Sitas. Dio la coincidencia de que
éste había clavado su lanza en el suelo y el caballo del hé-
22 rulo, con el impulso que traía, se cayó encima y la partió. El
general se disgustó muchísimo y uno de los armenios, al
verlo, lo reconoció, pues resultaba que no tenía cascó en la
cabeza y les aseguró a todos los demás que aquél era Sitas.
Por este hecho, no se les pasó inadvertido a los enemigos
23 que él había llegado allí sólo con unos pocos. Sitas, enton-
ces, al escuchar al armenio decir eso, y como la lanza, según
se ha contado, estaba rota en el suelo, desenvainó la espa-
24 da y de inmediato empezó a cruzar el barranco. Pero los
enemigos avanzaron contra él con gran ardor y uno de ellos
lo sorprendió en el mismo barranco y le asestó en lo alto de
la cabeza un golpe sesgado, que le rebanó toda la carne de
25 esa zona, si bien el hierro no llegó a tocarle el hueso. Y Si-
tas siguió avanzando aún más que antes, pero Artabanes,
hijo arsácida¹² de Juan, cayó sobre él por detrás y lo mató
26 hiriéndolo con su lanza. Fue así como Sitas dejó este mun-
do, sin merecer ningún miramiento, de una forma indigna de
su valor y de las hazañas que siempre había realizado contra
los enemigos, un hombre que había sido bellísimo de cuer-

¹² Cf. n. 15.

po, buen guerrero¹³ y excelente general, no inferior a ninguno de los de su tiempo. Hay quien asegura que Sitas no murió a manos de Artabanes, sino que acabó con él Salomón, un armenio absolutamente desconocido.

Tras la muerte de Sitas, el emperador ordenó a Buces marchar contra los armenios. Éste, cuando ya estuvo muy cerca, les mandó emisarios con la promesa de una reconciliación del emperador con todos los armenios y con una petición: que para tratar estos asuntos vinieran a conversar con él algunas de las personas más reputadas de su nación. Lo cierto era que, en general, los armenios ni podían creer en Buces ni querían aceptar sus propuestas. Pero había un arsácida, de nombre Juan, gran amigo de Buces, que sí confiaba en él, como amigo suyo que era, y con Basaces, su pariente¹⁴, y otros pocos vino a su presencia. Mas, cuando llegaron y pusieron su campamento en aquel sitio donde al día siguiente iban a encontrarse con Buces, se dieron cuenta de que se hallaban rodeados por el ejército romano. Así pues, su yerno Basaces no paraba de repetirle a Juan que emprendiera la huida. Pero, como no podía persuadirlo, lo dejó allí solo, y con todos los demás, escapando a la vigilancia romana, cogió otra vez el mismo camino de vuelta. Y Buces encontró a Juan solo y lo mató. Desde ese momento, puesto que los armenios ya no tenían ninguna esperanza de alcanzar un futuro acuerdo con los romanos y eran además incapaces de superar al emperador en el campo de batalla, vinieron ante el rey persa guiados por Basaces, un hombre enérgico. Y los que entonces eran sus principales caudillos llegaron a presencia de Cosroes y le dijeron lo siguiente: «Muchos de

¹³ Procopio, en esta descripción de Sitas (*tó te sôma... kalòs... kai agathòs tà polémia*), ha recordado aquel antiguo ideal del hombre griego *kalòs kai agathòs*: cf., por ejemplo, HERÓDOTO, I 30, 4; TUCÍDIDES, IV 40, 2.

¹⁴ Su yerno, según se concreta poco más abajo.

nosotros, señor, somos arsácidas¹⁵, descendientes de aquel Arsaces, que coincidía que no era alguien ajeno a la realeza parta, cuando el estado persa estaba sometido a los partos, y que se convirtió en un rey más ilustre que cualquier otro de
33 su tiempo. Y ahora estamos todos aquí ante vos¹⁶ convertidos en esclavos y fugitivos, pero no por nuestra voluntad, sino más que nada forzados en apariencia por el poder romano,
34 aunque de hecho, majestad, por su propia decisión, si se admite que quien les da la fuerza a los que quieren cometer injusticias, ése debiera cargar también mercedamente con la culpa de sus fechorías. Os expondremos la cuestión desde poco más atrás para que podáis¹⁷ seguir todo lo ocurrido. Lo cierto es que Arsaces¹⁸, el último rey de nuestros
35 antepasados, abdicó de su trono voluntariamente en favor del emperador Teodosio, a condición de que todos los que a lo largo del tiempo pertenecieran a su familia vivieran por entero a sus anchas y no quedaran en ningún caso sujetos a
36 tributación. Y mantuvimos lo convenido hasta que vosotros firmasteis ese tan pregonado armisticio, que uno podría calificar, creemos, sin temor a equivocarse, de común perdición. Y es que, despreocupándose desde entonces de amigos
37 y de enemigos, éste que es su amigo de palabra, pero su adversario de hecho, majestad, ha confundido y revuelto todo
38 lo humano; y eso podrá su majestad comprobarlo en no mucho tiempo, tan pronto como sea él capaz de someter por

¹⁵ Cf. I 5, 10, y n. 47.

¹⁶ *Eis hymás*, mayestático, en el original, como también en alguna otra línea más abajo.

¹⁷ *Dynésethe*, de nuevo mayestático.

¹⁸ Como ya advertimos, todos los sucesores tomaron el nombre del fundador, Arsaces I. Recuérdese, asimismo, que sobre el 390, bajo el imperio de Teodosio el Grande, Armenia fue dividida en una parte bizantina y otra persa, o Persarmenia (cf. I 10, 1, y n. 75), gobernada por un arsácida.

completo las naciones de occidente. Pues, ¿cuál de las cosas antes prohibidas no ha hecho él?, ¿o cuál de las bien establecidas no ha trastornado? ¿Es que no nos ha ordenado el pago de un tributo, que antes no existía; o es que no tiene esclavizados a los tzanos, cuyos territorios lindan con los nuestros y que eran independientes; o acaso al rey de los pobres lazos no le ha impuesto un gobernador romano? Un acto, por cierto, que ni se ajusta al curso natural de los acontecimientos ni es fácil de explicar con palabras. ¿Es que a los bosforitas¹⁹, súbditos de los hunos, no les mandó generales y se hizo con la ciudad, que no le pertenecía; y no ha firmado una alianza militar con los reinos hunos, de los que se daba el caso de que los romanos nunca habían oído hablar? Pero es que hasta se ha adueñado de los homeritas y del mar Rojo, y está anexionando el palmeral²⁰ al imperio romano. Y omito mencionar lo que les ha pasado a libios e italianos. El mundo entero no es suficiente para este hombre; poca cosa es para él apoderarse a un tiempo de la humanidad toda. Incluso no para de mirar a un lado y a otro del cielo y está rastreando los rincones más escondidos de más allá del océano, con la pretensión de procurarse alguna otra tierra habitada. Así que, ¿por qué duda aún, majestad? ¿Por qué continúa respetando esa paz que va a ser la peor de las perdiciones? ¡Ah, sí!, ¿para que haga de su majestad el último bocado de todos? Y si quiere, señor, saber qué clase de hombre puede llegar a ser Justiniano con quienes ceden ante él, el ejemplo lo tiene cerca en nosotros mismos y en los desdichados de Lácica; y en cuanto a cómo acostumbra él a tratar a los desconocidos y a los que no le han hecho ningún daño, piense en los vándalos, godos y moros. Pero todavía

¹⁹ Los habitantes de la ciudad de Bósforo: cf. I 12, 6.

²⁰ Cf. I 19, 1 ss.

no hemos hablado de la cuestión capital. ¿Es que a su siervo Alamundaro no se ha tomado el trabajo, poderosísima majestad, de intentar captarlo con engaños durante el armisticio y apartarlo de su rey; y no se empeñó recientemente en aliarse con los hunos, un pueblo al que en absoluto conoce, para poner a su majestad en aprietos? Aun así, en ningún momento se ha realizado un acto más insólito que éste. Y es que, tras darse cuenta, creo yo, de que la conquista de occidente casi había llegado a consumarse, la ha emprendido ya, señor, en oriente, porque sólo le queda el imperio persa con el que entablar combate. Pues bien, por su parte, el tratado, señor, ya está roto y ha sido él quien ha puesto fin a la paz indefinida²¹. Y es que la paz la rompen no quienes sean los primeros en tomar las armas, sino aquéllos a quienes se les coge maquinando contra sus vecinos durante el tiempo del tratado. Pues la culpa recae sobre quien ha hecho el intento, aunque no haya tenido éxito. Y cuál va a ser la marcha de la guerra, eso le resulta evidente a cualquiera. Pues los que siempre suelen superar a los enemigos no son los que buscan causas de guerra, sino los que se defienden de quienes las buscan. Además, tampoco la lucha se librarán en igualdad de fuerzas. Pues da la coincidencia de que la mayor parte de los soldados romanos están en los confines del mundo y, en cuanto a los dos mejores generales que tienen, a uno, Sitas, venimos de matarlo y a Belisario ya no va a volver a verlo Justiniano, porque, desatendiendo sus órdenes, ha permanecido en occidente como dueño él en persona de Italia²². De manera que, si su majestad avanza contra los enemigos, no le saldrá nadie al paso y nos tendrá a su lado como guías de

²¹ El juego de palabras es evidente: *spondaís... péras taís aperántois*.

²² Esta acusación, fruto de la envidia en no pocos casos, rondó siempre a la figura de Belisario, por supuesto también entre sus propios compatriotas; cf. IV (*Guerra vándala* II) 8, 1 ss.

su ejército, y no ya con nuestra mejor disposición, lógicamente, sino con nuestro gran conocimiento de esos lugares.»

Cuando Cosroes escuchó estas palabras, quedó complacido y, tras convocar a todos los nobles de más puro linaje persa, les reveló lo que le había comunicado por escrito Vitigis y lo que le dijeron los armenios, y les propuso que deliberaran acerca de lo que se debía hacer. Se expresaron entonces muchas opiniones en uno y otro sentido, pero al final se decidió que debían declarar la guerra a los romanos al comienzo de la primavera; pues ya estaba avanzado el otoño de aquel año, que era el decimotercero desde que Justiniano ocupó el trono imperial²³. Sin embargo, los romanos no sospechaban nada, ni creían que los persas fueran a romper nunca aquel tratado de paz que se llamó «indefinido», aunque sí sabían de oídas que Cosroes le reprochaba a su emperador los éxitos que había logrado en occidente y que lanzaba contra él esas acusaciones que poco antes he mencionado.

En aquel entonces también apareció el cometa²⁴, primero comparable a la altura de un hombre, pero luego mucho mayor. Se perdió por occidente y salió por oriente, siguiendo al propio sol; pues el sol estaba en Capricornio y aquel astro en Sagitario. Algunos lo llamaban «el pez espada»²⁵, porque era muy largo y tenía bastante afilada la punta, y

²³ El 539.

²⁴ Pensamos que Evans acierta al opinar que Procopio cree en los *omina* (aunque, siguiendo una norma muy herodotea, no intenta convencer al lector), o que al menos eso es lo que puede deducirse de la presentación de estos hechos: cf. EVANS, *Greek and Byz. Stud.* 12 (1971), 86 s.

²⁵ El mismo nombre para un cometa en PLINIO, *Historia natural* II 89.

otros «el barbudo»²⁶, y se dejó ver durante más de cuarenta días. Pues bien, los entendidos en estas cuestiones no se ponían de acuerdo en absoluto, sino que unos predecían que era una cosa y otros otra la anunciada por aquel astro. Por mi parte, yo sólo escribo lo que ocurrió y le dejo a cada cual que de lo sucedido conjeture lo que quiera. Inmediatamente un ejército de hunos cruzó el río Istro²⁷ y cayó sobre Europa entera, cosa que ya había ocurrido antes muchas veces, pero que nunca había causado males tan numerosos ni tan graves a los hombres que habitaban esa zona. Y es que, desde el golfo Jónico²⁸ hasta los suburbios de Bizancio, estos bárbaros lo saquearon todo. Tomaron treinta y dos fortalezas de Iliria y conquistaron a viva fuerza Casandrea²⁹ (llamada por los antiguos Potidea, según sabemos), aunque nunca antes habían asaltado plazas amuralladas. Y tras apoderarse de las riquezas y llevarse ciento veinte mil cautivos, regresaron todos a su patria, sin encontrar a su paso ningún obstáculo. En épocas posteriores estos mismos se han presentado allí con frecuencia y les han ocasionado a los romanos daños irreparables. También asaltaron las murallas de Quersoneso³⁰ aplastando a quienes las defendían y, acercándose a través de los rompientes de la costa, escalaron el recinto fortificado que se halla junto al golfo que llaman Negro; y una vez que de esta manera se encontraron en el interior de los muros lar-

²⁶ También aplicado a un cometa, por ejemplo, en ARISTÓTELES, *Meteorológicos* 344a 23 (y cf. el término «barbato» en español).

²⁷ El Danubio.

²⁸ La entrada del mar Adriático: cf. HERÓDOTO, VI 127, 2; TUCÍDIDES, I 24, 1 (y también el mismo PROCOPIO, III 1, 9).

²⁹ En Macedonia.

³⁰ Aquí se trata de la península de la Argólide entre Epidaurio y Tre-cén: cf. TUCÍDIDES, IV 42, 2, y 43, 2.

gos³¹, cayeron de improviso sobre los romanos de Quersoneso: a muchos los mataron y a casi todos los demás los redujeron a la esclavitud. Unos pocos cruzaron incluso el estrecho entre Sesto y Abido y, después de saquear aquellos lugares de Asia, se retiraron de nuevo a Quersoneso y con el resto de su ejército y todo el botín volvieron a su patria. En otra invasión saquearon Iliria y Tesalia e intentaron asaltar las murallas de las Termópilas y, como la guarnición de los muros se defendía bravamente, explorando los contornos descubrieron de forma inesperada un sendero³² que conducía hasta la montaña que allí se levanta. De este modo acabaron con casi todos los griegos, excepto con los peloponesios, y luego se retiraron. No mucho después rompieron los persas el tratado y les causaron a los romanos de oriente los problemas que en seguida voy a exponer.

Belisario, tras someter a Vitigis, el rey de los godos y de los italianos, lo trajo vivo a Bizancio³³. Pero, cómo el ejército persa invadió el territorio romano, esto es lo que ahora voy a referir. Cuando Justiniano advirtió que Cosroes estaba deseando declarar la guerra, quiso darle algún consejo para disuadirlo de ese intento. Y coincidió que había llegado a Bizancio desde la ciudad de Daras uno que se llamaba Anastasio, con fama de inteligente, que también había puesto fin a la usurpación que poco antes había tenido lugar en Daras³⁴. Pues bien, Justiniano envió al tal Anastasio a presencia de Cosroes con una carta por él escrita, cuyo contenido era

³¹ La denominación es la misma que la de aquellos otros más célebres entre el casco de la ciudad de Atenas y el puerto del Pireo.

³² Parece que este camino pudo ser la senda Anopea (descrita por Heródoto, VII 216), que utilizó Jerjes para rodear a Leónidas y sus soldados.

³³ En el año 540.

³⁴ Cf. I 26, 8 ss.

éste: «Es de inteligentes y de personas muy respetuosas
 de lo divino³⁵, erradicar con todas sus fuerzas las causas de
 guerra que surjan, principalmente entre hombres que son
 extraordinarios amigos; y es de necios y de gente que muy
 fácilmente se atrae la enemistad de Dios, maquinando motivos
 18 de conflicto y agitación que son en realidad inexistentes. Y
 es que a quienes destruyen la paz no les es difícil entrar en
 guerra, porque la propia naturaleza de los hechos acostum-
 bra también a posibilitar que las acciones más perversas
 19 sean sencillas para los hombres más improbables. Sin embar-
 go, para quienes lo dispusieron todo, tal como pretendían,
 con vistas a la guerra, para esos hombres creo que no es fá-
 20 cil avanzar de nuevo hacia la paz. Lo cierto es que tú nos³⁶
 acusas de una carta escrita sin segunda intención y te has
 apresurado ahora a interpretarla caprichosamente, no de la
 manera que la concebimos al escribirtela, sino de la que a ti
 te parece que te va a convenir, ansioso como estás de llevar
 21 a cabo tus planes, pero no sin algún pretexto. Pero nosotros
 sí podemos demostrar que Alamundaro, siervo tuyo, en una
 reciente incursión contra tierra que es nuestra ha consumado
 durante el armisticio abusos irreparables: plazas tomadas,
 bienes saqueados, hombres asesinados y esclavizados en tan
 gran número, de todo lo cual no deberás acusarnos a nos-
 22 otros sino defenderte tú; porque la culpa de quienes han
 cometido injusticia les queda patente a los vecinos por sus
 acciones y no por sus pensamientos. No obstante, aunque
 éstos sean los hechos, nosotros hemos decidido mantener,
 así y todo, la paz; pero nos llega a los oídos que tú, como

³⁵ O «que practican la religión de forma adecuada». El original griego es difícil de trasladar literalmente (Dewing traduce: «... and those by whom divine things are treated with due respect»).

³⁶ Justiniano se refiere a sí mismo. En el original *hēmîn*, de nuevo mayestático.

estás deseando declarar la guerra a los romanos, te inventas acusaciones que no nos conciernen en absoluto. Y es natural; pues los que se afanan por conservar el actual estado de cosas rechazan hasta las más insistentes acusaciones contra los amigos, mientras que aquéllos a quienes no satisface la amistad establecida, se dedican incluso a buscar excusas irreales. Y si ya puede parecer que esto ni siquiera es procedente en el caso de hombres vulgares, mucho menos lo es tratándose de reyes. Pero, dejando aparte todo esto, considera tú la cantidad de vidas que se van a perder por ambos bandos y quién podrá ser en justicia acusado de lo que vaya a ocurrir, y piensa también que los juramentos que hiciste y el dinero que te llevaste, eso no podrías disfrazarlo, aunque luego los hayas menospreciado indebidamente valiéndote de artimañas y trucos. Y es que la divinidad tiene en sí demasiado poder como para ser engañada por cualquier hombre.» Cuando Cosroes leyó la carta que se le había entregado, ni respondió nada en aquel instante ni tampoco despidió a Anastasio, sino que lo obligó a quedarse allí.

Después de terminar ya aquel invierno y cumplirse el año decimotercero desde que el emperador Justiniano obtuvo el poder absoluto³⁷, Cosroes, el hijo de Cabades, invadió el territorio romano con un gran ejército al comienzo de la primavera y así acabó a las claras con la llamada «paz indefinida». Pero no marchó por la franja de tierra entre los ríos sino que dejó el Eufrates a su derecha. Al otro lado del río se halla la última plaza fuerte romana, que se llama Circesio, la más segura que hay, porque el Aborras, un río grande, es allí donde tiene su desembocadura y mezcla sus aguas con las del Eufrates, y esa plaza fuerte se encuentra poco más o menos en el mismo ángulo que forma la unión de

³⁷ El 540. Cf. I 16, 10, y n. 133.

3 ambos ríos. Y otra muralla larga fuera de la fortaleza corta
el espacio de tierra entre los dos ríos, completando allí la fi-
4 gura de un triángulo alrededor de Circesio. Por eso, Cos-
roes, como no quería hacer una tentativa contra una plaza
tan fortificada, ni pretendía cruzar el río Eufrates, sino avan-
zar contra sirios y cilicios, condujo sin demora su ejército
hacia delante y, tras recorrer una distancia como casi la de
tres días de camino para un buen andador³⁸, a lo largo de la
ribera del Eufrates, vino a dar con la ciudad de Zenobia,
fundada antaño por Zenobia³⁹, quien, como es lógico, le pu-
5 so su nombre. Era Zenobia la mujer de Odonato, el jefe de
los sarracenos de aquella región que de antiguo estaban
6 aliados con los romanos. El tal Odonato recuperó para los
romanos el Imperio de Oriente que había caído bajo el po-
7 der persa. Pero esto sucedió en tiempos pasados. Cosroes
llegó entonces muy cerca de la ciudad de Zenobia pero,
cuando se informó de que era un lugar poco importante y
que se trataba de una región deshabitada y falta de recursos,
temió que el tiempo que allí desperdiciara en vano le impe-
diría luego acometer grandes empresas, por lo cual probó a
tomar aquella plaza por capitulación de sus habitantes. Pero,
como no le salió bien, se apresuró a seguir avanzando con
su ejército.

8 Tras recorrer de nuevo una distancia semejante a la an-
terior, llegó a la ciudad de Sura, que está a orillas del Eufra-
9 tes, y se detuvo cuando ya estaba muy cerca de ella. Suce-
dió entonces que el caballo en el que iba montado Cosroes
se puso a relinchar y a golpear con sus cascos el suelo. Los
magos, después de interpretarlo, anunciaron que aquella pla-

³⁸ Para la expresión, cf. I 19, 27, y n. 168.

³⁹ La célebre reina de Palmira (tras la muerte de su esposo Odonato) en la segunda mitad del siglo III, vencida por el emperador Aureliano.

za sería tomada. Acampó, pues, el rey y se dispuso a lanzar 10
su ejército contra el recinto para asaltar sus murallas. Coin- 11
cidió que el comandante de la guarnición allí destinada era
uno llamado Arsaces, armenio de nacimiento. Éste hizo que
sus soldados subieran a las almenas y, luchando desde allí,
mató a muchos enemigos, pero le acertaron con una flecha y
murió. Y fue entonces cuando los persas se retiraron a su 12
campamento (pues ya había caído la tarde), para asaltar de
nuevo la muralla al día siguiente. Pero los romanos estaban
desesperados por la muerte de su comandante y tenían in-
tención de presentarse ante Cosroes implorando clemencia.
Así pues, por la mañana enviaron al obispo de la ciudad pa- 13
ra que suplicara por ellos y pidiera el perdón para aquella
plaza. Llevó él consigo a unos sirvientes que portaban galli-
nas, vino y pan blanco y, al llegar ante Cosroes, se arrojó al
suelo y llorando le suplicó que perdonara a unos hombres
que merecían su compasión y a una ciudad que para los ro-
manos era la más despreciable de todas y para los persas no
había tenido ninguna importancia en el pasado ni la tendría
en el futuro. Y le prometió que los de Sura le pagarían un 14
rescate digno de ellos mismos y de la ciudad que habitaban.
Pero Cosroes estaba enojado con los de Sura, porque, sien-
do los primeros de todos los romanos con los que se había
encontrado, no lo habían recibido voluntariamente en su
ciudad, sino que habían osado alzar las armas contra él y
habían matado a un gran número de los persas de más valía.
Sin embargo, no exteriorizó su cólera sino que supo ocul- 15
tarla a la perfección bajo su semblante, a fin de que, tras in-
fligirles el castigo a los de Sura, se convirtiera para los ro-
manos en alguien temible contra quien era inútil luchar. Y
es que, de este modo, sospechaba él que quienes fueran su-
cesivamente saliéndole al paso se le rendirían sin ningún es-
fuerzo por su parte. Por esta razón, con gran amabilidad le 16

dijo al obispo que se levantara y, tras aceptar sus dones, le hizo creer que iba inmediatamente a consultar a los nobles persas acerca de aquel rescate ofrecido por los habitantes de Sura y que atendería con buena disposición su ruego. Despidió así al obispo con su séquito, sin que éste advirtiera la trampa que le montaba, y mandó con él a algunos persas de mayor reputación que en apariencia le sirvieran, como cabía suponer, de escolta. Lo cierto fue que a éstos les ordenó en secreto que fueran con el obispo hasta la muralla animándolo y alentándolo con buenas esperanzas, de tal forma que los de dentro los vieran a él y a todos sus acompañantes alegres y sin ningún temor; y que, cuando los guardias abrieran el portillo de la ciudad y estuvieran ya a punto de recibirlos en el interior, arrojaran una piedra o un madero entre el umbral y la puerta para evitar que la cerraran, y que a los que quisieran hacerlo se lo impidieran también ellos durante un tiempo, porque en un instante los seguiría el ejército.

Después de darles estas órdenes a sus hombres, Cosroes dispuso sus tropas y les mandó avanzar a la carrera hacia la ciudad en cuanto él se lo indicara. Así, cuando ya estuvieron muy cerca del recinto amurallado, los persas despidieron muy afectuosos al obispo y permanecieron allí fuera; y los de Sura, al ver a aquel hombre tan contento y tan honrosamente escoltado por los enemigos, se despreocuparon por entero de sus inquietudes, abrieron del todo el portillo y recibieron entre aplausos y continuos vítores al sacerdote y su séquito. Y una vez que todos estuvieron dentro, los guardias se pusieron a empujar el portillo para cerrarlo, pero los persas arrojaron en medio una piedra que tenían preparada. Y los guardias, aunque empujaban todavía con más fuerza, no eran capaces de llegar con la puerta hasta el umbral. Y tampoco se atrevían a abrirla de nuevo, porque se daban cuenta de que el enemigo la había hecho suya. Hay quien asegura

que no fue una piedra sino un madero lo que los persas tiraron en el portillo. Y todavía los ciudadanos de Sura no se habían dado cuenta apenas de la trampa, cuando ya se presentó Cosroes con todo el ejército y los bárbaros a empellones abrieron la puerta, de la que en poco tiempo se apoderaron a viva fuerza. Y lo cierto fue que Cosroes, de inmediato, preso de la ira, saqueó las casas y, después de matar a muchos de los habitantes y reducir a todos los demás a la condición de esclavos, le prendió fuego a la ciudad entera y la demolió. De este modo despidió a Anastasio⁴⁰, ordenándole que le llevara al emperador Justiniano la noticia de dónde había dejado a Cosroes, el hijo de Cabades.

Luego, ya fuera por un impulso humanitario o por avaricia, o quizá por agradar a una mujer, llamada Eufemia, a la que había tomado como cautiva en la ciudad y a la que después había hecho su esposa, perdidamente enamorado de ella (y es que era de una belleza extraordinaria); por lo que fuese, decidió Cosroes dar muestras de cierta bondad hacia los de Sura. Así pues, envió mensajeros a Sergiópolis, que estaba sometida a los romanos y tomaba su nombre de Sergio⁴¹, un famoso santo, y que se hallaba a ciento veintiséis estadios de distancia al sur de la ciudad que había conquistado, en la llamada Llanura de los Bárbaros. Por medio de esa embajada le ofreció a Cándido, el obispo de aquel lugar, la posibilidad de redimir a los cautivos, que eran doce mil,

⁴⁰ Recuérdese que lo había obligado a quedarse con él: cf. II 4, 26.

⁴¹ Sergio y Baco eran cristianos y oficiales del ejército de Siria en época del emperador Maximiano. Por negarse a rendir culto a Júpiter fueron martirizados en el 303 en la localidad siria de Risafe, que se convirtió con el tiempo en diócesis y, más tarde, en archidiócesis y fue famosa como lugar de peregrinación. Justiniano cambió el nombre de la ciudad por el de Sergiópolis. Ambos santos fueron nombrados protectores del ejército bizantino y se les dedicaron numerosas iglesias (una de ellas en Constantinopla).

30 por dos centenarios⁴², pero él, asegurando que no tenía dinero, rehusó de plano aquella propuesta. Por ello, Cosroes le encargó que emitiera por escrito el acuerdo de que le entregaría el dinero más tarde y que, de ese modo, por una pequeña suma podría redimir entonces una cantidad tan grande
31 de prisioneros. Así lo hizo Cándido y convino en entregarle el oro en el plazo de un año, tras haber pronunciado los más tremendos juramentos, y precisó que, si no le entregaba el dinero dentro del período establecido, su castigo sería el siguiente: pagaría el doble y dejaría de ser sacerdote, por haber
32 despreciado sus juramentos. Después de poner esto por escrito, Cándido recibió a todos los ciudadanos de Sura.
33 Unos pocos siguieron con vida, pero los más de ellos, incapaces de afrontar la desgracia que les había caído encima, perecieron al poco tiempo. Concluido este asunto, Cosroes continuó avanzando al frente de su ejército.

6 Coincidió que, poco antes, el emperador había dividido en dos partes el gobierno militar de Oriente: una, que llegaba hasta el río Eufrates, la dejó bajo la autoridad de Belisario, que anteriormente tenía el poder sobre la totalidad del territorio; la otra, desde allí hasta la frontera con los persas, se la confió a Buces, a quien ordenó, asimismo, que se ocupara de todo el Imperio de Oriente hasta que Belisario regresara de Italia. Por ello Buces, con todo el ejército bajo su
2 mando, al principio se quedó en Hierápolis, pero, cuando se enteró de lo que les había ocurrido a los de Sura, convocó a los ciudadanos principales de Hierápolis y les dijo lo siguiente:
3 «Los que a la hora de luchar se encuentran en igualdad de fuerzas con sus atacantes, no es descabellado que vayan derechos a entablar batalla con los enemigos; pero a los que resulta que son, con diferencia, muy inferiores a

⁴² Doscientas libras de oro: cf. I 22, 3 s.

sus contrincantes, más les valdrá entrapar a los enemigos con algún tipo de estratagema antes que presentar batalla franca arrojando un peligro evidente⁴³. Pues bien, por supuesto ya sabéis de oídas qué poderoso es el ejército de Cosroes. Si él quiere conquistarnos mediante un asedio y nosotros desde la muralla resistimos y prolongamos la guerra, cabe esperar que a nosotros nos falten las provisiones y que los persas, por el contrario, lo obtengan todo de nuestra tierra sin que nadie les haga frente. Y si, de esta manera, el asedio se alarga, creo que el recinto amurallado no bastará para soportar el ataque de los enemigos, porque se da el caso de que es facilísimamente expugnable por muchos sitios, y que, por tanto, caerá sobre los romanos un daño irreparable. Pero, si con una parte del ejército custodiamos la muralla de la ciudad y con el resto ocupamos la falda de las montañas de los alrededores, desde allí, unas veces, nos arrojaremos sobre el campamento enemigo y, otras, sobre los que salgan a buscar provisiones, para obligar así a Cosroes a levantar el sitio y retirarse al poco tiempo, puesto que ni podrá de ningún modo estar libre de temor al lanzar sus ataques contra el recinto ni procurarle los bastimentos imprescindibles a un ejército tan grande.»

Tras pronunciar estas palabras, pareció que Buces estaba diciendo lo más conveniente, sin embargo no hizo nada de lo que debía. Pues escogió lo más granado del ejército romano y se marchó. Y ningún romano de Hierápolis ni tampoco el ejército enemigo pudo enterarse de dónde se encontraban. Y así fue como se desarrollaron los acontecimientos.

El emperador Justiniano, una vez al corriente de la invasión persa, envió de inmediato a su sobrino Germano con

⁴³ Para la expresión (*es kindynón tina prouípton*), cf. Tucídides, V 99 y 111, 3.

una comitiva de trescientos soldados, una tropa muy desordenada, y con la promesa de que no mucho tiempo después
10 les seguiría un gran ejército. Germano, al llegar a Antioquía, recorrió todo el contorno del recinto amurallado y lo encontró seguro en su mayor parte. Y es que por el lado del sector que está en terreno llano fluye el río Orontes y lo hace en su totalidad infranqueable para los atacantes, mientras que el que está cuesta arriba se levanta sobre un paraje escarpado, con lo que era absolutamente inaccesible para los enemigos. Pero cuando estuvo en la zona más alta, a la que los lugareños acostumbra a llamar Orocacias, observó que el muro
11 de aquel tramo era muy fácil de asaltar, pues coincide que hay allí una peña que alcanza una anchura grandísima y cuya
12 altura es un poco inferior a la de la fortificación. Por tanto, mandó que o bien cortaran aquella peña e hicieran una zanja profunda a lo largo de la muralla, para evitar que alguien desde allí fuera a subir a la fortificación, o bien edificaran en ese punto una gran torre y conectaran su estructura
13 con la muralla de la ciudad. Pero a los arquitectos no les parecía factible ninguna de las dos cosas, pues aseguraban que no iban a poder concluirse en poco tiempo, siendo como era tan inminente la irrupción enemiga, y si empezaban esa obra y no alcanzaban a terminarla totalmente no conseguirían otra cosa que mostrarle a los enemigos el lugar de la
14 muralla por donde debían dirigir su ataque. Germano, a pesar de que su plan había fracasado, al principio mantenía cierta esperanza porque estaba aguardando la llegada de un
15 ejército desde Bizancio. Pero, como pasó mucho tiempo y ni se presentó ningún ejército del emperador ni se esperaba ya que lo hiciera, le entró miedo de que Cosroes, al enterarse de que el sobrino del emperador estaba allí, se propusiera como objetivo prioritario, antes que ningún otro, capturar Antioquía y capturarlo a él y, por este motivo, dejara a un

lado todo lo demás para marchar contra la ciudad con su ejército al completo. Esto fue también lo que pensaron los antioquenos y, tras haber deliberado al respecto, decidieron que lo más conveniente era ofrecerle dinero a Cosroes y así evitar aquel inminente peligro.

Y, en efecto, mandaron a Megas, obispo de Berea, un hombre de gran discreción que coincidía que entonces se hallaba en la ciudad, para que suplicara ante Cosroes. Y tras partir de allí, encontró al ejército medo no muy lejos de Hierápolis. Cuando llegó a presencia de Cosroes, no paró de rogarle que tuviera compasión de unos hombres que ni le habían faltado en nada ni podían hacer frente al ejército persa, pues era impropio de un rey, más impropio que de ningún otro, pisotear y tratar violentamente a quienes retrocedían ante él y no pretendían en ningún caso desafiarlo. Y es que, añadió, no era ni de rey ni de persona noble ninguno de aquellos recientes actos que había cometido, porque, sin darle al emperador romano tiempo de decidirse o bien a asegurar la paz, del modo que a ambos les pareciera mejor, o bien a prepararse para la guerra tras mutuo acuerdo, como cabía esperar, había avanzado por el contrario en armas contra los romanos y de una forma tan inconsiderada, sin que su emperador conociera aún la situación en que se encontraban.

Cuando Cosroes escuchó estas palabras, no fue capaz en absoluto, por culpa de su torpeza, de poner en orden su mente con un razonamiento inteligente, sino que todavía más que antes se animó a llevar adelante su propósito. Así pues, amenazó con someter a todos los sirios y cilicios y, tras ordenar a Megas que le siguiera, condujo su ejército hacia Hierápolis. Una vez que llegó allí asentó el campo, porque vio que el recinto estaba bien fortificado y supo que la guarnición era bastante numerosa, y luego les pidió dinero a los habitantes de la ciudad enviándoles a Pablo como intérprete.

23 El tal Pablo había sido criado en tierra romana y había asis-
tido a una escuela primaria en Antioquía; y se decía también
24 que era, por su nacimiento, de familia romana. Los ciudada-
nos, con todo, estaban enormemente atemorizados por causa
de las murallas, que abarcaban una gran extensión hasta la
misma montaña que allí se levantaba, y como además que-
rían mantener su territorio libre de devastaciones, acordaron
25 entregarle dos mil libras de plata. Y fue entonces cuando
Megas se puso a suplicarle a Cosroes en favor de todos los
habitantes del este y no desistió hasta que Cosroes le pro-
metió que aceptaría diez centenarios⁴⁴ de oro y que luego
abandonaría los dominios del imperio romano.

7 De este modo, pues, aquel día partió Megas de allí diri-
giéndose a Antioquía, y Cosroes, después de recibir el res-
cate, marchó hacia Berea. Berea se halla entre Antioquía y
2 Hierápolis, a una distancia de ambas de dos días de camino
para un buen andador⁴⁵. Pues bien, Megas, como viajaba
3 con un pequeño séquito, iba avanzando con más rapidez,
mientras que el ejército persa sólo hacía cada jornada la
4 mitad del camino. Así, tres días después alcanzó él Antio-
quía, en tanto que los persas no llegaron más que a los su-
5 burbios de Berea. Y Cosroes mandó de inmediato a Pablo a
que les reclamara dinero a los habitantes, no ya lo que había
recibido de los de Hierápolis sino hasta el doble, porque sa-
bía que sus murallas eran por muchos puntos muy fáciles de
6 asaltar. Los de Berea, como no tenían ninguna confianza en
su recinto fortificado, accedieron con su mejor disposición a
dárselo todo, pero, después de entregarle dos mil libras de
7 plata, aseguraron que no podían darle el resto. Y como por
este motivo Cosroes los apremió a pagarle, aquella noche se

⁴⁴ Cf. I 22, 3 s.

⁴⁵ Para la expresión, cf. I 19, 27, y n. 168.

refugiaron todos en la fortaleza que había en la ciudadela, junto con las tropas que estaban allí destinadas para vigilar el puesto. Al día siguiente Cosroes envió a algunos emisarios a la ciudad con el encargo de recoger el dinero, pero, muy cerca ya de la fortificación, descubrieron que todas las puertas estaban cerradas y, como no pudieron encontrar a nadie, vinieron a informar al rey de lo sucedido. Y él ordenó que aplicaran escalas a las murallas y probaran a subir; y así lo hicieron. Nadie se les opuso y, cuando ya estuvieron en el interior del recinto, abrieron las puertas con total libertad y recibieron en la ciudad al ejército completo y al propio Cosroes. El rey, entonces, muy encolerizado, le prendió fuego casi a la ciudad entera. Luego, subió a la ciudadela y decidió lanzarse al asalto contra la fortaleza. Allí los soldados romanos, defendiéndose con valentía, mataron a muchos enemigos, pero sucedió que a Cosroes vino a sonreírle la fortuna por la misma imprudencia de los asediados. En efecto, en aquella fortaleza no se refugiaron ellos solos, sino que se metieron con los caballos y demás animales, y por esta cicatería quedaron a merced de la estrategia enemiga y se vieron en gran peligro. Y es que, como allí había una sola fuente y los caballos, mulos y otros animales habían estado bebiendo sin haber tenido que hacerlo, el agua acabó por agotarse. Tal era la situación en que estaban los de Berea.

Por su parte, Megas, después de llegar a Antioquía e informar de lo que había acordado con Cosroes, no pudo de ningún modo convencer a los antioquenos a cumplir de hecho lo convenido. Pues coincidió que el emperador Justiniano había enviado a Juan, hijo de Rufino, y a Juliano, su secretario⁴⁶, como embajadores ante Cosroes. *A secretis* lla-

⁴⁶ *Ho tón aporrētōn grammateús*, el *a secretis* (transcrito en gr. *asēkrētis*), como a continuación se especifica.

man los romanos al que ostenta este cargo, pues *secreta* es el nombre que suelen emplear para los asuntos reservados⁴⁷.

16 Estos hombres habían llegado a Antioquía y se encontraban aún allí. Juliano, uno de los dos embajadores, les prohibió a todos expresamente darles dinero a los enemigos o comprar las ciudades del emperador, e incluso estaba acusando ante Germano al sumo sacerdote⁴⁸ Efremio de pretender por cual-
17 quier medio entregarle la ciudad a Cosroes. Por esta razón Megas regresó sin haber conseguido nada. Pero Efremio, el obispo de Antioquía, temiendo el ataque de los persas, se
18 marchó a Cilicia, lugar donde también llegó no mucho después Germano, llevando con él a unos pocos hombres, tras haber dejado a la mayor parte de las tropas allí en Antioquía.

19 Megas alcanzó rápidamente Berea y, muy dolido por aquellos sucesos, acusó a Cosroes de haber obrado de forma despiadada con los habitantes de Berea, porque lo había enviado a él a Antioquía aparentemente para concertar el pacto, pero, mientras, sin que los ciudadanos le hubieran hecho ni el más mínimo daño, había saqueado sus posesiones y los había obligado a encerrarse en aquella fortaleza y, de este modo, después de prenderle fuego a la ciudad, la había de-
20 rruido hasta sus cimientos sin necesidad ninguna⁴⁹. A lo cual le respondió Cosroes de la siguiente manera: «De esto, amigo mío, eres tú el culpable por habernos obligado a de-
21 tenernos aquí, pues no llegaste en la fecha establecida, sino que lo has hecho ahora con un gran retraso. ¿Y para qué

⁴⁷ *Sēkrēta... tā apórrēta.*

⁴⁸ *Archiereús* como título de los obispos se usa también en la literatura patristica.

⁴⁹ O quizá mejor «contra toda ley», *ou déon*, expresión que también utilizará Procopio (nos parece que intencionadamente) al final del discurso de Cosroes que viene a continuación.

gastar palabras, excelencia, en la absurda conducta de tus conciudadanos? En efecto, tras haber acordado entregarnos una cantidad estipulada de plata en pago de su propia salvación, piensan que aún no deben, ni siquiera ahora, cumplir el pacto, sino que, con una confianza absoluta en la seguridad de esa plaza fuerte, miran con indiferencia el que nos hayamos visto totalmente obligados a poner cerco, como ya observas, a la fortaleza. Pero yo, al menos, tengo la esperanza de que con la ayuda de los dioses me vengaré de ellos dentro de poco y, por los persas que yo he perdido ante estas murallas sin necesidad alguna, les impondré un castigo a los culpables.» Así habló Cosroes, y Megas le replicó de este modo: «Si se atendiera al hecho de que como rey está, señor, acusando a unos hombres dignos de compasión y en la más deshonrosa de las situaciones, forzoso sería estar de acuerdo con lo que ha dicho sin objetar nada, pues el poder, entre otras cosas, también conlleva como consecuencia natural el que prevalezcan sus argumentos. Sin embargo, si se permitiera dejar a un lado lo demás y quedarse con la verdad, su majestad no tendría ninguna razón para acusarnos. Pero procure escuchar todo esto benignamente. En efecto, en lo que a mí respecta, desde que fui enviado a comunicarles a los antioquenos lo que su majestad ordenaba hasta que llegué de nuevo a su presencia, pasaron seis días (más rápido, imposible) y entonces descubrí lo que su majestad había hecho contra mi patria. Y a estos hombres, después de haber perdido todo lo más valioso, sólo les queda ya un combate por librar, el combate por su vida, y creo que se han vuelto demasiado fuertes como para resignarse en adelante a entregarle ningún dinero más. Y es que no se podría recurrir a ninguna traza para pagar lo que uno no tiene. De antiguo están para los seres humanos bien y claramente definidos los nombres de las cosas, entre los cuales también

figura la debilidad como algo distinto de la desconsideración. Ésta, cuando por la intemperancia del carácter llega hasta la oposición frontal, suele, como es lógico, ganarse el aborrecimiento; aquella otra, sin embargo, cuando por su propia imposibilidad de ayudar se ve arrastrada a ese mismo extremo, lo natural es que se haga acreedora de una gran compasión. Permítanos, pues, señor, que, como nos ha tocado el peor de los lotes, tengamos al menos este consuelo: que no parezca que somos nosotros mismos los culpables de lo que nos ha ocurrido. Y en cuanto al dinero, debe entender que le basta con lo que ha cogido y ya posee, sin contrapearlo con su dignidad sino valorándolo con respecto al poder de los ciudadanos de Berea. No nos fuerce más, no vaya a parecer que es incapaz de lograr lo que ha intentado. Que el exceso está siempre condenado por la falta de medios, y lo mejor es no intentar imposibles. He aquí, pues, lo que ahora mismo debo yo alegar en defensa de estos hombres. Y si pudiera al menos conversar con esos desdichados, tendría además algunas otras cosas que añadir, que ahora se me han pasado por alto.» Después de decir Megas estas palabras, Cosroes le dejó que fuera a la ciudadela. Una vez allí, y tras enterarse de todo lo ocurrido con la fuente, regresó llorando ante Cosroes y, cayendo de bruces, le confirmó que a los de Berea, de todo su dinero, ya no les quedaba nada y se puso a suplicarle que le concediera tan sólo la vida de aquellos hombres. Cosroes, conmovido por sus sollozos, atendió su ruego y, pronunciando un juramento, les dio garantías a todos los de la ciudadela. Así, los de Berea, tras haber corrido un peligro tan grande, abandonaron la ciudadela sin sufrir ningún daño y se marcharon de allí cogiendo cada cual por donde quiso. Los siguieron unos pocos soldados, pero la mayoría de éstos desertó voluntariamente y se pasó a las filas del rey, invocando como razón el que ya hacía mucho

tiempo que el estado les debía su salario. De este modo, junto con Cosroes, se retiraron más tarde a tierra persa.

Cosroes, entonces, como Megas le aseguró que no había podido convencer de ningún modo a los antioquenos a que le pagaran dinero, avanzó con todo su ejército contra ellos. Algunos antioquenos salieron de la ciudad llevándose su dinero y cada cual huyó como pudo. La misma intención tenían también todos los demás, y lo habrían hecho si no hubieran venido mientras tanto con seis mil hombres los comandantes de las tropas del Líbano, Teoctisto y Molatces, quienes fortalecieron sus ánimos dándoles esperanzas y les impidieron marcharse. Y fue no mucho después de esto cuando también llegó el ejército persa. Montaron allí sus tiendas y acamparon todos junto al Orontes y no muy lejos de su cauce. Cosroes envió a Pablo a las cercanías del recinto amurallado para exigirles dinero a los antioquenos: por diez centenarios⁵⁰ de oro se alejaría él de allí, aunque estaba claro que por su retirada aceptaría incluso una cantidad menor. Y llegaron entonces ante Cosroes los embajadores de la plaza y, después de un buen rato en que hablaron ellos y le escucharon luego a él sobre la ruptura del tratado de paz, se retiraron. Al día siguiente las gentes de Antioquía (que no se caracterizaban por su seriedad, sino que eran muy dadas a las bromas y a los excesos⁵¹) se pusieron a insultar a Cosroes desde las almenas y a burlarse de él entre carcajadas groseras⁵², y cuando Pablo llegó cerca del recinto amuralla-

⁵⁰ Cf. I 22, 3 s.

⁵¹ Hay en el paréntesis como un recuerdo de HERÓDOTO, II 173, 4 y 174, 1, aunque la idea es distinta.

⁵² Literalmente, «con risa desmesurada» (*x)n gélōti akósmōi*). Parece como si Procopio estuviera insistiendo en lo que llamaríamos «los males de la risa destemplada», de lo que tenemos los más variados testimonios: por ejemplo, ISÓCRATES, *A Demónico* 15; EPICETETO, *Enquiridión* XXXIII

do y les aconsejó que se rescataran a sí mismos y rescataran su ciudad por un poco de dinero, casi lo mataron a flechazos; lo que hubieran hecho de no haberse protegido. Hirviendo de cólera por este motivo, Cosroes decidió asaltar las murallas.

8 Así pues, al día siguiente condujo a todos los persas contra los muros: a una parte de las tropas le ordenó que atacara, cada sección por un lugar del río, mientras él en persona con el mayor número y los mejores hombres atacó la zona alta. Pues por ahí, como ya dije antes⁵³, el recinto amurallado era muy fácil de asaltar. Allí los romanos, como se daba
9 el caso de que era muy estrecha la estructura sobre la que estaban situados para luchar, idearon este plan. Ataron entre sí unas largas vigas y las colgaron entre los torreones, con lo que hicieron esos espacios mucho más anchos para que fueran todavía más los defensores y pudieran rechazar desde
10 allí a los asaltantes. Pues bien, los persas, atosigándolos de la manera más violenta, lanzaban por todos sitios una nube
11 de flechas, y en particular sobre la zona más alta. Los romanos, por su parte, los rechazaban con todas sus fuerzas, y no sólo los soldados sino incluso muchos de los jóvenes más
12 valientes de la población. Pero daba la impresión de que quienes estaban asaltando el muro por aquella zona luchaban en igualdad de condiciones con sus enemigos. Y es que la peña⁵⁴, que era ancha y eminente, como si hubiera sido

4; SINESIO DE CIRENE, *Relatos Egipcios* 90 d; CATULO, XXXIX; JERÓNIMO, *Cartas* XXXVIII 5; y hasta los documentos de Qumrán, *Regla de la Congregación* VII 14 s.; o CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *El Pedagogo* II 5; aparte de la frecuente censura de cualquier tipo de risa en otros autores de la patrística (Basilio, Gregorio de Nacianzo, etc.), con la utilización del argumento de que Jesús no se rió nunca.

⁵³ Cf. II 6, 10 s.

⁵⁴ Cf. II 6, 11 s.

colocada adrede contra la muralla, hacía que el combate fuera igual que si se estuviera librando en terreno llano. Y si alguien del ejército romano se hubiera atrevido a salir fuera del recinto con trescientos hombres y se hubiera adelantado a apoderarse de aquella peña y a rechazar desde allí a los atacantes, en ningún momento, creo yo, habría corrido peligro la ciudad por causa de los enemigos, pues los bárbaros no habrían tenido desde donde dirigir su asalto y les habrían disparado de arriba abajo, desde la peña y desde la muralla. Pero la realidad fue que nadie cayó en la cuenta; y es que estaba predestinado⁵⁵ que Antioquía fuera destruida por este ejército medo. Pues bien, mientras los persas peleaban con un ímpetu por encima de sus fuerzas (puesto que Cosroes estaba allí a su lado animándolos con grandes gritos) y sin concederles a sus enemigos ni un momento para mirar con atención y protegerse de las flechas que les disparaban, y mientras los romanos en masa y en medio de un clamor se defendían aún con mayor ahínco, los cables con los que tenían atadas las vigas no pudieron seguir soportando el peso y se rompieron de súbito y, junto con las vigas, todos los que estaban sobre ellas cayeron al suelo estruendosamente. Al oírlo los otros romanos que luchaban desde los torreones contiguos, como no llegaban a explicarse lo ocurrido, creyeron que el muro de aquel sector se había desplomado y se precipitaron a la huida. En efecto, muchos jóvenes de la población, que antes de todo aquello estaban acostumbrados a las peleas, entre sí al menos, en el circo⁵⁶, bajaron de las murallas pero no huyeron, sino que permanecieron allí; por el contrario, los soldados que iban con Teoctisto y Molatces

⁵⁵ Para el lenguaje «herodoteo» aquí (y cf. I 24, 31 y n. 212) de Procopio, cf. HERÓDOTO, II 161, 3; VIII 53, 1; y EVANS, *Greek and Byz. Stud.* 12 (1971), 85.

⁵⁶ Para la rivalidad de las facciones, cf. I 24, 2 ss.

saltaron de inmediato sobre sus caballos, que coincidía que estaban allí listos, y se dirigieron hacia las puertas gritando que Buces había llegado con un ejército y que querían recibirlo a toda prisa en la ciudad para con su ayuda rechazar a
18 los enemigos. En ese momento, muchos de los hombres de Antioquía y todas las mujeres junto con sus niños se lanzaron a la carrera hacia las puertas y, entonces, tropezando por culpa de los caballos, estando como estaban en un lugar tan
19 estrecho, empezaron a atropellarse. Los soldados, por su parte, sin tener ningún miramiento con los que encontraban a su paso, continuaban avanzando todos, con más empeño aún que antes, por encima de los que estaban en el suelo. Fueron muchos los que murieron allí, particularmente en la zona misma de las puertas.

20 Los persas, como nadie se les enfrentaba, aplicaron escalas al muro y subieron sin ninguna dificultad. Y después de alcanzar rápidamente las almenas, durante un buen rato no tuvieron ninguna intención de bajar, sino que se les veía mirando hacia todos lados e indecisos, porque sospechaban, creo yo, que aquellos vericuetos estaban sembrados de em-
21 boscadas de sus enemigos. Y es que el interior del recinto amurallado, nada más bajar de la parte alta, lo constituye un trecho deshabitado y muy extenso, donde se alzan una peñas
22 bastante elevadas y unos lugares muy escabrosos. Pero algunos aseguran que los persas se detuvieron por voluntad de
23 Cosroes. Pues, cuando examinó aquellos vericuetos y vio que los soldados estaban huyendo, tuvo miedo, no fuera que por alguna fatalidad⁵⁷ dieran la vuelta, renunciando a la retirada, y les causaran problemas, porque, de suceder así, resultarían un obstáculo para la conquista de una ciudad que era antigua e importante, la primera para los romanos de to-

⁵⁷ Cf. I 14, 53, y n. 123.

das las ciudades de oriente en riqueza, extensión, población, belleza y en todo tipo de prosperidad. Considerando, pues, 24 secundario todo lo demás, quiso concederles a los soldados romanos la oportunidad de entregarse libremente a la huida. Por eso, también los persas les hacían señales con las manos a los fugitivos, aconsejándoles que huyeran lo más rápido posible. Así, los soldados romanos, en compañía de sus je- 25 fes, salieron todos por la puerta que conduce a Dafne, el suburbio de Antioquía, pues era ésta la única que los persas 26 dejaron franca, tras haberse apoderado de las demás. Y también escaparon con los soldados unos pocos de la población. Cuando los persas vieron que todas las tropas romanas se 27 habían marchado de allí, bajaron de la parte alta y llegaron al centro de la ciudad. Allí trabó combate con ellos un gran 28 número de jóvenes antioquenos que, al principio, pareció que llevaban las de ganar en el choque. Algunos iban completamente armados, pero la mayoría a pecho descubierto y utilizando sólo piedras como proyectiles. Pero lograron re- 29 chazar a los enemigos y entre cánticos triunfales proclamaron a gritos vencedor glorioso⁵⁸ al emperador Justiniano, como si de hecho ya hubieran vencido.

Entretanto, Cosroes, sentado en el torreón de la zona 30 alta, mandó llamar a los embajadores con la intención de decirles algo. Y Zaberganes, uno de los jefes, creyendo que estaba dispuesto a entrar en conversaciones con los embajadores y proponerles un acuerdo, vino de inmediato a presencia del rey y le habló así: «Me parece, señor, que no opi- 31 na lo mismo que los romanos respecto a la salvación de estos hombres. Pues ellos, antes de verse en peligro, insultan a su majestad y, cuando ya están derrotados, se atreven a lo

⁵⁸ Con un vocabulario muy clásico: *epaiánizon... kallinikon*: cf. I 13, 38.

- imposible y les causan a los persas daños irreparables, como si tuvieran miedo de que le hubiera quedado alguna razón para mostrarse humanitario con ellos; su majestad, por el contrario, pretende compadecerse de quienes no sienten ningún aprecio por su propia salvación y pone su empeño en perdonar a quienes no quieren ningún tipo de clemencia.
- 32 Éstos, acechando en una ciudad que ya hemos conquistado, siembran la destrucción entre los vencedores merced a sus emboscadas, a pesar de que todas sus tropas hace tiempo
- 33 que han huido.» Tras escuchar estas palabras, Cosroes envió contra ellos a un buen número de sus mejores hombres, quienes, no mucho después, regresaron para comunicarle
- 34 que no habían sufrido ningún contratiempo. Y es que los soldados persas, en masa, ya habían arrollado a los antioquenos y los habían puesto en fuga, y se había producido allí una gran matanza. En efecto, los persas, sin respetar la edad, mataban a todos los que encontraban a su paso, desde
- 35 los más jóvenes a los más ancianos⁵⁹. Fue entonces, aseguran, cuando dos mujeres de las más ilustres de Antioquía, una vez en el exterior del recinto amurallado, comprendieron que iban a caer en manos de los enemigos (pues ya se las había visto por todas partes ir de un lado a otro) y emprendieron la carrera hacia el río Orontes. Allí, temiendo que los persas las violaran, se cubrieron el rostro con sus velos y se tiraron a la corriente del río donde desaparecieron. De este modo, cayeron sobre los antioquenos todos los géneros de desgracia posibles.
- 9 Entonces, Cosroes les dijo a los embajadores lo siguiente: «No está lejos de la verdad, creo yo, aquel antiguo dicho de que la divinidad no concede los bienes sin más⁶⁰, sino

⁵⁹ *Hápantas hēbēdōn...*: cf. HERÓDOTO, I 172, 2.

⁶⁰ Literalmente, «los bienes puros».

que los mezcla con males y luego se los da a los hombres⁶¹. Y ²
 por eso no tenemos risa sin llanto y siempre hay pegada a la
 felicidad alguna desgracia y al gozo alguna pena, sin permiti-
 rle a nadie que disfrute de una bonanza completa una vez
 que se le ha concedido. Y así, esta ciudad, que se dice y que ³
 de hecho es la más importante del territorio romano, he po-
 dido conquistarla con el mínimo esfuerzo, puesto que la divi-
 nidad nos ha procurado de improviso, como ya estáis vien-
 do, la victoria. Sin embargo, al ver una matanza de hombres ⁴
 tan numerosa y un triunfo bañado en tanta sangre, no ha na-
 cido en mí ninguna sensación de gozo a raíz de tal hazaña. De ⁵
 esto son los infelices antioquenos quienes tienen la culpa; sí,
 a los persas que estaban asaltando la muralla no fueron ca-
 paces de rechazarlos y, luego, cuando ya habían vencido y
 conquistado la ciudad al primer grito de guerra, decidieron
 luchar hombro con hombro contra ellos, buscando la muerte
 con insensata temeridad. Por eso, mientras todos los nobles ⁶
 persas no paraban de importunarme instándome a barrer la
 ciudad como con una red de arrastre⁶² y matar a todos los
 cautivos, yo animaba a los que huían a emprender más rápi-
 do aún la retirada, para que pudieran salvarse cuanto antes.
 Pues poner el pie sobre el cuello de los cautivos no es algo
 que permita la ley divina.» Con estos aires de grandeza les ⁷
 habló Cosroes a los embajadores, pero a ellos no se les pasó
 inadvertida la razón⁶³ de haberles dado a los romanos la
 oportunidad de huir.

Y es que, sin duda, no había nadie más hábil que él en ⁸
 decir justo lo que no era y en encubrir la verdad y en echar-

⁶¹ Es una visión «modernizada» de los dos toneles de Zeus, de II. XXIV 527 ss.; y cf. la variante de QUINTO DE ESMIRNA, VII 70 ss., dentro de las concepciones estoicas de este autor.

⁶² El verbo *sagēneióō* en sentido metafórico ya es herodoteo (VI 31, 1).

⁶³ Cf. II 8, 22 ss.

les la culpa de las faltas que él había cometido a aquéllos que habían sido las víctimas. Y, además, estaba dispuesto a pactarlo todo y a garantizar el pacto con un juramento; y todavía más dispuesto a olvidarse del convenio que acababa de firmar y de lo que había jurado; y, por dinero, a rebajar su alma sin ningún titubeo a cualquier clase de vileza. Y era sencillamente un experto en aparentar piedad y en decir cosas para exculpase de sus propias acciones. En efecto, después de haber engañado a los habitantes de Sura, sin que antes le hubieran hecho ningún daño, y haber acabado con ellos de la forma que arriba he expuesto⁶⁴, Cosroes vio, tras la toma de la ciudad, a una mujer galana y de ilustre condición arrastrada muy violentamente de la mano izquierda por un bárbaro: ella a su niño, al que acababa de quitarle el pecho, no quería dejarlo y por eso lo iba arrastrando a su vez con la otra mano, caído como estaba en el suelo, porque era incapaz de llevar su paso en aquella carrera tan violenta. Y fue entonces cuando puso de manifiesto el rey su peculiar carácter, pues aseguran que comenzó a lamentarse, por supuesto sólo de boquilla, aparentando como si tuviera los ojos bañados en lágrimas ante todos los que se encontraban allí en aquella ocasión, también ante el embajador Anastasio, y le rogaba a la divinidad que castigara al culpable de las desgracias que habían sucedido. Su intención era aludir así al emperador Justiniano, aunque sabía perfectamente que era él en persona el máximo responsable de todo aquello. Valiéndose de tan inusitada forma de ser, Cosroes se había convertido en rey de los persas (su mala suerte había dejado tuerto a Zames, que precisamente era quien, por su edad, tenía la precedencia en el trono, sea como fuere después de

⁶⁴ Cf. II 5, 8 ss.

Cáoses, pero a éste Cabades lo odiaba sin razón alguna⁶⁵), venciendo sin ningún esfuerzo a quienes se levantaron contra él, y con suma facilidad les causó a los romanos todo el daño que se propuso. Y es que, siempre que la fortuna⁶⁶ quiere engrandecer a alguien, ejecuta en el momento más conveniente lo que ya tenía decidido, sin que nadie se oponga al empuje de su voluntad, y ni toma en consideración la dignidad de ese hombre ni se preocupa de que no suceda algo indebido, sin importarle que muchos la maldigan por este motivo, escarneciéndola por lo que ha hecho en contra de los méritos verdaderos del agraciado⁶⁷ con su favor, y sin reparar en ninguna otra cosa en absoluto, con tal de poder llevar a término lo que ella había decidido. Pero, también en esta cuestión que sea lo que Dios quiera.

Cosroes ordenó, pues, al ejército apresarse a los supervivientes de Antioquía, reducirlos a la esclavitud y saquear todas sus posesiones. Él, entonces, descendió de la parte alta con los embajadores hasta el templo al que llaman «iglesia»⁶⁸. Allí encontró Cosroes reservas de oro y plata tan abundantes que, a pesar de no haber cogido más botín que esos tesoros, salió de aquel lugar cubierto de enormes riquezas. Asimismo se llevó de allí una gran cantidad de extraordinarios

⁶⁵ Cf. I 11, 3 s.; 23, 4.

⁶⁶ Este papel de la *týchē*, prácticamente personificada, le ha dado a Procopio, más que ninguna otra cosa, «the reputation of being a semi-pagan» (EVANS, *Greek and Byz. Stud.* 12 [1971], 93). En otros contextos (por ejemplo, III 21, 7; IV 6, 34; VIII 32, 30; etc.) a la fortuna se la considera una «fuerza caprichosa» o «más allá de la comprensión humana» (EVANS, *ibid.*, 94). En pasajes como el que nos ocupa, sin embargo, parece que *týchē* actúa secundando las decisiones divinas (cf. también III 2, 35).

⁶⁷ Hay un evidente juego de palabras en el original (*týchē... tou... te-tychēkotos*).

⁶⁸ Para esta expresión, cf. I 25, 31, y n. 226.

mármoles y ordenó que los depositaran en el exterior del recinto para transportarlos también a tierra persa. Una vez concluido todo esto, mandó a los persas incendiar la ciudad entera. Lo único que le pidieron los embajadores fue que se abstuviera de destruir la iglesia, por la que él había cobrado una recompensa bastante grande. Y después de haber consentido en este ruego de los embajadores, ordenó prenderle fuego a todo lo demás. Dejó, pues, allí a unos pocos que incendiaran la ciudad y él con el resto del ejército se retiró al campamento, donde previamente habían dado en montar sus tiendas.

Poco antes de este triste suceso, Dios, mediante la manifestación de un milagro⁶⁹, les indicó a los que en aquel lugar habitaban lo que iba a ocurrir. En efecto, los estandartes de las tropas destinadas allí desde hacía tiempo, que estaban enhiestos mirando hacia occidente, por sí mismos se volvieron hacia oriente para retornar luego otra vez, sin que nadie los tocara, a su anterior posición. Los soldados les mostraron aquello a los que se encontraban por allí muy cerca y, entre otros muchos, al intendente del campamento, mientras los estandartes estaban todavía agitándose. El tal intendente, que se llamaba Taciano y había llegado de Mopsuestia⁷⁰, era un hombre muy discreto. Pero ni siquiera los que contemplaron ese milagro vinieron a reconocer que el dominio sobre aquel lugar iba a pasar del emperador de occidente al rey de oriente; y así fue, sin duda, para que no tuvieran ningún medio de escapatoria aquéllos que debían necesariamente sufrir todo lo que después ocurrió.

Yo siento vértigo al escribir sobre un desastre tan grande y al transmitirlo a la memoria de épocas futuras, y no

⁶⁹ Cf. I 7, 8 s., y n. 58.

⁷⁰ En la antigua Cilicia.

puedo comprender por qué es voluntad de Dios enaltecer a un hombre o un lugar para luego abatirlo otra vez y eclipsarlo sin que para nosotros exista ningún motivo. Y es que en el caso de Dios no es permisible decir que no hay una razón conforme a la cual todo sucede siempre: una razón también por la que Él entonces consintió en ver Antioquía reducida a cenizas por obra del más impío de los hombres, un lugar cuya belleza y grandiosidad en todos los aspectos ni aun así pudieron quedar totalmente oscurecidas⁷¹.

Pues bien, tras la destrucción de la ciudad, la iglesia fue lo único que subsistió, merced al empeño y cuidado que pusieron unos persas a quienes se encargó aquella tarea. No obstante, también quedaron muchas casas en los alrededores del llamado Cerateo⁷², y no porque nadie tuviera cuidado de ello sino porque se encontraban en los arrabales de la población y no estaban unidas a ningún otro edificio, con lo que el fuego no pudo alcanzarlas. Incendiaron también los bárbaros la zona exterior del recinto, excepto el templo dedicado a San Julián⁷³ y las casas que coincidía que estaban en las cercanías de ese templo, pues el caso era que los embajadores se habían alojado allí. Sin embargo, los persas dejaron intacto el propio recinto amurallado.

Poco después llegaron de nuevo los embajadores ante Cosroes y le dijeron lo siguiente: «Si nuestras palabras, ma-

⁷¹ Frente a Rubin (que lo interpreta como resignación pesimista) y Cameron (que lo considera un signo de piedad), Evans piensa que aquí Procopio consigna en pocas palabras su *credo*: «There must be a *lógos* or divine reason attached to the actions of God» (*Greek and Byz. Stud.* 12 [1971], 89).

⁷² El barrio o distrito llamado «Algarrobal» (gr. *tà kerátia*; lat. *ceratium*).

⁷³ Julián (cf. TEODORETO, *Historia de la Iglesia* IV 27) y Babila (o Bábilas, obispo y mártir de Antioquía en el siglo III) eran los dos santos de mayor devoción en la ciudad.

jestad, no hubieran sido pronunciadas en su presencia, no podríamos creer que Cosroes, el hijo de Cabades, hubiera venido en armas contra el territorio romano, despreciando así los juramentos que hace poco prestó y que parece que constituyen la garantía última y más firme de todas las que entre hombres se dan para la confianza y sinceridad mutuas; y rompiendo los tratados, que son la única esperanza que les queda a quienes viven en medio de la inseguridad que acarrecan los desastres de la guerra. Y es que podría decirse que tal comportamiento no revela otra cosa sino que la conducta propia de los hombres se ha transformado en instinto de fieras. Pues mientras no exista ningún tipo de tratado, la guerra no terminará nunca, y una guerra que no tiene término está siempre de por sí llamada a desnaturalizar⁷⁴ a quienes están envueltos en ella. ¿Con qué intención le ha escrito su majestad poco antes a su hermano⁷⁵ acusándolo de que era él el culpable de haber roto los tratados⁷⁶? ¿No es evidente que con ello estaba reconociendo que la ruptura de los tratados es una grandísima maldad? En efecto, si él entonces no cometió ninguna falta, no es justo que su majestad ahora venga a atacarnos; pero si el caso es que su hermano ha obrado de esa manera, haga, señor, que nuestro reproche acabe aquí y no vaya a más, para que así sea su majestad el que ante todos demuestre su superioridad. Que quien se deja vencer en la maldad, ése resultaría justamente vencedor en las mejores acciones. Con todo, nosotros sabemos que el empera-

⁷⁴ *Exoikízein tês phýseōs*: el empleo metafórico de este verbo apenas es clásico y, sin embargo, no es extraño a la literatura patristica.

⁷⁵ De nuevo como tratamiento de cortesía (cf. I 16, 1). Recuérdese que de haber prosperado la adopción de Cosroes propuesta por Cabades al emperador Justino (cf. I 11, 6 ss.), Justiniano, su sobrino, y Cosroes habrían sido en cierta forma hermanos.

⁷⁶ Cf. II 1, 12 ss.

dor Justiniano nunca ha ido contra el tratado de paz y le rogamos, señor, que no les cause a los romanos ningún mal como éste, del que los persas no van a obtener ningún provecho y lo único que su majestad logrará será hacerles un daño irreparable, sin que debiera hacérselo, a quienes recientemente han firmado la paz con usted.» Esto fue lo que le dijeron los embajadores.

Después de escucharlo, Cosroes persistía en afirmar que los tratados los había roto el emperador Justiniano e iba detallando todas las causas de guerra que aquél había suscitado, algunas importantes, pero otras vanas y figuradas sin razón alguna. Y, más que nada, creyó conveniente mostrar que fueron las cartas que Justiniano había escrito a Alamundaro y los hunos las máximas causantes de la guerra, según he expuesto en anteriores capítulos⁷⁷. Sin embargo, que un romano hubiera invadido el territorio persa o hubiera desplegado cualquier tipo de acción bélica, eso ni podía decirlo ni demostrarlo. Además, los embajadores en parte le achacaban la culpa no a Justiniano sino a algunos de los que habían estado a su servicio y, en parte, también, objetaban que lo que él decía no había ocurrido así. Al final, Cosroes les reclamó a los romanos el pago de una gran suma de dinero, advirtiéndoles que no pretendieran asegurar la paz para siempre sólo con la entrega de una cantidad en aquel momento concreto, pues afirmaba él que la amistad que nace entre los hombres basada en el dinero lo más usual es que se consuma en cuanto ese dinero se gasta; y, en consecuencia, los romanos debían satisfacer a los persas un tributo anual previamente estipulado. «De este modo, pues», les dijo, «los persas mantendrán con ellos una paz estable, custodiando las Puertas Caspias y sin sentirse ya resentidos por lo de la ciu-

⁷⁷ Cf. II 1, 12 ss.; 3, 47 s.

dad de Daras⁷⁸, para compensar todo lo cual los persas tam-
 22 bién recibirán siempre una indemnización». «No hay duda»,
 respondieron los embajadores, «de que los persas quieren
 23 someter a los romanos al pago de un tributo». «No», replicó
 Cosroes, «al contrario, en adelante los romanos tendrán a
 los persas como soldados propios, abonándoles un salario
 convenido por sus servicios, porque también a ciertas tribus
 de hunos y a los sarracenos les abonáis una suma de oro
 anual sin que por esto seáis tributarios suyos, sino para que
 con su custodia vuestra tierra quede libre por siempre de to-
 24 da devastación». Después de intercambiar Cosroes y los em-
 bajadores estos y otros muchos razonamientos, llegaron por
 último a un acuerdo bajo las siguientes condiciones: Cos-
 roes recibiría de los romanos en aquel mismo momento cin-
 cuenta centenarios⁷⁹ y se le entregaría un tributo de otros cin-
 co todos los años de allí en adelante, comprometiéndose él a
 no causarles ningún daño más a los romanos y, tras tomar
 consigo a algunos embajadores como rehenes para garanti-
 zar el pacto, a marcharse con la totalidad de su ejército a su
 patria, donde unos embajadores enviados por el emperador
 Justiniano asentarían ya sobre sólidas bases para el futuro
 aquel tratado de paz.

11 Cosroes, entonces, partió a Seleucia, una ciudad costera
 que se halla a ciento treinta estadios de distancia de Antio-
 quía; allí, sin haber encontrado ni causado daño a ningún ro-
 mano, se bañó él solo en las aguas del mar y, después de
 hacer sacrificios en honor del sol⁸⁰ y de todas las divinida-
 des que quiso y tras muchas invocaciones a los dioses⁸¹, re-
 2 gresó por donde vino. Cuando llegó al campamento se puso

⁷⁸ Cf. I 10, 4 ss.; 10, 13 s.; 13, 12 ss.; 22, 5; etc.

⁷⁹ Cf. I 22, 3 s.

⁸⁰ Cf. I 3, 20, y n. 30.

⁸¹ Cf. la expresión en Tucídides, II 75, 1.

a decir que era su deseo ver la ciudad de Apamea, que estaba en las cercanías, por el mero hecho de tener información sobre ella. Consintieron en esto los embajadores, pero de mala gana y a condición de que, después de ver la ciudad y llevarse de allí mil libras de plata, se retirara sin causar ningún otro daño. Pero para los embajadores y para todos los demás estaba claro que Cosroes se disponía a ir a Apamea sólo con este fin, el de buscarse algún pretexto insignificante para poder saquear la ciudad y su territorio. Así pues, subió entonces hasta Dafne, el suburbio de Antioquía, donde se quedó muy asombrado del bosque y de los manantiales de agua, pues uno y otros son verdaderamente dignos de verse. Y, después de hacer sacrificios en honor de las ninfas⁸², se marchó sin causar ningún otro daño salvo el incendio del santuario del arcángel Miguel, junto con algunas otras edificaciones, por el siguiente motivo. Un persa, de gran reputación en el ejército y amigo de Cosroes, llegó montado a caballo en compañía de algunos otros a un lugar escabroso en los alrededores de un sitio llamado Treto, donde había un templo del arcángel Miguel, obra de Evaris. El tal persa, al ver a un joven antioqueno que iba a pie y solo escondiéndose por allí, se separó de los demás y se puso a perseguirlo. El joven era carnicero y su nombre Aímaco. Y cuando ya estaba a punto de ser alcanzado, se dio la vuelta de improviso y le lanzó a su perseguidor una piedra que le acertó en la frente y penetró hasta la meninge al lado de la oreja. El persa cayó al suelo al instante y él desenvainó su daga y lo remató. Lo despojó luego a placer de sus armas y de sus joyas de oro y de todo lo demás que llevaba encima, y luego saltó sobre su caballo y se alejó de allí. Y ya fuera por suerte o valiéndose de su conocimiento del terreno, pudo escapar fá-

⁸² Las lógicas divinidades paganas de bosques y fuentes.

12 cilmente de los enemigos sin que éstos se dieran cuenta. Se
enteró Cosroes y, muy dolido por el suceso, les mandó a
unos cuantos de su séquito que incendiaran el templo del ar-
13 cángel que antes mencioné. Ellos, creyendo que el santuario
incluía los edificios que estaban a su alrededor, le prendie-
ron fuego a todo, porque pensaban que así habían cumplido
perfectamente las órdenes de Cosroes. Y así fue como ocu-
rrió.

14 Marchó Cosroes con todo su ejército a Apamea. Hay allí
un fragmento de madera de un codo de longitud⁸³, una parte
de la cruz⁸⁴ en la que es opinión común que, en su momen-
to, Cristo padeció voluntariamente el suplicio y que en tiem-
15 pos pasados fue llevada allí a escondidas por un sirio. Y los
hombres de antaño, confiando en que constituiría un gran
talismán para ellos y para su ciudad, la depositaron en una
caja de madera construida al efecto y, después de adornarla
con oro y piedras preciosas en abundancia, se la entregaron
a tres sacerdotes para que la guardaran a buen recaudo y ca-
da año la sacaran un solo día a fin de que todo el mundo pu-
16 diera adorarla de rodillas. Pues bien, los habitantes de Apa-
mea, al enterarse entonces de que el ejército medo avanzaba
contra ellos, sintieron un gran temor y, cuando oyeron que
Cosroes no decía nunca la verdad ni por asomo, se presenta-
ron ante Tomás, el prelado de la ciudad, y le rogaron que les
mostrara el fragmento de la cruz para adorarlo por última

⁸³ Este *Lignum Crucis* tenía, por tanto, algo más de cuarenta centímetros.

⁸⁴ Recuérdese que, según el relato tradicional, fue Santa Elena, la madre del emperador Constantino, la que descubrió la *Vera Crux* en el Santo Sepulcro en el año 326. Sigue contando la tradición que la cruz se conservó en Jerusalén (aunque no íntegra, como se desprende de la noticia de Procopio) hasta que Cosroes II la robó en 614, para ser recuperada posteriormente por Heraclio en 627.

vez antes de morir. Así lo hizo él. Y el caso fue que lo que 17
entonces allí se vio superó todo lo que pudiera decirse y
creerse⁸⁵. Pues mientras el sacerdote llevaba aquel fragmen-
to y lo iba mostrando, se le puso encima una llama de fuego
y la parte del techo que estaba sobre él se iluminó con una
luz potente e inusual. A medida que el sacerdote caminaba 18
por todos lados del templo, la llama avanzaba a su vez, ocu-
pando constantemente el lugar del techo que estaba encima
de él. Lo cierto era que el pueblo de Apamea estaba entu- 19
siasmado de alegría ante aquel milagro; todos lloraban de
gozo y ya se sentían confiados en su salvación. Tomás, des- 20
pués de recorrer todo el templo, depositó el fragmento de la
cruz en su caja y, al tapparla, la luz se apagó de repente. Y
cuando le informaron de que el ejército enemigo había lle-
gado a las inmediaciones de la ciudad, se apresuró a acudir
ante Cosroes. Y al preguntarle éste al sacerdote si los de 21
Apamea querían hacerle frente al ejército medo desde sus
murallas, Tomás le respondió que esa idea ni se les había
pasado por la cabeza. «Entonces», le dijo Cosroes, «reci- 22
bidme en vuestra ciudad en compañía de unos pocos hom-
bres y con todas las puertas abiertas.» El sacerdote le con- 23
testó: «Pues para invitarte a esto precisamente he venido.»
Y así, todo el ejército montó las tiendas para acampar de-
lante del recinto amurallado.

Cosroes, luego, escogió a doscientos de los mejores solda- 24
dados persas y entró en la ciudad. Pero, cuando traspasó las
puertas, olvidó por propia voluntad lo que él había pactado
con los embajadores y le ordenó al obispo no sólo que le
diera mil libras de plata y hasta diez veces más de esta su-
ma, sino incluso todos los tesoros que allí había, de oro y
plata y extraordinariamente cuantiosos. Y creo que no ha- 25

⁸⁵ Cf. I 7, 8 s., y n. 58.

bría vacilado en esclavizar y saquear la ciudad entera si cla-
26 ramente una fuerza divina no se lo hubiera impedido. Hasta
tal punto lo perturbaba la avaricia y trastornaba su mente el
27 ansia de fama. Y es que consideraba una gran gloria para él
esclavizar todas las ciudades, sin que le importara lo más
mínimo el no haber respetado ni pactos ni acuerdos con tal
de que semejantes acciones fueran dirigidas contra los ro-
28 manos. Esta forma de ser de Cosroes quedará evidente con
lo que intentó en relación con la ciudad de Daras⁸⁶ al reti-
rarse en esta misma ocasión, en un absoluto desprecio a los
pactos, y con lo que poco después les hizo a los habitantes
de Calinico⁸⁷ en plena vigencia de los tratados, lo que con-
taré en posteriores capítulos. Pero, como ya he dicho, Dios
29 salvó Apamea. Cuando Cosroes cogió todos los tesoros y
vio Tomás que estaba ya borracho de aquella profusión de
riquezas, sacó la caja con el fragmento de la cruz y la abrió
y, mientras le mostraba el madero, le dijo: «Poderosísimo
30 rey, esto es lo único que me queda de todas las riquezas. La
caja, embellecida como está con oro y piedras preciosas, no
tomaremos a mal que te la lleves con todo los demás, pero
este madero de aquí, que es nuestra salvación y nuestra al-
haja, éste, te lo ruego, te lo suplico, dámelo.» Así habló el
sacerdote. Y Cosroes accedió a satisfacer lo que le pedía.

31 Después, entregado a su ambición de gloria, mandó que
el pueblo subiera al Circo y que los aurigas compitieran de
32 la forma acostumbrada. Allí también subió él, deseando con-
templar el espectáculo. Y, como mucho antes había oído que
el emperador Justiniano era hinchado a rabiar del color «vé-
neto», que es el azul⁸⁸, quería también en ese punto llevarle

⁸⁶ Cf. II 13, 16 ss.

⁸⁷ Cf. II 21, 30 ss.

⁸⁸ Cf. I 24, 2, y n. 190.

la contra y estaba resuelto a acomodarle la victoria al verde. Salieron, pues, los aurigas de los arrancaderos y se aplicaron 33 a la tarea, y el caso fue que el que vestía de azul se adelantó y marchaba en cabeza. Le seguía pegado a sus ruedas el que 34 llevaba el color verde. Cosroes pensó que éste lo había hecho adrede y, muy enfadado y con voz amenazante, gritó que el César⁸⁹ se había anticipado de forma no reglamentaria y mandó que los caballos que iban delante se detuvieran, para que en lo que quedaba de carrera compitieran pero yendo detrás. Una vez que se hizo tal como él mandó, a todos les pareció que de ese modo Cosroes y la facción verde eran los vencedores. En aquel momento, uno de Apamea que 36 llegó a presencia de Cosroes venía acusando a un persa de haber entrado en su casa y haber violado a su hija que era virgen. Al oírlo, ordenó, hirviendo de cólera, que le trajeran 37 a aquel soldado. Y cuando ya estuvo ante él, encargó que fuera empalado⁹⁰ en el campamento. Pero se enteró la gente, y comenzaron a gritar con todas sus fuerzas, desafortunadamente, pidiendo que librasen a aquel hombre de la cólera del rey. Cosroes les prometió que lo soltaría, pero no mucho después hizo que lo empalaran a escondidas. Pues bien, tras haber puesto así fin a todo aquello, se retiró con la totalidad de su ejército.

Cuando llegó a la ciudad de Calcis⁹¹, que se encuentra a 12 ochenta y cuatro estadios de distancia de la ciudad de Berea, Cosroes vino a olvidarse de nuevo de lo que había pactado

⁸⁹ Porque, como se ha dicho, Justiniano era partidario de los azules. «César» se utilizó ya desde el propio Augusto como título del emperador y, según el mismo Procopio (II 21, 9), así llamaban los persas al emperador romano. Para el título de «Augusto», cf. II 30, 52.

⁹⁰ Un suplicio muy empleado por los persas: cf., por ejemplo, HERÓDOTO, I 128, 2 ; III 159, 1.

⁹¹ Cf. I 18, 8.

y, tras acampar no muy lejos de sus murallas, envió a Pablo para que intimidara a sus habitantes con la amenaza de que iba a tomar la ciudad mediante un asedio, a no ser que compraran su salvación con el pago de un rescate y que les entregaran a todos los soldados que allí hubiese junto con su general. Los de Calcis tenían miedo de ambos soberanos y juraron que en la ciudad no residía ni un solo soldado, aunque habían escondido a Adónaco, el comandante de las tropas, y a otros más en unas casitas, para que los enemigos no los descubrieran. A duras penas consiguieron reunir dos centenarios de oro⁹², porque la ciudad que habitaban no era demasiado rica, y, entregándoselos a Cosroes como precio de su redención, salvaron su ciudad y se salvaron ellos.

Desde allí Cosroes ya no quiso seguir el camino por el que había venido, sino cruzar el río Eufrates y llevarse como botín la mayor cantidad de riquezas posible de Mesopotamia. Así pues, formó un puente cerca de un lugar llamado Obane, que se halla a cuarenta estadios de distancia de la fortaleza que existe en Barbaliso. Cruzó él y le ordenó a todo el ejército que cruzara cuanto antes; añadió que al tercer día destruiría el puente y fijó incluso el momento del día en que iba a hacerlo. Y cuando se cumplió el plazo, sucedió que algunas tropas se habían quedado aún sin cruzar, pero él, sin la más mínima consideración, envió a algunos soldados para que destruyeran el puente. Los que se quedaron allí regresaron luego a su patria, cada cual como pudo.

Entonces se apoderó de Cosroes como una ambición de conquistar Edesa⁹³. Y es que a ello lo indujo una tradición cristiana que lo hacía reconcomerse en su interior y que aseguraba que esta ciudad nunca sería tomada, por la siguiente

⁹² Cf. I 22, 3 s.

⁹³ En Siria, capital de la Osroena: cf. I 17, 24.

razón. Vivió en tiempos pasados un tal Abgaro⁹⁴, toparca de 8
Edesa (que así era como se llamaba en aquella época a los
reyes de esos pueblos). Era este Abgaro el más inteligente
de todos sus contemporáneos y por ello era muy amigo del
emperador Augusto. Y es que, como su intención era firmar 9
una alianza con los romanos, vino a Roma y se entrevistó
con Augusto, a quien impresionó de tal modo con su prodi-
giosa inteligencia que el emperador ya no quiso privarse nun-
ca de su compañía y se convirtió en ese mismo momento en
un ardiente devoto de su conversación y, como se topara con
él, su único deseo era no tener que despedirse. Así que en 10
ese viaje pasó mucho tiempo lejos de su casa. Y un día, co-
mo estaba ya deseando volver a su patria y era absoluta-
mente incapaz de convencer a Augusto para que lo dejara
marchar, se le ocurrió esta idea. Se fue a cazar a un lugar 11
cerca de Roma, pues el caso era que se había aficionado
mucho a este ejercicio. En su largo recorrido por aquellos
parajes, cazó vivos muchos animales del lugar y de cada si-
tio recogió un montón de tierra. Regresó de este modo a
Roma con la tierra y los animales. Pues bien, Augusto subió 12
al Circo y se sentó, como tenía por costumbre, y Abgaro vi-
no a su presencia y le mostró la tierra y los animales, expli-
cándole con detalle a qué lugar pertenecía cada tierra y qué
animales eran. Luego, mandó que pusieran cada tipo de tie- 13

⁹⁴ Abgaro V Ukkama, *topárchês* (gobernador o rey) de Edesa (cf. EUSEBIO, *Historia de la Iglesia* I 13 y cf. II 1; *Acbarus rex Arabum* en TÁCITO, *Anales* XII 12 y 14) entre los años 4 a. C. y 7 d. C., cuando fue destronado. Volvió a reinar, posteriormente, del año 13 al 50. Se sabe, no obstante, que el primer rey cristiano de Edesa fue Abgaro IX (179-216). Sobre toda esta leyenda (que se remonta a la mitad del siglo III) y sobre el texto de las cartas entre Jesús y Abgaro (transmitidas por Eusebio en su obra arriba citada y por la llamada *Doctrina de Addai [Tadeo]*, en su original siríaco), pueden leerse unas páginas muy documentadas en A. DE SANTOS OTERO, *Los Evangelios Apócrifos*, Madrid, 1985⁵, págs. 662-669.

rra en una parte del Circo y que reunieran a todos los animales en un sitio y que los soltaran allí. Así fue como lo hicieron los sirvientes. Y los animales se separaron unos de otros y se fue cada uno a aquella porción de tierra que coincidía que era del lugar donde había sido capturado. Augusto estuvo fijándose perfectamente durante un buen rato en lo que ocurría y se asombró de que la naturaleza, sin previo aprendizaje, hiciera a los animales añorar su tierra patria. Y Abgaro, súbitamente, se agarró a sus rodillas⁹⁵ y le dijo: «Y yo, señor, ¿qué deseo crees que tengo, con mujer, hijos y reino, aun pequeño como es, pero en la tierra de mis padres?» Y el emperador, rendido y forzado por la verdad de sus palabras, consintió aunque de mala gana, en que se marchara, y le instó a que le pidiese lo que quisiera. Cuando Abgaro consiguió su propósito, le pidió a Augusto que le construyera un circo en Edesa y él también accedió. De este modo Abgaro dejó Roma y se marchó a Edesa. Y sus conciudadanos le preguntaron si, con su venida, les traía algo bueno del emperador Augusto. Les respondió a los de Edesa que les traía penas sin ningún daño y alegrías sin ninguna ganancia, insinuándoles las vicisitudes del circo.

Algún tiempo después, cuando ya Abgaro tenía una edad avanzada, enfermó gravísimamente de gota⁹⁶. Mortificado por los dolores y por la consiguiente imposibilidad de moverse, consultó a los médicos y reunió a todos los especialistas en la materia del mundo entero. Más tarde (como no eran capaces de encontrar un remedio para su enfermedad) los despidió y, sin ningún recurso ya al que acudir, se puso a lamentar la mala suerte que lo rondaba. Pero por este tiempo, Jesús, el Hijo de Dios, en cuerpo humano, moraba entre los hom-

⁹⁵ Cf. I 23, 8.

⁹⁶ *Podágras chalepês*; pero, según otros testimonios, de lepra.

bres de Palestina, demostrando a las claras, por no haber cometido nunca ningún pecado y por obrar cosas inconcebibles, que Él era verdaderamente el Hijo de Dios. Pues, sólo con llamarlos, hacía que los muertos se levantaran⁹⁷ como de un sueño, les abría los ojos a los ciegos de nacimiento, limpiaba la lepra⁹⁸ de todo el cuerpo, libraba de la tullidez de los pies⁹⁹ y de todos los demás padecimientos que los médicos califican de incurables. Al escuchar Abgaro estas noticias traídas por viajeros que habían llegado desde Palestina a Edesa, cobró ánimos y le escribió a Jesús¹⁰⁰ pidiéndole que abandonara Judea y a aquellos hombres tan ingratos y que en adelante pasara la vida con él. Cuando Cristo leyó la carta que le habían entregado, le contestó a Abgaro mediante un escrito¹⁰¹ en el que con total franqueza renun-

⁹⁷ *Exanístē*: cf. SÓFOCLES, *Electra* 940 (*toùs thanóntas exanastēsō*). En los textos sagrados y patrísticos los verbos, por lo general, para aludir o designar la resurrección son *anístēmi* (pero cf. ya II. XV 287; XXI 56; HERÓDOTO, III 62, 4; etc.) y *egeirō*.

⁹⁸ El término utilizado por Procopio es *leúkē*, la lepra «blanca» o albarazo (o vitiligo: cf. HERÓDOTO, I 138, 1, donde ya se distingue de la *léprē*; ARISTÓTELES, *Hist. anim.* 518a 13; *Gener. anim.* 784a 26; etc.). En el Nuevo Testamento se usa *lépra*.

⁹⁹ La enumeración de milagros incluye en concreto aquí (y también en las cartas apócrifas mencionadas en n. 94), como se puede leer, la resurrección de los muertos y la curación de ciegos, leprosos y cojos: cf. MATEO, 11, 5; LUCAS, 7, 22.

¹⁰⁰ Según Eusebio, en el año 340 de la era de los Seléucidas, el 30 d. C.; según la *Doctrina de Addai*, el 32 d. C.

¹⁰¹ Eusebio, en unas líneas de su texto que faltan en algunos manuscritos, nos dice que Jesús en persona escribió la carta; «en cambio, la *Doctrina de Addai* deja entrever claramente que Jesús no escribió nada, sino que fue el correo Hannan (= Ananías) quien se encargó de transmitir (¿por escrito?) la contestación oral de Jesús» (cf. A. DE SANTOS OTERO, *Los Evangelios Apócrifos* [cit. arriba en n. 94], págs. 663 y 666 y n. 16).

26 ciaba a ir allí, pero le prometía la salud¹⁰². Aseguran que también añadía algo más: que la ciudad nunca sería conquistada por los bárbaros. Esta posdata¹⁰³ de la carta fue absolutamente desconocida para los que escribieron la historia de aquella época, pues lo cierto es que no la mencionaron en ninguna parte. Pero los de Edesa aseguran que la encontraron incluida en la carta, de modo que, naturalmente, han hecho que la carta sea inscrita de esta forma, en vez de cualquier otro talismán, en las puertas de la ciudad. Pero cayó, en efecto, bajo el poder de los medos algún tiempo después, aunque no conquistada, sino de la siguiente manera. Poco después de haber recibido Abgaro la carta de Cristo, quedó curado de su enfermedad y, tras una larga vida llena de salud, murió. Pero el que le sucedió en el trono fue uno de sus hijos¹⁰⁴, que se convirtió en el más impío de todos los hombres y, aparte de haber cometido muchos abusos contra sus súbditos, se inclinó además por propia voluntad a aliarse con los persas, por temor al castigo de los romanos. Pero mucho tiempo después, los habitantes de Edesa aniquilaron a la guarnición bárbara allí asentada y entregaron la ciudad a los romanos. ***¹⁰⁵ que toda su preocupación era ganárselo, según deduzco de lo que ha sucedido en mis tiempos, como explicaré en los capítulos correspondientes. Y en alguna ocasión se me ha ocurrido que, aunque Cristo no hubiera escrito lo que antes se ha dicho, sino que simplemente los hom-

¹⁰² En concreto, y de acuerdo con el contenido de la correspondencia apócrifa que conservamos (cf., de nuevo, n. 94), Jesús, después de su Ascensión, enviaría para ello a uno de sus discípulos (Tadeo, según Eusebio), sin constar en absoluto, como añade Procopio en las líneas siguientes, esa bendición por la cual Edesa nunca sería tomada por ningún enemigo.

¹⁰³ *Tò akroteleútion*, «la parte final»: cf. TUCÍDIDES, II 17, 1.

¹⁰⁴ Sanadroug, hijo de su hermana: cf. ed. HAURY-WIRTH, vol. I, pág. 208, n. *ad loc.*

¹⁰⁵ Faltan nueve líneas en el ms. P: cf. *ibid.*

bres vinieron a creerlo así, Él, no obstante, tiene la intención de mantener la ciudad inexpugnable por este solo motivo, por no darles nunca una excusa para que puedan decir que los ha engañado. Todo esto, por tanto, que sea y que se cuente como Dios quiera.

Por esta razón precisamente Cosroes consideró que era oportuno conquistar Edesa¹⁰⁶. Cuando llegó a Batne, una plaza pequeña y sin ninguna importancia, a un día de camino de Edesa, acampó allí aquella noche y, al rayar el alba, partió con todo su ejército hacia Edesa. Pero sucedió que se equivocaron de camino y al anochecer acamparon en el mismo lugar, cosa que, según dicen, les volvió a ocurrir una segunda vez. Y cuando tras muchas dificultades se encontró ya Cosroes en las cercanías de Edesa, cuentan que le entró una infección con pus en la cara y se le inflamó la mandíbula. Y por ello no quiso de ningún modo intentar un ataque contra la ciudad, aunque sí envió a Pablo para pedirles dinero a los habitantes de Edesa. Ellos le aseguraron que no tenían el más mínimo temor por su ciudad, pero que, para que no devastara el territorio, le darían dos centenarios de oro¹⁰⁷. Y él cogió el dinero y respetó los acuerdos.

En aquel entonces le escribió también una carta a Cosroes el emperador Justiniano, en la que se comprometía a cumplir los acuerdos de paz firmados por él y por los embajadores¹⁰⁸. Cuando Cosroes leyó aquel mensaje, soltó a los rehenes y se preparó para la partida, con la intención, además, de entregar a todos los cautivos antioquenos por un precio. Cuando se enteraron los de Edesa, demostraron mayor disposición de la que nunca se había oído, pues no hubo

¹⁰⁶ Procopio vuelve a su relato: cf. II 12, 6 s.

¹⁰⁷ Doscientas libras de oro: cf. I 22, 3 s.

¹⁰⁸ Cf. II 10, 24.

nadie que no trajera y depositara en el templo una cantidad proporcionada a la fortuna de cada cual para rescatar a estos
4 cautivos. Y hasta hubo quienes contribuyeron con más de lo que les correspondía. Las prostitutas, incluso, se quitaron todas las galas que llevaban sobre su cuerpo, y las depositaron allí; y los campesinos que carecían de bienes y de dinero pero tenían un asno o una ovejita, la traían al templo con suma
5 diligencia. Se recogió así una enorme cantidad de oro, plata y otras riquezas. Pero nada de todo eso se llegó a entregar
6 como rescate, porque coincidió que Buces se presentó allí y se encargó de impedirles la operación, esperando que ello le reportaría un gran beneficio. Y por este motivo Cosroes, en
7 su marcha, se llevó consigo a todos los cautivos. Los carros¹⁰⁹, entonces, salieron a su encuentro y le ofrecieron mucho dinero, pero él les aseguró que no le pertenecía, porque en su mayoría no eran cristianos sino que concidía que eran adeptos de las antiguas creencias¹¹⁰.

8 Por el contrario, cuando los de Constantina le ofrecieron dinero, lo aceptó, aunque asegurando que la ciudad le pertenecía por su padre. Y es que Cabades, después de tomar Amida¹¹¹, tuvo también la intención de tomar Edesa y Constantina. Pero, estando ya cerca de Edesa, les consultó a los
9 magos si iba a conquistar la ciudad, al tiempo que les señalaba el lugar con su mano derecha. Y ellos le dijeron que la
10 ciudad no la conquistaría por ningún medio a su alcance, conjeturándolo de que, al haber tendido hacia ella la mano derecha, el signo que hacía no era de conquista ni de nada

¹⁰⁹ Los habitantes de la ciudad de Carras, en aquella zona de Mesopotamia.

¹¹⁰ Cf. I 20, I, y n. 172.

¹¹¹ Cf. I 7, 29.

adverso, sino de salvación¹¹². Y él, al oír estas palabras, se 11
 convenció y guió su ejército hacia Constantina. Al llegar allí 12
 mandó a todas sus tropas que acamparan con el fin de ase-
 diarla. En aquel entonces el sacerdote de Constantina era 13
 Barádoto, un hombre recto¹¹³ y especialmente amado por
 Dios, razón por la que sus ruegos eran siempre efectivos pa-
 ra lograr lo que quería. Con sólo mirarle la cara, ya se ha-
 bría uno imaginado que era un hombre perennemente grato
 a Dios. El tal Barádoto llegó entonces a presencia de Caba- 14
 des a traerle vino, higos secos, miel y pan blanco, y le pidió
 que no intentara nada contra una ciudad que carecía de im-
 portancia y de la que los romanos se despreocupaban bas-
 tante, y que ni tenía guarnición ni nada que la protegiera, si-
 no tan sólo a sus habitantes, unas pobres gentes. Esto fue lo 15
 que le dijo. Y Cabades prometió que le entregaría la ciudad
 como un regalo suyo y le obsequió además con todas las
 provisiones que había preparado para el ejército con vistas
 al asedio y que eran extraordinariamente abundantes. Y, de
 este modo, abandonó el territorio romano. Por esta razón,
 Cosroes estimaba que la ciudad le pertenecía por su padre.

Al llegar a Daras¹¹⁴ se puso a asediarla. En el interior, 16
 los romanos y Martino, su general (que coincidía que se en-
 contraba allí), se dispusieron a montar la resistencia. Por dos 17
 murallas está rodeada la ciudad: la de dentro es de grandes
 dimensiones y sencillamente digna de admiración (pues ca-

¹¹² El derecho como lado del buen augurio está ampliamente docu-
 mentado. Para Grecia puede consultarse J. C. LAWSON, *Modern Greek fol-
 klore and ancient Greek religion. A study in survivals*, Nueva York,
 1964, pág. 312, cit. en el interesante artículo (relacionado con este tema)
 de M. S. RUIPÉREZ, «El nombre de Layo, padre de Edipo», *Apophoreta
 Philologica Emmanuelli Fernández-Galiano a sodalibus oblata. Pars
 prior. Estudios Clásicos* 87 (1984), 172, n. 22.

¹¹³ Cf. I 7, 5, y n. 57.

¹¹⁴ Cf. I 10, 13 s., y n. 80.

da uno de sus torreones alcanza una altura de cien pies¹¹⁵ y de sesenta el resto de la muralla); la de fuera sucede que es mucho menor, pero, eso sí, sólida y como para tomársela
18 muy en serio. El espacio que hay en medio no tiene menos de cincuenta pies de anchura. Allí acostumbran los de Daras a llevar su ganado y otros animales cuando hay amenaza de
19 enemigos. Pues bien, lo primero que hizo Cosroes fue asaltar la parte occidental del recinto y, después de rechazar a los defensores con una lluvia de proyectiles, les prendió
20 fuego a los portones de la muralla pequeña. Sin embargo, ninguno de los bárbaros se atrevió a penetrar en el interior. Luego, decidió cavar un túnel a escondidas hacia la parte oriental de la ciudad, pues sólo por ahí se puede excavar la tierra, porque el resto del recinto lo han levantado sus constructores sobre roca. En efecto, los persas comenzaron a cavar desde su trinchera y, como era muy profunda, ni podían ser vistos por los enemigos ni les daban la oportunidad de
22 advertir lo que estaba pasando. Así pues, se introdujeron ya hasta debajo mismo de los cimientos del muro exterior y les faltaba muy poco para llegar al espacio entre ambas murallas, atravesar el muro grande y tomar la ciudad a viva fuerza, pero, como estaba predestinado¹¹⁶ que los persas no la conquistaran, uno del ejército de Cosroes, ya fuera un hombre normal o más que un hombre, a eso del mediodía se acercó solo al recinto y les hizo creer a quienes le miraban que estaba recogiendo las flechas que, poco antes, desde la muralla los romanos habían lanzado contra los bárbaros en
23 su arremetida. Mientras hacía esto y protegido como iba detrás de su escudo, parecía que se estaba riendo de los de

¹¹⁵ Algo más de 30 m.

¹¹⁶ Cf. II 8, 14, y n. 55.

las almenas, burlándose de ellos entre carcajadas¹¹⁷. Luego, tras explicarles todo el plan, les aconsejó que estuvieran todos bien despiertos y que pusieran el mayor cuidado posible en salvarse. Después de darle esa información, se alejó de allí y los romanos, en medio de un gran alboroto y una enorme confusión, mandaron cavar en el espacio entre ambas murallas. Los persas, por su parte, como no sabían lo que estaba ocurriendo, seguían aplicándose a su tarea. Así pues, los bárbaros iban abriendo bajo el suelo un camino recto hacia la muralla de la ciudad, mientras los romanos, por consejo de Teodoro, un hombre muy entendido en esa ciencia que llaman ingeniería¹¹⁸, hacían un túnel en dirección transversal y de suficiente profundidad. Y sucedió que los persas, cuando ya estaban en medio de ambos recintos, irrumpieron de improviso en el túnel de sus enemigos. A los que iban delante los mataron los romanos, pero los de detrás huyeron a toda prisa y pudieron ponerse a salvo en su campamento, pues los romanos decidieron no perseguirlos en la oscuridad. Pues bien, Cosroes, tras esta intentona frustrada y sin esperanzas ya de conquistar posteriormente la ciudad con ninguna estrategema, negoció con los sitiados y, después de llevarse de allí mil libras de plata, se retiró a su patria. Cuando se enteró el emperador Justiniano, se resolvió a no mantener ya vigentes por más tiempo los pactos y acusó a Cosroes de haber intentado conquistar la ciudad de Daras durante la tregua. Esto fue lo que les sucedió a los romanos en la primera invasión¹¹⁹ de Cosroes y así acabó aquel verano.

Cosroes, entonces, fundó una ciudad en Asiria, en un lugar a un día de distancia de la ciudad de Ctesifonte. La lla-

¹¹⁷ Cf. II 8, 6, donde se repite prácticamente la expresión.

¹¹⁸ Literalmente, «mecánica».

¹¹⁹ Cf. II 5, 1.

mó Antioquía de Cosroes, asentó allí a todos los cautivos antioquenos y les construyó un baño público y un circo, permitiendo que se entregaran a todos los demás lujos, pues a los aurigas y a los músicos se los trajo consigo de Antioquía y de otras ciudades romanas. Y, además, a estos antioquenos los abastecía de alimentos a cargo del estado de una forma más solícita de lo que correspondía a unos cautivos, y reclamaba que se les diera el nombre de súbditos «regios», de modo que no pudieran estar subordinados a ningún superior sino sólo al rey. Y si alguno de los demás esclavos romanos se convertía en fugitivo y lograba escapar hasta Antioquía de Cosroes, y alguien de los que habitaban allí lo trataba de pariente¹²⁰, su antiguo dueño ya no podía recuperar a este cautivo, ni siquiera en el caso de que el señor de tal esclavo fuera un noble persa de los más ilustres.

Fue entonces, en efecto, cuando un prodigio que aconteció en Antioquía en la época del emperador Anastasio¹²¹ alcanzó su resultado final. Y es que, en aquella ocasión, un viento recio cayó de improviso sobre el suburbio de Dafne y algunos cipreses de un altura sencillamente enorme que allí había, fueron arrancados de raíz y se desplomaron a tierra, unos árboles, por cierto, que la ley prohibía cortar. Pues bien, poco después, cuando ya Justino gobernaba a los romanos¹²², sobrevino un terremoto muy violento que sacudió toda la ciudad y en un momento tiró al suelo la mayoría de sus más bellos edificios, y se dice que murieron trescientos mil antioquenos. Por último, en esa conquista que antes he

¹²⁰ El término *syngenés* se empleaba como título concedido por el rey persa: cf., por ejemplo, JENOFONTE, *Ciropedia* I 4, 27. En español también se utiliza «pariente» o «primo» como tratamiento que da el rey.

¹²¹ Entre el 491 y el 518.

¹²² El terremoto se produjo el año 526. Justino ocupó el trono entre el 518 y el 527.

narrado, quedó destruida la ciudad entera¹²³. Así, pues, pararon los desastres que sufrió Antioquía.

Por su parte, Belisario acudió a la llamada del emperador y llegó a Bizancio desde Italia. Después de pasar el invierno en Bizancio, Justiniano lo mandó¹²⁴ como general contra Cosroes y los persas al inicio de la primavera, junto con los oficiales que habían venido con él desde Italia, a uno de los cuales, Valeriano, le ordenó que guiara las tropas de Armenia. Pues coincidía que Martino había sido enviado de inmediato a oriente y, por esta razón, Cosroes se lo encontró en Daras, como antes se ha expuesto¹²⁵. Vitigis permaneció en Bizancio, pero todos los demás godos salieron con Belisario a la campaña contra Cosroes. En aquel tiempo, uno de los embajadores de Vitigis, el que había usurpado la dignidad de obispo¹²⁶, murió en suelo persa; el otro permaneció allí. El intérprete que fue con ellos¹²⁷ regresó al territorio romano y Juan, el comandante de las tropas de Mesopotamia, lo capturó cerca de las lindes de Constantina, lo llevó a la ciudad y lo encerró en prisión. Allí, en el interrogatorio a que Juan lo sometió, reveló todo lo que había pasado. Y así fue como se desarrollaron los acontecimientos. Belisario con los que le seguían marchó a toda prisa, con afán de anticiparse a una nueva invasión que Cosroes pudiera efectuar en territorio romano.

Pero, entretanto, Cosroes condujo su ejército a la Cólquide, adonde lo llamaron en su auxilio los lazos por el siguiente motivo. Al principio los lazos habitaban la tierra de Cólquide como vasallos de los romanos, pero sin pagarles

¹²³ Cf. II 9, 17 s.

¹²⁴ En el año 541.

¹²⁵ Cf. II 13, 16.

¹²⁶ Cf. II 2, 2. Para la expresión cf., por ejemplo, HERÓDOTO, III 63, 3.

¹²⁷ Cf. II 2, 3.

tributo ni obedecer ninguna otra de sus prescripciones, salvo la concerniente al hecho de que, cuando su rey moría, el emperador romano le enviaba las insignias de su dignidad al sucesor en el trono. Éste con la ayuda de sus súbditos vigilaba estrechamente las fronteras del país, para que las hordas de hunos hostiles procedentes del Cáucaso, montañas que confinan con su tierra, no invadieran a través de Lácica el territorio romano. Y las vigilaban sin recibir ellos de los romanos dinero ni tropas, ni tampoco participar en las campañas del ejército romano; su continua dedicación no era sino el comercio marítimo con los romanos que habitaban en el Ponto. Y es que los lazos no poseen sal, ni trigo ni ningún otro bien y sólo proporcionándoles a otros pieles, cueros y esclavos, se procuraban ellos los víveres necesarios. Y cuando ocurrió lo de Gúrgenes, el rey de los iberos, como conté en anteriores capítulos¹²⁸, comenzaron a asentarse en Lácica soldados romanos, que eran una carga para estos bárbaros, y sobre todo Pedro, el general, muy dado a maltratar a quienes tropezaban con él. El tal Pedro provenía de Arzanene, que está más allá del río Ninfio y que de antiguo se encuentra sometida a los persas, pero, cuando todavía era un niño, fue tomado como esclavo por Justino en aquella ocasión en que este emperador, tras la conquista de Amida, invadió el territorio persa con el ejército de Céler¹²⁹. Y gracias a la gran humanidad de su dueño, pudo acudir a la escuela primaria. Al principio llegó a ser secretario de Justino, pero cuando, después de la muerte de Anastasio, Justino lo sucedió en el trono del imperio romano, Pedro, nombrado ya general, se

¹²⁸ Cf. I 12, 4 ss.

¹²⁹ Cf. I 8, 21 s. En aquel momento (era el año 503) Justino no era todavía emperador, pues ocupó el trono imperial en el 518.

engolfó en la avaricia y trataba a todo el mundo muy vanidosamente.

Más tarde, el emperador Justiniano envió a varios oficiales a Lácica y, entre otros, a Juan, el llamado Tzibo, un hombre de origen oscuro y plebeyo, pero que había ascendido al generalato por ninguna otra cosa que por ser el más malvado de todos los hombres y el más capaz de descubrir recursos ilegales para obtener dinero. Y fue él quien enturbió, haciendo que se tambalearan, todas las relaciones existentes entre lazos y romanos. Convenció también al emperador Justiniano de que fundase en Lácica una ciudad costera con el nombre de Petra: allí se estableció como en una ciudadela y entraba a saco en las propiedades de los lazos. En efecto, la sal y todos los demás artículos que los lazos consideraban necesarios no podía traerlos ya a la tierra de Cólquide ningún mercader, ni desde allí podían tampoco comprarlas en ningún otro sitio, sino que Juan organizó en Petra lo que llamó un «monopolio» y él en persona hacía de traficante al por menor e inspeccionaba todas las operaciones pertinentes, comprando y vendiéndoselo todo a los colcos, pero no al precio acostumbrado sino como le daba la gana. Aparte de esto, también suponía para los bárbaros una carga, a la que no estaban antes habituados, el ejército romano que se instaló en su tierra. Y como ya no podían soportarlo, decidieron aliarse con los persas y Cosroes e inmediatamente, a escondidas de los romanos, les enviaron embajadores para negociar todo. Se les había encargado que Cosroes les ofreciera garantías de que los lazos, contra su voluntad, nunca serían entregados por él a los romanos y que, tras este compromiso, lo trajeran junto con el ejército persa a su país.

Pues bien, los embajadores llegaron a donde estaban los persas y, presentándose en secreto ante Cosroes, le dijeron

lo siguiente: «Si alguna vez en la historia hubo hombres que, del modo que fuera, desertaron de sus amigos y, después de haberse pasado indebidamente a las filas de unos sujetos del todo desconocidos, la fortuna, como una bienhechora, los trajo de nuevo, contentos como los que más, junto a sus anteriores compañeros, puede su majestad creer, poderosísimo rey, que esos hombres son precisamente los lazos.

15 Pues los colcos, que de antiguo fueron aliados de los persas, les prestaron muchos buenos servicios y también ellos los recibieron. De todo ello poseemos muchos testimonios escritos y otros muchos se conservan hasta el presente en los

16 palacios persas. Pero el caso fue que, algún tiempo después, nuestros antepasados, o porque su majestad se despreocupó de ellos o por algún otro motivo (pues nada cierto podemos

17 saber al respecto), firmaron un tratado con los romanos. Y ahora nosotros y, con nosotros, el rey de Lácica, entregamos a los persas nuestras propias personas y nuestra tierra para

18 que nos tratéis a vuestra voluntad. Pero le pedimos que, en lo tocante a nosotros, lo mire de la siguiente manera: si nos hemos pasado a sus filas no porque los romanos nos hayan hecho ningún mal sino por pura ingratitud nuestra, ya puede, señor, en este mismo momento rechazar nuestra súplica, en la convicción de que tampoco le seremos nunca leales (pues cuando una amistad queda rota, la que después se forma con otros se convierte, por su propia condición, en un

19 oprobio); pero si sólo de palabra hemos sido amigos de los romanos y en realidad sus leales esclavos, y hemos sufrido un trato impío por parte de quienes nos han tiranizado, acogednos a nosotros, a vuestros anteriores aliados, tomad como esclavos a los que tratabais como amigos y odiad una cruel tiranía que se ha alzado así contra nosotros en tierras vecinas: con ello obraréis de una manera digna de esa justicia cuya observancia siempre ha sido patrimonio de los per-

sas. Pues quien no comete injusticia no puede llamarse jus- 20
to, a menos que, siempre que tenga la posibilidad, también
esté por naturaleza inclinado a salvar a quienes sufren in-
justicia a manos de otros. Pero vale la pena decir algunas de 21
las cosas que los malditos romanos nos han hecho. Veá-
moslas: a nuestro rey sólo le dejaron la mera apariencia ex-
terior de la realeza, tras haberle quitado el poder efectivo
para apropiárselo ellos, y está sentado como rey pero en ca-
lidad de sirviente y con miedo al general que le da las órde-
nes; a nosotros nos pusieron bajo la vigilancia de un nume- 22
roso ejército, y no para proteger nuestro país de algaradas
(pues salvo los romanos precisamente, ningún pueblo limít-
trofe nos hostiga con sus correrías), sino para tenemos ence-
rrados como en una cárcel y adueñarse de todo lo nuestro. Y 23
con intención de desvalijar en un plazo más corto nuestras
posesiones, mire, majestad, qué idea se les ha ocurrido: las 24
provisiones de las que coincide que tienen excedentes, les
obligan a los lazos a comprárselas contra su voluntad, mien-
tras aquellas otras que para ellos son las más útiles y que
son productos naturales de Lácica, reclaman que se las ven-
damos, de palabra por supuesto, fijándose el precio en am-
bos casos a discreción de los dominadores. Es así como nos 25
quitan todo el oro, además de los artículos de necesidad, y a
esto, con un nombre de relumbrón, lo llaman "comerciar",
pero de hecho lo que hacen es violentarnos lo más que pue-
den. Y nos han puesto de gobernador a un traficante que ha
convertido nuestra escasez en un negocio merced a la auto-
ridad de su cargo. Ésta es la causa de nuestra defección y, 26
por tanto, está en sí misma justificada. Pero qué grandes
ventajas obtendréis al aceptar la petición de los lazos, esto
os lo explicaremos de inmediato. Al imperio persa anexiono- 27
naréis un antiquísimo reino y, gracias a él, conseguiréis ex-
tender el feudo de vuestra hegemonía. Sucederá entonces

que poseeréis parte del mar de los romanos a través de nuestra tierra y, una vez que su majestad construya allí sus barcos, tendrá acceso sin ningún esfuerzo al palacio de Bizancio; pues lo cierto es que en medio no hay ningún obstáculo¹³⁰.

28 Se podría agregar que incluso el hecho de que los bárbaros de las fronteras saqueen todos los años el territorio romano
29 dependerá ya de su majestad. Y es que, como ya bien sabe, hasta el día de hoy la tierra de los lazos ha constituido un
30 bastión contra las montañas del Cáucaso. Así pues, con la justicia por bandera y con estas ventajas añadidas, creemos que no será nada prudente que no prestéis oídos a nuestras palabras.» Esto fue lo que dijeron los embajadores.

31 Cosroes, complacido en efecto con sus palabras, les prometió a los lazos que los defendería y les preguntó a los embajadores si le era posible entrar en la tierra de Cólquide
32 con un gran ejército. Pues, según afirmaba él, había escuchado muchas noticias previas acerca de que se trataba de un territorio bastante difícil de atravesar hasta para un buen andador¹³¹, por ser extraordinariamente abrupto y, en su mayor parte, cubierto de frondosas espesuras. Pero ellos le aseguraban que, por allí, el camino para todo el ejército persa sería fácil si cortaban los árboles y los echaban en aquellos
33 lugares intransitables por culpa de los precipicios. Incluso prometieron que les guiarían en su camino y que serían los primeros en pechar¹³² con esta tarea en favor de los persas.
34 Cosroes, animado por esta sugerencia, reunió un gran ejército y se preparó para ponerse en camino sin revelarles su

¹³⁰ Desde el Ponto Euxino (Mar Negro) podrían pasar fácilmente por el Bósforo a Bizancio.

¹³¹ Para la expresión cf. I 19, 27, y n. 168.

¹³² Intentamos traducir el término *próponoi* (*P*, om. *V G*), que sería un *hápax*, secluso en ed. HAURY-WIRTH (aceptado en ed. DEWING, que seguía la antigua ed. HAURY).

plan a los persas, excepto a aquéllos con quienes únicamente solía compartir sus secretos. A los embajadores les encargó que no le contaran a nadie lo que estaba pasando, mientras la explicación oficial fue que se partía hacia Iberia, como para arreglar la situación que allí había, alegando que una tribu de hunos se había lanzado por aquella zona contra los dominios persas.

Mientras tanto, Belisario había llegado a Mesopotamia y 16 estaba formando su ejército reuniendo fuerzas de todas partes y a algunos hombres los enviaba a tierra persa para espiar. Y como quería encontrarse él en persona allí con los 2 enemigos, en caso de que de nuevo hicieran una incursión en territorio romano, iba distribuyendo y equipando sobre el terreno a los soldados, a quienes en su inmensa mayoría les faltaban armas ofensivas y defensivas y que estaban aterrizados ante el solo nombre de los persas. Pues bien, regre- 3 saron los espías asegurando que por el momento no iba a producirse ninguna incursión enemiga, dado que Cosroes se hallaba lejos ocupado en la guerra contra los hunos. Belisa- 4 rio, al oír esto, se resolvió a invadir de inmediato el territorio enemigo con todo su ejército. Llegó también Aretas con 5 un gran ejército de sarracenos y, además, el emperador por medio de una carta le encargó que invadiera con la mayor celeridad el territorio enemigo. Convocó, pues, a todos sus 6 oficiales en Daras y les dijo lo siguiente: «Sé que todos vosotros, compañeros¹³³, estáis fogueados en muchas batallas, así que os he reunido ahora no para recordaros ni advertiros nada, ni para enardecer vuestros ánimos contra los enemigos (pues no creo que necesitéis palabras que estimulen vuestro valor), sino para deliberar en común y escoger, más bien, lo

¹³³ El término empleado es *xynárchontes*, «colegas en el mando»: cf., por ejemplo, II 18, 14; III 15, 1.

que parezca más oportuno y lo mejor para la causa del em-
7 perador. Pues, más que nada, es una deliberación prudente
la que endereza a buen término la guerra. Pero es preciso
que quienes se pongan a deliberar tengan su mente total-
8 mente libre de recato y de temor: que el temor paraliza a los
que se dejan dominar por él y no permite que la razón es-
coja lo preferible; y el recato nubla lo que parece mejor y
9 empuja a tomar la determinación contraria. Por tanto, si
creéis que nuestro poderoso emperador o yo hemos decidido
ya algo con respecto a la presente situación, que ni se os pa-
10 se esto por la cabeza. Él, desde luego, está muy ajeno a lo
que está sucediendo y no puede ajustar sus acciones a las
11 circunstancias más oportunas, de modo que no existe nin-
gún temor de que, por llevarle la contraria, no hagamos lo
12 que en definitiva será más conveniente para su causa. En
cuanto a mí, que soy humano y que después de mucho tiem-
po he llegado aquí desde occidente, es imposible que no se
13 me haya escapado algo que sea de primera necesidad. Así
que, sin recatarse ante lo que yo pueda opinar, a vosotros os
toca decir claramente lo que va a ser beneficioso para noso-
14 tros mismos y para el emperador. Desde un principio, en
efecto, hemos venido aquí, compañeros¹³⁴, para impedir que
el enemigo realice cualquier tipo de incursión contra nuestro
territorio, pero la realidad es que, como las cosas nos han
ido mejor de los que esperábamos, ahora estamos en condi-
15 ciones de tomar una determinación con respecto al territorio
del enemigo. Y, como con este fin se os ha reunido, justo es,
creo yo, que sin reservas diga cada cual lo que le parezca
que es mejor y más conveniente.»

16 Estas fueron las palabras de Belisario. Pedro y Buces le
aconsejaron que, sin vacilar, condujera su ejército contra tie-

¹³⁴ Cf. n. anterior.

rra enemiga. Y a su parecer se adhirieron de inmediato todos los que estaban en la asamblea. Sin embargo, Recitango y Teoctisto, los comandantes de las fuerzas del Líbano, dijeron que sí, que también ellos sentían el mismo deseo que los demás con respecto a la invasión, pero temían que, una vez que hubieran abandonado las regiones de Fenicia y Siria, Alamundaro las saqueara a placer y el emperador se enojara con ellos por no preservar del pillaje el país que gobernaban: por lo tanto no estaban decididos a unirse al resto del ejército. Pero decía Belisario que lo que estos dos hombres pensaban no se correspondía con la verdad, porque era el tiempo del solsticio de verano¹³⁵ y en esa época del año, más o menos durante dos meses, siempre rinden culto con ofrendas a su dios, sin dedicarse a efectuar ninguna incursión en territorio ajeno. Por ello, y después de prometerles que en un plazo de sesenta días los dejaría marchar a los dos y a las tropas bajo su mando, les ordenó que entonces también lo siguieran con el resto del ejército. Así pues, Belisario se preparaba muy concienzudamente para la invasión.

Cosroes y el ejército medo, tras cruzar Iberia, llegaron guiados por los embajadores, a los confines de Lácica y sin ninguna oposición empezaron a cortar los árboles, que allí formaban una alta espesura extraordinariamente frondosa en aquellos lugares tan abruptos y hacían el terreno de todo punto intransitable para el ejército. Luego los arrojaban a los precipicios y así lograban que el camino fuera muy cómodo. Cuando alcanzaron la zona central de Cólquide (donde cuentan los poetas que ocurrió lo de Medea y Jasón¹³⁷), llegó Gubaces, el rey de Lácica, y se arrodilló¹³⁸ ante Cos-

¹³⁵ Cf. HERÓDOTO, II 19, 2.

¹³⁶ Cf. II 15, 32 s.

¹³⁷ Cf., por ejemplo, APOLONIO DE RODAS, *Argonáuticas* II 1277 s.

¹³⁸ Cf. I 3, 17, y n. 27

roes, el hijo de Cabades, como ante su señor, entregándose a sí mismo junto con su palacio y Lácica entera.

- 3 Hay en Cólquide una ciudad costera, Petra¹³⁹, a orillas del mar que llaman Euxino, que en el pasado era un lugarejo insignificante pero al que el emperador Justiniano había convertido en una plaza fuerte y, por lo demás, famosa, al dotarla de un recinto amurallado y de otras instalaciones.
- 4 Cuando Cosroes se enteró de que allí estaba el ejército romano con Juan, envió contra ellos tropas bajo el mando de
- 5 Aniábedes para conquistarla¹⁴⁰ al primer grito de guerra. Pero Juan tuvo conocimiento del ataque que se iba a producir y ordenó que nadie saliera fuera del recinto ni se dejara ver por los enemigos desde las almenas; luego armó a sus soldados hasta los dientes y los apostó cerca de las puertas, mandándoles que se mantuvieran en silencio, sin emitir ningún ruido ni voz alguna. Llegaron, pues, los persas a una
- 6 zona muy próxima al recinto y, como no veían ni oían a ningún enemigo, creyeron que la ciudad estaba desierta y
- 7 que los romanos la habían abandonado. Por tanto, se acercaron todavía más a la muralla para aplicar de inmediato sus
- 8 escalas, en la idea de que nadie la defendía. Al no ver ni oír a ningún enemigo, enviaron mensajeros a Cosroes para in-
- 9 formarle de la situación. Él, entonces, mandó el grueso de su ejército con la orden de que asaltaran el recinto por todos los puntos y a uno de sus oficiales le encomendó que en las
- 10 puertas hiciera uso de la máquina de guerra llamada ariete¹⁴¹, mientras él, sentado en la colina que está muy cerca de la ciudad, contemplaba las operaciones. Pero, en ese mismo

¹³⁹ Procopio ya se ha referido anteriormente a esta ciudad y a Juan: II 15, 10 ss.

¹⁴⁰ Traducimos la lectura *exeloûntas* (ed. DEWING y ed. HAURY-WIRTH; y cf. II 9, 5). HAURY en su antigua ed. había conjeturado *exairésontas*.

¹⁴¹ Cf. I 7, 12, y n. 60.

momento, los romanos abrieron las puertas de improviso y, cayendo sobre los enemigos sin que se lo esperaran, mataron a muchísimos de ellos, sobre todo a los que ocupaban sus puestos alrededor del ariete. Cosroes, lleno de ira, hizo empalar a Aníabedes por haber sucumbido ante la estrategia de Juan, un traficante y un hombre absolutamente profano en asuntos bélicos. Pero cuentan algunos que no fue Aníabedes el empalado, sino el oficial que estaba al mando de los que movían el ariete. Cosroes levantó el campo y, después de llegar a las cercanías del recinto de Petra y acampar allí, se puso a asediarla. Al día siguiente recorrió el perímetro del muro y, como sospechó que no era muy difícil de expugnar, decidió asaltarlo. Condujo hacia allí su ejército al completo e inició las operaciones, ordenando que todos dispararan contra las almenas. Los romanos se defendían utilizando sus máquinas de guerra y todos su arcos. Así, los persas al principio, aunque lanzaban verdaderas nubes de flechas, causaban escasos daños a los romanos y, sin embargo, sufrían muchas bajas como consecuencia de sus disparos porque los hacían desde arriba. Pero, luego (pues estaba predestinado¹⁴² que Cosroes conquistara Petra), a Juan le acertó por casualidad¹⁴³ un tiro en el cuello y lo mató; y a partir de ese instante los demás romanos se desentendieron de todo. Y fue entonces cuando los bárbaros se retiraron a su campamento, dado que ya estaba oscureciendo; pero al día siguiente planearon cavar un túnel hacia el recinto de la siguiente manera.

La ciudad de Petra la hace inaccesible, por un sitio, el mar y, por el otro, unas peñas abruptas que allí se elevan por

¹⁴² Cf. II 8, 14, y n. 55.

¹⁴³ Cf. I 14, 53, y n. 123.

19 todas partes, a raíz de lo cual recibió ese nombre¹⁴⁴. Una
sola entrada tiene por terreno llano, y no demasiado amplia,
20 pues a ambos lados se descuelgan inmensos precipicios. En
ese punto, los que al principio fundaron la ciudad tuvieron
la previsión de no permitir que aquel sector del recinto fuera
fácilmente expugnable y, para ello, habían construido gran-
des murallas a lo largo de cada uno de los dos precipicios de
21 la entrada y hasta una enorme distancia. Y habían edificado
dos torres, una en cada una de estas muralla, pero no de la
22 manera más usual, sino de la siguiente forma. El espacio
existente en el centro de la estructura no lo dejaron vacío,
sino que las torres enteras, desde el suelo hasta el extremo
más alto, las hicieron a base de grandísimas piedras fijadas
entre sí, para que ni un ariete ni ninguna otra máquina de
guerra pudiera derribarlas. De modo que así es el recinto
23 amurallado de Petra. Pero los persas, a escondidas, cavaron
un túnel en la tierra y llegaron debajo de una de las dos tor-
res. De allí sacaron un gran cantidad de piedras y pusieron
en su lugar maderos, a los que en seguida prendieron fuego.
24 Las llamas, ascendiendo poco a poco, fueron minando la con-
sistencia de las piedras, hasta que tras un repentino temblor
25 la torre entera se vino abajo totalmente destruida. Sin em-
bargo, los romanos que estaban sobre ella se dieron cuenta
de lo que estaba ocurriendo con la suficiente anticipación
como para no caer a la vez al suelo. En efecto, pudieron huir
26 y llegar así al interior del recinto de la ciudad. Con eso ya
estaba al alcance de los enemigos asaltar la muralla por te-
rreno llano y, sin ningún trabajo¹⁴⁵, tomar la ciudad a viva
27 fuerza. Los romanos, atemorizados por lo sucedido, entra-

¹⁴⁴ Gr. *Pétra*, «piedra, roca».

¹⁴⁵ Traducimos *pónōi oudenī* (cf. ed. DEWING y ed. HAURY-WIRTH). BRAUN eliminó el *en* (*pónōi en*) de los mss. y HAURY sugirió *àn oudenī* (cf. V 3, 29).

ron en conversaciones con los bárbaros y, después de que Cosroes les diera garantías acerca de respetar sus vidas y sus posesiones, capitularon para finalmente rendirse ellos y entregar la ciudad. Así fue como Cosroes capturó Petra¹⁴⁶. Las riquezas tan cuantiosas de Juan las encontró y se las 28 quedó, pero ni él ni ningún persa tocaron nada más de lo que allí había. Al contrario, los romanos conservaron lo que era suyo y se unieron al ejército medo.

Mientras tanto, Belisario y el ejército romano, sin haber- 18 se enterado de lo que allí estaba ocurriendo, salieron muy ordenadamente de la ciudad de Daras en dirección a Nísibis. Y cuando estaban a mitad de camino, Belisario llevó las 2 tropas hacia la derecha, donde había suficientes manantiales de agua y una llanura lo bastante espaciosa como para que todos pudieran acampar. Allí ordenó que asentaran el cam- 3 po, como a cuarenta y dos estadios de la ciudad de Nísibis. Pero todos los demás estaban muy extrañados de que no tu- 4 viera intención de acampar lo más cerca posible del recinto amurallado, y algunos no estaban dispuestos a obedecerle. Por este motivo, dijo Belisario lo siguiente a los oficiales 5 que se encontraban a su alrededor: «No quería yo revelar a todo el mundo lo que sé. Pues las palabras que circulan por todas partes de un campamento no son capaces de guardar secretos, porque van avanzando poco a poco hasta que salen y llegan a oídos del mismo enemigo. Pero, al ver que mu- 6 chos de vosotros habéis sucumbido a la indisciplina y cada uno pretende adjudicarse el mando supremo de la guerra, diré ahora en medio de vosotros cosas que es de precisión mantener calladas, aunque con esta advertencia previa: si en un ejército son muchos los que tienen capacidad autónoma de decisión, es imposible que se haga nada de lo que se de-

¹⁴⁶ En el año 541.

7 be. Lo cierto es que, según creo, Cosroes, al marchar contra
otros bárbaros, no ha dejado sin una suficiente protección su
propio país, y mucho menos esta ciudad, que coincide que
es de primera importancia y que está situada como un bas-
8 tión delante de todos sus dominios. En ella sé bien que ha
apostado tantas tropas y tan bravas que bastan para resistir
9 nuestra acometida. Y la prueba la tenemos cerca: al mando
de éstos colocó al general Nábedes que, después de Cos-
roes, claro está, parece que en fama y en cualquier otra con-
10 sideración es el primero de todos los persas. Este hombre
creo yo que va a poner a prueba nuestra potencia militar y
no nos va a ceder el paso de ningún modo salvo que lo de-
11 rrotemos en una batalla. Así pues, si el choque viene a pro-
ducirse muy cerca de la ciudad, no lucharemos con los per-
12 sas en igualdad de condiciones. En efecto, en el caso de que
ellos salgan de su plaza fuerte a nuestro encuentro y tengan
éxito, se atreverán ya sin el más mínimo reparo a atacarnos;
y si caen vencidos, podrán escapar fácilmente de nuestro
13 ataque. Y es que tendremos poco espacio para perseguirlos
y, en consecuencia, no le causaremos ningún daño a la ciu-
dad, cuyos muros, como ya veis, son inexpugnables cuando
14 hay soldados defendiéndolos. Pero, si es aquí donde los ene-
migos entablan combate con nosotros y los vencemos, tengo
grandes esperanzas, compañeros¹⁴⁷, de conquistar la ciudad.
15 Pues en su larga carrera para huir podremos mezclarnos con
los enemigos e irrumpir, con toda probabilidad, en el inte-
rior de las puertas, o tomarles la delantera y forzarlos a dar
la vuelta para escapar hacia algún otro sitio, con lo que con-
seguiremos que Nisibis, ya sin sus defensores, sea para no-
sotros fácil de conquistar.»

¹⁴⁷ Cf. II 16, 6, y n. 133.

Tras estas palabras de Belisario todos los demás queda- 16
 ron convencidos, acamparon allí y permanecieron con él.
 Sin embargo, Pedro, en compañía de Juan, que era el oficial
 en jefe de las tropas de Mesopotamia y tenía bajo su mando
 una parte no insignificante del ejército, llegó hasta una posi-
 ción no lejos del recinto, a unos diez estadios de distancia, y
 allí se detuvo tranquilamente. Pero Belisario formó a sus 17
 soldados como en orden de batalla y les encargó a los que
 estaban con Pedro que también formaran como para entrar
 en combate, hasta que él les diera la señal; y, asimismo, les
 mandó decir que sabía de buena fuente que los bárbaros
 iban a atacarlos a eso del mediodía, porque, evidentemente,
 tendrían en la cabeza ¹⁴⁸ que, mientras ellos suelen tomar la
 comida a la caída de la tarde, los romanos comen alrededor
 del mediodía. Esto fue lo que les advirtió Belisario, pero las 18
 tropas de Pedro hicieron caso omiso ¹⁴⁹ de su encargo y al-
 rededor del mediodía, bajo el peso del calor (pues era un lu-
 gar muy árido), dejaron en el suelo sus armas y, despreocu-
 pándose de los enemigos, empezaron en absoluto desorden
 a recorrer aquel sitio en busca de calabazas ¹⁵⁰ que allí cre-
 cían y a comérselas. Cuando lo vio Nábedes, lanzó a todo 19
 correr contra ellos al ejército persa. Los romanos, como se 20
 dieron cuenta de que los bárbaros habían salido del recinto,
 porque habían observado claramente los movimientos que
 efectuaban sobre una colina elevada, le enviaron un mensaje
 a Belisario para pedirle que fuera en su auxilio y ellos reco-
 gieron sus armas y en medio del desorden y la confusión se

¹⁴⁸ Cf. I 14, 34.

¹⁴⁹ *En oudenì tàs entolàs poiēsámenoi*: creemos innecesaria la adición de HERWERDEN, *en oudenì (lógōi)* (*en oudenì kósmōi* se lee en *Suda* y en un escolio).

¹⁵⁰ *Sikýous*: cf., por ej., TEOFRASTO, *Historia de las plantas* VII 4, 1.

21 enfrentaron al enemigo. Pero Belisario y los suyos, antes incluso de llegar el mensajero, ya estaban al tanto del ataque de los persas, por la nube de polvo que levantaban, e iban
22 corriendo en su ayuda. Mientras, se les echaron encima los persas y sin ningún esfuerzo pusieron en fuga a los romanos, que no pudieron resisitir su acometida, y en el posterior acoso acabaron con cincuenta hombres y les arrebataron el
23 estandarte de Pedro. Y en esta persecución los habrían matado a todos, puesto que no se ocupaban en absoluto de pelear para defenderse, si Belisario y su ejército, presentándose por sorpresa, no se lo hubiera impedido. En efecto, los
24 godos¹⁵¹ fueron de todos los primeros en atacarlos con sus largas y apiñadas lanzas y los persas no resistieron, sino que
25 huyeron a la desbandada. Para acosarlos se unieron los romanos a los godos y mataron a ciento cincuenta enemigos. Y es que la persecución fue corta, pues el resto se metió
26 velozmente en el interior del recinto. Entonces, todos los romanos regresaron al campamento de Belisario y los persas, al día siguiente, colocaron sobre una torre el estandarte de Pedro a modo de trofeo y colgaron de él chorizos entre risas y burlas al enemigo. Sin embargo, ya no se atrevieron a salir más a su encuentro, sino que se quedaron guardando la ciudad sobre seguro.

19 Belisario, al ver que Nísibís era una plaza extraordinariamente fuerte y como no tenía ninguna esperanza de conquistarla, estaba ya ansioso por avanzar para causarles los daños que pudiera a los enemigos con una incursión repentina. En consecuencia, levantó el campo con todo su ejército y continuó hacia adelante. Y después de un día de camino, toparon con una fortaleza que los persas llaman Sisauranón.
2 Allí, además de haber un gran número de habitantes, forma-

¹⁵¹ Recordemos que iban en el ejército de Belisario; cf. II 14, 10.

ban la guarnición ochocientos jinetes, los más selectos de la caballería persa, bajo el mando de un oficial muy reputado, de nombre Blescames. Los romanos, tras acampar muy cerca de esa fortaleza, se pusieron a asediarla e intentaron un asalto al recinto, en el que fracasaron con la pérdida de muchos hombres en el combate. Se daba el caso de que la muralla era muy sólida y los bárbaros rechazaban desde allí a los atacantes con desmedida bravura. Por este motivo, Belisario convocó a todos los oficiales y les dijo lo siguiente: «Nuestra experiencia en muchas batallas nos ha permitido, oficiales, prever en situaciones apuradas lo que va a ocurrir y nos ha hecho capaces de escoger lo más conveniente antes de la catástrofe. Sabéis de cierto qué gran peligro se corre cuando un ejército penetra en territorio hostil, donde hay muchas fortalezas y donde se han dejado en retaguardia muchas fuerzas combatientes. Y éste es justo nuestro caso, al menos en este momento. Pues si continuamos avanzando, algunos enemigos a escondidas nos perseguirán desde aquí y desde la ciudad de Nísibis y, con toda probabilidad, nos aplastarán en sitios a propósito para una emboscada o para cualquier otra asechanza. Y si otro ejército nos saliera también al encuentro y entablara batalla, nos veríamos obligados a formar filas contra unos y otros, con lo que sufriríamos daños irreparables. Y eso sin mencionar que, en caso de ser derrotados en el choque, no habrá manera de que nos quede un camino franco para regresar a territorio romano. No vaya, pues, a parecer que, por una imprudente precipitación, hemos provocado nuestro propio expolio, ni que por nuestros deseos de pelear le hemos hecho un flaco servicio a la causa de los romanos. Que una estúpida temeridad lleva al desastre, mientras que un prudente recelo trae de suyo siempre aparejada la salvación de quienes lo tienen. Así que vamos a asentar aquí el campo e intentemos conquistar esta

plaza y enviemos a Aretas¹⁵² con sus tropas al territorio de
12 Asiria, porque los sarracenos son incapaces por naturaleza
de asaltar una muralla, pero más hábiles que nadie para el
13 saqueo. En esta invasión irán con ellos algunos de nuestros
soldados más bravos, para que, si no se les presenta ningún
obstáculo, puedan destrozar a quienes les salgan al paso y,
si se les enfrenta alguna fuerza enemiga, puedan salvarse
14 fácilmente regresando a nuestro lado. Y una vez que haya-
mos conquistado, si Dios quiere, la fortaleza, crucemos en-
tonces el Tigris con todo el ejército, sin temer que nos cau-
sen problemas por la retaguardia y con información precisa
de cómo están las cosas en tierra asiria.»

15 A todos les pareció que estas palabras de Belisario eran
acertadas y de inmediato se pusieron a ejecutar su plan. Or-
denó a Aretas que marchara con sus tropas a Asiria y envió
con ellos a mil doscientos soldados, la mayoría escuderos¹⁵³
suyos, bajo el mando de dos lanceros de su guardia¹⁵⁴, Tra-
jano y Juan el Glotón, ambos expertos en materia de guerra.
16 Les encargó que obedecieran a Aretas en todo y al propio
Aretas le ordenó saquear lo que se le pusiera delante y vol-
ver para informarles de cuál era la potencia militar de los
17 asirios. Pues bien, las tropas de Aretas cruzaron el río Tigris
18 y llegaron a Asiria. Allí encontraron una buena región, que
no había sufrido devastaciones durante largo tiempo y que no
estaba vigilada, saquearon en una rápida incursión muchos
lugares de aquella zona y se apoderaron de grandes rique-
19 zas. Mientras tanto Belisario capturó a algunos persas y

¹⁵² El jefe de los sarracenos: cf. I 17, 47.

¹⁵³ Cf. I 24, 40, y n. 215.

¹⁵⁴ Los que componían la guardia personal de los altos cargos milita-
res: cf. I 9, 13; 15, 4; 18, 6; etc.

se enteró por ellos de que los que defendían la plaza estaban absolutamente faltos de provisiones. Y es que éstos, al contrario de lo que ocurre en Daras y Nísibis, no tienen por costumbre depositar los alimentos para el año en almacenes públicos y, al echárseles encima de improviso el ejército enemigo, no pudieron anticiparse a introducir en la ciudad los víveres necesarios. Por otra parte, como habían sido muchos los que se habían refugiado de repente en la fortaleza, se veían agobiados, como era de esperar, por la escasez de provisiones. Cuando Belisario lo supo, envió a Jorge, un hombre de lo más prudente con quien compartía sus secretos, para tantear a los que estaban en el interior, por si podía tomar la plaza mediante algún tipo de capitulación. Jorge, a base de consejos y de muchas palabras halagüeñas, los convenció para que, tras recibir las garantías referentes a su salvación, se rindieran ellos y entregaran su fortaleza a los romanos. Así fue como Belisario tomó Sisauranón. A todos los habitantes que eran cristianos y romanos de origen los dejó libres sin hacerles ningún daño, pero a los persas los mandó a Bizancio con Blescames y derribó todo el recinto amurallado de aquella fortaleza. Y, no mucho después, el emperador envió a estos persas y a Blescames a luchar contra los godos de Italia. Así se desarrollaron los acontecimientos relativos al fuerte de Sisauranón.

Pero Aretas, recelando de que los romanos le arrebataran el botín, no quería ya regresar al campamento. Así pues, mandó a algunos de su séquito con la supuesta misión de explorar el terreno, pero les ordenó en secreto que volvieran cuanto antes y les anunciaran que un gran ejército enemigo estaba ya para cruzar el río. Por este motivo les aconsejó a Trajano y a Juan regresar a territorio romano cogiendo por un camino distinto. Y, en efecto, no volvieron junto a Belisario, sino que tomaron la margen derecha del río Eufrates

hasta llegar a la ciudad de Teodosiópolis¹⁵⁵ que está a orillas
30 del río Aborras. Belisario y el ejército romano, como no sa-
bían nada acerca de estas tropas, estaban alarmados y en un
continuo sobresalto por el miedo y las insoportables y exce-
31 sivas sospechas de peligro. Y después de haber pasado mucho
tiempo en aquel asedio, ocurrió que a muchos soldados les
entró allí una fiebre de muy mal cariz, pues la zona de Me-
32 sopotamia sometida a los persas es extremadamente árida. Y
como a eso no estaban acostumbrados los romanos (y mu-
cho menos los que venían de Tracia) y allí su vida transcu-
rría en un lugar de una aridez fuera de lo normal y en unas
tiendas sofocantes¹⁵⁶ durante el verano, enfermaron con tal
33 gravedad que la tercera parte del ejército estaba postrada y
medio muerta. Así que todo el ejército tenía prisa por alejar-
se de allí y regresar cuanto antes a su tierra, y más que nadie
los comandantes de las tropas del Líbano, Recitango y Teoc-
tisto, al ver que también había pasado ya para los sarracenos
34 el tiempo de las ofrendas¹⁵⁷. Era, pues, un continuo venir el
suyo a presencia de Belisario para pedirle que los dejara
marchar, alegando que habían entregado el Líbano y Siria
en manos de Alamundaro, mientras ellos se encontraban allí
detenidos sin ninguna razón.

35 Por este motivo, Belisario convocó a todos los oficiales
36 y presentó la cuestión a debate, y allí Juan, el hijo de Nice-
tas, fue el primero que se levantó para decir esto: «Excelen-
tísimo Belisario, en fortuna y valor creo que nunca ha habi-
37 do un general que pueda compararse contigo. Y esta misma
opinión no sólo es la que predomina entre los romanos sino
38 también entre todos los bárbaros. Sin embargo, esta buena

¹⁵⁵ Distinta de la mencionada en I 10, 18 (y cf. *ibid.*, n. 82): cf. II 5, 2.

¹⁵⁶ Cf. Tucídides, II 52, 2.

¹⁵⁷ Cf. II 16, 17 s.

fama la seguirás manteniendo, más consolidada aún, si eres capaz de llevarnos sanos y salvos a tierra romana; y al menos, lo que es ahora, nuestras esperanzas no son muy halagüeñas. Hazme el favor, en relación con ese ejército considera lo siguiente. Los sarracenos y nuestros mejores guerreros cruzaron el río Tigris y un día, no sé cuál¹⁵⁸, de los pasados llegaron a encontrarse en tal situación que no pudieron ni siquiera enviarnos a un mensajero. Por su parte, Recitango y Teoctisto se marcharán, como seguramente ves, con el presentimiento de que el ejército de Alamundaro ya está casi en medio de Fenicia saqueando aquellas tierras. Y entre las tropas que nos quedan son tantos los enfermos, que quienes van a cuidar de ellos y van a llevarlos a territorio romano son muchos menos en número. Estando así las cosas, si a alguna fuerza hostil le da por salirnos al encuentro mientras permanecemos aquí o durante la retirada, nadie podría ir a comunicarles a los romanos de Daras el desastre que nos ha caído encima. Y, desde luego, de seguir avanzando creo que no podemos ni hablar. De modo que, mientras todavía nos queda alguna esperanza, convendrá que planeemos y pongamos por obra nuestro regreso. Pues cuando uno se halla en peligro, y especialmente en uno como éste, es una gran necedad no preocuparse de la propia salvación sino de maquinarse contra el enemigo.» Éstas fueron las palabras de Juan. Todos los demás las aprobaron y, alborotándose, a gritos exigían efectuar cuanto antes la retirada. Ante esto, Belisario montó primero a los enfermos en los carros y, detrás de ellos, marchó él guiando al ejército. Tan pronto como llegaron a territorio romano, se enteró de todo lo que había hecho Aretas, pero no tuvo posibilidad de imponerle

¹⁵⁸ *Hopóstēn* es corrección de HAURY (*hōpōs tēn* codd.): cf. *Procopiana II*, Progr. Múnich, 1893, 21.

ningún castigo porque no volvió a verlo nunca. De esta manera, pues, terminó la invasión romana.

47 A Cosroes, después de haberse apoderado de Petra, se le informó de que Belisario había invadido el territorio persa, del combate cerca de la ciudad de Nísibis, de la conquista de la fortaleza de Sisauranón y de todas las operaciones del
48 ejército de Aretas tras haber cruzado el río Tigris. Él, entonces, instaló de inmediato una guarnición en Petra y con el resto de su ejército y con los cautivos romanos partió hacia
49 los dominios persas. Esto fue lo que sucedió en la segunda invasión de Cosroes. En cuanto a Belisario, llegó a Bizancio acudiendo a la llamada del emperador y allí pasó el invierno.

20 Al inicio de la primavera Cosroes, el hijo de Cabades vino a invadir por tercera vez¹⁵⁹ con un gran ejército el territorio romano, manteniendo a su derecha el río Eufrates.
2 Cándido¹⁶⁰, el sacerdote de Sergiópolis, cuando se enteró de que el ejército romano se encontraba ya muy cerca, temió por su propia vida y por su ciudad, puesto que no había cumplido en el plazo estipulado el acuerdo que firmó con Cosroes. Entonces, se presentó en el campamento enemigo y le pidió
3 a Cosroes que no se enojara con él por esta razón; que en ningún momento había tenido dinero y que, por eso, ni siquiera había pretendido al principio liberar a los habitantes de Sura y que, a pesar de haberle suplicado muchas veces al
4 emperador Justiniano que les ayudara, todo fue en vano. Pero Cosroes lo puso bajo vigilancia y, después de torturarlo con la mayor crueldad, le reclamó el pago del doble de la
5 suma, tal como se había estipulado. Cándido le suplicó que enviara algunos hombres a Sergiópolis para coger todos los

¹⁵⁹ En el año 542.

¹⁶⁰ Cf. III 5, 31.

tesoros guardados en el santuario que allí había. Y cuando 6
Cosroes lo hizo así, Cándido mandó con ellos a algunos de
su séquito. Pues bien, los de Sergiópolis recibieron en la 7
ciudad a los emisarios de Cosroes y les dieron la mayor
parte de los tesoros, asegurándoles que ya no les quedaba
nada. Pero Cosroes dijo que no era bastante y exigió la en- 8
trega de otro tanto más. Envió, entonces, a algunos hombres 9
con la excusa de rebuscar minuciosamente todas las rique-
zas que había en la ciudad, pero con el objetivo real de apo-
derarse de la plaza. Pero, como no estaba predestinado ¹⁶¹ 10
que Sergiópolis fuera tomada por los persas, un sarraceno
llamado Ambro que, aun siendo cristiano, servía bajo las ór-
denes de Alamundaro, se acercó de noche a la muralla de la
ciudad y, después de contárselo todo, les aconsejó que de
ningún modo recibieran a los persas en la ciudad. De mane- 11
ra que los emisarios de Cosroes regresaron ante él sin haber
conseguido nada y el rey, hirviendo de cólera, empezó a
planear la conquista de la ciudad. Así pues, mandó un ejér- 12
cito de seis mil hombres con orden de ponerle cerco y efec-
tuar ataques contra el recinto amurallado. Llegaron allí, en- 13
tonces, estas fuerzas y comenzaron sus operaciones. Los de
Sergiópolis, al principio, se defendían con bravura, pero
luego fueron desfalleciendo y, asustados ante el peligro, pre-
tendían ya entregarles la ciudad a los enemigos, pues coinci- 14
dió que no había más de doscientos soldados en la plaza.
Pero, de nuevo, se acercó Ambro de noche al recinto y les
aseguró que los persas en dos días levantarían el cerco por-
que no les quedaba ni una gota de agua. Por ello, los habi- 15
tantes no entraron en conversaciones con los enemigos y,
finalmente, los bárbaros, rendidos por la sed, salieron de allí
y volvieron junto a Cosroes. Cosroes, sin embargo, nunca

¹⁶¹ Cf. II 8, 14, y n. 55.

16 soltó a Cándido. Y es que, según creo, él ya no debía seguir siendo sacerdote por haber despreciado sus juramentos¹⁶². Y así fue como se desarrollaron los acontecimientos.

17 Cuando llegó Cosroes a la región de Comagena, a la que llaman Eufratesia¹⁶³, no quiso dar la vuelta para saquear ni expugnar ninguna plaza, porque ya había tomado todas las que había encontrado a su paso hasta Siria, unas por conquista y otras por exacción, como se ha contado en anteriores capítulos. El propósito que tenía era conducir su ejército derecho hacia Palestina para saquear todo su tesoros y, especialmente, los de Jerusalén. Pues había oído que esta tierra era extraordinariamente buena y muy ricos sus habitantes.
18 Además, ningún romano, ni oficial ni soldado, tenía ninguna intención en absoluto de enfrentarse a los enemigos ni de impedirles el paso; al contrario, encastillándose en las fortificaciones cada cual como podía, creían que era bastante para protegerlas y salvarse ellos.

20 Justiniano, cuando se enteró de la irrupción de los persas, envió de nuevo contra ellos a Belisario y éste, montado en esos caballos que son propiedad del estado y que suelen recibir el nombre de «veredos»¹⁶⁴, habida cuenta de que no disponía de ningún ejército, llegó a galope tendido a Eufratesia. Coincidió, además, que Justo, el sobrino del emperador, junto con Buces y algunos otros se había refugiado en
21 Hierápolis. Y, al oír que Belisario no estaba muy lejos de
22 allí, le escribieron una carta, cuyo contenido era el siguiente: «Otra vez Cosroes, como seguro que ya sabes, ha salido a campaña contra los romanos, y con un ejército mucho mayor que el de antes. Adónde tiene intención de dirigirse,

¹⁶² Cf. II 5, 31.

¹⁶³ Cf. I 17, 2, y n. 136.

¹⁶⁴ *Veredus* es el término latino para el caballo de posta.

eso aún no está claro; pero lo que sí lo está es que hemos oído que se halla muy cerca de aquí y que, sin causar daños en ningún lugar, continúa avanzando sin descanso. Así que, 23 ¡vamos!, ven cuanto antes a nuestro lado, si es que puedes escapar a la vigilancia del campamento enemigo, para que sigas estando sano y salvo para el emperador y nos ayudes a conservar Hierápolis.» Éste era el contenido de la carta. Pe- 24 ro Belisario no dio por buenas sus palabras y llegó a un lugar llamado Europo, que está a orillas del Eufrates. Desde 25 allí envió mensajeros a todas partes y fue reuniendo un ejército. Luego, asentó allí el campo y les respondió a los oficiales de Hierápolis del siguiente modo: «Si son otros hombres contra los que ahora avanza Cosroes, pero no súbditos romanos, este plan que habéis concebido está bien y es de lo más seguro. Pues para quienes están tranquilos y libres de 26 problemas, es una gran insensatez correr un peligro innecesario. Pero si este bárbaro ha salido ahora de aquí para lanzarse contra algún otro territorio del emperador Justiniano, y uno tan singularmente bueno como éste y que no cuenta con ninguna guarnición militar, estad seguros de que, en todos los aspectos, es mejor morir con valentía que salvarse sin 27 lucha, porque a esto, al menos, no sería justo llamarlo salvación sino traición. Así que, ¡vamos!, venid lo más rápido que podáis a Europo, donde, después de reunir un ejército completo, tengo la esperanza de habérmelas con el enemigo como Dios me lo permita.» Cuando los oficiales leyeron la 28 carta que se les entregó, cobraron ánimos y, tras dejar allí a Justo con algunas tropas para guarnecer Hierápolis, los demás marcharon con el resto del ejército hacia Europo.

Cuando Cosroes supo que Belisario estaba acampado 29 con la totalidad de su ejército en Europo, decidió no seguir avanzando más y envió a uno de los secretarios regios, llamado Abandanés, un hombre con mucha fama de prudente,

a presencia de Belisario para que investigara con qué clase de general estaba tratando, aunque con la excusa de echarle en cara el que el emperador Justiniano no hubiera mandado ni un solo mensajero a los persas para concertar la paz con arreglo a los acuerdos. Al enterarse, Belisario hizo lo siguiente. Escogió seis mil hombres de buena estatura y bellissimo cuerpo y los mandó a cazar bastante lejos del campamento. Luego, les dio órdenes concretas a Diógenes, lancero de su guardia, y a Adolio, el hijo de Acacio y armenio de nacimiento, que siempre le había prestado sus servicios al emperador encargándose de mantener el silencio¹⁶⁵ en palacio («silenciaros» llaman los romanos a quienes cumplen esta función), pero que entonces era comandante de algunas fuerzas armenias. Pues bien, lo que les ordenó fue que cruzaran el río con un millar de jinetes y se pusieran a recorrer la orilla de aquel lado, dejándoles creer continuamente a los enemigos que, en el caso de que quisieran cruzar el Eufrates y tomar el camino de su tierra, no iban a permitirselo de ningún modo. Y así lo hicieron.

3 Belisario, cuando se informó de que el embajador ya estaba muy cerca, montó una tienda fabricada de tejido grueso, que suelen llamar pabellón¹⁶⁶, y allí se sentó, como en un lugar desierto, dando a entender que había llegado a
4 aquel sitio sin pertrechos de ningún tipo. Y a sus soldados los dispuso de la siguiente manera. A cada lado de la tienda había tracios e ilirios, detrás godos, a continuación hérulos y
5 tras éstos había vándalos y moros. Todos ellos cubrían una enorme extensión de la llanura, pues no permanecían quietos siempre en el mismo puesto, sino que estaban separados

¹⁶⁵ *Tà es tèn hēsychian*: se trata, como Procopio nos aclara, del oficial (con rango de senador) llamado *silentarius* en el palacio de Constantinopla.

¹⁶⁶ *Papyleōna*, lat. *papilio*, «tienda de campaña».

unos de otros y andando de acá para allá, y miraban como de pasada y sin ninguna atención al embajador de Cosroes. Y ninguno de ellos llevaba manto ni nada sobre los hombros, sino que iban paseando vestidos con túnicas de lino y calzas y, además, un cinturón. Cada uno tenía su fusta para el caballo y, como armas, uno una espada, otro un hacha y otro arco y flechas sin ninguna protección. Todos daban la impresión de estar ansiosos por ir de caza, despreocupados de cualquier otro asunto. Llegó, pues, Abandanes a presencia de Belisario y le aseguró que el rey Cosroes consideraba indignante que el César (que así llaman los persas al emperador romano ¹⁶⁷) no le hubiera enviado embajadores, como se había convenido en los acuerdos, y que por eso Cosroes se había visto obligado a venir en armas contra el territorio romano. Belisario, sin sentir ningún miedo porque un número tan grande de bárbaros estuviera allí acampado muy cerca, y sin inquietarse por sus palabras, le respondió con una sonrisa y con el semblante relajado, diciéndole: «La forma en que ha actuado Cosroes no es la acostumbrada entre el resto de los hombres. Pues todos los demás, en caso de que surjan discrepancias con algunos de sus vecinos, primero envían una embajada y, de no obtener las oportunas explicaciones, entonces van a la guerra contra ellos. Él, por el contrario, cuando ya está en medio de los romanos, ahora nos ofrece conversaciones de paz.» Y tras estas palabras, despidió al embajador.

Al llegar ante Cosroes, Abandanes le aconsejó que se marchara cuanto antes. Pues le aseguró que se había encontrado con un general superior en valentía y sagacidad a todos los demás, y con unos soldados como él nunca había visto y cuya intachable conducta, por encima de todo, le ha-

¹⁶⁷ Cf. II 11, 35, y n. 89.

bía causado asombro. Y añadió que el peligro que iban a correr él y Belisario en el combate no estaría nivelado, sino que habría una diferencia: si él vencía, vencería al siervo del César ¹⁶⁸, pero si era derrotado, lo que podría suceder, le acarrearía un gran ultraje al imperio y a la raza toda de los persas; por otra parte, los romanos, de ser vencidos, podrían salvarse fácilmente refugiándose en sus fortificaciones y en su propia tierra, pero, en caso contrario, ni siquiera un mensajero podría escapar a territorio persa. Cosroes se dejó persuadir por esta advertencia y estaba ya dispuesto a regresar a los dominios persas, pero hallaba un gran obstáculo. En efecto, creía que los enemigos estaban vigilando por sí cruzaban el río y, además, por el mismo camino que cogió y que estaba totalmente despoblado le era imposible retornar, porque se les habían ya agotado todas las provisiones que antes traían con ellos, cuando invadieron el territorio romano. Al final, después de mucho pensar, le pareció que lo más conveniente era arriesgarse a una batalla, alcanzar la orilla de enfrente y hacer la retirada a través de una región fértil y muy rica en todo. Belisario, por otro lado, tenía bien claro que ni siquiera cien mil hombres serían suficientes para impedir que Cosroes cruzara. El caso era que el río se podía cruzar en barcas por muchos sitios y, además, el ejército persa era lo bastante fuerte como para que unos pocos enemigos le hubieran cerrado el paso. Pero a las tropas de Diógenes y Adolio y a los otros mil jinetes les había ordenado al principio ¹⁶⁹ que se quedaran allí recorriendo la ribera, para poner al bárbaro en un estado de inquietud y perplejidad. Y ciertamente lo atemorizó, como ya he dicho, pero a Belisario también le asustó la idea de que aquél encontrara

¹⁶⁸ Cf. n. anterior.

¹⁶⁹ Cf. II 21, 2.

algún obstáculo para salir del territorio romano. A sus ojos 20
era muy importante expulsar de allí al ejército de Cosroes,
sin arriesgarse a luchar en ninguna batalla contra tantos miles
de bárbaros y con unas tropas que eran muy escasas y que
estaban sencillamente aterrorizadas ante el ejército medo. Y,
por esta razón, le ordenó entonces a Diógenes y Adolio que
permanecieran quietos.

Así pues, Cosroes construyó un puente con gran rapidez 21
y cruzó de inmediato el río Eufrates con todo su ejército. Y 22
es que los persas cruzan cualquier río sin ningún esfuerzo,
porque cuando salen en expedición llevan en su equipo co-
mo unos ganchos de hierro con los que ajustan entre sí unas
largas vigas de madera y así improvisan una especie de puen-
te en seguida y donde les place. Tan pronto como estuvieron 23
en la margen opuesta, le envió a Belisario embajadores para
decirle que con la retirada del ejército medo le había hecho
un favor a los romanos y que ahora esperaba él, a su vez, a
sus embajadores, que debían presentarse en un plazo no
muy largo. Belisario, entonces, cruzó en persona el río Eu- 24
frates con todo el ejército romano e inmediatamente envió
emisarios a Cosroes. Cuando llegaron ante él, dieron su total 25
aprobación a la retirada que había efectuado y prometieron
que muy pronto le llegarían embajadores del emperador pa-
ra lograr que se cumplieran en la práctica los anteriores
acuerdos de paz. Le encargaron, además, que en su viaje 26
de vuelta a través de tierra romana tratara a todos los habi-
tantes como amigos suyos que eran. Consintió él en hacerlo
así, siempre que para este pacto le entregaran en calidad de
rehén a alguna ilustre personalidad, con el fin de poder lle-
var a efecto los acuerdos. Regresaron, pues, los embajado- 27
res ante Belisario y le transmitieron las palabras de Cosroes.
Y el general, tras llegar a Edesa, escogió a Juan, hijo de Ba-
silio, el más distinguido de todos los de allí por su linaje y

riqueza, y contra su voluntad lo envió de inmediato como
28 rehén a Cosroes. Los romanos se deshacían en elogios de
Belisario y consideraban que por esta acción aquel hombre
había alcanzado más gloria que cuando trajo cautivos hasta
29 Bizancio a Gelimer¹⁷⁰ y a Vitigis¹⁷¹. Y es que, verdadera-
mente, era algo de suma importancia y merecía las mayores
alabanzas el que, cuando todos los romanos estaban llenos
de temor y ocultos en sus fortificaciones y Cosroes se en-
contraba con un enorme ejército en el centro del imperio
romano, un general con unos pocos soldados hubiera llega-
do de pronto a galope tendido desde Bizancio para asentar
el campo contra el rey de los persas y que Cosroes inesp-
radamente, ya fuera por miedo a la fortuna o al valor¹⁷² de
ese hombre o incluso engañado por alguna estratagema, no
hubiera seguido avanzando sino que, de hecho, hubiera hui-
do, aunque a título de pretender la paz.

30 Pero, mientras, Cosroes, sin importarle los acuerdos fir-
mados, tomó la ciudad de Calinico¹⁷³ que estaba totalmente
indefensa. Y es que los romanos, al ver que sus murallas
estaban ruinosas y que eran muy fáciles de asaltar, iban de-
rumbándolas por sectores y restaurándolas con nuevas edi-
31 ficaciones. Justo en aquel momento habían derribado una
parte del recinto pero no habían reconstruido aún el tramo
que faltaba, y, cuando se enteraron de que los enemigos es-
taban muy cerca, sacaron de allí sus pertenencias más valio-
sas y los ciudadanos ricos se refugiaron en otras fortifica-
ciones, mientras todo el resto de sus habitantes se quedaba
32 allí sin ninguna guarnición. Y lo que también sucedió fue
que se congregó en su interior un gran número de campesi-

¹⁷⁰ En el 534: cf. IV 9, 1.

¹⁷¹ En el 540: cf. II 4, 13.

¹⁷² Cf. II 19, 36.

¹⁷³ Cf. II 11, 28.

nos. Cosroes los redujo a todos a la esclavitud y destruyó la ciudad entera. Y poco después, una vez que recibió a Juan ³³ como rehén, se retiró a su patria. Los armenios que se habían pasado a Cosroes ³⁴¹⁷⁴ recibieron garantías de los romanos y vinieron junto con Basaces a Bizancio. Y esto fue lo que les sucedió a los romanos en la tercera invasión de Cosroes. Belisario acudió a Bizancio a la llamada del emperador para ser enviado de nuevo a Italia, donde la causa romana se encontraba ya en una situación muy peligrosa.

Por este tiempo se declaró una epidemia de peste ²²¹⁷⁵ que estuvo a punto de acabar con toda la raza humana. Y lo cierto es que, para cualquier otra calamidad de las que manda el cielo, hasta podrían aventurar quizá, quienes se atrevan, alguna explicación de su causa, como a menudo suelen hacer los que tienen la habilidad de fantasear razones absolutamente incomprensibles para los demás mortales y fingir teorías peregrinas sobre los fenómenos naturales; y aunque saben que lo que dicen es una insensatez, se consideran sa-

¹⁷⁴ Cf. II 3, 31 ss.

¹⁷⁵ Empezó en Egipto (II 22, 6) y en su segundo año, en el 542, se extendió por Bizancio, donde precisamente se encontraba Procopio (II 22, 9). HAGEN (*Die Pest im Altertum*, Jena, 1939) la identificó como peste bubónica. Sin duda, la narración de la peste de Atenas (TUCÍDIDES, II 47, 3 ss.) ha sido, en el vocabulario y las expresiones, el modelo de Procopio, como también lo fue para DIODORO, XIV 7 ss.; DIONISIO DE HALICARNASO, *Historia antigua de Roma* X 53; TITO LIVIO, XXV 26 ss.; o LUCRECIO, VI 1090 ss. Remitiremos a algunos pasajes tucidídeos, aunque, como puede deducirse de la simple lectura, los síntomas y características de la enfermedad no eran totalmente los mismos en ambas epidemias (si bien algunos autores, entre ellos Ozanam, Hooker o Williams, han defendido que la epidemia de Atenas fue igualmente de peste bubónica, y no viruela, tifus, sarampión, escarlatina, o cualquiera de las demás enfermedades propuestas: cf. para esto último J. ALSINA, «¿Un modelo literario de la descripción de la peste de Atenas?», *Emerita* 55 [1987], 1 ss., y n. 2).

tisfechos con engañar con sus embustes y convencer al primero que encuentran en su camino. Para este desastre, sin embargo, no hay manera de expresar con palabras un motivo ni de concebirlo mentalmente, salvo que nos remontemos a la voluntad de Dios. Pues no afectó a un parte concreta de la tierra ni a cierto tipo de hombres, ni se redujo a una determinada estación del año, de donde pudiera haberse atinado con alguna conjetura acerca de sus causas, sino que se extendió por la tierra entera, se cebó en cualquier vida humana, por muy distintos que fueran unos hombres de otros, sin perdonar ni naturalezas ni edades¹⁷⁶. Y es que la diversidad de sitios donde habitaban y de maneras de vivir, o de condiciones naturales o de actividades que ejercían o de cualquier otra cosa en la que se diferencia un ser humano de otro, eso, sólo en el caso de esta enfermedad, no sirvió de nada. A unos los atacó en verano, a otros en invierno y a otros en las otras estaciones del año. Así pues, que cada cual diga lo que piense al respecto, ya se trate de un charlatán o de un astrólogo¹⁷⁷; en cuanto a mí, voy a referir dónde comenzó esta enfermedad y de qué modo exterminaba a los seres humanos.

Comenzó¹⁷⁸ entre los egipcios que habitaban en Pelusio¹⁷⁹. Y tras aparecer, se propagó en dos direcciones: por un lado hacia Alejandría y el resto de Egipto; por el otro,

¹⁷⁶ Cf. TUCÍDIDES, II 51, 1 ss.

¹⁷⁷ En el original *kai sophistēs kai meteōrolōgos* (que aquí, en sentido peyorativo, designa al astrólogo, aunque también es el término para el astrónomo).

¹⁷⁸ Cf. TUCÍDIDES, II 48, 1 (*érxato...*). Acerca de estas líneas cf. la peculiar interpretación (sobre cierto trasfondo estoico) de G. SCARPAT, «Leggendo Procopio di Cesarea (*Bella* 2, 22, 6 ss.)», *Paideia* 44 (1989), 57-58.

¹⁷⁹ Ciudad costera del Bajo Egipto, en el extremo oriental del delta del Nilo.

llegó a la zona de Palestina que limita con Egipto, y desde allí se extendió por la tierra entera, siempre adelante en su camino y avanzando en las épocas que mejor le venían. Parecía, en efecto, que se propagaba bajo condiciones específicas y que en cada país se detenía un tiempo fijo: a ningún hombre dejaba pasar su azote, sino que se expandía por todas partes hasta los confines del mundo, como con miedo a que se le escapara algún rincón de la tierra. Pues ni isla ni 7
cueva ni montaña, que estuvieran habitadas se libraron del mal. Y si se dio el caso de que por algún sitio pasó de largo, sin atacar a los que allí vivían o afectándolos de alguna manera imprecisa, volvió, no obstante, más tarde a manifestarse de nuevo en ese lugar, pero sin afectar entonces en absoluto a los que habitaban en las cercanías, a los que precisamente había acometido antes con mayor virulencia, y no desapareció del sitio en cuestión hasta haberse cobrado la cantidad exacta y justa de víctimas, que coincidía plenamente con la de los muertos que antes se habían producido entre los que habitaban en sus alrededores. Comenzaba siempre esta enfermedad por las zonas costeras y, así, iba ya subiendo hacia las regiones del interior. Al segundo año, a mediados de la primavera, llegó a Bizancio, donde casualmente estaba yo 9
residiendo en aquel entonces. Y ocurrió de la siguiente manera. Muchos vieron unas apariciones fantasmales con forma de seres humanos de diverso aspecto y todos los que se las encontraban creían que eran golpeados por ese hombre que les salía al paso en cualquier punto de su cuerpo. Y, nada más haber visto la aparición, al momento eran atacados por la enfermedad. Pues bien, al principio, los que se habían 10
encontrado a estas apariciones intentaban alejarlas de sí repitiendo los nombres más sagrados y conjurándolas de otros modos, como cada cual podía; sin embargo no conseguían absolutamente nada, porque muchísima gente, aun refugian-

- 12 dose en los templos, moría. Luego, hacían por no oír ni siquiera la llamada de sus amigos y los dejaban encerrados en sus habitaciones, fingiendo, a pesar de sus golpes en las puertas, que no escuchaban nada, por miedo, claro está, a
- 13 que el que los llamaba fuera uno de aquellos fantasmas. En ciertos casos no fue así como sobrevino la peste, sino que algunos tuvieron soñando una visión en la que les parecía que estaban sufriendo el mismo trato por parte de uno que se encontraba a su lado, o que oían una voz que les anunciaba que estaban ya inscritos en la lista de los muertos. Pero lo que les sucedió a muchísimas personas fue que la enfermedad les entró, sin que, ni por una visión ni por un ensueño, se enteraran de lo que después les iba a ocurrir.
- 14 Les acometía de la siguiente manera. Repentinamente les daba fiebre, a unos cuando acababan de despertarse, a otros mientras estaban paseando y a otros en medio de cualquier
- 15 otra actividad. Y el cuerpo ni cambiaba de color ni estaba caliente¹⁸⁰, como cuando ataca la fiebre, ni tampoco se producía ninguna inflamación, sino que la fiebre era tan tenue desde que comenzaba hasta el atardecer que ni a los propios enfermos ni al médico al tocarlos les daba la impresión de
- 16 que hubiera ningún peligro. Y, en efecto, ninguno de los que habían contraído el mal creyó que fuera a morir de eso. Pero a unos en el mismo día, a otros al siguiente y a otros no mucho después le salía un tumor inguinal, no sólo en esa parte del cuerpo que está bajo el abdomen y que se llama ingle, sino también en la axila; y a algunos incluso junto a la oreja y en diversos puntos del muslo¹⁸¹.
- 17
- 18 Pues bien, hasta aquí a todos los afectados por la enfermedad les venía a pasar casi lo mismo. Pero, a partir de ahí,

¹⁸⁰ Cf. TUCÍDIDES, II 49, 5.

¹⁸¹ Cf. *ibid.* II 49, 8.

no soy capaz de decir si la diferencia de síntomas radicaba en la diversidad de constituciones físicas o en la voluntad de Aquél que mandó ese mal. Unos entraban en coma profundo¹⁸², otros en un delirio agudo y cada cual sufría los efectos propios de la enfermedad. Pues los que entraban en coma se olvidaban de todo lo que antes les había sido familiar y parecía que siempre estaban durmiendo. Y si alguien se ponía a cuidarlos, comían en medio de aquel estado en que se encontraban, pero los que carecían de estos cuidados seguidamente morían por falta de alimentación. Sin embargo, los que eran dominados por el delirio sufrían un terrible insomnio¹⁸³ y muchas alucinaciones: pensaban que venía gente a matarlos y se hallaban inquietos y gritando como locos se precipitaban a huir. Quienes los estaban atendiendo caían rendidos de fatiga porque no descansaban y era la suya una mortificación continua e irremediable. Por eso, todos se compadecían de ellos, más incluso que de los enfermos, y no por ese peligro angustioso de estar siempre cerca de los apestados (pues el caso era que ni médicos ni particulares contraían este mal por contagio¹⁸⁴ de los enfermos o de los fallecidos, porque muchos que constantemente estaban enterando o atendiendo a personas sin ninguna relación con ellos resistían, contra lo que cabía esperar¹⁸⁵, prestando este servicio, mientras que a muchos otros los atacaba inexplicablemente la enfermedad y morían en seguida), sino por el gran sufrimiento que padecían. Y es que cuando se caían de la cama y rodaban por el suelo, volvían a acostarlos de nuevo; y cuando se precipitaban ansiosos fuera de sus casas, los

¹⁸² En el original, *kôma bathý*.

¹⁸³ Cf. TUCÍDIDES, II 49, 6.

¹⁸⁴ Ocurría lo contrario en el caso de la peste de Atenas: cf. TUCÍDIDES, II 47, 4.

¹⁸⁵ *Parà dóxan anteíchon*: cf. TUCÍDIDES, II 49, 6 (*anteíche parà dóxan*).

25 forzaban a empujones y a rastras a regresar. En cuanto en-
 contraban agua a su paso, querían meterse, y no ya tanto¹⁸⁶
 por ganas de beber¹⁸⁷ (pues muchos se tiraban al mar), sino
 que la causa era mayormente aquella enfermedad mental.
 26 También con la comida tenían muchas dificultades, dado
 que no era fácil para ellos tomar bocado. Muchos perecían
 por falta de alguien que los cuidara, ya fuera porque el
 hambre los consumía o porque se arrojaban desde algún lu-
 27 gar elevado. Y a los que no entraban en coma ni sufrían
 aquel delirio, se les gangrenaba el tumor inguinal y morían
 28 por no poder ya resistir los dolores. Podría suponerse que a
 todos los demás les pasaba lo mismo, pero, como no eran
 dueños de sí mismos, no podían de ningún modo experi-
 mentar el dolor, porque su enajenación mental los privaba
 de sensaciones.

29 Lo cierto es que algunos médicos, sin saber qué hacer
 por su desconocimiento de los síntomas y creyendo que la
 clave de la enfermedad se reducía a los tumores inguina-
 les¹⁸⁸, decidieron examinar los cadáveres de los fallecidos.
 Y, después de abrir algunos tumores, descubrieron un tipo
 extraño de carbunco que se había generado en el interior.

30 Unos morían de inmediato; otros, después de muchos
 días. A algunos el cuerpo se les cubría de pústulas¹⁸⁹ negras
 tan grandes como una lenteja y no sobrevivían ni un solo
 31 día, sino que todos morían en seguida. A muchos también

¹⁸⁶ El texto (*ou dé ouch hóson*) presenta problemas. HOESCHIEL propu-
 so *ou dé* para corregir la lectura de los mss. (*ou dé VG, ou dí P*). Haury
 conjeturaba *autôî*.

¹⁸⁷ Cf. TUCÍDIDES, II 52, 2.

¹⁸⁸ Cf. este uso del verbo *apokrinō* en TUCÍDIDES, II 49, 1.

¹⁸⁹ *Phlyktainais... exēnthei*: cf. TUCÍDIDES, II 49, 5 (*Phlyktainais...
 exēnthēkós*).

les sobrevinía un vómito¹⁹⁰ espontáneo de sangre que acababa con ellos al momento. Puedo, de verdad, declarar esto: 32 los médicos más reputados predijeron que morirían muchos que, inesperadamente, sanaron poco después y aseguraron que se salvarían muchos que, sin embargo, iban a perecer muy pronto. De tal modo que no había ninguna causa de 33 esta enfermedad que pudiera ser comprendida por el razonamiento humano, pues en todos los casos la recuperación se producía la mayor parte de las veces de una forma impensada. Así, para unos los baños fueron beneficiosos y para otros muy perjudiciales. Muchos que no recibían cuida- 34 dos morían, pero muchos también se salvaban contra toda lógica¹⁹¹. Y, además, los mismos tratamientos surtían efectos distintos en aquéllos a quienes se los administraba. En resumen, los hombres no descubrieron ningún remedio para salvarse: ni para no sufrir el mal previniéndolo, ni para sobrevivir una vez que los hubiera atacado; al contrario, enfermaban sin ninguna causa justificada y el restablecimiento era igualmente espontáneo.

Y para las mujeres embarazadas que contraían la enfer- 35 medad, la muerte era algo previsible. Pues unas abortaban y morían, y otras, nada más dar a luz, fallecían junto con sus recién nacidos. Sin embargo, cuentan que tres de ellas so- 36 brevivieron al alumbramiento, a pesar de haber perdido a sus hijos, y que también ocurrió que el niño de una que ya estaba muerta en el momento del parto, nació y quedó con vida.

Pues bien, en aquellos casos en que el tumor inguinal se 37 inflamaba aumentando de tamaño y supuraba, los pacientes salían de la enfermedad y se restablecían, porque evidente-

¹⁹⁰ Cf. TUCÍDIDES, II 49, 3.

¹⁹¹ Cf. *ibid.* II 51, 2

mente la gravedad del carbunco remitía de esa forma y la mayoría de las veces era señal de que se iba a recobrar la salud. Pero cuando el tumor conservaba su primer aspecto, entonces era cuando sobrevenían los procesos malignos que
38 acabo de mencionar. En algunos casos también se desecaba el muslo y, aunque el tumor se inflamara, no había nada de
39 supuración. A otros que sobrevivieron lo que les sucedió fue que la lengua¹⁹² no les quedó ilesa, y siguieron con vida pero balbuciendo o hablando con dificultad y de manera ininteligible.

23 Pues bien, la enfermedad estuvo cuatro meses infestando Bizancio y durante tres de ellos se manifestó con especial
2 virulencia. Al principio morían en número un poco mayor que el de costumbre, después las pérdidas fueron elevándose progresivamente, para luego alcanzar una cantidad de cinco mil víctimas al día, hasta llegar a diez mil o incluso
3 más. Así pues, primero, cada cual se ocupaba de enterrar a los fallecidos de su propia casa, a los que venían a arrojar en tumbas ajenas¹⁹³, o a escondidas o utilizando la violencia. Posteriormente, la confusión fue total en todos los aspectos.
4 Y es que hubo esclavos que se quedaron sin dueños, y hombres que en el pasado eran muy ricos se vieron privados de la asistencia de sus siervos domésticos, por estar enfermos o haber muerto; y muchas casas quedaron totalmente deshabitadas. De ahí que, en razón de esta misma escasez de seres
5 humanos, también sucedió que algunas personas ilustres permanecieron insepultas durante muchos días.

6 Al emperador le tocó, como era lógico, tomar medidas y ocuparse del asunto. Y, así, distribuyó partidas de soldados de palacio y sumas de dinero y le ordenó a Teodoro que se

¹⁹² Cf. TUCÍDIDES, II 49, 2.

¹⁹³ Cf. *ibid.* II 52, 4.

encargara de ese cometido. Este oficial estaba al frente del despacho de consultas imperiales: continuamente le notificaba al emperador las peticiones que hacían los demandantes y, a su vez, les comunicaba a éstos la voluntad de aquél. «Refrendario»¹⁹⁴ llaman en latín los romanos al que ocupa este cargo. Pues bien, quienes coincidía que aún no estaban 7 totalmente privados de servicio doméstico, éstos enterraban a los miembros de su familia, cada uno a los suyos. Teodoro, 8 por su parte, con la entrega de dinero del tesoro imperial e incluso gastando de su propio bolsillo, sepultaba los cuerpos de los desatendidos. Y cuando ya se llegó al extremo de 9 que todas las tumbas que antes había estaban llenas de cadáveres, cavaron, uno tras otro, todos los rincones de la ciudad y allí colocaban a los que iban muriendo, como cada cual podía, y luego se alejaban. Pero, a la postre, los que estaban cavando ya no podían dar abasto a la gran cantidad de fallecidos, de modo que subieron a las torres del recinto amurallado de Sicas¹⁹⁵ y allí, después de haber derribado sus 10 techos, se pusieron a arrojar los cuerpos desordenadamente y a amontonarlos de cualquier manera; y cuando las torres estuvieron, por así decirlo, llenas de cadáveres, las cubrieron de nuevo con los techos. Y a partir de entonces corría 11 hasta la ciudad un aire pestilente¹⁹⁶ que atormentaba aún más a sus habitantes, sobre todo cuando lo traía el viento al soplar desde allí.

En aquellas fechas quedaron arrumbados todos los ritos funerarios¹⁹⁷. En efecto, los difuntos no eran llevados a enterrar con su cortejo, como de costumbre, ni con la música

¹⁹⁴ Lat. *referendarius*.

¹⁹⁵ Hoy el barrio de Gálata en Estambul.

¹⁹⁶ *Pneûma dysôdes*: cf. TUCÍDIDES, II 49, 2 (*pneûma átopon kai dysôdes*, pero referido al aliento de los enfermos).

¹⁹⁷ Cf. TUCÍDIDES, II 52, 4.

fúnebre que era habitual, sino que bastaba con que uno portara en hombros al muerto hasta llegar a la zona costera de la ciudad donde lo arrojaba, para que, después de amontonarlos en barcas, se los llevaran a cualquier sitio que se les ocurriera. También entonces los que antes habían sido partidarios de las facciones¹⁹⁸ dejaron a un lado su mutuo rencor y se ocuparon, en común, de los piadosos deberes para con los muertos: ellos en persona portaban los cadáveres de quienes no eran allegados suyos y los enterraban. Es más, incluso aquéllos que con anterioridad disfrutaban entregándose a acciones viles y perversas, éstos desterraron de su vida diaria todo delito para practicar escrupulosamente la piedad¹⁹⁹, y no por haber aprendido de súbito lo que era la decencia ni por haberse vuelto unos repentinos amantes de la virtud (porque todo lo que en los hombres está fijado por naturaleza o por una enseñanza muy prolongada en el tiempo es imposible que sea tan fácil de cambiar, a no ser que los inspire la bondad de Dios), sino porque en aquel entonces todos, por así decirlo, estaban espantados de lo que sucedía, convencidos de que iban a morir de un momento a otro, y era, lógicamente, una imperiosa necesidad la que los llevaba a aprender en el instante lo que era honradez. Lo cierto fue que, en cuanto se vieron libres de la enfermedad y sospecharon que ya estaban salvados y seguros, porque el mal se había trasladado a otros pueblos, se produjo de nuevo en ellos una inmediata mudanza de su voluntad²⁰⁰ hacia lo peor y, aún más que antes, dieron muestra de lo voluble de su comportamiento, superándose a sí mismos en maldad y en cualquier

¹⁹⁸ Cf. I 24, 2, y n. 190.

¹⁹⁹ Curiosa diferencia con lo ocurrido en Atenas, según TUCÍDIDES, II 52, 3 (*es oligōrian etraponto kai hierōn kai hosiōn homoiōs*).

²⁰⁰ *Anchístrophon... tèn metabolén*: cf. TUCÍDIDES, II 53, 1 (*anchístrophōn tèn metabolén*).

otra clase de delito. Y es que uno podría asegurar, sin decir ninguna mentira, que esta enfermedad, por azar o por algún tipo de providencia, escogió para sí con todo esmero a los más perversos y los dejó libres. Pero esto sólo quedó demostrado algún tiempo después.

En esos días parecía que no era fácil ver a nadie por los 17 lugares públicos, al menos de Bizancio, sino que todos los que coincidía que estaban sanos permanecían en sus casa, cuidando a los enfermos o llorando a los muertos. Y si se 18 lograba encontrar a algún caminante, es que iba portando un cadáver. Cesaron todas las actividades y los artesanos abandonaron todas sus ocupaciones y los demás trabajos que cada cual tenía entre manos. Y, así, en una ciudad sencillamente 19 sobrada de toda clase de buenos productos, el hambre retozaba a rienda suelta. Por supuesto, tener bastante pan o cualquier otro alimento parecía una cosa difícil y extraordinaria, de tal manera que en el caso de algunos enfermos el trágico desenlace de su vida fue, manifiestamente, prematuro, debido a la falta de artículos de primera necesidad. En 20 resumen, era totalmente imposible ver a nadie en Bizancio vestido de clámide²⁰¹, en especial cuando vino ya a enfermar el emperador (pues también a él le salió un tumor en la ingle), y en la ciudad que tenía el poder sobre todo el imperio romano, todos permanecían tranquilamente en casa cubiertos con mantos en calidad de simples particulares. Pues 21 bien, en relación con la peste esto fue lo que sucedió en Bizancio y en el resto del mundo romano. También cayó sobre el territorio persa y sobre todos lo demás pueblos bárbaros.

²⁰¹ Es decir, el vestido más apropiado para los asuntos oficiales (en época clásica, particularmente, de militares y caballeros).

24 Coincidió, por otra parte, que Cosroes²⁰² había llegado de Asiria a un lugar llamado Adarbiganón, situado hacia el norte, desde donde pensaba invadir el territorio romano a través de Persarmenia²⁰³. Allí se encuentra el gran templo del fuego, al que los persas veneran más que a los dioses. Ahí, por cierto, guardan los magos²⁰⁴ el fuego inextinguible y, aparte de celebrar puntualmente sus ritos, consultan un oráculo que responde sobre las cuestiones más importantes. Éste es el fuego al que llamaban Hestia²⁰⁵ y al que veneraban en tiempos pasados los romanos. Y fue allí donde un emisario que vino desde Bizancio a presencia de Cosroes, le anunció que los embajadores Constanciano y Sergio llegarían de inmediato para alcanzar un acuerdo. Estos hombres eran consumados oradores los dos e inteligentísimos: Constanciano, ilirio de nacimiento; Sergio, de la ciudad de Edesa, la que está en Mesopotamia²⁰⁶. Y Cosroes se quedó allí tranquilamente esperándolos. Pero durante ese viaje enfermó Constanciano y, como pasó mucho tiempo, sucedió que la epidemia de peste cayó sobre los persas. Por esta razón, Nábedes, que en aquel entonces tenía el mando de general en Persarmenia, envió, por mandato del rey, al sacerdote

²⁰² En el año 543.

²⁰³ Cf. I 10, 1, y n. 75.

²⁰⁴ Cf. I 3, 18 ss., y nn. 29 y 30. Los magos, en efecto, actuaron como transmisores de la religión mazdeísta de Zaratustra (Zoroastro en griego), para la que el fuego, en todas sus manifestaciones (desde el sol hasta el del hogar: cf. la nota siguiente sobre «Hestia»), es algo sagrado y primordial: «... como el intermediario que convierte las ofrendas en el humo que sirve de alimento a los Dioses» (F. Díez de Velasco, *Hombres, ritos, Dioses. Introducción a la Historia de las Religiones*, Madrid, 1995, pág. 305).

²⁰⁵ La diosa del hogar y del fuego sagrado (la Vesta romana). El término avéstico del fuego sagrado es *Ātar*, que guarda cierta semejanza fonética con Hestia.

²⁰⁶ Cf. I 17, 24.

cristiano de Dubio a presencia de Valeriano, el general de Armenia, para quejarse de la tardanza de los embajadores y promover con todo su empeño la paz con los romanos. Vino 7 el sacerdote con su hermano a Armenia y, cuando se topó con Valeriano, le aseguró que, como cristiano que era, estaba predispuesto a favorecer a los romanos y que el rey Cosroes se dejaba siempre convencer por él en cualquier asunto. De tal modo que si los embajadores romanos marchaban con él a tierra persa, no encontrarían ningún impedimento para ajustar la paz como quisieran. Tales fueron las palabras 8 del sacerdote, pero su hermano se entrevistó a escondidas con Valeriano y le dijo que Cosroes estaba en graves apuros: que su hijo²⁰⁷, en efecto, intentando usurpar²⁰⁸ el poder se había alzado contra él; que lo había atacado la enfermedad a él y a todo el ejército persa, y que por eso pretendía entonces firmar un pacto con los romanos. Cuando lo escu- 9 chó Valeriano, despidió de inmediato al obispo prometiéndole que, en breve, se presentarían sus embajadores ante Cosroes y que él en persona le referiría al emperador Justiniano las palabras que había escuchado. Esto fue lo que al 10 instante movió al emperador a ordenarle a Valeriano, a Martino y al resto de los oficiales que invadieran cuanto antes el territorio enemigo, pues sabía bien que nadie se pondría en su camino. Les mandó que se reunieran en un mismo sitio 11 para, de ese modo, realizar la invasión sobre Persarmenia. Y una vez que los oficiales recibieron su carta y la leyeron, acudieron todos, junto con las tropas que les seguían, a congregarse en el territorio de Armenia.

Cosroes había abandonado ya poco antes Adarbiganón 12 por miedo a la enfermedad y había partido hacia Asiria con

²⁰⁷ Su hijo mayor, Anusazad, a quien derrotó finalmente.

²⁰⁸ I 26, 5, y n. 231.

todo su ejército, donde la epidemia de peste aún no se había extendido. Así pues, Valeriano acampó con las fuerzas bajo su mando muy cerca de Teodosiópolis²⁰⁹. Iba en sus filas

13 Narsés con sus armenios y algunos hérulos. Martino, general de Oriente, con Ildíger y Teoctisto llegó a la fortaleza de Citarizón y, tras asentar el campo, se quedó allí. Dicha fortaleza se halla a cuatro días de camino de Teodosiópolis. Allí se presentó también no mucho después con Adolio y

14 algunos otros oficiales. Aquellas fuerzas las mandaba Isaac, hermano de Narsés. Filemut y Bero con los hérulos que los seguían los alcanzaron al llegar a la región de Corcianene, no muy lejos del campamento de Martino. Justo, sobrino de emperador, Peranio y Juan, el hijo de Nicetas, junto con Domenciolo y Juan apodado el Glotón, acamparon cerca de la fortaleza de Fisón, que se encuentra muy próxima a las

16 lindes de Martirópolis. Y así fue como acamparon los comandantes romanos con sus tropas: el conjunto del ejército sumaba treinta mil hombres. Pero ni todos ellos se reunieron en un mismo lugar ni tampoco entraron en conversaciones entre sí. Los generales, no obstante, enviándose unos a otros algunos mensajeros de su séquito, iban informándose acerca

18 de la invasión. De repente, Pedro, sin comunicárselo a nadie, comenzó a penetrar con los suyos de manera irreflexiva en tierra enemiga y, nada más enterarse al otro día Filemut y Bero, los jefes de los hérulos, lo siguieron de inmediato.

19 Cuando lo supieron Martino y Valeriano, se lanzaron también rápidamente a la invasión. Y todos ellos, poco después, vinieron a juntarse en territorio enemigo, a excepción de Justo y los suyos, quienes, como he dicho, habían acampado muy lejos del resto del ejército y, sólo cuando más tarde les llegaron noticias de aquella invasión, se dieron prisa en pe-

²⁰⁹ Cf. I 10, 18, y n. 82.

netrar también ellos en la zona del territorio enemigo que tenían enfrente, pero ya no pudieron unirse a los otros comandantes. Todos los demás, en efecto, se encaminaron directamente a Dubio, pero sin efectuar saqueos ni causar ningún otro daño en el territorio persa.

Dubio, que es una comarca buena en general, pero particularmente por la templanza de su clima y la abundancia de agua, se halla a una distancia de ocho días de camino de Teodosiópolis. Sus llanuras son apropiadas para correr caballos; hay muchas aldeas sumamente pobladas y muy cerca unas de otras, y son muchos los comerciantes que están allí establecidos para sus negocios. Y es que desde la India y las cercanas regiones de Iberia²¹⁰ y, prácticamente, de todos los pueblos de persia y de algunos romanos introducen mercancías y allí las intercambian. Al sacerdote cristiano lo llaman «católico»²¹¹ en griego, porque él es el único que tiene autoridad sobre toda aquella comarca. Y como a ciento veinte estadios de Dubio, a mano derecha cuando uno viene desde el territorio romano, hay una montaña intransitable y especialmente abrupta y una aldea, asentada en un espacio estrechísimo por lo escabroso del terreno, llamada Anglón. Éste fue el lugar adonde Nábedes, tan pronto como le llegaron noticias de la incursión enemiga, se retiró con todo su ejército y allí, confiado en la seguridad de la posición, se encastilló. Dicha aldea se encuentra en el punto más extremo de la montaña y en la escarpadura hay una sólida fortaleza que recibe el mismo nombre que esa aldea. Así pues, Nábedes bloqueó con piedras y carros las entradas a la aldea y, de este modo, la hizo aún más inaccesible. Delante cavó una

²¹⁰ Cf. I 10, 1, y n. 76.

²¹¹ *Katholikós*, «universal».

trinchera y allí situó a su ejército, después de emboscar a la infantería en unas viejas chozas. Unos cuatro mil hombres sumaba la totalidad del ejército persa.

- 10 Así se iba desarrollando su plan. Los romanos, por su parte, llegaron a un lugar a un día de camino de Anglón y, tras haber capturado a un enemigo que vino a espiar, se enteraron de dónde estaba entonces Nábedes: el espía les aseguró que se había retirado de Anglón con todo el ejército
- 11 medo. Al oírlo, Narsés se lo tomó muy a mal y se puso a lanzarles improperios a los comandantes reprochándoles su
- 12 tardanza. Y lo mismo empezaron a hacer otros, insultándose mutuamente, con lo que, desde ese momento, se despreocuparon de combates y peligros, y su único afán ya era devastar aquella región. Y, en efecto, levantaron el campo y, sin
- 13 seguir a ningún general ni mantener ninguna formación, iniciaron desordenadamente el avance, pues ni tenían contraseña entre ellos, como es costumbre en tales riesgos, ni iban
- 14 divididos en batallones. Marchaban los soldados mezclados con las acémilas como si resueltamente fueran al saqueo de
- 15 grandes riquezas. Y cuando estuvieron cerca de Anglón, mandaron espías que, al regreso, informaron de la disposición de
- 16 las fuerzas enemigas. Los generales, estupefactos por lo inesperado del caso, consideraron que dar la vuelta con un ejército tan numeroso como el suyo era una vergüenza y, en una palabra, cosa de cobardes, de modo que formaron sus tropas en tres divisiones y avanzaron derecho contra los ene-
- 17 migos. Pues bien, Pedro ocupaba el ala derecha, Valeriano la izquierda y en el centro estaban situados los de Martino. Y cuando llegaron muy cerca de los enemigos, se detuvieron, guardando la formación aunque con cierto desorden. El
- 18 motivo era la escabrosidad de un terreno extraordinariamente escarpado y el mismo hecho de entrar en combate tras
- 19 formarse de una manera precipitada. Hasta ese momento los

bárbaros se habían apiñado en un reducido espacio y permanecían quietos observando las fuerzas del enemigo, porque Nábedes les había ordenado que por nada del mundo comenzaran el ataque, pero que, si los enemigos se lanzaban contra ellos, se defendieran como pudiesen.

Fue Narsés el primero que junto con los hérulos y los 20
romanos que le seguían trabó batalla con los enemigos y, tras carga abierta, puso en fuga a los persas que estaban frente a él. Huían los bárbaros subiendo a la carrera hacia la 21
fortaleza, con lo que se provocaban a sí mismos gravísimos daños por causa de la estrechez del lugar. Entonces el pro- 22
pio Narsés ordenó a sus hombres que hostigaran aún más a los enemigos, y el resto de los romanos los secundó. Pero, 23
de repente, salieron de las chozas a través de aquellos pasos estrechos los que, según se dijo, estaban emboscados y ma-
taron a algunos hérulos cayendo sobre ellos de improviso y al propio Narsés le asestaron un golpe en la sien. Y fue su 24
hermano Isaac el que lo sacó, herido de muerte, de en medio de los combatientes. Murió poco después, tras haber demos-
trado su valentía en esa batalla. A partir de ese instante, co- 25
mo cabía esperar, una gran confusión se adueñó del ejército romano y Nábedes lanzó todas sus tropas contra los adver-
sarios. Y como disparaban en aquellos pasos estrechos so- 26
bre una enorme masa de enemigos, conseguían matar a muchos y, principalmente, a los hérulos, que habían sido los primeros junto con Narsés en caer sobre los enemigos y que luchaban en su mayoría sin armas defensivas. Y es que los 27
hérulos no llevan ni casco ni coraza ni ninguna otra protección, salvo un escudo y un capote grueso que se ciñen antes de entrar en combate. Y los esclavos hérulos hasta van sin 28
escudos a luchar y, sólo cuando se han mostrado valientes en la guerra, sus amos les permiten que se cubran con escudos en las batallas. Así es como proceden los hérulos.

29 Los romanos, como no podían soportar el empuje ene-
migo, huyeron todos a la carrera, sin pensar en resistir ni te-
30 ner en cuenta su honor ni ninguna otra consideración. Pero
los persas, sospechando que no habían vuelto así las espal-
das para huir vergonzosamente, sino que les estaban mon-
tando una emboscada, los persiguieron hasta el final de la
escarpa y luego regresaron, sin atreverse a presentarles bata-
lla en terreno llano, siendo como eran ellos unos pocos con-
31 tra muchos. Sin embargo, los romanos y, especialmente, to-
dos sus generales creían que los enemigos no dejaban de
perseguirlos, por lo que seguían huyendo sin perder ni un
instante: con sus fustas y a gritos aguijaban a sus caballos
que iban a galope, y a la vez, en medio del atropello y la
confusión, arrojaban al suelo las corazas y el resto de las
32 armas. Y es que no se atrevían a cerrar filas con los persas si
éstos les salían al paso, sino que sólo ponían sus esperanzas
de salvación en las patas de sus cabalgaduras y, en pocas
palabras, fue tal su huida que casi ninguno de los caballos
sobrevivió, pues en cuanto pararon de correr, cayeron muer-
33 tos de agotamiento. Para los romanos esta operación fue un
desastre como nunca habían sufrido. En efecto, muchos de
ellos murieron y todavía más fueron capturados por los ene-
34 migos. De sus armas y animales de carga se apoderaron los
persas y en tan gran cantidad que parecía que la nación per-
sa se había hecho más rica a raíz de este suceso. Adolio, por
35 su parte, mientras en esta retirada pasaba por el lado de una
fortaleza situada en Persarmenia, fue herido en la cabeza
por una piedra que le tiró uno de sus habitantes y allí mismo
murió. Las fuerzas de Justo y Peranio invadieron el territo-
rio cercano a Taraunón y, tras conseguir un pequeño botín,
regresaron de inmediato.

26 Al verano siguiente²¹² Cosroes, el hijo de Cabades vino
a invadir por cuarta vez la tierra romana, conduciendo a su

²¹² En el año 544.

ejército hacia Mesopotamia. Esta invasión la efectuó el tal 2
Cosroes no contra el emperador Justiniano, ni tampoco con-
tra ningún hombre, sino contra el Dios único al que los cris- 3
tianos veneran. Pues, cuando en la primera incursión se reti-
ró después de fracasar en la conquista de Edesa, tanto él
como los magos quedaron muy abatidos, porque era el Dios 4
de los cristianos el que los había derrotado²¹³. Y fue para
desahogarse por lo que Cosroes profirió esta amenaza en su
palacio: que a todos los habitantes de Edesa los traería como
esclavos a tierra persa y que convertiría su ciudad en pasti-
zal para el ganado. Y así, cuando con todo su ejército llegó 5
cerca de Edesa, mandó a un grupo de hunos que le seguían a
la parte del recinto de la ciudad que dominaba sobre el cir-
co, con orden de que, sin hacer ningún otro daño, se apode-
raran de las muchas cabezas de ganado que coincidía que
los pastores habían dejado allí a lo largo del muro, confia-
dos como estaban en la seguridad de aquel lugar, porque era
extraordinariamente escarpado, y convencidos de que los
enemigos no se atreverían a aproximarse tanto a la muralla.
Pues bien, los bárbaros empezaron ya a adueñarse del gana- 6
do y los pastores a intentar impedirselo con enorme valen-
tía. Y, como un gran número de persas vino en ayuda de los 7
hunos, los bárbaros consiguieron llevarse de allí uno de los re-
baños, pero soldados romanos y algunos de la población sa-
lieron al encuentro de los enemigos y, mientras se libraba el
combate cuerpo a cuerpo, el rebaño volvió por sí mismo de
nuevo junto a los pastores. Había un guerrero huno que lu- 8
chaba delante de todos los demás y que era el que más hos-
tigaba a los romanos, pero un campesino le disparó con su 9
honda y vino a acertarle en la rodilla derecha y al instante,
desde su montura, cayó de cabeza al suelo, lo que enardeció

²¹³ Cf. II 12, 26 y 31 ss.

10 aún más a los romanos. El combate, que comenzó al amanecer, no terminó hasta el mediodía, y unos y otros se separaron convencidos de que eran ellos los que habían llevado la
11 mejor parte. Los romanos permanecieron dentro del recinto y los bárbaros montaron sus tiendas a siete estadios de la ciudad y allí acamparon todos juntos.

12 Entonces, Cosroes o tuvo en sueños esta visión o le vino a la cabeza la idea de que, si después de dos intentos no lograba conquistar Edesa, quedaría cubierto de deshonra. Y por esa razón decidió venderles a los habitantes su retirada por una gran suma de dinero. Así pues, al día siguiente Pablo, el intérprete, se acercó a la muralla y les dijo que debían mandar a algunos nobles romanos a presencia de Cosroes.
13 Rápidamente escogieron ellos a cuatro de sus conciudadanos más ilustres y los enviaron. Al llegar al campamento medo vino a su encuentro Zaberganes, como era voluntad del rey, y tras atemorizarlos con sus continuas amenazas les preguntó cuál de las dos elegían ellos, la vía de la paz o la
14 de la guerra. Y una vez que reconocieron que preferían la paz a los peligros de la batalla, les dijo Zaberganes: «Pues
15 vais a tener que comprarla por mucho dinero.» Los embajadores le aseguraron que le darían lo mismo que le habían entregado antes, cuando vino contra ellos después de tomar
16 Antioquía²¹⁴. Y Zaberganes, entre risas, los despidió aconsejándoles que recapacitaran sin dejar de pensar en su salvación y que luego volvieran de nuevo a su presencia. Poco
17 después los llamó otra vez Cosroes y, una vez que estuvieron ante él, les detalló todas las ciudades romanas que con anterioridad había reducido a la esclavitud y el modo como lo hizo, y los amenazó con que los persas se portarían de
18 una manera aún más terrible con los habitantes de Edesa, a

²¹⁴ Cf. II 12, 34.

menos que les dieran todo el dinero que tenían dentro de la fortificación. Y les repitió que sólo de esta forma su ejército se alejaría de allí. Al oírlo, los embajadores estuvieron de acuerdo en comprarle la paz a Cosroes, si no les pedía un imposible. Le dijeron también que el final de un conflicto nunca estaba claro para nadie antes de librarse la batalla y que una guerra no es algo en lo que los combatientes puedan ponerse de acuerdo. Y, entonces, Cosroes les ordenó furioso a los embajadores que se marcharan a toda prisa.

Al octavo día del asedio, se propuso levantar un montículo²¹⁵ artificial para asaltar el recinto de la ciudad. Y, en efecto, cortó muchos árboles de las cercanías, sin quitarles ramas ni hojas, y los apiló formando un cuadrado delante de la muralla, donde no podían llegar los proyectiles lanzados desde la ciudad; sobre los troncos, sin más, acumuló un inmenso montón de tierra y echó encima una gran cantidad de piedras, pero no de las adecuadas para construir edificios, sino cortadas a lo que saliera, con la única preocupación de levantar el montículo rápidamente hasta una gran altura. Y en medio de la tierra y las piedras colocó a trechos unas largas vigas para apuntalar la construcción y para que por ser tan alta no resultara endeble. Pero Pedro, el general romano (que coincidía que se encontraba allí con Martino y Peranio), en un intento por obligar a retirarse a los que la estaban construyendo, mandó contra ellos a un grupo de hunos de los que le seguían. Los atacaron de improviso y mataron muchos y el que más bajas les causó fue uno de los lanceros de su escolta, llamado Árgec, que mató a veintisiete él solo. Sin embargo, desde ese momento, los bárbaros montaron guardia rigurosa y ya nadie pudo sorprenderlos. Pero, cuando los constructores de esta obra se adelantaban y quedaban

²¹⁵ Cf. I 7, 14, y n. 61; y, más abajo, II 26, 29, y n. 217.

dentro del alcance de los proyectiles, los romanos ya podían rechazarlos de la más enérgica de las maneras disparándoles desde el recinto con sus hondas y arcos. Y, ante esto, los bárbaros idearon lo siguiente. Hicieron unos manteletes de pieles de macho cabrío, a los que llaman «cilicios»²¹⁶, de grosor y altura suficiente, los colgaron de unas largas vigas y los pusieron delante de los que estaban construyendo la «agesta»²¹⁷ (que así es como lo llamaban en latín los romanos). Con esto, ya no podían alcanzarlos ni las flechas incendiarias ni los demás proyectiles; todos chocaban contra los manteletes y allí se quedaban. Entonces un gran temor se adueñó de los romanos y, en medio del azoramiento general, mandaron embajadores a Cosroes y a Estéfano con ellos, un médico muy reputado entre los de aquella época, que una vez curó de una enfermedad a Cabades, el hijo de Perores, y gracias a él vino a poseer grandes riquezas. Y cuando llegó con los demás ante Cosroes, le dijo lo siguiente: «Que ser humanitario es algo distintivo del buen rey, eso ya lo han creído así todos desde muy antiguo. Pues bien, poderosísimo rey, mientras sus obras sean muertes, batallas y esclavizar ciudades, quizá pueda su majestad obtener otros títulos pero no habrá manera de que se le considere “bueno”. Y la verdad es que, de todas las ciudades, Edesa es a la que menos debería sucederle nada malo por su causa. Y es que de ella soy oriundo yo, que, sin saber lo que en el futuro iba a ocurrir, crié a su majestad y fui quien le aconsejó a su padre que lo nombrara heredero del trono, de tal modo que me he convertido en el máximo responsable para su majestad de su

²¹⁶ Lat. *cilicium*, prenda basta de pelo de cabra de Cilicia. Estos *prokalýmματα* tenían, por tanto, la misma función que las *vineae* del ejército romano.

²¹⁷ *Tèn ágestan* (lat. *aggestum*, *agger*, «terraplén»): cf., de nuevo, I 7, 14, y n. 61.

soberanía sobre los persas y para mi patria de sus actuales desgracias. Y es que los hombres, la mayoría de las veces, 36 se achacan a sí mismos la culpa de muchos de los infortunios que van a caerles encima. Pero, si le viene a la cabeza 37 algún recuerdo de aquella buena acción mía, no nos siga haciendo más daño y compéñseme con este favor, a raíz del cual, majestad, ya nadie podrá considerarlo el más cruel.» Así habló Estéfano. Pero Cosroes le confesó que no se mar- 38 charía de allí mientras los romanos no le entregaran a Pedro y Peranio²¹⁸, porque, siendo como eran sus esclavos hereditarios, se habían atrevido a luchar contra él. Y si a los ro- 39 manos no les agradaba hacerlo, se verían forzados a elegir una de estas dos cosas: o pagarles a los persas quinientos centenarios²¹⁹ de oro, o recibir dentro de su ciudad a algunos de sus más allegados, quienes se encargarían de rebuscar todo el dinero, tanto oro como plata, que allí hubiera y se lo traerían a él, y les permitirían quedarse con lo demás. Estas fueron las amenazantes palabras que les lanzó Cos- 40 roes, con la esperanza de que conquistaría Edesa sin ningún esfuerzo. Los embajadores, dado que todo lo que les comunicó les pareció imposible, indecisos y muy disgustados tomaron el camino de la ciudad. Cuando estuvieron dentro del 41 recinto, comunicaron ellos a su vez las condiciones de Cosroes y la ciudad se llenó de gritos y lamentos.

Pues bien, la estructura del montículo alcanzaba ya una 42 gran altura e iba moviéndose hacia delante con gran apresuramiento. Y los romanos, como no sabían qué hacer, mandaron de nuevo sus embajadores a presencia de Cosroes.

²¹⁸ Pedro había nacido en Arzanene, región de Armenia que había estado sometida a los persas (cf. II 15, 7); y Peranio era hijo de Gúrgenes, rey de Iberia (cf. I 12, 4 ss. y 11), que también estuvo bajo yugo persa (cf. I 12, 3).

²¹⁹ Cf. I 22, 3 s.

43 Cuando llegaron al campamento enemigo y dijeron que ve-
nían a pedir lo mismo que antes, no obtuvieron ninguna res-
puesta en absoluto de los persas, sino que fueron expulsados
de allí entre insultos y en medio de un gran alboroto, y así
44 volvieron a la ciudad. Por tanto, al principio los romanos
intentaron sobrealzar la muralla que quedaba frente al mon-
tículo con una construcción supletoria, pero, como la obra
de los persas ya era mucho más alta incluso que ésta, desis-
tieron de ello y persuadieron a Martino para que arreglara
un acuerdo en los términos en que él prefiriese. En un lugar,
45 pues, muy próximo al campamento enemigo, entró en con-
versaciones con algunos comandantes persas, quienes lo en-
gañaron del todo diciéndole que su rey quería la paz, pero
que le era absolutamente imposible convencer al emperador
romano de que dejara a un lado su rivalidad con Cosroes y
46 concertara ya por fin la paz con él. Porque lo cierto era, se-
gún le argumentaban ellos, que Belisario, quien en poder y
dignidad estaba muy por encima de Martino, lo que ni si-
quiera él podía negar, había persuadido recientemente al rey
persa, cuando ya se encontraba en medio del territorio ro-
mano, para que se retirara de allí y regresara a los dominios
persas, prometiéndole que en breve vendrían a su presencia
desde Bizancio embajadores para ratificar sobre seguro la
paz; pero que él no había cumplido nada de lo acordado,
porque había sido incapaz de forzar al emperador Justiniano
a que mudara de decisión.

27 Entretanto los romanos hicieron lo siguiente. Cavaron
desde la ciudad un túnel bajo el terraplén²²⁰ enemigo y or-
denaron a los zapadores que no abandonaran este trabajo

²²⁰ Aquí *chôma*: cf., por ejemplo, Tucídides, II 75, 1 ss.; y para este pasaje de Procopio cf., en general, Tucídides, II 76, 1 ss. (que ya hemos citado en la n. 60 a Procopio, I 6, 12).

hasta que estuvieran debajo del centro mismo del montículo. Y es que, de ese modo, planeaban incendiar el terraplén²²¹. Pero, cuando el túnel iba ya por el centro aproximadamente del montículo, les llegó un ruido a los persas que se hallaban encima. Y, al comprender lo que pasaba, empezaron también ellos a cavar desde arriba a ambos lados de la parte central, para coger en flagrante a los romanos que les estaban allí haciendo aquella jugada. Pero los romanos, al darse cuenta, abandonaron la tarea y echaron tierra en aquel espacio hueco; luego, por debajo del extremo del terraplén que se encontraba más cercano a la muralla, fueron sacando maderos, piedras y tierra hasta formar como una especie de pequeño cuarto, y allí metieron troncos secos de árboles, de los que arden muy fácilmente, empapados de aceite de cedro con azufre y mucho betún. Y mientras iban preparando todo esto, los oficiales persas en frecuentes entrevistas con Martino mantuvieron con él conversaciones del estilo de las que he dicho, haciéndole creer que aceptarían sus propuestas de paz. Pero cuando ya estuvo concluido el montículo y se iba acercando al recinto de la ciudad con una altura enorme, muy superior a la de las murallas, entonces despidieron a Martino, renunciando expresamente a cualquier acuerdo, y desde ese momento se dedicaron a la operaciones militares.

Los romanos, por tanto, les prendieron fuego de inmediato a los troncos de árboles que estaban preparados al efecto. El fuego quemó una parte del montículo, pero no tuvo fuerza para llegar a todos los sitios y los troncos quedaron completamente consumidos. Pero siguieron echando más troncos en el túnel, sin parar ni un instante. Y cuando ya el fuego prendía en todo el montículo, en la oscuridad de la noche se dejaba ver por arriba un humo que salía de todos los rin-

²²¹ Cf., por parte persa, una acción parecida en II 17, 23 s.

cones del terraplén. Los romanos, que aún no querían que los persas se dieran cuenta de lo que estaba pasando, idearon lo siguiente. Llenaron de carbones encendidos unas pequeñas vasijas y arrojaban muchísimas de ellas junto con flechas incendiarias contra todos los puntos del montículo. Y los persas que estaban allí montando guardia iban de un lado a otro a toda prisa a apagarlas, pensando que el humo salía de éstas. Pero como el estrago continuaba avanzando, los bárbaros acudían en gran número a ayudarlos y los romanos, disparándoles desde el recinto, mataban a muchos. Allí llegó también Cosroes a eso del amanecer con la mayor parte de su ejército tras él y, tras subirse al terraplén, fue el primero en darse cuenta del problema. Pues demostró que el origen del humo estaba debajo y no en lo que arrojaban los enemigos, y ordenó que todo el ejército acudiera rápidamente en su auxilio. Los romanos, sobrados de ánimo, los insultaban, mientras algunos bárbaros echaban tierra y otros agua por donde aparecía el humo, con la esperanza de superar aquel peligro, aunque no eran capaces de conseguir absolutamente nada. Y es que, por donde echaban la tierra, por ahí, como era lógico, se interceptaba el humo, pero en poco tiempo rompía por otro lugar, porque el fuego lo empujaba a forzar la salida por donde fuera. Y el agua, por donde más la derramaban, sólo valía para volver mucho más efectivos el betún y el azufre y para hacer que actuaran con todo su poder sobre la madera que había cerca, favoreciendo el continuo avance del fuego, porque al interior del montículo era imposible que llegara tanta agua como para que, por mucha que fuese, lograra apagar la llama. A la caída de la tarde la humareda se hizo tan grande que podían verla los carrenos²²² y hasta algunos otros que habitaban más lejos. Subie-

²²² Cf. II 13, 7, y n. 109.

ron, entonces, persas y romanos en gran número a la parte más alta del terraplén y, tras el combate y la refriega que allí se entabló, vinieron a vencer los romanos. Y fue también en ese momento cuando la llama apareció, elevándose resplandeciente por encima del montículo.

Cinco días después, al rayar el alba, se lanzaron a escondidas con sus escalas al asalto de un sector del recinto amurallado que recibe el nombre de «La Fortaleza». Y como los romanos que allí montaban guardia dormían apaciblemente, porque la noche estaba llegando a su fin, apoyaron en silencio sus escalas sobre el muro y ya iban subiendo cuando un campesino, que coincidió que era el único en vela de todos los romanos, despertó a voces y gritos a todos los demás. Tras producirse una violenta pelea, los persas fueron derrotados y se retiraron a su campamento abandonando allí las escalas, y los romanos con total libertad tiraron de ellas hacia arriba. Cosroes a eso del mediodía envió una nutrida sección de su ejército contra la llamada «Puerta Grande» con orden de asaltarla. Pero les salieron al encuentro no sólo los soldados romanos sino también los campesinos y algunos de la población, que vencieron rotundamente en combate a los bárbaros y los pusieron en fuga. Y mientras los persas todavía estaban siendo perseguidos, Pablo el intérprete vino de parte de Cosroes y, situándose en medio de los romanos, les comunicó que Recinario había llegado de Bizancio para firmar la paz y, de este modo, se separaron las tropas de unos y otros. Recinario ya había llegado algunos días antes al campamento bárbaro pero los persas no se lo habían descubierto a los romanos, esperando impacientes, claro está, el éxito de su estratagema contra la muralla, con el fin de que, en caso de poder conquistar la ciudad, no pareciera en absoluto que estaban violando los pactos, y si eran derrotados, lo que precisamente había sucedido, admi-

27 tieran el hecho del acuerdo como una invitación de los romanos. Cuando Recinario estuvo en el interior del recinto, los persas exigieron que quienes fuesen a concertar la paz se presentaran de inmediato ante Cosroes, pero los romanos les dijeron que no mandarían sus embajadores hasta dos días después, porque en aquel momento su general Martino se hallaba indispuerto.

28 Pero Cosroes, sospechando que en aquella razón no había sinceridad, se preparó para la batalla. Echó entonces sobre el montículo una gran cantidad de ladrillos y, a los dos días, vino con todo su ejército a asaltar la muralla de la ciudad. En cada puerta apostó algunos oficiales y una parte del ejército y, tras rodear de esta manera todo el recinto, trajo 29 las escalas y las máquinas de guerra. Detrás formó a los sarracenos con algunos persas, no con intención de que asaltarán la muralla, sino para que, una vez tomada la ciudad, 30 capturarán a los fugitivos como en una redada²²³. Con tal propósito ordenó así Cosroes las filas de su ejército. La batalla se inició muy temprano y, al principio, los persas fueron superiores. Y es que estaban luchando muchos contra 31 muy pocos, porque la mayoría de los romanos no se había enterado de lo que estaba pasando y se encontraban totalmente desapercibidos. A medida que avanzaba el combate, 32 el tumulto y la confusión se adueñaban de la ciudad, y ya todos, incluso las mujeres y los niños pequeños, se iban subiendo a la muralla. Los jóvenes se unían a los soldados para rechazar lo más enérgicamente posible a los enemigos, y muchos campesinos realizaron asombrosas hazañas contra 33 los bárbaros. Los niños, mujeres y ancianos recogían piedras para los que estaban luchando y los ayudaban en otros 34 menesteres. Algunos también llenaban muchos calderos de 35

²²³ Cf. II 9, 6, y n. 62.

aceite, los calentaban al fuego por todas partes de la muralla durante el suficiente tiempo y, con una especie de vasos libatorios, lo echaban hirviendo a más no poder sobre los enemigos, con lo que era aún mayor el daño sobre los que estaban atacando el recinto. Y el caso fue que ya los persas renunciaron y, después de arrojar las armas, vinieron a presencia del rey para decirle que no podían resistir más el choque. Cosroes, preso de la ira e incitándolos con amenazas, los empujó a todos ellos contra el enemigo. Y en medio de un clamor y de un gran tumulto fueron acercando las torres y las demás máquinas a la muralla e iban aplicando las escalas con el objetivo de conquistar la ciudad al primer grito de guerra²²⁴. Pero, como los romanos disparaban sin tregua y se defendían con todas sus fuerzas, los bárbaros volvieron las espaldas a escape, y mientras Cosroes se retiraba, los romanos se burlaban de él invitándolo a asaltar la muralla. Sólo Azaretos con sus tropas seguía luchando alrededor de las llamadas Puertas Soínas, en el lugar que recibe el nombre de Tripirgia²²⁵.

Allí los romanos no eran capaces de contrarrestar sus ataques y habían reulado, de modo que en el muro exterior, el que llaman antemural, los bárbaros ya habían abierto brecha²²⁶ por muchos puntos y con el mayor de los ímpetus iban estrechándoles el cerco a los que se defendían desde la muralla grande. Y así fue hasta que llegó Peranio con una numerosa tropa de soldados y con algunos habitantes de Edesa y, tras vencerlos en el combate, los expulsó de allí. El asalto a la muralla, que se había iniciado muy temprano,

²²⁴ Esta expresión ya la hemos visto con pequeñas variaciones (*auto-boei exaireîn* o *heleîn*) en II 9, 5 y 17, 4, y, como tantas otras, está tomada de Tucídides: cf. II 81, 4; III 113, 6.

²²⁵ Las «Tres Torres».

²²⁶ *Tò... teîchos... dielóntes*: cf., una vez más, Tucídides, II 75, 6.

terminó a la caída de la tarde. Unos y otros permanecieron tranquilos aquella noche, los persas temiendo por sus empalizadas y por sus propias vidas y los romanos recogiendo piedras para llevarlas a las almenas y dejándolo todo bien preparado para, por la mañana, hacer frente a los enemigos cuando de nuevo se lanzaran contra el muro. Lo cierto fue que, aquel día, ningún bárbaro atacó el recinto; pero, al siguiente, una sección del ejército, por orden de Cosroes, cayó sobre las llamadas Puertas de Barlao: les salieron al encuentro los romanos, y los persas, después de ser rotundamente batidos en la batalla, se retiraron al poco tiempo a su campamento. Entonces, Pablo el intérprete persa se aproximó al recinto y se puso a llamar a Martino con el fin de concertar un tratado de paz. De esta forma entraron de nuevo en conversaciones Martino y los oficiales persas y llegaron a un acuerdo. Cosroes recibió cinco centenarios²²⁷ de los habitantes de Edesa y les dejó por escrito la promesa de que no causaría ningún daño más a los romanos. Luego, tras incendiar toda las empalizadas, regresó a su patria con la totalidad del ejército.

28 Por ese tiempo habían muerto dos generales romanos, Justo, el primo del emperador, y Peranio, el ibero: aquél, víctima de una enfermedad; éste, por un fractura que se le produjo durante una cacería al haberse caído del caballo. Por esta razón, tras nombrar a otros dos para desempeñar sus cargos, les dio sus despachos: fueron Marcelo, su propio sobrino, al que apenas le apuntaba el bozo, y Constanciano, a quien poco antes en compañía de Sergio se le había enviado a presencia de Cosroes como embajador. Posteriormente, el emperador Justiniano mandó de nuevo como embajadores a Constanciano y Sergio ante Cosroes para concertar el acuer-

²²⁷ Cf. I 22, 3 s.

do de paz. Lo encontraron en Asiria, en ese lugar donde hay 4
dos ciudades, Seleucia y Ctesifonte, fundadas por los macedo-
nios²²⁸ que, después de Alejandro, el hijo de Filipo, go-
bernaron sobre los persas y sobre los pueblos de aquella zo-
na. Las separa el río Tigris, pues no hay tierra entre ellas. 5
Allí dieron con Cosroes los embajadores y le reclamaron la 6
devolución a los romanos del territorio de Lácica y la con-
solidación de la paz con ellos sobre las más seguras condi-
ciones. Pero Cosroes vino a decirles que no era fácil que 7
llegaran a un acuerdo mutuo si antes no imponían una tregua y así, visitándose asiduamente sin ningún temor, dirimían
sus diferencias a fin de establecer una paz para el futuro so-
bre sólidas bases. Añadió que, por este armisticio indefini- 8
do, el emperador romano debía pagarle dinero y enviarle a
un médico de nombre Tribuno, para que pasara con él un
tiempo previamente fijado. Y es que coincidía que el tal 9
médico lo había librado años atrás de una grave enfermedad
y desde entonces era muy amigo suyo y lo echaba muchísimo
de menos. Cuando Justiniano oyó esto, envió de inme- 10
diato a Tribuno con una suma de dinero de unos veinte cen-
tenarios²²⁹. De esta forma romanos y persas firmaron un 11
tratado de cinco años²³⁰, cuando estaba transcurriendo el de-
cimonoveno desde que Justiniano había ocupado el trono
imperial.

Poco después, Aretas y Alamundaro, el jefe de los sa- 12
rracenos, entraron en guerra ellos solos, sin la ayuda de ro-

²²⁸ Seleucia del Tigris, al igual que otras muchas ciudades, sí fue fundada por Seleuco I, uno de los diádocos de Alejandro Magno (cf. Zósimo, *Nueva Historia* III 23, 3); pero Ctesifonte, como tal fundación, se remonta a los partos Arsácidas (cf. I 5, 10, y n. 47), y posteriormente se convertiría en capital de los Sasánidas.

²²⁹ Cf. I 22, 3 s.

²³⁰ Era el año 545.

13 manos ni persas. Alamundaro, en una repentina incursión, capturó a uno de los hijos de Aretas mientras estaba apacentando sus caballos y, de inmediato, se lo sacrificó a Afrodita, a raíz de lo cual se supo que Aretas no estaba traicionando la causa romana en favor de los persas²³¹. Más tarde, 14 ambos trabaron batalla con sus ejércitos al completo y, tras vencer rotundamente los de Aretas, pusieron en fuga a los enemigos y mataron a muchos de ellos. Y Aretas estuvo a punto de capturar²³² vivos a dos de los hijos de Alamundaro, pero al final no lo consiguió. Y así fue como se desarrollaron los acontecimientos relativos a los sarracenos.

15 Quedó evidente que Cosroes, el rey persa, había concertado la tregua con los romanos capciosamente, para coger a los romanos en un renuncio con respecto a la paz y 16 causarles un daño irreparable. Y, en efecto, al tercer año de la tregua maquinó lo siguiente. Había en Persia dos hermanos, Fabrizo e Isdigusnas, que habían desempeñado allí muy altos cargos y que, además de la reputación de ser los más malvados de todos los persas, tenían mucha fama por su 17 astucia y su gran perversidad. Pues bien, Cosroes decidió tomar la ciudad de Daras por medio de una repentina incursión y expulsar de Lácica a todos los colcos con el propósito de establecer en su lugar colonos persas y escogió a estos 18 dos sujetos para que lo ayudaran en ambas tareas. Y es que le pareció que sería algo providencial y de gran importancia apropiarse de la tierra de Cólquide y mantenerla como una posesión firme, considerándolo muy conveniente para el 19 imperio persa por muchas razones. Por una parte, se aseguraría para el futuro la región de Iberia, porque los iberos, en caso de defección, ya no tendrían ningún territorio en el que

²³¹ Cf. II 19, 26 ss., y 46.

²³² *Par' olígon... êlthe... heleîn*; cf. la expresión en POLIBIO, II 55, 4.

ponerse a salvo. Pues, debido a que los miembros más des- 20
tacados de la nobleza de estos bárbaros, junto con su rey
Gúrgenes, ya habían visto la posibilidad de hacer defección,
como dije en anteriores capítulos²³³, ni los persas les permir-
tían desde entonces que ellos mismos se proclamaran un
rey, ni los iberos estaban bajo dominio persa por propia vo-
luntad, sino que las sospechas y desconfianzas mutuas eran
grandes. Y estaba claro que los iberos lo llevaban muy a 21
mal y que en un plazo corto se sublevarían, con sólo que en
algún momento fueran capaces de aprovechar una oportuni-
dad. Por otro lado, el imperio persa quedaría ya para siem- 22
pre libre de las devastaciones de los hunos que habitaban
cerca de Lácica y fácilmente y sin ningún problema se los
podría mandar contra el imperio romano cuando al rey le
viniera en gana; pues, para él, Lácica no era más que un
baluarte contra los bárbaros que vivían en el Cáucaso. Pero, 23
por encima de cualquier otra cosa, Cosroes esperaba que el
dominio sobre Lácica les proporcionaría a los persas la si-
guiente ventaja: que, partiendo desde allí, podrían sin nin-
gún esfuerzo lanzarse con su infantería y con sus naves so-
bre aquellas regiones bañadas por el mar que llaman Euxino
y, así poner bajo su control a los capadocios y a sus vecinos,
los gálatas y bitinios, para luego en una rápida incursión
conquistar Bizancio, sin que nadie les obstruyera el paso.
Éstas eran las razones por las que Cosroes pretendía ane- 24
xionarse Lácica, pero no tenía la más mínima confianza en
los lazos. Pues, desde que los romanos se retiraron de Láci- 25
ca, sus gentes estaban muy cansadas de la dominación per-
sa. Y es que el carácter de los persas, más que el de ninguna
otra nación, es muy particular y son extremadamente rígidos

²³³ Cf. I 12, 4 ss.

26 en su forma de vida. Sus leyes son draconianas²³⁴ desde el punto de vista de cualquier hombre y sus imposiciones no hay manera de sobrellevarlas. Además, también sus notables diferencias con los lazos en su habitual modo de pensar y de vivir resultan muy llamativas, porque los lazos son cristianos, y lo son más que nadie, y todas las concepciones persas
27 sobre la divinidad son contrarias a las suyas. Aparte de esto, no hay sal²³⁵ en ningún lugar de Lácica, ni tampoco se produce grano, ni vino, ni ninguna otra cosa buena. Todo lo importan en naves desde los puntos romanos de la costa y no les pagan en oro a los tratantes, sino en pieles, esclavos y en cualquier otra especie de la que allí dispongan en abundancia.
28 Y, como es lógico, desde que les impidieron este comercio, estaban siempre descontentos. Y como Cosroes se dio cuenta, puso todo su empeño en anticiparse sobre seguro
29 a cualquier sublevación contra él. Así, después de meditarlo, le pareció que sería lo más conveniente quitar de en medio cuanto antes a Gubaces, el rey de Lácica, y deportar de allí en masa a los lazos, para, de esta manera, establecer colonos persas y de algunas otras naciones en esa tierra.

31 Cosroes, tras haber planeado todo esto, mandó a Isdigusnas a Bizancio, en embajada oficial aparentemente, y envió con él a quinientos soldados persas escogidos por su valentía, ordenándoles que entraran en la ciudad de Daras y que se alojaran en muchas de sus casas; que ya de noche las incendiaran todas y que, mientras todos los romanos estuvieran bregando con el fuego, como cabía esperar, abrieran de inmediato las puertas para recibir en la ciudad al resto del
32 ejército persa. Previamente se le había dicho al comandante de la ciudad de Nísibis que escondiera por allí cerca un gran

²³⁴ Literalmente, «inaccesibles» (*dysprósodoi*).

²³⁵ Cf. II 15, 11.

número de soldados y los tuviera listos para actuar. Y es que Cosroes pensó que de este modo ellos acabarían con todos los romanos sin ningún esfuerzo y, después de asegurarse la ocupación de la ciudad de Daras, la mantendrían bajo su poder. Pero uno que sabía bien lo que se estaba cociendo, un romano que poco antes se había pasado como desertor a los persas, se lo contó todo a Jorge, que por entonces estaba residiendo allí. Del tal Jorge ya referí en anteriores capítulos²³⁶ que a los persas que estaban siendo asediados en la fortaleza de Sisauranón los había logrado convencer para que se entregaran a los romanos. Pues bien, Jorge se encontró con aquel embajador en la frontera entre romanos y persas y le dijo que lo que estaba pasando no se correspondía con lo propio de una embajada y que nunca se había alojado tan gran cantidad de persas en una ciudad romana. Y añadió que tendría que haber dejado a todos los demás en la plaza de Amodio y haber entrado él con unos pocos hombres en la ciudad de Daras. El caso fue que Isdigusnas se enojó y que, al parecer, se lo había tomado a mal, por el hecho de habersele insultado indebidamente, a pesar de que marchaba en embajada a presencia del emperador de los romanos. Pero, aun estando tan furioso, Jorge no le prestó ninguna atención y así conservó sana y salva su ciudad para los romanos, pues recibió a Isdigusnas en la ciudad acompañado sólo por veinte hombres.

Pues bien, tras fracasar la intentona, este bárbaro llegó a Bizancio como si viniera en calidad de embajador, acompañado por su mujer y sus dos hijas (lo que le servía de pretexto para la tropa que lo escoltaba), pero, cuando se presentó ante el emperador, no pudo decir ni poco ni mucho acerca de ningún asunto importante, a pesar de que estuvo

²³⁶ Cf. II 19, 2 ss.; 19, 23.

39 en territorio romano no menos de diez meses. Sin embargo, le entregó al emperador de parte del rey los regalos de costumbre y las cartas en las que Cosroes le encarecía al emperador Justiniano que le informara de si su salud seguía siendo
40 inmejorable. Lo cierto fue que el emperador Justiniano trató a Isdigusnas con más amabilidad que a ningún otro embajador que conozcamos y le dispensó grandes honores.
41 Tanto fue así que, cuando lo invitaba a comer, hacía que Braducio, el intérprete que iba con él, se recostara a su lado en el lecho, cosa que nunca antes había ocurrido en ninguna
42 ocasión. Pues nadie había visto jamás que un intérprete se convirtiera en compañero de mesa²³⁷ ni siquiera de un oficial de inferior graduación, y mucho menos de un monarca.
43 Pero es que incluso recibió y despidió a ese hombre con mayor magnificencia de la que correspondía a un embajador, a pesar de que, como ya he dicho, la embajada no tuvo
44 ninguna utilidad. Y, en efecto, si se hubieran calculado los gastos y los regalos que Isdigusnas se llevó consigo cuando partió de allí, se habría descubierto que sumaban más de diez centenarios²³⁸ de oro. De modo que así acabó el plan de Cosroes contra la ciudad de Daras.

29 En cuanto a Lácica, lo primero que hizo fue mandar allí una gran cantidad de maderos de los que son apropiados para construir barcos, sin contarle a nadie el motivo por el que los mandaba, si bien la explicación oficial era que los enviaba con el propósito de montar máquinas de guerra en el
2 recinto amurallado de Petra. Luego escogió a trescientos buenos guerreros persas y los envió allí acaudillados por

²³⁷ Recuérdese incluso que el término *homotrápezos*, «compañero de mesa», se utilizaba como título para ciertos cortesanos del rey persa: cf. JENOFONTE, *Ciropedia* VII 1, 30.

²³⁸ Cf. I 22, 3 s.

Fabrizo, a quien poco antes mencioné²³⁹ y a quien ordenó que acabara con Gubaces²⁴⁰ lo más ocultamente posible, diciéndole también que, a partir de ese momento, él se encargaría de todo lo demás. Pues bien, después de haber transportado esos maderos a Lácica, sucedió que de repente les cayó encima un rayo y quedaron reducidos a cenizas. Y al llegar Fabrizo con sus trescientos hombres a Lácica empezó a pensar en cómo cumplir las órdenes que Cosroes le había dado en relación con Gubaces. Y coincidió que uno de los nobles colcos, llamado Farsanses se había peleado con Gubaces y había surgido una gran enemistad entre ellos, de modo que aquél no se atrevía en absoluto a presentarse ante el rey. Cuando se enteró Fabrizo, mandó venir a Farsanses y en una conversación con él le reveló todo el plan y le preguntó cómo podía intentar aquella misión. Y lo que decidieron, tras reflexionar en común sobre el asunto, fue que Fabrizo llegara a la ciudad de Petra y citara allí a Gubaces para anunciarle la decisión del rey acerca de lo que más les convenía a los lazos. Pero Farsanses, a escondidas, vino a explicarle a Gubaces lo que se estaba cociendo y él, por esta razón, no acudió a la llamada de Fabrizo, sino que ya abiertamente reparó en la idea de la defección. Fabrizo, entonces, le encargó al resto de las tropas persas que pusieran todo su cuidado y emplearan todas sus fuerzas en guardar Petra y que se prepararan de la forma más segura posible contra una asedio. Él, por su parte, regresó a su patria con los trescientos hombres sin haber conseguido nada. Gubaces, tras informar al emperador Justiniano de los acontecimientos, le rogó que les perdonara a los lazos lo que en el pasado habían hecho y que viniera a defenderlos con todo su ejército,

²³⁹ Cf. II 28, 16.

²⁴⁰ Cf. II 28, 30.

dado que estaban deseando librarse del yugo medo y que, por sí solos, los colcos eran incapaces de repeler el poderío militar de los persas.

10 Cuando lo oyó el emperador Justiniano, se alegró mu-
chísimo y envió a siete mil hombres bajo el mando de Da-
11 gisteo y a mil tzanos en ayuda de los lazos²⁴¹. Y una vez
que llegaron a la tierra de Cólquide, acamparon junto con
los lazos y Gubaces en los alrededores del recinto amuralla-
12 do de Petra y le pusieron cerco. Pero, como los persas que
allí estaban se defendían desde el recinto de la más enérgica
de las maneras, sucedió que el asedio vino a durar mucho
tiempo, porque los persas contaban con suficientes víveres
13 en sus depósitos. Cosroes, muy intranquilo por todo esto,
mandó contra ellos un gran ejército de caballería e infantería
a las órdenes de Merméroes. Y cuando se enteró Gubaces,
lo consultó con Dagisteo e hizo lo siguiente.

14 El río Boas pasa muy próximo a las fronteras de Tzáni-
ca, por entre las gentes armenias que habitan en las cerca-
nías de Farangio. Primero, su curso avanza hacia la derecha
a lo largo de un gran trayecto, su caudal es pequeño y re-
sulta vadeable para cualquiera sin esfuerzo alguno, hasta
llegar a un lugar a cuya derecha se encuentran las fronteras
de Iberia y justo enfrente del cual terminan las montañas del
15 Cáucaso. Allí, entre otros muchos pueblos, habitan los ala-
nos y abasgos, que son cristianos y, de antiguo, amigos de
los romanos; y también los cecos y, tras ellos, los hunos que
16 se llaman sabiros²⁴². Y cuando este río alcanza ese punto
donde están los límites del Cáucaso y de Iberia, allí se le
agregan otras aguas, se vuelve mucho más caudaloso y su

²⁴¹ Era el año 549.

²⁴² Cf. I 15, 1. APOLONIO DE RODAS, *Argonáuticas* II 395 y 1243, menciona a los *Sápeires* (cf. É. DELAGE, *La Géographie dans les Argonáutiques d'Apollonios de Rhodes*, Burdeos-París, 1930, págs. 179 ss.).

curso toma entonces el nombre de Fasis²⁴³ en vez de Boas, haciéndose navegable hasta el mar que llaman Euxino²⁴⁴, donde precisamente está su desembocadura y donde, a ambos lados, se halla Lácica. Pero es todo el territorio de la derecha el que está poblado en una gran extensión por las gentes de allí, hasta las fronteras de Iberia. Y es que todas las aldeas de los lazos se encuentran ahí, del lado de acá del río, y de antiguo hay ciudades fundadas en aquella región; entre ellas, Arqueópolis, que está fortificadísima, Sebastópolis, la fortaleza de Pitiunte, Escanda y Sarapanis junto a las mismas fronteras de Iberia. Además, hay allí dos ciudades importantísimas: Rodópolis y Moqueresis. A la izquierda del río, a un día de distancia para un buen andador²⁴⁵, se extienden las fronteras de Lácica y resulta que es un territorio despoblado. Pegados a esta comarca habitan los romanos llamados «pónticos». Fue ésta la región de Lácica, que estaba del todo deshabitada, donde fundó el emperador Justiniano en nuestro tiempo la ciudad de Petra. Allí, precisamente, estableció Juan, el llamado Tzibo, su monopolio²⁴⁶, como ya dije en anteriores capítulos, y con ello había sido culpable de la defeción de los lazos. Si uno sale de Petra en dirección al sur da con las fronteras romanas, y allí hay ciudades muy populosas: la que recibe el nombre de Riceo, Atenas y algunas otras hasta Trapezunte²⁴⁷. Pues bien, cuando los lazos trajeron a Cosroes a su tierra²⁴⁸, cruzaron el río

²⁴³ Para el Fasis cf., por ejemplo, APOLONIO DE RODAS, *Argonáuticas* II 399 ss. Como anota DEWING (*ad loc.*), parece que Procopio confunde dos ríos distintos.

²⁴⁴ Esta expresión ya la hemos visto en I 12, 7; II 17, 3 y II 28, 23.

²⁴⁵ Para la expresión, cf. I 19, 27, y n. 168.

²⁴⁶ Cf. II 15, 10 s.

²⁴⁷ Hoy Trebisonda.

²⁴⁸ Cf. II 15, 31 ss.

Boas y llegaron a Petra manteniendo el Fasis a su derecha: la versión oficial fue que habían previsto la forma de no verse obligados a gastar mucho tiempo y esfuerzo en atravesar el río Fasis, pero la verdad era que no querían enseñarles a los persas los lugares donde vivían. Lácica es, en efecto, un territorio de difícil tránsito, tanto por el lado de acá del río Fasis como por el de allá. Y es que en ambas márgenes hay enormes riscos que forman allí unos pasos estrechos y larguísimos: «clisuras»²⁴⁹ llaman a estos caminos los romanos cuando hablan en griego. Pero, como en aquel tiempo Lácica no estaba vigilada, los persas, con los guías lazos, llegaron muy fácilmente a Petra.

Sin embargo, esta vez, Gubaces, después de enterarse de la irrupción persa, le ordenó a Dagisteo que mandara tropas para custodiar de la forma más segura posible el paso estrecho que hay del lado de allá del río Fasis, y que de ningún modo levantara el cerco hasta que él pudiera capturar Petra y a los persas que allí estaban. Él, mientras tanto, llegó con todo el ejército de los colcos a los límites de Lácica, para custodiar el paso estrecho de aquella zona con todos los recursos a su alcance. Coincidió, por otra parte, que mucho antes se había procurado una alianza con alanos y sabiros²⁵⁰, quienes por tres centenarios²⁵¹ habían acordado no sólo mantener el territorio de los lazos libre de devastaciones, sino incluso dejar Iberia tan despoblada que ni siquiera los persas tuvieran en el futuro la posibilidad de penetrar desde aquel lado. Y Gubaces prometió que el emperador les pagaría ese dinero. Así pues, le informó a Justiniano del pacto y le rogó que les enviara a los bárbaros el dinero para

²⁴⁹ Lat. *clausurae*.

²⁵⁰ Cf. n. 242.

²⁵¹ Cf. I 22, 3 s.

darles a los lazos un consuelo en una situación tan adversa. También vino a decirle que el fisco le debía el sueldo de diez años porque, aun cuando estaba desempeñando en palacio el cargo de silenciario²⁵², no había cobrado nada, desde que Cosroes entró en la tierra de Cólquide. El emperador Justiniano intentó satisfacer la demanda, pero le surgió cierta ocupación y no envió el dinero en el plazo fijado. Y esto era lo que Gubaces traía entre manos.

Pero Dagisteo, que era joven y absolutamente incapaz de llevar adelante una guerra contra los medos, no estaba manejando la situación de la manera apropiada. En efecto, cuando sin duda debía haber mandado el grueso del ejército hacia el paso estrecho y quizá hasta personarse él en aquella operación, sólo envió a unos cien hombres, como si aquello se tratara de algo secundario. Y aunque estaba asediando Petra con todo el ejército, no consiguió nada, a pesar de que los enemigos eran pocos. Pues aun siendo al principio no menos de mil quinientos, caían bajo los disparos de romanos y lazos en el prolongado asalto de éstos a la muralla, mientras aquéllos demostraban una valentía superior a la de nadie que hayamos conocido; y, como eran muchos los que morían, quedaron reducidos a un número muy corto. Los persas, entonces, desesperados y sin saber qué hacer, permanecían quietos; los romanos, por su parte, habían cavado una zanja a lo largo y cerca de un pequeño sector del muro y por allí se desplomó de inmediato el recinto. Pero ocurrió que en ese lugar había una construcción que no estaba separada del recinto y que coincidía por entero con el trecho que se había caído, de tal modo que a los asediados les servía de muralla y les proporcionaba no menor seguridad. Pero esto

²⁵² Cf. II 21, 2, y n. 165.

no les inquietaba en absoluto a los romanos, pues sabían bien que, si hacían lo mismo en cualquier otro punto, tomarían muy fácilmente la ciudad, con lo que sus esperanzas iban a más. Por ello, Dagisteo le informó al emperador de lo que había sucedido y le pidió que le tuviera preparada la recompensa por aquella victoria, indicándole con qué debía obsequiarlo el emperador a él y a su hermano, pues no mucho después tomaría Petra. Y, en efecto, los romanos y los tztanos dirigieron un asalto violentísimo a la muralla, pero, contra lo que podía creerse, los persas resistieron, a pesar de que quedaban vivos muy pocos. Y como los romanos no conseguían nada con sus asaltos, volvieron a cavar de nuevo una zanja. Y llegaron a tal extremo en esta operación que los cimientos del muro ya no pisaban suelo firme, sino que, en su mayor parte, se levantaban sobre un vacío, dispuestos, como era de esperar, a caerse en cualquier momento. De hecho, si Dagisteo hubiera querido prenderle fuego de inmediato a los cimientos, pienso que la ciudad habría sido capturada en ese mismo instante; pero lo cierto fue que, con las esperanzas puestas en el emperador, iba demorándose y perdiendo el tiempo y, de esa forma, permanecía quieto. Así era como se desarrollaban las cosas en el campamento romano.

30 Merméroes, después de pasar las fronteras de Iberia con la totalidad del ejército medo, seguía avanzando, manteniendo el río Fasis a su derecha. Y es que no quería de ninguna manera atravesar el territorio de Lácica, no fuera a encontrar allí a su paso algún obstáculo, porque lo apremiaba su deseo de salvar la ciudad de Petra y a los persas que estaban dentro, aunque una parte del recinto se había desplomado de súbito. En efecto, como he dicho, un sector se había quedado suspendido en el aire y algunos hombres del ejército romano, unos cincuenta voluntarios, habían entrado en la ciudad

y proclamaban a gritos ya vencedor glorioso²⁵³ al emperador Justiniano. Los guiaba un joven de origen armenio llamado Juan, hijo de Tomás, y de sobrenombre Guces. El tal Tomás, que había construido muchas de las fortalezas de Lácica a las órdenes del emperador, mandaba las tropas allí destinadas y el emperador lo consideraba una persona muy sensata. Pues bien, Juan, cuando los persas trabaron combate contra los suyos, resultó herido y de inmediato se retiró al campamento con su séquito, dado que nadie del ejército romano acudió en su ayuda. Entretanto, un persa llamado Mirranes, que mandaba la guarnición de Petra, temiendo ya por la ciudad, les encargó a todos los persas que vigilaran con el mayor cuidado, mientras él se presentaba ante Dagisteo y le dirigía palabras lisonjeras y engañosas, prometiéndole que, sin ningún problema, le entregaría la ciudad no mucho después. De este modo pudo embaucarlo con el fin de que el ejército romano no entrara inmediatamente en la ciudad.

Cuando los soldados de Merméroes llegaron al paso estrecho, les salió allí al encuentro la patrulla romana, unos cien hombres²⁵⁴ que se defendían con bravura y rechazaban a los enemigos en su intento de penetrar. Pero los persas no retrocedían, sino que a los que caían muertos venían otros constantemente a reemplazarlos y continuaban avanzando, resueltos a forzar la entrada con toda su potencia militar. Murieron más de mil persas y los romanos, agotados de tanto matar, retrocedieron ante el empuje de las tropas enemigas y se salvaron subiendo a la carrera hacia las zonas más altas de aquellos montes. En cuanto se enteró, Dagisteo levantó de inmediato el cerco, sin darle ninguna orden al ejér-

²⁵³ Cf. II 8, 29, y n. 58.

²⁵⁴ Cf. II 29, 33 s.

cito, y se dirigió al río Fasis. Y todos los romanos, tras
12 abandonar sus cosas en el campamento, lo siguieron. Los
persas, cuando observaron lo que estaba ocurriendo, abrie-
ron las puertas y salieron con idea de acercarse a las tiendas
13 enemigas y apoderarse del campamento. Pero los tzanos (que
coincidía que no habían seguido a Dagisteo) acudieron allí a
defenderlo a todo correr y sin ningún esfuerzo pusieron en
14 fuga a los enemigos y mataron a muchos de ellos. Huyeron,
pues, los persas para volver al interior del recinto, y los tza-
nos, tras saquear el campamento romano, marcharon en di-
rección a Riceo. Desde ahí alcanzaron Atenas y regresaron a
su patria a través del territorio de Trapezunte²⁵⁵.

15 Merméroes y el ejército medo llegaron allí ocho días
después de la retirada de Dagisteo. Y de toda la guarnición
persa se encontraron con que quedaban trescientos cincuen-
ta hombres heridos e incapacitados para combatir y sólo
ciento cincuenta ilesos, pues todos los demás habían muer-
16 to. Pero los cadáveres no los habían arrojado los supervi-
vientes fuera del recinto, sino que, a pesar del fétido olor
que los asfixiaba, resistían más allá de lo creíble para no
provocar el que los enemigos, por el hecho de ver sus nume-
17 rosísimas bajas, se lanzaran con más ardor aún al asedio. Y
Merméroes, burlándose, aseguraba que el estado romano no
merecía más que lágrimas y lamentos, porque había venido
a parar a una situación tal de debilidad que no habían podi-
do por ningún medio capturar a ciento cincuenta persas que
18 no contaban ni con murallas para defenderse. Eso sí, le me-
tía prisa su afán de reconstruir la parte de recinto que se ha-
bía derrumbado, pero como en aquel momento no tenía a su
disposición ni yeso ni ningún otro de los materiales de cons-
19 trucción precisos, ideó lo siguiente. Llenó de arena unos sa-

²⁵⁵ Cf. II 29, 22.

cos de lino en los que los persas habían transportado sus provisiones a la tierra de Cólquide, y los colocaron en el lugar de las piedras, de tal modo que, estibados de esa manera, servían de muro. Escogió luego a tres mil de sus guerreros y los dejó allí con víveres almacenados para no mucho tiempo, ordenándoles que se encargaran de la reconstrucción del recinto. Y él con todo el resto del ejército dio marcha atrás.

Pero como, al retornar por el mismo camino, no tenía forma de conseguir las cosas de primera necesidad, ya que se había quedado en Petra todo lo que el ejército había traído de Iberia, se propuso seguir otra ruta a través de las montañas de aquella zona que, según sus informaciones, estaba habitada, para que sus hombres pudieran, mediante el saqueo, avituallarse. Durante esta marcha, uno de los nobles de Lácica, llamado Fúbelis, les tendió una emboscada a unos persas que estaban al vivac. Iban con él Dagisteo y dos mil romanos, quienes, en rápida incursión, mataron a unos cuantos persas que estaban apacentando sus caballos y, llevándoselos como botín, se retiraron de momento. Y, así, Merméroes partió de allí con el ejército medo.

Gubaces, al enterarse de lo que les había sucedido a los romanos en Petra y en el paso estrecho, ni sintió temor ni abandonó la vigilancia en aquel paso estrecho en que se encontraba, considerando que allí estaba la clave de sus esperanzas. Pues sabía que, aun cuando los persas, tras arrollar a los romanos en la parte de allá del río Fasis²⁵⁶, habían podido cruzar el paso y entrar en Petra, ni siquiera de ese modo serían capaces de causarle ningún daño al territorio de los lazos, porque no tenían ningún medio de cruzar el Fasis, principalmente por el hecho de no disponer de naves. Y es

²⁵⁶ Es decir, en la parte izquierda del río.

que este río es más profundo que ningún otro y su anchura
26 es enorme. Además, su corriente se mantiene tan fuerte que,
cuando desemboca en el mar, continúa avanzando como tal
río hasta una grandísima distancia, sin mezclar sus aguas
con aquéllas. E incluso los que por allí navegan pueden co-
27 ger agua potable en mitad de alta mar. Por otra parte, los la-
zos han construido puestos de guardia todo a lo largo del lado
de acá del río²⁵⁷, para que, cuando los enemigos lo atravie-
san en sus naves, no puedan desembarcar en la orilla.

28 En ese tiempo, el emperador Justiniano le envió a la na-
ción de los sabiros la suma de dinero convenida²⁵⁸ y, asi-
mismo, había obsequiado a Gubaces y los lazos con otra can-
29 tidad. Coincidió también que, mucho antes, había enviado a
Lácica otro gran ejército, que todavía no había llegado allí.
Lo mandaba Recitango de Tracia, hombre sensato y experto
guerrero. Y era así como iban desarrollándose los aconteci-
mientos.

30 Por su parte, Merméros penetró en las montañas, como
ya he dicho²⁵⁹, con mucha prisa por llenar Petra de las pro-
visiones que allí se podían obtener. Pues no creía que todos
los víveres que habían traído vinieran a ser suficientes para
la guarnición de alrededor de tres mil hombres que había
31 dejado en la ciudad. Pero como lo que hallaban a su paso
apenas bastaba para las necesidades de aquel ejército, com-
puesto de no menos de treinta mil soldados, y, en conse-
cuencia, les era imposible enviar nada de consideración a
Petra, discurrió, después de darle muchas vueltas, que lo
mejor para ellos era que el grueso del ejército se retirara de
la Cólquide y que sólo permanecieran allí unos pocos, quie-

²⁵⁷ En la parte derecha.

²⁵⁸ Cf. II 29, 29 ss.

²⁵⁹ Cf. II 30, 21.

nes precisamente transportarían al puesto de guardia de Petra la mayor parte de las provisiones que hubieran encontrado y del resto, en cantidad suficiente, dispondrían ellos para su propio sustento. Así pues, escogió a cinco mil hombres y los dejó allí bajo el mando de Fabrizo y otros tres. Le pareció, en efecto, que no era necesario que fueran más los que se quedaran en aquel lugar, puesto que no había ningún enemigo en absoluto. Él, con las demás tropas, llegó a Persarmenia y se detuvo allí, en una región próxima a Dubio.

Los cinco mil hombres, cuando ya estaban bastante cerca de las fronteras de Lácica, acamparon todos juntos en la ribera del río Fasis y desde allí recorrían en pequeños grupos aquel territorio para saquearlo. En cuanto se enteró Gubaces, le envió un mensaje a Dagisteo para que viniera en su ayuda aprisa, asegurándole que, de ese modo, podrían infligirles a los enemigos un gran golpe. Así lo hizo él y, manteniendo a su izquierda el río Fasis, avanzó hasta llegar al sitio donde estaban acampados los lazos en la orilla opuesta. Coincidía que, por ese punto, el río Fasis era vadeable, cosa que no sospechaban en absoluto ni romanos ni persas por su desconocimiento de aquellos lugares. Sin embargo, los lazos sí lo sabían y cruzaron de repente para unirse al ejército romano. Los persas, mientras tanto, escogieron a mil guerreros de elite y los mandaron en avanzadilla, con el fin de que nadie pudiera atacar el campamento y causar un estrago. Pero dos de ellos, que se habían adelantado para inspeccionar el terreno, cayeron inesperadamente en manos de los enemigos y se lo contaron todo. Y, a raíz de esto, romanos y lazos se lanzaron de improviso sobre los mil persas, de los que no pudo escapar ni uno sólo: a muchos los mataron y a algunos los capturaron con vida, con objeto de que los hombres de Gubaces y Dagisteo lograran enterarse del número de soldados que formaban el ejército medo, de la distancia a

la que se encontraban y de cuál era la situación real en que
40 estaban aquellas tropas. Levantaron, pues, el campo y avanzaron
contra ellos con la totalidad de su ejército, catorce mil
hombres, calculando el tiempo de modo que cayeran sobre
41 los persas cuando ya fuera noche cerrada. Los persas, en
efecto, como no los inquietaba la presencia de ningún ene-
migo, ya llevaban un buen rato durmiendo, pues creían que
el río no era vadeable y que aquellos mil soldados, sin topar
42 con ningún obstáculo a su paso, estaban muy lejos. Así, ro-
manos y lazos al rayar el alba cayeron de repente sobre
ellos: a unos los hallaron dormidos, a otros recién despiertos
43 y acostados indefensos en sus petates. Lo que sucedió, por
tanto, fue que ninguno pensó en luchar: a muchísimos de
ellos los cogieron y mataron; a algunos los capturaron los
enemigos, entre los que dio la casualidad que estaba un oficial;
y unos pocos huyeron en la oscuridad y se salvaron.
44 Romanos y lazos se apoderaron del campamento y de todos
los estandartes, tomaron como botín muchas armas y grandes
riquezas, así como una gran cantidad de caballos y mu-
45 los. Y, tras una larguísima persecución, llegaron hasta Iberia.
Allí tropezaron también con algunos otros persas y
46 mataron a muchos de ellos. De esta manera los persas se re-
tiraron de Lácica. Romanos y lazos, después de encontrar
allí, entre otras muchas provisiones, harina en abundancia,
quemaron todo lo que los bárbaros habían traído de Iberia
47 con idea de transportarlo hasta Petra. Dejaron a un gran
número de guerreros lazos en el desfiladero para que ya los
persas no pudieran introducir provisiones en Petra, y regre-
48 saron con el resto del botín y con los cautivos. Acabó así el
cuarto año de la tregua entre romanos y persas, veintidós
después del ascenso de Justiniano al trono imperial²⁶⁰.

²⁶⁰ Era el año 549.

Un año antes, Juan de Capadocia había venido a Bizancio acudiendo a la llamada del emperador. Pues por entonces a la emperatriz Teodora²⁶¹ ya le había llegado el fin de sus días. Sin embargo, no pudo recobrar ninguno de sus cargos y dignidades de antaño sino que continuó como sacerdote, aun desempeñando el ministerio contra su voluntad. Y lo cierto era que muchas veces se había visto en sueños ascendiendo al trono imperial. Y es que a aquéllos cuya razón no está asentada sobre los cimientos de una sólida naturaleza, la divinidad suele presentarle, colgado de muy grandes y muy altas esperanzas, todo aquello que entre los seres humanos es de por sí apetecible. En cualquier caso, había adivinos que estaban siempre profetizándole al tal Juan muchas fantasías y, también, que estaba escrito que él se revistiera del atuendo de Augusto²⁶². Sucedió, entonces, que vivía en Bizancio un sacerdote llamado Augusto, que custodiaba los tesoros de la iglesia de Santa Sofía²⁶³ y, en efecto, cuando Juan recibió la tonsura y se le confirió, a la fuerza, el orden sacerdotal, como no tenía ningún vestido digno de un sacerdote, los encargados de esta tarea lo obligaron a ponerse el manto y la túnica del tal Augusto que estaba por allí cerca. Y a esto, creo yo, quedó reducida²⁶⁴ para él aquella predicción.

²⁶¹ Teodora murió el 28 de junio del 548. Sobre la emperatriz, Juan de Capadocia y los acontecimientos que se desarrollaron, cf. I 25, 4 ss.; 25, 31 ss.

²⁶² Como «César» (cf. II 11, 35, y n. 89; y II 21, 9), «Augusto» se utilizó como título de los emperadores: cf. ambos, por ejemplo, en *Hechos de los Apóstoles* 25, 21.

²⁶³ Cf. I 24, 9, y n. 198.

²⁶⁴ Cf. II 22, 29, y n. 188.



⊗ Plazas sitiadas por los bizantinos. ⊙ Plazas sitiadas por los persas.

ÍNDICE DE NOMBRES*

- Abandanes, II 21, I ss., 13 s.
 abasgos, II 29, 15.
 Abgaro, II 12, 8 s., 18 ss., 24, 28.
 Abido, II 4, 9.
 Abocárabo, I 19, 10 ss.
 Aborras, II 5, 2; 19, 29.
 Ábramo, I 20, 3 ss., 13.
 Acacio (padre de Adolio), II 3,
 4 ss.
 Adarbiganón, II 24, 1 s., 12.
 Adergudumbades, I 6, 15, 18,
 7 ss., 13, 21.
 Adolio, II 3, 10; 21, 2, 18, 20;
 24, 13; 25, 35.
 Adónaco, II 12, 2.
 Adulis, adultas, I 19, 22; 20, 4.
 Afrodita, II 28, 13.
 Agamenón, I 17, 11.
 Aigán, I 13, 20; 14, 39, 44.
 Aímaco, II 11, 8 ss.
- Alamundaro, I 17, 1, 30 ss., 40
 ss.; 18, 9 ss.; II 1, 3, 13; 3,
 47; 4, 21; 16, 17; 19, 34;
 28, 12 ss.
 alanos, I 15, 1; II 29, 15, 29.
 Albania, I 10, 1.
 Alejandría, I 25, 44; II 22, 6.
 Alejandro (embajador), I 22, 1.
 Alejandro (hijo de Filipo), I 10,
 9; II 2, 15.
 Amazaspes, II 2, 3 ss.
 Ambazuces, I 10, 9 ss.
 Ambro, II 20, 10, 14.
 Amida, amidenos, I 7, 3 ss., 12
 ss., 29, 34 s.; 8, 10, 22; 9, 1
 ss., 20, 23; 17, 24; 21, 6.
 Amodio, I 13, 15, 38; II 28, 35.
 Anastasio (ciudadano de Daras),
 I 26, 8; II 4, 15 s., 26; 5, 27;
 9, 10.

* Se incluyen también gentilicios y otros términos de interés. A menudo se citan pasajes relacionados, aunque el nombre en cuestión no aparezca expresamente.

- Anastasio (emperador), I 7, 1 s., 35; 8, 1 ss.; 10, 10, 13, 17 ss.; 11, 1, 24; 12, 6; 13, 10; 16, 4; 24, 19.
- Anatolio, I 2, 12 ss.
- Andreas, I 13, 30 ss.
- Anglón, II 25, 5, 23 ss.
- Aniábedes, II 17, 4, 11.
- Antínoo, I 25, 43.
- Antioquía, antioquenos, I 17, 36 ss.; II 6, 10, 16; 7, 2; 8, 1 ss., 20 ss., 28 ss.; 9, 3, 5, 14 ss.; 10, 1 ss.; 11, 1 ss.; 13, 2 ss.; 14, 1 ss.
- Antioquía de Cosroes, II 14, 1 ss.
- Antonina (esposa de Belisario), I 25, 13 ss., 23, 25 s.
- Apamea, II 11, 2, 4, 14 ss., 24 ss., 36.
- Apión, I 8, 5.
- Arabia, I 19, 20.
- Arábigo (golfo), I 19, 19.
- Aracio, I 12, 21 s.; 15, 31.
- Arcadio (emperador), I 2, 1 ss.
- Areobindo, I 8, 1, 10 s.; 9, 1.
- Aretas, I 17, 47 s.; 18, 7, 26, 35; II 1, 3 ss.; 16, 5; 19, 11, 15 ss., 26 ss.; 28, 12 ss.
- Árgec, II 26, 26 s.
- Armenia, armenios, I 5, 9 ss., 40; 10, 1; 17, 21, 24; II 2, 13; 3, 3 ss.; 5, 11; 14, 8; 21, 2, 34.
- armenios menores (habitantes de la Armenia Menor), I 17, 21.
- Arqueópolis, II 29, 18.
- Arquero, I 1, 9 ss.
- Arsaces (ascendiente de los Arsácidas), II 3, 32, 35.
- Arsaces (jefe militar), II 5, 11.
- Arsaces (rey de Armenia), I 5, 10 ss.; 5, 19 ss., 29 ss.
- Arsaces (último rey de Armenia), II 3, 35.
- Arsácidas, I 5, 10; II 3, 25, 29, 32, 35.
- Arsino, I 17, 21.
- Artabanes, II 3, 25.
- Artace, I 25, 31.
- Ártemis, I 17, 11, 15, 18.
- Arzamón, I 8, 10.
- Arzanene, I 8, 21; II 15, 7.
- Ascán, I 13, 21; 14, 44; 18, 38.
- Asia, II 4, 9.
- Asiria, I 17, 6; II 14, 1; 19, 15 ss.
- Aspebedes, I 9, 24; 11, 5; 21, 4; 23, 6.
- aspecianos, II 3, 12 ss.
- Atacas, I 21, 9.
- Atenas (en la región de Lácica), II 29, 22; 30, 14.
- Augusto (emperador), II 12, 8 ss.
- Augusto (sacerdote), II 30, 53 s.
- Augusto (título), II 30, 52.
- Auxomis, auxomitas, I 19, 17, 22, 27.
- Azaretas, I 17, 1; 18, 1, 9 ss., 27 ss., 51 ss.; II 27, 41.
- azules (facción del circo), I 24, 2 ss.; II 11, 32 s.

- Baños de Zeuxipo, I 24, 9.
 Barádoto, II 13, 13 ss.
 Barbaliso, II 12, 4.
 Baresmanas, I 13, 16; 14, 32, 45, 47 ss.
 Basaces, II 3, 29 ss.; 21, 34.
 Basicio, I 5, 17, 28.
 Basilides, I 24, 18.
 Basilio, II 21, 27.
 Batne, II 12, 31.
 Belisario, I 1, 3; 12, 20 ss.; 13, 2 ss., 9, 12 ss.; 14, 1 ss., 7, 20 ss., 47 ss.; 16, 1; 18, 4, 9 ss., 24 ss., 41 ss.; 21, 2, 40 ss.; 24, 40 ss.; II 1, 1; 4, 13; 6, 1; 14, 8, 13; 16, 1 ss.; 18, 1 ss., 24 s.; 19, 4 ss., 35 ss.; 20, 24 ss.; 21, 2 ss., 27 ss.
 Berea, II 6, 17; 7, 2, 5, 7, 10 ss., 35; 12, 1.
 Bero, II 24, 14, 18.
 Besas, I 8, 3; 21, 5.
 bitinios, II 28, 23.
 Bizancio, I 2, 1, 3; 24, 1 ss., 41; 25, 11 ss., 21; II 4, 4; 22, 9 ss.; 28, 23.
 Blases, I 5, 2; 6, 17.
 blemies, I 19, 28, 30, 32 ss.
 Blescames, II 19, 3, 24 s.
 Boas, II 29, 14 ss.
 Boes, I 12, 10.
 Bolo, I 15, 18, 32 s.; 22, 3, 18.
 Boraides, I 24, 53.
 Bósforo (ciudad en el Ponto Euxino), bosforitas, I 12, 6 s.; II 3, 40.
 Braducio, II 28, 41.
 Buces, I 13, 5, 19, 25 ss.; 21, 5; II 3, 28 ss.; 6, 1 ss.; 13, 6; 16, 6; 20, 20 ss.
 Búlicas, I 19, 21.
 Cabades (hijo de Perores), I 4, 2, 16, 34; 5, 1, 7; 6, 7 ss., 15 ss.; 7, 1, 3, 9 ss.; 8, 8 ss., 19; 10, 12; 11, 2 ss., 20 ss.; 12, 2 ss.; 15, 1, 27 ss.; 16, 1 ss.; 17, 26 ss.; 18, 1, 51 ss.; 21, 1, 17 ss.; II 9, 12; 13, 8; 26, 31.
 Cabades (hijo de Zames), I 23, 4, 7, 9 ss., 23 s.
 cadisenos, I 14, 38 s.
 Caiso, I 20, 9 s.
 Calcis, I 18, 8; II 12, 1 s.
 Calinico, I 18, 13, 50; II 11, 28; 21, 30 ss.
 Canaranges, I 21, 4, 14 s., 27.
 Cándido, II 5, 31; 20, 2 ss., 15 s.
 Cáoses, I 11, 3; 21, 20, 22; II 9, 12.
 Capadocia, capadocios, I 10, 1; 17, 16; II 28, 23.
 Capricornio, II 4, 2.
 carrenos, II 13, 7; 27, 15.
 Cartago, I 15, 22.
 Casa de Ares, I 24, 9.
 Casandrea, II 4, 5.
 Caspias, v. Puertas Caspias.
 Castillo del Olvido, I 5, 7 ss.
 católico, II 25, 4.

- Cáucaso, I 15, 26; II 15, 3, 29; 28, 22; 29, 15.
 cecos, II 29, 15.
 Céler, I 8, 2, 21; 9, 1, 24; II 15, 7.
 Celesena, I 17, 11, 21.
 Cerateo, II 10, 7.
 César (título), II 11, 35; 21, 9.
 Cesarea, I 1, 1.
 Cícico, I 25, 31.
 Cilicia, cilicios, II 5, 4; 6, 21; 7, 17 s.; 26, 29.
 Circesio, II 5, 2 ss.
 Circò, I 24, 31, 42, 48.
 Cirilo, I 13, 21.
 Ciro (rey de los persas), II 2, 15.
 Citarizón, II 24, 13.
 Cólquide, colcos, v. Lácica, lazos.
 Comagena, I 17, 2, 23; 18, 2; II 20, 17, 20.
 Comana, I 17, 12.
 Comana Áurea, I 17, 19.
 cometa, II 4, 1 ss.
 Constanciano, II 24, 3 s.; 28, 2 ss.
 Constantina (ciudad de Mesopotamia), I 8, 10; 22, 3; II 13, 8, 13 ss.
 Corcianene, II 24, 14.
 Cosroes, I 11, 5 ss., 27, 30; 21, 17 ss.; 22, 1 ss., 12 ss.; 23, 1 ss., 14 ss., 25 ss.; 26, 7 s.; II 1, 1, 12 ss.; 2, 12; 3, 32 ss., 55; 4, 17 ss., 26; 5, 1 ss., 22 ss.; 6, 6, 18 ss.; 7, 5, 10 ss., 19 ss., 35; 8, 1, 30 ss.; 9, 1 ss.; 10, 10 ss.; 11, 1 ss.; 12, 1 ss.; 13, 1 ss.; 14, 1 ss.; 15, 1 ss.; 17, 1 ss.; 19, 48; 20, 1 ss.; 21, 1 ss.; 24, 1 ss.; 26, 1 ss.; 28, 7 ss.; 29, 1 ss.
 cristianos, I 12, 3; 17, 18; 18, 15; 20, 1; II 12, 7; 20, 10; 26, 2 s.
 Cristo, v. Jesús.
 Ctesifonte, II 14, 1; 28, 4 s.
 Cutces, I 13, 5, 8.
 Dafne, II 8, 25; 11, 5 ss.; 14, 5.
 Dagaris, I 15, 6; 22, 18 s.
 Dagisteo, II 29, 10 ss., 33 ss.; 30, 7, 11, 22, 39 ss.
 Danubio, v. Istrò.
 Daras, I 10, 13 s.; 13, 12 ss.; 14, 12; 16, 6 s.; 22, 5, 16; 26, 5 ss.; II 10, 21; 11, 28; 13, 16 ss.; 28, 17, 31 ss.
 Diocleciano, I 19, 29 ss., 34 s.
 Diógenes, II 21, 2, 18, 20.
 Dios, I 18, 21; 25, 10, 36, 41; II 4, 17; 9, 13; 10, 1, 4 s.; 12, 30; 22, 3; 23, 15.
 Domencíolo, II 24, 15.
 Doroteo (general armenio), I 15, 3 ss., 11 ss.
 Doroteo (jefe militar romano), I 13, 21.
 Dubio, II 24, 6; 25 1 ss.; 30, 33.
 Edesa, I 17, 24; II 12, 6 ss., 26 ss.; 13, 3 ss.; 21, 27; 24, 4; 26, 5 ss.

- Efremio, II 7, 16 s.
 Egipto, egipcios, I 19, 3; 25, 43;
 II 22, 6.
 Elas, I 19, 3, 19, 24.
 Elefantina, I 19, 27, 34 s.
 Endielón, I 7, 5.
 Enocalacón, II 3, 15.
 eptalitas, v. hunos blancos.
 erulos, v. hérulos.
 Escanda, II 29, 18.
 Esimifeo, I 20, 1, 3, 9 ss.
 Estefanacio, I 18, 7.
 Estéfano, II 26, 31 ss.
 Estrata, II I, 6 s., 11.
 Estrategio, II I, 9, 11.
 etíopes, I 19, 1, 17, 23 ss.; 20, 1
 ss., 9 ss.; II 3, 40.
 Eufemia (esposa de Cosroes), II
 5, 28.
 Eufemia (hija de Juan de Capa-
 docia), I 25, 13.
 Eufrates, I 13, 11; 17, 4, 6 ss.,
 21 s.; 18, 30 ss.; II 5, 2 ss.
 Eufratesia, v. Comagena.
 Europa, II 4, 4 ss.
 Europeo, II 20, 24, 27 s.
 Eusebio (embajador), I 3, 8, 13.
 Eusebio (obispo), I 25, 37 s.
 Evaris, II 11, 7.
 Fabrizo, II 28, 16 s.; 29, 2 ss.;
 30, 32, 42 ss.
 Farangio, I 15, 18, 27, 29; 22,
 3, 18; II 3, 1; 29, 14.
 Faras, I 13, 19, 25 ss.; 14, 32 s.,
 39.
 Faresmanes, I 8, 3.
 Farsanses, II 29, 4 s., 7.
 Fasis, I 25, 21; II 29, 16; 30, 25
 ss., 37.
 Fenicia, II 16, 17.
 Filas, I 19, 35 s.
 Filemut, I 24, 14; II 24, 18.
 Fisón, II 24, 15.
 Florentino, I 15, 15 s.
 Focas, I 24, 18.
 Frigia, I 8, 2.
 Fúbelis, II 30, 22.
 Gabalas, I 17, 47.
 Gabulón, I 18, 8.
 gálatas, II 28, 23.
 Gaza, I 19, 20.
 Gelimer, II 21, 28.
 Genzón, II 5, 11; 6, 24; 8, 1, 6,
 8; 9, 6.
 Germano (primo de Justiniano),
 I 13, 21; II 6, 9 s.; 7, 18.
 Glones, I 7, 33; 9, 4 ss.
 Godidisclo, I 8, 3.
 godos, II, 14, 10; 18, 24, 21, 4.
 Gorgo, I 3, 2; 4, 10.
 Grecia, griegos, I 19, 35; 20, 1;
 25, 10; II 4, 11.
 Gubaces, II 17, 2 ss.; 28, 30;
 29, 2 ss., 11 ss., 28 ss.; 30,
 28, 39 ss.
 Gúrgenes, I 12, 4 s.; II 15, 6;
 28, 20.
 Gusanastades, I 5, 4; 6, 18.
 hebreos, I 19, 4; v. judíos.

- Hélade, helenos, v. Grecia, griegos.
- Helesteo, I 20, 1 ss., 9 ss.
- Hermógenes, I 13, 10, 12 ss., 19 ss., 35; 14, 1 ss., 20 ss., 28, 44, 53; 16, 10; 18, 16; 21, 1, 10, 23; 22, 16.
- hérulos, I 13, 19; 14, 33, 39; 24, 41; II 2, 1; 24, 12, 14, 18; 25, 20 ss..
- Hestia, II 24, 2.
- Hierápolis, I 13, 11; 17, 22; II 6, 2 ss., 22 ss.; 7, 2; 20, 20.
- Hipacio, I 8, 2, 10 ss.; 11, 24, 38 s.; 24, 19 ss., 31, 42, 53 ss.
- Hipódromo, v. Circo.
- Homeritas, I 19, 1, 15; 20, 1 ss., 9 ss.
- Honorio (emperador), I 2, 4.
- hunos, I 3, 4; 8, 19; 9, 24; 10, 6, 15; 12, 7; 15, 6; 21, 15, 28; 22, 19; II 1, 14; 3, 47; 4, 4 ss.; 10, 16, 23; 15, 3; 26, 5, 25 s.; 28, 22.
- hunos blancos (eptalitas), I 3, 1 ss.; 4, 1 ss., 35; 6, 10; 7, 1 s., 8; 8, 13.
- Iberia, iberos (del Cáucaso), I 10, 1 ss.; 12, 2 ss., 14; 22, 16; II 15, 6; 25, 3; 28, 20 s.
- Ifigenia, I 17, 11 ss., 18.
- Ildiger, II 24, 13.
- Iliria, ilirios, I 24, 41; II 4, 5, 10.
- India, indios, I 19, 3, 23 ss.; 20, 9, 12; II 25, 3.
- Inmortales, I 14, 21, 31, 44 ss.
- Ireneo, I 12, 14.
- Iris, I 17, 14.
- Isaac, I 15, 32 s.; II 24, 14; 25, 24.
- isáuricos, I 18, 5, 7, 38 s.
- Isdigerdes, I 2, 7 ss.
- Isdigusnas, II 28, 16 s., 31 ss., 38 ss.
- Isis, I 19, 35.
- Istro, II 4, 4.
- Italia, II 1, 1; 21, 34.
- Jacobo, I 7, 5 ss.
- Jasón, II 17, 2.
- Jerusalén, II 11, 14; 20, 18.
- Jesús, II 11, 14; 12, 22 ss.
- Jónico (golfo), II 4, 4.
- Jorge, II 19, 22, s.; 28, 33 ss.
- Juan (conspirador en Daras), I 26, 5 ss.
- Juan (hijo de Basilio), I 21, 27, 33.
- Juan (hijo de Lucas), I 17, 43 s.
- Juan (hijo de Nicetas), I 13, 21; II 19, 36 ss.; 24, 15.
- Juan (hijo de Rufino), II 7, 15; 9, 1; 10, 10, 18 ss.
- Juan (jefe militar), II 14, 12; 18, 16.
- Juan (padre de Artabanes y Juan), II 3, 25, 29 ss.
- Juan de Armenia, II 30, 4.
- Juan de Capadocia, I 24, 11 ss.; 25, 1, 4 ss., 25, 31 ss., 39; II 30, 49, 54.

- Juan el Glotón, II 19, 15 ss.; 24, 15.
- Juan Tzibo, II 15, 9 ss., 17, 5 ss., 16.
- judíos, I 20, 1; IV 9, 5 ss.; v. hebreos.
- Julián (hermano de Sumas), I 20, 9; II 1, 10; 7, 15 s.
- Julián (San), II 10, 8.
- Justiniano (emperador), I 1, 1; 11, 10, 16; 12, 21; 13, 1 s., 9; 16, 10; 17, 47 s.; 19, 1, 10 ss., 36; 20, 9 ss.; 21, 2 s., 13; 22, 16 s.; 23, 24; 24, 10 ss., 19, 21; 25, 4 s., 25, 33; 26, 4; II 1, 7 ss.; 3, 37 ss., 47, 56; 4, 17 ss.; 5, 1; 6, 9; 7, 15; 10, 16; 11, 32; 13, 1, 29; 14, 8; 15, 9 s.; 16, 5; 20, 2; 21, 34; 23, 5 ss., 20; 24, 10; 28, 2, 11, 38 ss.; 29, 10, 20, 30 ss.; 30, 28, 48.
- Justino (emperador), I 8, 3; 11, 1, 6 ss., 39; 12, 5 ss., 21, 24; 13, 1; II 15, 7.
- Justo, I 24, 53; II 20, 20 ss., 28; 24, 15, 20; 25, 35; 28, 1.
- Lácica, lazos, I 11, 28; 12, 17, 19; 22, 3, 18; 23, 12; II 2, 13; 3, 39; 15, 1 ss., 6 ss., 12 ss.; 17, 1 ss.; 28, 6, 17 ss., 25 s.; 29, 24 s.; 30, 27.
- Libano, I 13, 5; II 8, 2; 16, 17; 19, 33.
- Libelario, I 12, 23 s.
- Libia, libios, I 26, 1, 3; II 3, 42. licaones, I 18, 40.
- Liguria, ligures, II 2, 1.
- Llanura de los Bárbaros, II 5, 29.
- Longino, I 18, 7.
- Lucas, I 17, 44.
- macedonios, II 28, 4.
- madenos, I 19, 14; 20, 9.
- magos, I 3, 18 ss.; 5, 19 ss.; 7, 19; II 5, 9; 13, 9 s.; 24, 2.
- Mamas, I 26, 8.
- Marcelo (jefe militar), I 13, 21; 25, 24 ss., 29.
- Marcelo (sobrino de Justiniano), II 28, 2.
- María, I 24, 23 s.
- Martín, v. Martino.
- Martino, I 21, 27; II 13, 16 ss.; 14, 9; 24, 10, 13, 19; 25, 17; 26, 25 ss., 44 ss.; 27, 5 s., 45 s.
- Martirópolis, I 8, 22; 21, 5 ss., 23, 27; II 24, 15.
- maságetas, I 13, 20 s.; 21, 13 s.
- Mébodes, I 11, 25, 31; 21, 17 ss., 22; 23, 25 ss.
- Medea, II 17, 2.
- Media, medos, v. Persia, persas.
- Megas, II 6, 17 ss.; 7, 1, 14, 19 ss.
- Melitene, I 17, 22.
- Meotis (laguna), I 10, 6.
- Merméroes, I 15, 1 ss.; 21, 4; II 29, 13; 30, 1 ss., 20 ss., 32 s.

- Mesopotamia, I 17, 2, 23, 25;
21, 4 ss.; II 19, 31.
- Miguel (arcángel), II 11, 6 s.,
12 s.
- Mínduos, I 13, 2; 16, 7.
- Mirranes, II 30, 7.
- Molatces, III 8, 2, 17 ss.
- Mopsuestia, II 10, 2.
- Moqueresis, II 29, 18.
- moros, II 2, 8; 3, 46.
- Mundo, I 24, 40 ss.
- Nábedes, II 18, 9, 19 ss.; 24, 6;
25, 6, 25.
- Narsés (hermano de Aracio e
Isaac), I 12, 21 s.; 15, 31; 19,
37; II 24, 12, 14; 25, 20 ss.
- Narsés (intendente del empera-
dor), I 15, 31; 25, 24, 26.
- Negro (golfo), II 4, 8.
- Negro (mar), v. Ponto Euxino.
- Nicetas, I 13, 21; II 19, 36; 24,
15.
- «Nika» (sedición), I 24, 1 ss.
- Nilo, I 19, 28 s., 34.
- ninfas, II 11, 6.
- Ninfio, I 8, 21 s.; 21, 6; II 15, 7.
- Nísibis, I 10, 14; 11, 27; 12,
23; 13, 2; 14, 1; 17, 25; 22,
10; II 18, 1 ss., 7; 19, 2.
- nobatas, I 19, 28 ss.
- Oasis, I 19, 30.
- Obane, II 12, 4.
- Octava, I 15, 9.
- Odonato, II 5, 5 s.
- Orestes, I 17, 11 ss.
- Orígenes, I 24, 26, 31.
- Orocacias, II 6, 10.
- Orontes, II 6, 10; 8, 3, 35.
- Osiris, I 19, 35.
- Osroena, I 17, 24, 34.
- Osroes, I 17, 24.
- Pablo (intérprete de Cosroes),
II 6, 22 s.; 7, 5; 8, 4, 7; 12,
1, 33; 26, 14; 27, 24, 45.
- Pacurio, I 5, 10, 16 ss., 28 ss.
- Palacio de Helena, I 24, 30.
- Palestina, I 19, 2, 10; II 20, 18;
22, 6.
- Palmira, II 1, 6.
- partos, II 3, 32.
- Pascua, I 18, 15.
- Patricio, I 8, 2, 10 ss.; 9, 5 ss.
- Patricíolo, I 8, 3.
- Pedro (general romano), I 12,
9, 14; 18, 6, 42; II 15, 6 ss.;
16, 16; 18, 16 ss.; 24, 13,
18; 25, 17; 26, 25 ss., 38.
- Peloponeso, peloponesios, II 4,
11.
- Pelusio, II 22, 6.
- Peranio, I 12, 11; II 24, 15; 25, 35;
26, 25 ss., 38; 27, 42; 28, I.
- Peroces (jefe militar persa), I 13,
16; 14, 1 ss., 13 ss., 28 ss.;
17, 26 ss.
- Peroces (padre de los asesinos
de Simeón), II 3, 3.
- Peroces (rey persa), I 3, 1, 8, 10
ss., 22; 4, 1 ss., 14 ss.

- Persarmenia, persarmenios, I 10, 1; 12, 20; 15, 1; II 24, 1; 25, 3.
- Persia, persas (Media, medos), I 1, 17; 2, 5 ss.; 3, 20; 4, 13 s., 35; 9, 4, 24; 10, 15; 11, 33 ss.; 12, 4, 19; 13, 7 s.; 14, 3 s. 25; 15, 8, 16; 17, 25; 18, 32, 37 ss.; 20, 9; 21, 4 ss.; 22, 17 s.; 24, 40; II 5, 25; 7, 12 ss.; 8, 20 ss.; 9, 12, 17; 10, 6; 11, 7; 13, 22, 25; 15, 12 ss.; 17, 27; 21, 22; 24, 2; 26, 5 ss.; 27, 46; 28, 25; 29, 41 ss.; 30, 39 ss.
- peste (epidemia), II 22, 1 ss., 9 ss.; 24, 8, 12.
- Petra (ciudad de Lácica), II 15, 10 s.; 17, 3 ss., 13 ss., 26; 19, 48; 29, 11 ss., 20 s., 35; 30, 11.
- Petras (ciudad de los árabes), I 19, 20.
- Píladés, I 17, 11 ss.
- Pitiaxes, I 13, 16; 14, 32, 38.
- Pitiunte, II 29, 18.
- Placilianas, I 24, 30.
- Plaza de Constantino, I 24, 9, 24.
- Pompeyo, I 24, 19, 53, 56.
- pónticos, II 29, 19.
- Ponto Euxino, I 12, 7; 17, 14; II 15, 4.
- Pórtico Azul, I 24, 49.
- Potidea, v. Casandrea.
- Priapo, I 19, 35.
- Probo, I 12, 6, 9.
- Proclo, I 11, 11 ss.
- Procopio, I 1, 1 ss.; 12, 24; 17, 17; II 22, 9.
- Propileos, I 24, 9, 47.
- Puerta de Bronce, I 24, 47.
- Puerta de la Muerte, I 24, 52.
- Puerta del Caracol, I 24, 43.
- Puerta Grande, II 27, 22.
- Puertas Caspias, I 9, 25; 10, 4 ss., 9 s., 12; 16, 4, 7; 22, 5; II 10, 21.
- Puertas de Barlaio, II 27, 44.
- Puertas Soñas, II 27, 41.
- Quersón, I 12, 7.
- Quersoneso, II 4, 8.
- Recinario, II 27, 24 s.
- Recitango, II 16, 17 ss.; 19, 33 s.; 30, 29.
- Rey de Reyes, I 14, 18.
- Riceo, II 29, 22; 30, 14.
- Rodópolis, II 29, 18.
- Rojo (mar), I 19, 2 ss.
- Roma, romanos, I 14, 3, 5, 14; 18, 34; 21, 11; 24, 11, 24; II 1, 3 ss.; 5, 1 ss.
- Rufinianas, I 25, 21.
- Rufino (hijo de Silvano), I 11, 24, 38; 13, 11; 14, 8; 16, 1 ss., 10; 17, 44; 22, 1, 7, 9, 13 ss.; II 7, 15.
- sabiro (hunos), I 15, 1; II 29, 15, 29; 30, 28.
- Sacica, I 17, 1.

- Sagitario, II 4, 2.
 Salomón, II 3, 27.
 Samósata, I 17, 22 s.
 sanos, v. Tzánica, tzanos.
 Santa Sofía (iglesia), I 24, 9; II 30, 53.
 Sarapanis, II 29, 18.
 Saro, I 17, 17.
 sarracenos, I 17, 1, 30, 45, 47; 18, 7, 26, 35 s., 46; 19, 7 ss.; II 1, 5 s.; 5, 5; 10, 23; 16, 5, 18; 19, 12; 27, 30; 28, 12 ss.
 Satala, I 15, 9 s., 12 ss.
 Sebastópolis, II 29, 18.
 Seleucia (a orillas del mar), II 11, 1.
 Seleucia (en la ribera del Tigris), II 28, 4.
 Senecio, I 21, 27.
 Séoses, I 6, 3, 10, 18 s.; 11, 25, 31 ss., 37.
 Sergio (de Edesa), II 24, 3 s.; 28, 3 ss.
 Sergio (San), II 5, 29.
 Sergiópolis, II 5, 29; 20, 7, 10 ss.
 Sesto, II 4, 9.
 Sicas, II 23, 9.
 Sifrio, I 8, 10.
 Silvano, I 11, 24; 16, 4.
 Simas, I 13, 21; 14, 44.
 Simeón (administrador de las minas de oro persas), I 15, 27 ss.; II 3, 1 ss.
 Simeón (San), I 9, 18.
 Siria, siríaco, sirio, I 17, 34 ss.; II 2, 3; 5, 4; 6, 21; 11, 14; 16, 17; 19, 34.
 sirios blancos (leucosirios), I 17, 21.
 Sisauranón, II 19, 2, 4, 23 s.
 Sitas, I 12, 20 ss.; 15, 3 ss., 10 ss., 24 s.; 21, 3, 9, 23 ss.; II 3, 8 ss., 25 s.
 Sofanene, I 21, 6.
 Sofía, v. Santa Sofía.
 Soínas, II 27, 41.
 Sumo, II 1, 9 ss.
 Sunicas, I 13, 20; 14, 39 s., 44, 47, 50.
 sunitas, I 15, 1.
 Sura, I 18, 14; II 5, 8, 10 ss., 22 ss., 29; 6, 2; 9, 9 s.; 20, 3.
 Taciano, II 10, 2.
 Taraunón, II 25, 35.
 Tauro, I 10, 1 s.; 15, 20; 17, 17.
 tauros, I 17, 11 ss., 21.
 Teoctisto, II 8, 2, 17 ss.; 16, 17 ss.; 19, 33 s.; 24, 13.
 Teodora, I 24, 33 ss.; 25, 4, 22, 30; II 30, 49.
 Teodorico, I 8, 3.
 Teodoro (de Daras), II 13, 26.
 Teodoro (refrendario), II 23, 6 ss.
 Teodosio II, I 2, 1 ss., 12, 15; 10, 18; II 3, 35.
 Teodosiópolis (cerca del nacimiento del Tigris y del Eufrates), I 10, 18 s.; 15, 2,

- 32; 17, 4; II 3, 4; 24, 12 s.;
25, 1.
- Teodosiópolis (junto al río Abo-
rras), II 19, 29.
- Termópilas, II 4, 10.
- Tesalia, II 4, 10.
- Teuderico, v. Teodorico.
- Tigris, I 11, 27; 17, 4 ss., 22; II
28, 5.
- Tilasamón, I 9, 14.
- Timóstrato, I 17, 43 s.
- Tomás (embajador), I 22, 1.
- Tomás (sacerdote), II 11, 16
ss., 20 ss., 29 s.
- Tomás Guces, II 30, 5.
- Tracia, tracios, I 13, 5; II 19,
32; 21, 4.
- Trajano (guardia de corps), II
19, 15 ss., 28 ss.
- Trapezunte, II 29, 22; 30, 14.
- Treto, II 11, 7.
- Triboniano, I 24, 11, 16 s.; 25, 1 s.
- Tribuno, II 28, 8 ss.
- Tripirgia, II 27, 41.
- Tzánica, tzanos (sanos), I 15,
19 ss., 25; II 3, 39; 29, 10,
14, 41; 30, 13 s.
- Valeriano, II 14, 8; 24, 6 ss.,
19; 25, 17.
- vándalos, I 26, 3; II 2, 8; 3, 46.
- Vararanes, I 2, 11 ss.; 2, 15.
- Varrames, I 23, 10, 13, 22.
- verdes (facción del circo), I 24,
2; II 11, 32 ss.
- Vitaliano, I 8, 3; 13, 10.
- Vitigis, II 2, 1, 4 ss.; 4, 13; 14,
10 ss.; 21, 28
- Yótabe, I 19, 3.
- Zaberganes, I 23, 25 s.; II 8, 30
ss.; 26, 16 ss.
- Zames, I 11, 4; 23, 4 ss.; II 9, 12.
- Zenobia (ciudad), II 5, 4 s., 7.
- Zenobia (mujer de Odonato), II
5, 5.
- Zenón (emperador), I 3, 8.

ÍNDICE GENERAL

| | <u>Págs.</u> |
|--|--------------|
| INTRODUCCIÓN | 7 |
| I. El autor y su obra | 7 |
| 1. Datos biográficos y actividad literaria, 7. — 2. Contenido de la <i>Guerra persa</i> , 14.— 3. Procopio como modelo. La posteridad, 17. | |
| II. Códices, ediciones y traducciones. Nuestra versión | 19 |
| 1. Códices, 19.— 2. Ediciones, 20.— 3. Traducciones, 21.— 4. Nuestra versión, 22. | |
| NOTA BIBLIOGRÁFICA | 23 |
| LIBRO I (GUERRA PERSA I) | 27 |
| LIBRO II (GUERRA PERSA II) | 161 |
| ÍNDICE DE NOMBRES | 311 |